Derek



Mi peor decisión

ABRIL LAÍNEZ

Derek



Mi peor decisión

ABRIL LAÍNEZ

Copyright©2023 ABRIL LAÍNEZ
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.
Primera edición, junio 2025
Titulo original

Diseño de la portada: Adyma Design
Corrección: Cristina García.

1

Madison

Soy torpe

Manhattan, Nueva York.

Me observo en el espejo. Mi pecho sube y baja como si estuviera a punto de abandonar mi cuerpo. Respiro con dificultad.

He salido de la ducha y he tropezado con… no lo sé, quizá con el inodoro, con la alfombra, con el armario de la esquina o con todo a la vez. Ha sido tan rápido que ni siquiera puedo recordar cómo ha sido, pero sigo entera, aunque por poco.

Suspiro de nuevo; mi pecho empieza a calmarse.

«Madison, eres torpe», me digo en un susurro sin apartar la vista de mi reflejo. Tal vez, si me lo repito unas cuantas veces, consiga entrenar a mi cerebro para que la próxima vez tenga más cuidado, aunque, siendo realista, creo que es una batalla perdida. Simplemente soy así.

Vuelvo a suspirar. ¡De la que me he librado! Podría haberme matado perfectamente.

Justo cuando empiezo a relajarme, escucho un sonido que me resulta muy familiar. Es mi móvil, lo sé, pero consigue que me sobresalte y que el corazón se me instale en la garganta.

Salgo despacio del baño, muy despacio, con todas las alertas del modo «sé prudente, Madison» activadas. No quiero tentar a la suerte.

Entro en mi dormitorio, miro la pantalla y veo el nombre de Peter: mi hermano. Todavía estoy un poco alterada, pero decido contestar.

—Hola, Peter —digo con la voz entrecortada, intentando recuperar la respiración.

—¿Estás bien? —me pregunta de inmediato.

—Sí, estoy bien —suspiro con brusquedad—. Es que… acabo de salir de la ducha y no sé muy bien qué ha pasado, pero el caso es que he tropezado con… algo. Pero estoy entera, que es lo importante. Solo ha sido un susto. Y… ni se te ocurra soltar uno de esos comentarios tuyos tan graciosos. He tropezado, estoy bien. Se

acabó el tema. Son cosas que les pasan a los seres humanos de vez en cuando.

—Ya… —responde con su particular calma—. Vamos a ver, no creo que el ser humano tropiece en las cosas que tú sueles tropezar, eso es imposible, es un caso digno de estudio, pero como me has pedido que no haga ningún comentario…

—¿Nunca has tropezado en el baño o… en cualquier parte?

—Sí, pero con cosas normales. Yo no tropiezo con una esponja, o con una grieta minúscula en el suelo…

No puedo evitar sonreír. Está haciendo alusión a un episodio que le conté tiempo atrás.

—¿Estás sonriendo, Maddy? —me pregunta tras unos segundos de silencio.

Odio que me llamen de ese modo, pero a él se lo permito, solo a él, porque es… Peter. Simplemente, lo adoro.

—Un poco —le digo en un fingido tono molesto—. ¿Qué quieres?

—¿Necesito un motivo para llamarte?

—¿Lo tienes?

—Aparte del inmenso placer de hablar contigo, sí, lo tengo, aunque… no creo que esta vez te haga sonreír lo que te voy a contar.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, no se trata de mí. Es que… vayamos por partes. ¿Sigues saliendo con Trevor?

—¿Por qué me preguntas eso? Ya lo sabes…

—¿Eso es un sí?

—Sí, lo es. ¿Qué pasa?

—Es que… me ha llamado Lauren.

Lauren es su mejor amiga. Son inseparables desde hace siglos.

—¿Y? —le pregunto, confundida. Presiento que algo no va bien. Normalmente, cuando Peter empieza a dar rodeos es porque anuncia una bomba que está a punto de caer.

—Esta mañana ha visto a Trevor.

—¿Y?

—En el hospital.

Lauren es enfermera y trabaja en el hospital Lenox Hill, en Manhattan.

—¿Qué? —le interrumpo.

—Esta mañana ha acudido porque… —dice lentamente.

—¿Está bien? ¿Qué le ocurre?

—Maddy, déjame hablar.

—Pues habla deprisa, joder, que eres muy lento —le digo sintiendo que el corazón se me acelera de nuevo.

—Ha tenido un pequeño accidente con el coche, pero no es grave. Se ha dañado un hombro o… un tobillo, no recuerdo bien lo que me ha dicho Lauren. Pero eso no es lo importante…

—Peter… ¿qué pasa?

—Lauren me ha dicho que no estaba solo. Que iba acompañado.

Mi cabeza empieza a dar vueltas. Trevor tiene muchas amigas, dos hermanas, compañeras de trabajo… Hace tres meses que salimos, aunque si contara los días que nos hemos visto serían muy pocos. Solemos quedar los jueves y algún sábado. Nuestras agendas son imposibles de cuadrar. Pero el tiempo que estamos juntos es simplemente «perfecto». O eso creía. Presiento que esa idea está a punto de hacerse añicos.

—¿Qué significa eso? ¿Acompañado?

En realidad, me daría tiempo a hacerle seis preguntas más. Sé que su lentitud es presagio de una de esas bombas.

—El caso es que… la persona que lo acompañaba era… su mujer. Está casado.

Se hace un silencio.

¿Casado?

Acabo de sentir una jarra de agua helada cayéndome por la cabeza. Esa es la sensación. Con sus escalofríos y gritos ahogados correspondientes.

—Joder… ¿De verdad? —consigo decir.

—Eso parece, lo siento. No sabía cómo decírtelo…

Guardo silencio de nuevo. Sé que Peter me está dando mi espacio en este momento y esperará lo que sea necesario hasta que yo me pronuncie.

Mi cabeza es un hervidero de ideas. Siento un nudo en el estómago, una mezcla absurda de rabia y tristeza que no sé ni cómo procesar.

Me siento en el borde de la cama sin decir nada. Aprieto el móvil contra la oreja como si fuera lo único que me mantiene conectada a una realidad que no tenía ni idea de que existía.

—No puede ser, Peter —susurro—. Lauren se ha tenido que confundir…

—No se ha confundido. Lo siento —me dice Peter, con esa voz suya que solo utiliza en casos de «consuelo».

—¿Estás seguro?

—Sí, Maddy. Antes de contármelo se ha asegurado. Ya la conoces, ella no me habría contado algo así sin estar segura.

Eso es cierto. Lauren es la persona más prudente y discreta que conozco.

—Yo he estado en su apartamento… ¿Dónde vive su mujer? —pregunto mientras sigo aferrándome a que es un error.

—Eso no lo sé. Tendrá otro apartamento.

—Puede que sea su exmujer, o que estén en trámites de divorcio o que…

—Maddy… Lauren ha visto a una pareja normal, feliz, preocupada por lo que le ha ocurrido…

No sé qué decir. No sé si colgar. No sé si gritar, llorar o simplemente quedarme aquí, quieta, con el albornoz aún húmedo pegado a la piel y la mente a punto de estallarme.

Casado…

Trevor…

El que me hacía reír. El que siempre se quejaba de nuestras agendas. El que hablaba de un futuro en el que nos sobraría tiempo y hacía que deseara que la semana pasara rápido solo para volver a verlo. El de la escapada en un fin de semana a una preciosa cabaña. El que me regaló un ramo de flores marchitas por dejarlas al sol. El que cocinaba la mejor pasta que he probado en mi vida. El que me hacía sentir especial entre las sábanas.

El chico con falta de tiempo…

Claro. Es lo que ocurre cuando tienes una doble agenda.

¡Maldito capullo!

¡Está casado!

Peter está diciéndome algo, pero apenas puedo escucharlo hasta que me alza la voz.

—Maddy…

—Sí, dime, sigo aquí.

—Dime qué estás pensando… Puede que te vaya bien.

—¿Terapia de hermanos? —le digo en un tono que sé que le va a tranquilizar.

—Eso mismo.

—Sin dramas —le recuerdo.

Peter se echa a reír. Ya me conoce. Sabe lo mucho que odio las situaciones dramáticas.

—Te puedes permitir el lujo de que esto te duela, Maddy, no es cuestión de dramas.

—¿Y si se trata de una maldición, Peter? La maldición de los Abbott.

Peter suelta una carcajada.

—Nunca lo había pensado. Puede ser que una bruja muy cabreada y muy mala nos condenara eternamente.

—No hables en plural. A ti no te afecta la maldición. En tu caso es distinto. Tú estás en el otro bando.

Se echa a reír, sabe que no pretendo atacarle.

—Eso se llama excepción.

—¿Así llamas a fastidiarla con Ava?

—Eso forma parte del pasado. Errores que se cometen… Pero Ava y yo estábamos destinados a ser amigos. No se puede mantener una relación con alguien a quien quieres como una amiga.

—Pero podías haberlo solucionado de otro modo…

Ava y Peter salieron durante meses hasta que Peter se lió con una chica que conoció durante un vuelo, en un viaje de trabajo. Dejó a Ava por esa chica, pero solo duró un par de meses más con ella.

—¡Eh! No me ataques con eso. Eso es pasado y ya sabes que Ava y yo somos buenos amigos —me dice con mucha ternura.

—No será el caso de Trevor… ¿Amigos? ¡Menudo cabrón!

—Lo siento, Maddy.

—Estoy bien, Peter, pero no me lo esperaba.

—Lo sé —me dice volviendo a ese tono que utiliza cuando quiere calmarme.

—No quiero hablar más de él.

—Está bien. Pues hablemos de la maldición. ¿Supongo que estabas bromeando?

—Peter…

—Solo cambiaba de tema —me dice riéndose.

—Pues elige otro. Por cierto… ¿Qué sabes de… ellos?

—Ya te lo conté, hablé la semana pasada. Están bien. ¿Y tú?

—Lo mismo. Hablé un día después que tú.

—Puede que los llame mañana…

—Ajá… ¿Trevor sigue en el hospital? —le sorprendo cambiando radicalmente de tema.

Tarda unos segundos en reaccionar.

—Sí, creo que sí. Pero… ¿por qué quieres saberlo? Maddy, espero que no se te haya cruzado ni siquiera por la cabeza acudir al hospital.

—No, claro que no, Peter, no digas tonterías. ¿Cómo quieres que me presente allí? ¿Cómo se te ocurre pensarlo?

—A veces, me sorprendes.

—Pues quédate tranquilo.

—Lo siento, de verdad. ¿Estás muy pillada de él?

Esa pregunta me sorprende. No sé bien qué contestar.

—No hemos tenido tiempo de profundizar mucho… Me gustaba estar con él, eso es todo. Lo pasábamos bien. No nos veíamos mucho porque solía viajar por trabajo, pero el jueves era casi sagrado reservarlo para nosotros.

—No sé si viajaba o no, pero creo que tenía dos agendas.

—¿Desde cuándo está casado?

—Maddy, esa información no creo que la maneje Lauren… ¿Qué importa?

—¿Lauren es su enfermera? ¿Él es su paciente?

—No, no lo es. Solo sabe que fue su mujer la que tramitó su ingreso y que es su acompañante. Lo reconoció e hizo algunas

averiguaciones. Conociéndola, seguro que se informó bien de la situación y después me llamó.

—Tengo que colgar, necesito pensar.

—¿Quieres que vaya a tu casa?

—No, estoy bien.

—¿Me llamarás después?

—Estaré bien. Te llamo mañana.

—¿Un mensaje para decirme que estás bien antes de acostarte?

—¡Hecho!

—Maddy, no… merece la pena que lo pases mal.

—Concédeme un duelo de al menos unas horas.

—Eso es comprensible —me dice antes de colgar y de decirme que me quiere.

Me quedo inmóvil durante un buen rato intentando asimilar lo que Peter me ha contado. Tengo una mezcla de tristeza y de asco que se centra en mi estómago.

Repaso mentalmente nuestros encuentros y empiezo a entender algunas excusas y algunas ausencias.

Y… ocurre lo que nunca hubiera deseado que ocurriera.

Él me viene a la cabeza.

Es lo último que habría deseado en este momento.

Ya han pasado seis años, sin embargo, todavía se cuela de vez en cuando en mi mente. Pero ha elegido un mal momento. ¿Qué pretende mi cerebro, torturarme? ¿Recordarme que una vez me ocurrió algo parecido?

Aquella vez dolió más, mucho más, increíblemente más.

¡Maldita sea!

Recreo aquella maldita imagen que he inmortalizado.

Aquel cristal que nos separaba…

Aquellas risas…

Las palabras de consuelo de Asher, mi mejor amigo…

Silencio.

De ese que hace que despiertes de un absurdo trance.

¡A la mierda! No pienso pensar en eso ahora. ¿Cómo he podido ser tan estúpida de permitirme recrear esa maldita imagen? Eso

ahora no me importa lo más mínimo. Solo es un mal recuerdo, y ahora tengo otro asunto que ocupa mi mente.

Doy un salto, uno de esos que podría haber puesto en peligro mi delicado equilibrio.

Me dedico en cuerpo y alma, a toda prisa, a obtener mi mejor versión.

Me visto, me maquillo suavemente, me recojo el cabello en una cola alta, me miro dos veces en el espejo para asegurarme de que estoy espléndida y salgo de mi apartamento en dirección al hospital Lenox Hill.

Me propongo visitar a mi querido novio enfermo. El que olvidó mencionarme que tenía una esposa.

Debería haberlo meditado, pero no lo he hecho. Hoy simplemente voy a hacer lo que me apetece.

2

Derek

Tres escusas son suficientes

Me descalzo y voy directo a por una copa de vino blanco, como quien cumple un ritual sagrado. Es lo que más me gusta hacer al llegar a casa después de un día tan largo como el de hoy. Pero hoy los dioses no están de mi parte: el portero acaba de anunciarme que Delaney está subiendo hacia mi apartamento.

Dios… ¿por qué no puede entender ese hombre que, aunque ella esté en la lista de personas autorizadas, debería preguntarme si me apetece recibir a alguien o no? El edificio tiene dos accesos, así que le sobra tiempo para consultármelo por el canal interno mientras se acerca la visita. Pero no hay forma. Es como intentar discutir con una cafetera. Si lo comparo es porque yo discuto con la que tengo en el despacho. Lo hago los días que me falla, especialmente esos que todo parece torcerse y un buen café podría ayudar, pero al menos sé que no puede escucharme.

Escucho el timbre. Me acerco a la puerta, maldiciendo en silencio. Esta semana ya he improvisado dos excusas para no ver a Delaney. Dos.

Hace unos tres meses que salimos, por llamarlo de alguna manera. Es encantadora y lo pasamos muy bien cuando estamos juntos, pero no tengo intención de que aumente la frecuencia en la que nos vemos y tengo la sensación de que ella no opina igual.

Abro la puerta. Delaney está ahí plantada. Tiene una expresión extraña. ¿Enfadada? Sí, sin duda.

—No recuerdo que hubiéramos quedado esta noche —le digo, cruzándome de brazos en el marco de la puerta. No pretendo que suene como un reproche, pero tampoco me esfuerzo por mostrarme muy amable.

—¿No te gustan las sorpresas? —me dice acercándose y besándome suavemente en los labios.

«No», pienso, pero no se lo digo.

Estoy muy cansado, ha sido un día desastroso en el despacho, pero debería ser más justo y disfrutar de su compañía. No voy a

sentenciarla solo porque me haya propuesto dos veces en pocos días que nos veamos.

Me dirijo a la cocina y vuelvo poco después con una copa de vino que le ofrezco con una media sonrisa. La acepta con un movimiento lento mientras me mira desafiante.

—Supongo que has estado muy ocupado…

No me queda claro si es un reproche.

—Supones bien —le contesto con frialdad por si acaso lo es.

Se crea un silencio incómodo, pero se escucha un sonido que a ambos nos hace mirar en dirección al sofá, donde se encuentra mi móvil.

Agradezco en silencio la interrupción. Ahora sí que los dioses están de mi parte. La conversación no prometía mucho.

Ese sonido es el que he asignado a los mensajes de Brooke, mi hermana.

—Si me disculpas… —le digo acercándome al sofá y apoderándome de mi móvil: mi salvador.

Leo el mensaje sin prisa.

Hola, móvil de Derek. Soy la hermana de Derek. ¿Seguro que le entregas mis mensajes? Ya sé que es adicto al trabajo, pero esta vez asegúrate de decirle que, si antes de que acabe el día no me llama, llamaré a la policía y denunciaré su desaparición. No, mejor dile que me presentaré en su casa y practicaré con mi nuevo juego de cuchillos, uno japonés con un corte preciso y rápido. Seguro que se imaginará qué parte de su cuerpo pienso hacer picadillo. ¡Ah! Y dile que le quiero.

Sonrío abiertamente. Así es ella. Así es mi hermana. Nunca pierde su sentido del humor. Por un momento, pienso en que llevo días sin comunicarme con ella y me siento culpable, pero la voz de Delaney interrumpe mi momento de reflexión.

—Vaya, hay alguien que te está haciendo muy feliz —dice Delaney, frunciendo ligeramente el ceño. Claramente se refiere a mi sonrisa.

—Eso parece —le contesto fríamente dejando de nuevo el móvil en el sofá, su lugar habitual.

—A mí no me has sonreído así cuando me has visto en la puerta.

Esto está dando un giro que no me gusta. No me gusta nada, absolutamente nada.

—Se trata de mi hermana —le digo sin saber por qué se lo he aclarado—. Voy al baño.

Y es lo que hago mientras observo que se acomoda en el sofá.

Necesito contar hasta diez y decidir cómo conducir esta situación. Siento que ha venido con una lista mental de reproches y yo no tengo ni energía ni ganas para afrontarlos, pero puede que esté equivocado.

Respiro. Cuento hasta diez. Hasta veinte. No sirve de nada. Vuelvo al salón dispuesto a reconducir la situación. Puede que el cansancio me esté pasando factura.

Delaney sigue sentada en el sofá, consultando algo en su móvil.

Desde esta distancia, algo llama mi atención. Aún no se ha dado cuenta de mi presencia y aprovecho para acercarme lentamente.

No es «su» móvil. Es «mi» móvil el que tiene en las manos, no tengo ninguna duda.

¡No puede ser!

La sangre me hierve.

—¿Se puede saber qué estás haciendo con mi móvil? —pregunto, en un tono más elevado de lo que me habría gustado expresar.

Se sobresalta y me mira con los ojos muy abiertos.

—Yo estaba… bueno, solo estaba comprobando si… está dañado. Al sentarme lo he rozado y se ha caído y ha chocado con esa pata puntiaguda… ¡No lo he visto!

Se lo arrebato bruscamente de las manos. Observo rápidamente la pantalla y veo que no está desbloqueada. Por un momento, he pensado que podría haber observado mi contraseña o… cualquier cosa. A saber… No he tenido tiempo de pensar.

—Ha sido un accidente, Derek, ¿qué te pasa? Se ha caído y estaba comprobando si se ha roto —me dice enfadada—. Creo que tiene un…

—¿Un accidente? No sé qué pretendías, pero eso no va conmigo… —le digo en un tono algo despectivo.

—¿Yo? ¿Pero qué estás insinuando? —pregunta abriendo más los ojos.

—¿Que qué estoy insinuando? —repito, clavando mi mirada en la suya—. Creo que está muy claro.

—Te he dicho que se ha caído. ¿Para qué quiero yo mirar en tu móvil? Además, se supone que tendrás una contraseña…

—Parecías muy interesada en el mensaje que he recibido…

—No me puedo creer que me estés diciendo algo así.

Se levanta y se cruza de brazos.

—Delaney, no ha sido buena idea que vinieras, de hecho, tampoco te he invitado, así que lo mejor será que te marches.

Se toma su tiempo en procesar mis palabras. Abre ligeramente la boca. No sé si es por la sorpresa o porque quiere decir algo.

Silencio.

Me lanza una mirada asesina, coge su bolso, lo aprieta con fuerza y se dirige a la puerta.

—¿Cómo puedes ser tan despreciable?

El portazo resuena en toda la casa, hasta el portero lo ha oído.

No es el desenlace que yo habría elegido, pero ¿qué pretendía encontrar en mi móvil? ¿Creía que no tenía contraseña de acceso? ¿O es que estoy en lo cierto y la ha averiguado observándome sin que me diera cuenta?

¿Despreciable? ¿Así me ha llamado? Mucho más despreciable es intentar acceder a mi móvil. Eso sí que es patético.

Me dejo caer en el sofá y miro el objeto de la discordia. Observo una grieta profunda en una de las esquinas de la pantalla. El protector está dañado seriamente.

Me quedo bloqueado durante un buen rato.

Ha dicho que se ha caído…

Lo había dejado en el sofá después de leer el mensaje de mi hermana…

Quizás fuera verdad. Ha mencionado la pata… Se debía referir a la pata de la mesa. «Puntiaguda», eso ha dicho también. Y es

verdad. Tiene unos picos en la base.

¿Será verdad que se ha caído? ¿Un accidente como ha dicho? ¿O se le ha caído porque estaba intentando acceder a él?

La teoría del accidente tiene más sentido, pero ya no sé qué pensar.

¿Y si me he precipitado? Joder, la he echado de mi casa. Parecía muy indignada.

Después de diez minutos sintiendo que mi estómago no puede dar más vueltas, me decido por llamar a Brooke. Es lo que suelo hacer siempre que me siento agobiado.

Me desahogaré con ella, como siempre.

Descuelga al tercer tono.

—Buenas noches, dígame —contesta con tono burlón.

—Hola, Brooke. Como ves, no estoy dispuesto a enfrentarme a tu nuevo juego de cuchillos.

—¡Hola! —exclama fingiendo sorpresa—. ¿Eres tú? Dime que no has contratado a alguien con tu voz. Dime que no estás haciendo algo raro, algo que has programado para hacerse pasar por ti. Dime que eres tú.

—Soy yo, Brooke. Si descubro que hay algo con esa capacidad, lo compraré seguro.

—Has tardado demasiado poco en llamarme… ¿Tanto te han impactado mis amenazas?

—Mucho. Sé lo que eres capaz de hacer con un cuchillo…

Brooke es enfermera, pero es una gran aficionada a cocinar. Combina su profesión en el hospital con su formación como chef, aunque no pretende ejercer nunca como tal.

—No, creo que aún no lo sabes.

—¿Cómo estás? —le pregunto, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sofá.

—Aparte de enfadada con mi hermano porque en toda la semana no se ha dignado a dar señales de vida porque siempre está muy ocupado, bien. Y lo estoy porque acabo de romper con Matt —me suelta con una mezcla de sarcasmo y resignación.

—¿En serio? ¿Habéis roto? Vaya, pero si llevabais una eternidad saliendo…

—¿Una eternidad? Derek, llevábamos cuatro meses —resopla.

—Pues eso, una eternidad. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Es que me he dado cuenta de que es de ese tipo de personas que siempre están, pero nunca terminan de estar. Siempre correcto, siempre atento… pero con un pie fuera. Y a mí me gusta la gente que se lanza, que se moja. Con él todo era tibio. ¿Me he explicado?

—Creo que he entendido que te morías de aburrimiento con él.

—No siempre, pero últimamente sí. Al principio, me pareció que era un buen contraste para mí, pero… no ha podido ser. No hay drama, hemos terminado de forma madura y hasta nos hemos reído.

—Eso es genial. Entonces ¿estás bien?

—Estupendamente. ¿Y tú?

—Yo acabo de pasar por lo mismo, pero el desenlace no ha sido tan bonito. Delaney se acaba de marchar, de hecho, la he echado.

—Delaney… ¿Así se llama con la que estabas saliendo? Me comentaste algo, pero no creía que fuera serio —me aclara confundida.

—Serio, lo que se dice serio… El caso es que… Bueno… en realidad no sé si ha habido un malentendido. La he encontrado con mi móvil en la mano y he pensado que estaba consultando mis mensajes.

—¿En serio? ¿Tiene acceso? —pregunta algo espantada.

—No, pero eso es lo que he creído. Ha sido todo muy rápido. No sé si estaba comprobando si se había roto porque se ha caído del… En resumen, que se ha terminado.

—Joder, Derek. ¿Estaba husmeando en tu móvil o no? Espero que en los tribunales te expliques mejor. No he entendido nada.

Me echo a reír y le cuento con detalle lo ocurrido.

—¿Tiene arreglo? —me pregunta cuando termino mi breve relato.

—¿El móvil?

—No, joder, me refiero a la relación.

—No era una relación, Brooke. Y no, no tiene arreglo.

—Pero no sabes si ha sido un accidente o estaba husmeando… Si lo hablas con ella…

—No quería que acabara así, pero creo que es lo mejor. Esa imagen de ella con mi móvil en la mano… me ha desarmado. Y esas preguntitas irónicas relacionadas con tu mensaje…

Brooke guarda silencio.

—¿Sigues ahí? —le pregunto sorprendido. Es extraño que no diga nada.

—Derek, deduzco que no te importaba mucho esa chica, pero, por otro lado, creo que tienes que superar eso —dice con firmeza.

—¿Por qué me dices eso? ¿Superar qué?

—Creo que ves ese tipo de actitudes donde no las hay. No es la primera vez que te ocurre, ¿cierto? Es como una obsesión…

—Te aseguro que lo que te acabo de contar no tiene nada que ver con lo que tú insinúas.

—Bien, si es así, me tranquiliza —me dice con una voz cargada de tristeza.

—Brooke, te aseguro que es un caso aislado, que no tengo ninguna obsesión y que, con accidente de móvil o no, no hubiéramos durado mucho. ¿Mejor?

—Mejor. Me gusta asegurarme de que tienes claro que el pasado es pasado.

—Clarísimo. ¿Qué tal si hablamos de otra cosa?

Por suerte, me hace caso y cambia de tema. Acabamos riéndonos y poniéndonos al día de otros temas. Y, como siempre, consigue hacer que me sienta bien.

Cuando cuelgo, me invade un vacío extraño. No sé exactamente por qué. Tal vez por lo que me ha dicho.

Esas palabras… «Obsesión», «Pasado».

No me han gustado.

¿Tendrá razón? ¿Será cierto que ese tipo de actitudes me obsesionan? Tal vez.

Ha sido verla con el móvil en la mano y…

Ha sido ese interrogatorio sobre el mensaje y…

Conmigo… eso no funciona.

Y tengo mis motivos. Unos odiosos motivos.

Pasado…

¿A qué pasado se refería Brooke?

¿A aquella maldita tarde de verano diecinueve años atrás?

Claro que sí, no podía ser de otro modo.

Ella no podía referirse a otro pasado, uno más reciente. Uno ocurrido seis años atrás, uno con nombre de mujer.

¡No quiero pensar en ella! Juré no hacerlo nunca más.

3

Derek

Aquella tarde de verano.

Albany, Nueva York. Diecinueve años antes.

El aire está caliente esta tarde. Miro por la ventana del salón y veo las luces de la ambulancia reflejadas en todo el jardín. También las de los coches de policía, aunque esas no molestan tanto.

Se escuchan voces por todas partes. Todo el mundo habla a la vez, creando una confusión difícil de entender. Unos gritan, otros murmuran… otros lloran, como mi madre y Brooke.

Están abrazadas. Mi madre consuela a Brooke, y la señora Weston consuela a mi madre.

Yo ya he recibido mi parte de caricias y consuelo por parte de todos, especialmente de mi tío Spencer, pero ahora está ocupado hablando con los médicos y los policías.

Asher está a mi lado. Es mi mejor amigo desde que tengo uso de razón, y el señor Weston, su padre, está con nosotros, aunque más pendiente de mi madre y de mi hermana, que son capaces de manifestar lo que sienten. Yo no.

Yo he optado por el silencio mientras intento que mi cabeza sea capaz de ordenar todo lo vivido.

Hace tan solo unos cuarenta minutos, o quizás algo más, yo estaba jugando al escondite con Brooke. La he retado a encontrarme asegurándole que no sería capaz. Sé que no le apetecía mucho jugar conmigo porque ha cambiado un poco. Ahora está pendiente de otras cosas. Ya tiene doce años y yo solo diez.

No me ha encontrado, a pesar de haber pasado por delante de mí varias veces. Creo que nunca lo habría conseguido, y sé que se

habría enfadado porque me habría dicho que no entraba en las normas del juego esconderme en la vieja caseta de la casa contigua, la de la señora Mildred, la anciana que se fue a vivir con su sobrina.

Si mi madre se hubiera enterado de que he saltado la valla y me he colado en la caseta, se habría enfadado, pero eso ahora ya no importa.

Los gritos han interrumpido el juego al escondite, y quizás también nuestras vidas, y todavía no sé cómo van a ser a partir de ahora.

Mi tío Spencer entra de nuevo en casa, donde nos encontramos, y les explica a los adultos que siguen las labores de rescate. El resto no lo he entendido, pero creo que ha dicho algunas palabras tranquilizadoras, a juzgar por la expresión que ha puesto mi madre nombrando a Dios.

Mi tío me acaricia y me pregunta si estoy bien. Yo asiento con la cabeza y me dejo abrazar por él. Me murmura al oído que todo va a salir bien, y mi cuerpo se relaja.

El padre de Asher interviene para decirme que esta noche la voy a pasar en su casa junto a mi amigo. Por un lado, es lo que quiero, pero por otro preferiría estar con mi tío, aunque sé que no es posible porque esta noche tiene que ir al hospital.

La mejor amiga de Brooke está a punto de venir a buscarla. Lo he oído de pasada, aunque nadie me lo ha explicado directamente.

Asher no me dice nada, solo me da algún suave codazo de vez en cuando. Cuando lo miro, me enseña el dedo pulgar: es la manera que tenemos de decirnos que algo es bueno, aunque no entiendo a qué se refiere ahora. Asher es especial, y a veces no consigo entenderlo porque dicen que es más inteligente de lo que le correspondería por su edad, pero la mayoría de las veces habla de cosas que puedo entender.

Media hora después, a pesar de mis protestas, la familia de Asher insiste en que nos marchemos.

Mi tío Spencer me da otro abrazo y vuelve a prometerme que todo irá bien. Me habla del accidente, igual que Brooke y mi madre, que se acercan, me besan con insistencia y se despiden.

Cuando atravesamos el jardín, me da escalofríos ver las luces de la ambulancia de nuevo.

Nadie sabe que estaba escondido en la caseta abandonada del jardín de la señora Mildred. Nadie sabe que, mientras arrugaba la nariz por el olor a humedad y a restos de fertilizante, he visto todo.

Todos hablan de un accidente.

Yo sé que no lo ha sido.

Lo he visto todo.

Pero guardo silencio.

Y así será durante mucho tiempo.

4

Madison

¿Ha merecido la pena?

Debería estar en el gimnasio, sudando hasta quedarme deshidratada. Habría sido una buena terapia. Pero no. Por alguna razón que desconozco, y que no estoy dispuesta a plantearme ahora mismo, he elegido acudir al hospital donde se encuentra Trevor.

El trayecto desde East Harlem, el barrio donde resido en Manhattan, hasta el Hospital Lenox Hill me ha llevado más de cuarenta minutos. Veinte de ellos los he empleado en preguntarme por qué me siento así, tan llena de rabia. Una cosa es que la sienta y otra que me haya invadido como si se tratara de un virus. Pero no he llegado a ninguna conclusión, así que he mantenido mis planes. Y los otros veinte minutos los he dedicado a intentar comunicarme con Lauren. Lo he conseguido. Ella es la única persona que podía decirme dónde dirigirme directamente sin tener que identificarme y sin pedir ayuda; seguramente en algún momento me habrían impedido el acceso.

No estoy segura de cómo funciona en este hospital, pero en el hospital Mount Sinai, donde trabajo, las visitas deben estar autorizadas y la mayoría de las veces solo se permiten a familiares cercanos, excepto si el paciente lo especifica.

Lauren no se ha mostrado muy conforme con mi visita, pero me ha proporcionado la información en cuanto le he dicho que era importante para mí y me he comprometido a no nombrarla. De hacerlo, podría traerle problemas.

Habitación 232 del ala este, segunda planta. Hacia allí me dirijo.

Respiro hondo antes de entrar en la habitación y me detengo a observar la puerta cerrada. No sé por qué me asaltan las dudas, pero me digo a mí misma que debo entrar.

«Aún estás a tiempo de marcharte, Madison», me indica mi conciencia.

Dudo.

Dudo más.

Trevor y yo hemos estado saliendo durante unos meses. Nos hemos visto uno o dos días por semana, más un fin de semana completo que pasamos en una preciosa casita que alquiló en Lake George, Nueva York. Todo ello debe sumar unos quince encuentros: todos maravillosos. Pero está casado… Y ese «detalle» lo cambia todo. Para empezar, mi derecho a elegir. Vamos, lo que se dice no vivir bajo una puta mentira.

No hay dudas. Le he preguntado a Lauren varias veces si cabría la posibilidad de que se hubiera equivocado, pero me lo ha negado de forma contundente.

Es más que suficiente para animarme a entrar.

Allá voy.

Abro lentamente la puerta, sin llamar primero.

Nada más hacerlo, me encuentro con la expresión estupefacta de Trevor. Tiene buen aspecto, pero en cuanto me ve, palidece.

Está solo, no hay nadie más en la habitación.

No había pensado que eso pudiera ocurrir. Me asaltan las dudas de nuevo…

Ya no hay marcha atrás.

Mi sonrisa se extiende de oreja a oreja. Me acerco rápidamente a él, que está tumbado en la cama.

—Hola, cariño —le digo acercándome todo lo que me permite su cama—. He venido en cuanto me he enterado. ¿Por qué no me has llamado?

Que le llame cariño le ha debido sorprender todavía más que mi presencia.

Se intenta incorporar en la cama, está visiblemente afectado. Me mira fijamente como si tuviera un monstruo peludo delante.

—Ma… Madison... —titubea—. ¿Qué… qué haces aquí?

—¿Cómo te encuentras? —le digo acariciándole la mejilla mientras continúo con mi interpretación; una que hasta a mí me repele—. ¿Qué te ha ocurrido?

—¿Cómo te has enterado? —me pregunta mirando hacia la puerta.

Eso solo me indica que su acompañante puede volver en cualquier momento. Eso me gusta.

—Magia. Yo me entero de todo —le digo sin perder la sonrisa. Aunque empiezo a notar que mi mandíbula se tensa de tanto forzarla. Igual si dejo de sonreír soy más creíble. Aunque... no me importa que se lo crea, solo quiero disfrutar de su incomodidad.

—Bueno, es que…

—Dime, ¿qué te ha ocurrido? —le interrumpo con mi falsa preocupación.

—No ha sido nada —responde rápidamente—. Un pequeño accidente con el coche, pero sin consecuencias. Solo que… hice un mal gesto y me dañé el hombro.

—Exactamente, ¿qué te han diagnosticado?

—Estoy bien, Madison —me confiesa con cierto temblor en la voz —. Yo… preferiría... No sé cómo decírtelo sin que te sientas incómoda… Es por una manía mía con la intimidad y…

Ignoro lo que pretende decirme, que no es otra cosa que me largue, y me dirijo a los pies de la cama. Allí se encuentra su historial clínico, colgado sobre la barra de la cama, y me apodero de él.

Estoy disfrutando de su nerviosismo, aunque yo me siento igual.

—Veamos, ¿hay fractura o no? —le digo muy concentrada. Sé que, por el vendaje con el que le han inmovilizado el hombro, no la hay.

Mientras repaso el historial, ocurre algo que me favorece. No puedo pedir más.

Se abre la puerta. Sigo leyendo sin ni siquiera girarme.

La persona que entra se coloca justo a su lado. Levanto la mirada y los observo a ambos. Él tiene los ojos cerrados, ella me mira con interés.

Es bastante guapa. ¿Decepcionada? Sí, claro. Es más satisfactorio ver un adefesio. Ese tipo de consuelos que satisfacen al ego…

—Hola —me dice ella, mirándome para después clavar la mirada en su marido.

Trevor baja la cabeza. Supongo que está rezando para que me marche o para que la tierra se lo trague.

—¿Ocurre algo? ¿Tienen que hacerle alguna intervención? —me pregunta mientras me observa con el ceño fruncido.

Supongo que el silencio de su marido ha debido sorprenderle más que mi presencia. Y supongo, también, que me ha debido confundir al verme con el historial en la mano, a pesar de la ausencia de uniforme.

—Oh, no... —respondo, colocando el historial en su sitio—. Yo no soy su médica. Solo he venido a visitarlo.

Ella vuelve la vista hacia él buscando respuestas, pero él sigue bloqueado.

Trevor me mira suplicante. Sé que a estas alturas ya sabe que estoy informada de quién es su acompañante, pero, a pesar de ello, pretende que le eche una mano.

¿Se la echo? El caso es que empiezo a sentirme mal. ¿Qué narices me está pasando?

—¿Nos conocemos? —pregunta ella, confundida.

No debe comprender por qué nadie nos presenta.

Me lanzo de cabeza, se acabaron las dudas.

—No, creo que no. Yo soy la que Trevor se tira los jueves y algunos sábados. ¿Y tú?

Ella abre la boca ligeramente, pero no dice nada. Abre mucho los ojos. Por un momento, parece que se van a salir de su órbita.

Trevor palidece de nuevo mientras cierra los ojos y baja la cabeza. Después se hace un silencio. Momento que aprovecho para darme la vuelta, dispuesta a salir de la habitación, pero escucho la voz de ella al pasar por mi lado. Se detiene, me mira desafiante y me dice:

—Yo… supongo que la que se tira el resto de la semana.

Me suelta la frase mientras sale a toda prisa de la habitación.

Eso no lo esperaba. No sé si seguir mi camino o esperar.

Decido marcharme.

—¿Era necesario que dijeras eso? —escucho a Trevor detrás de mí, con desprecio en la voz—. Eso es maldad, Madison. Eres vengativa y mala. Eso es lo que eres. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

Esto ha dado un giro inesperado, pero no puedo pensar, solo improvisar.

Me doy la vuelta lentamente.

—Tendríamos que haber follado unos cuantos jueves más para que te dieras cuenta, Trevor. Ahora ya lo has descubierto —le respondo, mirándolo directamente—. Espero que tu hombro se recupere pronto.

Y me marcho, por fin.

Cuando salgo de la habitación, siento unas ganas tremendas de que me trague la tierra.

Me aferro a mi bolso como si fuera mi salvación y atravieso los pasillos casi sin ver por dónde camino.

Al llegar al exterior, respiro hondo, pero no consigo sentirme mejor.

Tardo unos minutos en localizar mi coche en el parking exterior. Cuando lo hago, entro a toda prisa y me quedo unos segundos parada, mirando el volante como si fuera un desconocido.

Me miro en el retrovisor interior y niego con la cabeza.

«Vengativa y mala».

¿Así me ha llamado?

Debería estar sonriente, satisfecha, recreándome en su imagen desesperada, pero no puedo.

Joder. ¿Qué me costaba pensar un poco antes de presentarme aquí?

Esa mujer no tiene la culpa.

Y yo...

Yo tampoco.

Bueno, ya está hecho.

Pongo el coche en marcha, decidida a llegar a mi apartamento y pasar una hora debajo de la ducha.

Necesito aclararme. Necesito olvidar este patético episodio.

Entonces, mientras agradezco en silencio que esa ruta esté libre de tráfico, recibo una llamada. Se trata de Jenny.

No sé si contestar o no. No me apetece, pero algo dentro de mí me dice que debo hacerlo.

Activo el altavoz.

—Hola, Jenny —le digo, intentando que mi voz suene normal.

Escucho una respiración agitada al otro lado.

—Madison... está en el suelo... está inconsciente... Austin... Por favor, tienes que venir... Tienes que venir a mi casa…

Me aferro al volante muy tensa.

—Jenny... ¿qué estás diciendo? ¿Austin está inconsciente? ¿Qué ha pasado?

—Está ahí, está mal. Se ha dado un golpe...

—¿Has llamado a una ambulancia?

—No, no. Quiero que vengas tú. Tú tienes que decirme cómo está... Tú eres médico.

Algo va mal.

—Vale, de acuerdo —respondo, intentando mantener la calma—. Voy para allá, pero tienes que decirme si respira, Jenny.

—No lo sé. Tienes que venir.

—Estaré allí en diez minutos. Pero comprueba si respira, Jenny. ¡Compruébalo!

—No, no quiero tocarlo. No sé si respira.

—Vale, tranquila. De acuerdo —cedo—. ¿Hay sangre? ¿Ves sangre?

Tarda en contestar y me desespero.

—Jenny, contéstame.

—Sí... sí, hay sangre.

Sin darme cuenta, acelero.

No sé qué ha pasado. Miles de imágenes se me cruzan por la cabeza, ninguna buena.

Maldigo en silencio.

¡Lo sabía!

Sabía que Jenny no había cambiado.

No debí permitir que volviera a mi vida.

5
Madison

Me lo temía

Subo las escaleras de dos en dos hasta llegar a la planta de Jenny. Los recuerdos se agolpan en mi cabeza: hacía mucho tiempo que no pisaba este edificio. Durante seis meses, compartí el apartamento al que me dirijo con Jenny. Fue cuando me mudé a Manhattan para terminar mi residencia en Medicina Interna, hace más de dos años.

Al llegar, me encuentro con la señora Carmichael, la vecina de al lado, justo delante de su apartamento.

¡Mierda!

—Madison… —me dice con expresión de preocupación—. Cuánto tiempo sin verte… ¿Ha pasado algo? He oído gritos…

—Señora Carmichael, ahora no puedo entretenerme —respondo, intentando mantener la calma—. Me alegro de verla, ya pasaré luego a saludarla.

Llamo a la puerta golpeando con los nudillos a la vez que pulso el timbre, bajo la atenta mirada de la vecina.

¿Ha dicho que ha escuchado gritos?

Jenny abre despacio. Su rostro muestra una mezcla de miedo y desconcierto difícil de definir.

Me cuelo dentro antes de que pueda decir nada. Ella se queda paralizada en el umbral.

Lo que me encuentro es más o menos lo que temía, pero no esperaba que me impactara tanto.

Austin está semitumbado en el suelo. Su espalda descansa contra una vitrina y su cabeza cuelga ladeada en una postura alarmante. Distingo una herida sangrante en su cabeza y manchas de sangre que le empapan el hombro izquierdo.

Respira.

¿Dónde narices está Jenny?

Me arrodillo a su lado de inmediato y le tomo el pulso: es muy débil.

Oigo pasos lentos detrás de mí y, para mi sorpresa, al girarme, veo a la señora Carmichael. Está parada detrás de mí con el rostro

desencajado.

Jenny sigue sin aparecer, pero la vecina me será más útil.

—Necesito una toalla limpia, rápido —le ordeno.

La anciana, ágil y dispuesta a ayudar, no pierde ni un segundo en salir del salón para cumplir con mi petición.

Llamo a emergencias. Les describo la situación de forma clara y concisa: varón inconsciente, traumatismo craneal, respiración y pulso inestables. Cuando cuelgo, Jenny está de pie tras de mí, a cierta distancia.

La señora Carmichael aparece con la toalla. La coloco sobre la herida, aplicando una presión suave pero constante.

No tengo más medios. No puedo hacer mucho más. Lo único que puedo hacer es esperar a que llegue la ambulancia.

Jenny entra en el salón, por fin, y se queda parada a unos metros de mí.

—Necesito otra toalla, por favor —le pido a la anciana, en un intento de alejarla del escenario.

—¿Qué has hecho, Jenny? —pregunto sin mirarla, centrada en Austin.

Siento su mirada clavada en mi espalda. Me doy la vuelta y me enfrento a su mirada. Sabe perfectamente que no es una pregunta cualquiera, sino una acusación.

No dice nada. No se defiende.

—Dime que está vivo —me pide en un susurro.

—Sí, lo está… De momento —respondo volviendo a ocuparme de Austin.

La oigo acercarse más.

—Nos peleamos —balbucea—. Me llamó loca… y me ignoró y se rio de mí… Luego… se cayó. Fue un accidente... Me empujó y le empujé. Se golpeó con eso… Fue un accidente. ¿Está vivo?

No quiero escucharla. Ahora mismo, lo único que importa es Austin. Le abro un párpado con cuidado: pupilas reactivas, pero lentas. Mala señal. Mantengo la presión en la herida mientras evalúo su respuesta al dolor. No hay reacción.

—¡Maldita sea! ¿Cuándo va a llegar esa ambulancia? —grito desesperada.

La señora Carmichael vuelve con la segunda toalla y me presiona en un hombro en señal de consuelo.

—No puede tardar. ¿Quieres que llame de nuevo?

Asiento con la cabeza, pero mientras alcanzo mi móvil para entregárselo a ella, el timbre de la puerta me hace suspirar de alivio.

6

Derek

Una buena noticia y otra menos buena

—¡Enhorabuena! —me dice Zack asomando la cabeza en mi despacho refiriéndose al caso que he ganado.

—Gracias —le contesto.

—Eres un crack —me dice utilizando las mismas palabras que a veces utilizo yo cuando se trata de él.

Dicho esto, desaparece, dejándome con una gran sonrisa dibujada, la misma que se ha instalado en mí desde hace unas horas.

El motivo es la sentencia del juez. Cadena perpetua sin posibilidad de salir jamás. Y solo tiene cuarenta y tres años.

Hoy siento que se ha hecho justicia. En mi trabajo no siempre es así, pero hoy es de esos días que me siento orgulloso de ser abogado penalista.

Hoy, el cliente al que he representado puede respirar más tranquilo, a pesar de haber perdido a un hijo asesinado a puñaladas durante un atraco. La culpabilidad del acusado no ha sido un problema, pero sí lo ha sido demostrar que no fueron el alcohol ni las drogas lo que le llevaron a matar al hijo de mi cliente porque se negó a entregarle las llaves de su coche en un aparcamiento, como pretendía hacer creer su abogado.

Salgo al pasillo dispuesto a averiguar si mi tío Spencer, «solo» Spencer cuando estamos trabajando, ha terminado su reunión. Antes de que pueda consultarle a su secretaria, la puerta de su despacho se abre. Sale acompañado de un matrimonio de mediana edad. Me hace una señal con la mano y desaparece con ellos en dirección a la salida.

Me dirijo a su despacho dispuesto a esperarle. Sé que volverá en breve y así lo hace.

No me da la enhorabuena porque ya lo ha hecho por teléfono en cuanto le he llamado para informarle.

—¿Sabes quiénes eran? —me dice nada más entrar y tomar asiento detrás de su amplio escritorio.

—¿Debería?

—Son los padres de Austin.

—¿Austin Sullivan? —pregunto sorprendido.

Mi tío asiente con la cabeza.

Austin es un joven que años atrás realizó unas prácticas en el bufete como programador informático. A partir de ese momento, hemos recurrido a él en muchas ocasiones para que nos busque información compleja, de ese tipo que por la vía legal es imposible obtener. Es un crack con la informática y nunca se niega cuando le pedimos ayuda.

—¿Qué les ocurre?

—¿Recuerdas la noticia que comentamos hace unos días? ¿La que apareció en el periódico? ¿La de la hija de esa presentadora, Tessa MacKenna, la que dirige el programa Starline?

—Sí, lo recuerdo. Una agresión, creo recordar.

—Exacto. Pues es la novia de Austin. Y Austin es la víctima.

—¿Austin? ¿En serio? —le digo afectado—. Pero… leí que era grave. ¿Qué ha pasado?

—Está en coma en el Bellevue. Sus padres me han contado que su estado no es muy esperanzador. No han podido revertir el coma, de momento. Tampoco saben las secuelas que podría sufrir en caso de que así sea.

Esa noticia me impacta y me afecta. Austin es un buen chico al que todos apreciamos en el bufete. Es una de esas personas que solo al pensar en ellas viene a la cabeza la palabra «bueno».

—Joder… ¿Austin salía con la hija de esa presentadora?

—Sí, desde hace años. No era una aventura pasajera.

—¿Han venido a contártelo?

—Han venido para pedirnos que les representemos.

—¿Nos han contratado oficialmente?

—No exactamente, más bien nos han pedido que llevemos el caso. Están centrados en los gastos médicos, no pueden permitirse la defensa con nuestro bufete ni con otro similar.

—¿No tienen seguro médico?

—Sí que lo tienen, pero el proceso es largo y se tendrán que enfrentar a gastos extras. Han recurrido a nosotros y… es lo menos

que podemos hacer por él, ¿no crees? Nos ha sacado de muchos apuros. Están hundidos y desesperados.

—Pobre Austin… y pobre familia… Él nos ha salvado el culo muchas veces… Es lo menos que podemos hacer.

—Será un caso mediático.

—¿Eso crees? —le pregunto, contrariado.

—No lo creo, lo sé. Tessa MacKenna, la madre de la chica, es uno de esos personajes polémicos que, tanto por su vida privada como por el contenido del programa que lleva presentando desde hace veinte años, aparece con frecuencia en la prensa rosa. A nuestro favor, que no es precisamente una figura querida por el público. Es altiva y antipática.

—Eso es bueno. Los personajes muy queridos suelen ser un problema. ¿Qué sabes hasta ahora?

—Tengo algunos documentos que me han entregado los padres —dice, señalando la mesa—. Aún tengo que revisarlo todo, pero por lo que me han contado, Jennifer MacKenna llamó a una amiga que es médica para que atendiera a Austin. Llamaron a una ambulancia y Austin ingresó en coma con una lesión cerebral grave.

—Joder, eso suena fatal. Cuánto lo siento por Austin… ¿Qué más se sabe?

—Ella ha declarado que se trata de un accidente. Aún tengo que estudiar los detalles y ver qué se está moviendo en el juzgado. La chica está representada por Helen Moore, del bufete Price & Moore.

—Vaya, un hueso duro. Han contratado a unos buenos abogados.

—No más que nosotros, sobrino —me dice con ese orgullo que tanto me ha servido de referente durante toda mi vida.

—¿Vas a llevarlo tú? —le pregunto, aunque ya intuyo la respuesta.

—Contaré con Zack. Si cambias de opinión…

—No creo que eso ocurra. Mientras pueda elegir…

Nos miramos en silencio. No hace falta decir más. Ambos nos entendemos.

Salgo de su despacho menos sonriente de lo que entré. No solo por la noticia sobre Austin, sino porque últimamente, desde mi

desencuentro con Delaney, han aparecido recuerdos del pasado que creía que estaban bien guardados y sellados.

Y no solo esos recuerdos del pasado, sino otros más recientes. Ella ha aparecido de nuevo en mi mente.

Ella…

Me dejo caer en mi sillón.

No estoy siendo sincero conmigo mismo. No puedo mezclar esos recuerdos. Son cosas distintas. Por un lado, todo lo ocurrido en Albany aquella noche y sus consecuencias. Por otro lado, ella…

Pero no puedo afirmar que hacía años que no pensaba en ella. No es cierto. A veces se cuela en mi cabeza, pero, afortunadamente, con poca frecuencia.

Madison…

Pronunciar su nombre ha sido suficiente para torcerme el ánimo. Así que lo mejor que puedo hacer es seguir trabajando.

7
Madison

¿Un accidente?

El mensaje de Asher, avisando que me llamaría en menos de media hora, me ha pillado por sorpresa. Hablamos hace solo tres días, y no es habitual en él, menos aún en los dos últimos años, desde que se volvió un escritor ermitaño. Pero me alegro. Hablar con él me calma. Es directo, sin adornos. Peter también me ayuda, pero él se inclina más por la protección; Asher, por la claridad.

Asher llegó a mi vida cuando empecé el instituto. Fue en Greensburg, Indiana, el lugar donde nací y crecí hasta que me marché a la Universidad de Pensilvania. Él se mudó a mi pequeño pueblo junto a su padre desde Albany, Nueva York. Cuando llegó, estaba triste por el traslado. Albany había sido su hogar desde los dos años, fecha en que fue adoptado; todo su mundo se quedó allí.

Es la historia de una preciosa amistad.

Sé que esta llamada se debe a lo que hablamos hace unos días. Le puse al corriente de los últimos acontecimientos de mi vida, esos tan «especiales», como mi «ridícula» ruptura con Trevor y el lamentable episodio en la casa de Jenny.

El sonido de mi móvil me sobresalta. Es él. Se me dibuja una gran sonrisa. Es el efecto que siempre ha tenido Asher en mi vida.

—¿Dos veces en una misma semana? ¿A qué debo el honor de que sacrifiques tu tiempo creativo para dedicármelo a mí? —le provoco, estirándome en el sofá.

—Me preocupo por mi mejor amiga y solo recibo una frasecita cargada de ironía y reproche… —responde con voz tranquila.

—Adelante. ¿Qué quejas tienes conmigo?

—Por ejemplo, que todavía no conozcas mi nuevo hogar, uno que estrené hace más de un año: un año, siete meses y doce días para ser exactos —dice, arrastrando las palabras como quien recita una cifra importante.

—Si hace un año, siete meses y doce días no te hubieras marchado a mil doscientas millas de Manhattan, ya conocería tu nuevo hogar —le suelto con un tono infantil.

Asher vive en Ironwood, Michigan. Se marchó hace… todo ese tiempo que ha mencionado, a vivir allí, en una casita frente a un lago. Fue en busca de aislamiento e inspiración: es escritor a jornada completa.

—Venga, Madison. Son muchas millas, pero en todo este tiempo podrías haberte escapado alguna vez. Era tan sencillo como tener vacaciones, esa palabra que tanto te repele. Y era cuestión de ganas de verme. Si no hubiera sido yo el que viajó a Nueva York, no nos habríamos visto en todo ese tiempo.

—¿Hay más reproches? Solo me molestaré en aclararte que ganas de verte nunca me faltan.

—Has conseguido enternecerme, no hay más reproches. Y… contestando a tu primera pregunta: me interesaba mucho saber cómo estás, más que mi proceso creativo. De ahí esta llamada. El otro día estabas algo alterada por todo lo que me contaste. ¿Estás mejor?

—Pues no sé qué decirte.

—He buscado información. Hay varios medios que dan la noticia. Es mediático, tenías razón.

—Pero mi nombre no aparece… La abogada de Jenny me dijo que los testigos se intentan proteger hasta la vista y la prensa los nombra con iniciales.

—Se intenta… Pero es cuestión de tiempo.

—Pues qué gracia me va a hacer leer mi nombre. A saber, qué cuentan… He leído cientos de especulaciones sobre lo ocurrido. Incluso leí que Jenny estaba detenida y que había pagado una fianza muy alta. Y muchas estupideces más. ¿Qué clase de periodistas son esos?

—¿No es cierto? ¿No la han detenido? El otro día estabas muy alterada, apenas me proporcionaste información. Cuéntame ahora.

—No la han detenido. Después de que llegara la ambulancia, tuvo una crisis de ansiedad y se la llevaron a ella también al

hospital. Yo la acompañé. La policía llegó cuando nos marchábamos de su apartamento y después se presentó en el hospital. Me hicieron algunas preguntas y me citaron para el día siguiente. Les conté lo ocurrido. Ella también declaró al día siguiente, pero nadie la ha detenido, eso es falso.

—Pero tiene que haber alguna investigación, algún cargo…

—Sí, claro. No es tan simple. La familia de Austin la ha denunciado y también hay una investigación por parte de la fiscalía. Habrá una vista preliminar dentro de seis días y el juez dictaminará si se celebra un juicio o no, y el destino de Jenny, claro está.

—Vaya, veo que vas dominando la jerga judicial —observa Asher en un tono que me hace reír.

—Sí, lamentablemente es así.

—¿Has dicho seis días? ¿Tan pronto?

—Ya hace dos semanas que ocurrió y, además, es un caso mediático. Al parecer, eso acelera los trámites.

—Entiendo. ¿Cómo está el chico?

—Mal. Su estado no es muy bueno. Sigue en coma. El pronóstico es reservado. Si revierte el coma, podría haber muchas secuelas.

—Entonces, ¿es imposible que se recupere de ninguna de las maneras?

—No es imposible. Hay casos en los que el paciente se recupera, pero son pocos o tienen secuelas importantes. Pero… no conozco el historial ni la evolución con detalles. Solo sé lo que me ha contado Jenny y su abogada.

—Sé cuándo algo te preocupa mucho, Madison. Y aquí hay algo que te preocupa mucho. Tienes razones para sentirte mal, pero ¿qué te preocupa exactamente?

—Me han citado para acudir a esa vista preliminar. Tendré que prestar declaración dentro de seis días. Seis.

—¿Y qué? Solo tienes que contar lo que viviste ese día.

—Ya… —respondo en un susurro, mientras repaso mentalmente cada detalle de aquella tarde.

—¿Qué ocurre, Madison? —insiste con un tono más suave.

—Asher, yo solo acudí a socorrer a una amiga, por llamarlo de algún modo. Pero sé que ella… Ese accidente… Ese golpe… Su

abogada…

Hago una pausa y resoplo.

—Madison… No te estoy entendiendo. Hay mierda en todo eso y quiero que me lo cuentes.

—Asher, yo le dije a la policía que había acudido tras su llamada, que había atendido a Austin y que Jenny estaba en shock. Ya está.

—¿Y no es eso lo que ocurrió?

—Es que… Me va a estallar la cabeza.

—¿Qué pasa, Madison?

—Aquella tarde, mientras atendía a su novio, le pregunté a Jenny qué era lo que había hecho. Se lo pregunté en un tono acusatorio, como dando por hecho que había hecho una locura y… no se defendió.

—¿Es posible que no interpretara tu pregunta o que estuviera en shock?

—Estaba asustada, nerviosa, pero… no en shock; al menos, eso creo. Ya no sé ni qué creer.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Su reacción cuando le preguntaste qué había hecho?

—No solo eso. Después de esa pregunta, ella dijo algo de una discusión, de que él la había llamado loca, de que se había reído, de que la había ignorado y de que se empujaron… Lo he repasado mil veces y sé que lo dijo.

—Entiendo…

—Cuando volví a hablar con ella, dos días después, no mencionó nada de eso. Las dos veces que he hablado con ella estaba acompañada de su madre o de su abogada. Hablamos por teléfono. No dejaba de llorar. Me dijo que aquella tarde Austin estaba enfadado porque ella le había recriminado que tuvieran que posponer un viaje que tenían planeado por culpa de su trabajo. Y que, cuando intentó abrazarlo para reconciliarse, él la rechazó bruscamente y ese gesto hizo que resbalara y se golpeara. No dejaba de decir que, si ella no lo hubiera hecho enfadar, él estaría bien…

—Hay una diferencia en las dos versiones. ¿Te refieres a eso?

—Sí, las hay. Y eso me inquieta. Su abogada me llamó también para decirme que podían citarme como testigo en la vista preliminar. Ayer fui a su despacho. Me pidió que me limitara a decir «la verdad», que Jenny estaba en estado de shock.

—¿Y no le dijiste lo que te dijo Jenny aquella tarde?

—Por un momento, lo pensé, pero esa mujer no dejaba de decir que Jenny podría enfrentarse a una acusación de intento de homicidio. Y, aunque me alejé de ella hace tiempo, no puedo olvidar lo que hizo por mí, Asher. Me llamó incluso su madre, que no conozco, para agradecerme que ayudara a su hija. Eran demasiados elogios, lo encontré un poco forzado. Me sentí algo presionada. Todo eso me deja un cóctel explosivo en la cabeza.

—Te comprendo… La versión del accidente no te convence. Y crees que tanto Jenny como su abogada y su madre intentan que tu declaración sea escueta para reforzar la teoría del accidente.

—Correcto. Lo has definido a la perfección. Hay una parte de esa noche en la que ella habla de empujones, de algún insulto, de reproches hacia él que nadie ha vuelto a mencionar.

—¿Y eso te hace dudar? Y no solo eso, sino que tus recuerdos, los que tienes de Jenny, refuerzan esas dudas.

—Claro que me hacen dudar. Me alejé de Jenny hace mucho tiempo, por su personalidad, por esa necesidad de control…

—Y por lo que ocurrió con aquella chica, la ex de su novio. Recuerdo que eso te atormentó mucho.

La mención a ese episodio me produce escalofríos.

«Atormentó», me repito.

Sí, es una buena manera de describirlo.

—Tienes razón… —le digo intentando que no note lo que me ha afectado esa mención—, y buena memoria.

—Siempre tengo razón y buena memoria.

Ese es uno de esos comentarios suyos que no está cargado de egocentrismo: simplemente lo cree así.

—Debí hacerte caso cuando me la encontré de nuevo, hace seis meses…

—Te aconsejé que te alejaras de ella. Y que conste, que lo has mencionado tú, no es un reproche.

—Lo hice al principio, pero ya sabes lo que ocurrió después. Aquel día al salir de la discoteca… ¿Cómo voy a olvidarlo, Asher? Siento que estoy en deuda con ella.

—¿Eso significa que has mantenido el contacto con ella constantemente?

—No, claro que no. Apenas hemos estado en contacto, pero ¿de qué me ha servido si en uno de esos pocos contactos acabo atendiendo a su novio que se debate entre la vida y la muerte y dentro de unos días tengo que declarar ante un juez?

—Pues declara. La solución siempre es la verdad.

—La solución no siempre es tan sencilla. Te acabo de contar lo que siento.

—Es evidente que no te crees la versión del accidente…

—Tengo dudas.

—Venga, Madison, conmigo no tienes que fingir. No tienes dudas. Tus dudas están en lo que debes o no declarar. Es tu conciencia la que se está imponiendo. No quieres perjudicarla porque te sientes en deuda con ella, pero no te crees que fuera un accidente.

—Estoy hecha un lío —le confieso, resoplando.

—Declara lo que consideres que tengas que declarar, Madison. Apártala de tu vida y aléjate de ese circo mediático en el que sospecho que se va a convertir todo esto. Su madre es un ser repugnante que no se aguanta ni ella misma, ningún medio tendrá piedad, así que apártate. Sé solo la médica que atendió al pobre chico, sin más. No sé qué decirte, pero protégete de esa mierda.

—Peter dice que en esa vista habrá mucha prensa y que podrían molestarme a mí. Eso me inquieta.

—Ve temprano. ¿A qué hora te han citado?

—A las diez de la mañana.

—Ve a las cuatro de la mañana. Disfrázate: gafas de sol, peluca y vestido de anciana. Escóndete. Cuando lleguen las diez, te diriges a un baño, te cambias, accedes a la sala y declaras —dice con total seriedad, como si de verdad fuera un plan viable.

Esa estupidez me hace reír. Es el típico humor de Asher: plantear situaciones disparatadas como si fueran perfectamente lógicas.

—Creo que lo haré. Gracias, Asher, cuánto te quiero.

—¿De verdad me quieres?

Esa pregunta me sorprende. En su tono de voz hay algo que ha llamado mi atención.

—¿Lo dudas?

—Nunca me lo has dicho —añade con un tono algo nostálgico; sigue sorprendiéndome.

—Tú tampoco, y sé que me adoras. —Hago una pausa breve—. ¿Estás bien?

—En pleno proceso de la hoja en blanco, no me hagas caso.

—Vaya, lo siento. Seguro que sales de esta, como otras veces. Los escritores tenéis siempre esos conflictos. Pero la inspiración siempre acaba volviendo.

—Que los dioses te escuchen…

Vuelve a ser él.

—¿Cómo va la novela? Dijiste que iba a ser la novela de tu vida.

—Es corta, pero sí, será la novela de mi vida. Y será espectacular, sublime, la culminación de mi carrera.

—Guau. Será mucha novela…

—¿Has vuelto a saber de Trevor? —me pregunta, dándole un giro radical a la conversación que no me sorprende. Él es así. Se cansa de algo y cambia de tema.

—¿Trevor? Menudo gilipollas. Ayer me envió un mensaje para decirme que, a pesar de mi maldad, seguía con su esposa. Que yo solo fui una aventurilla.

—¿Le contestaste?

—No. No estoy en mi mejor momento de creatividad. No quiero quedarme con otra mala sensación como cuando fui al hospital a visitarlo.

—¿Por qué te quedó una mala sensación? Creía que estabas satisfecha.

—Me sentí ridícula. Siento que me tomé demasiadas molestias. Como si estuviera despechada y buscara venganza…

—Estabas despechada y buscabas venganza.

—Estaba decepcionada, me sentía engañada y quería estampárselo en la cara.

—Pues eso, despechada y con sed de venganza.

—Pues no me dejó un buen sabor, lo llames como lo llames.

—Quizás se hubiera ajustado más a tu estilo ignorar sus llamadas, porque antes o después te habría llamado, y hacerle sufrir un poquito antes de enviarle un triste mensaje indicándole que ya no querías continuar, que lo sentías, pero que habías conocido a otra persona.

—Más o menos es eso lo que me dijo Peter. ¿Habéis hablado?

—Hace siglos que no hablo con tu hermano.

—Pues se parecen las versiones.

—Porque te conocemos.

—El otro día cuando te lo conté, no me dijiste eso.

—El otro día me eché a reír y no me pronuncié. Me pareció divertida la escena: eso es todo.

—A mí no me pareció divertida.

—No te has lamentado ni una sola vez, de que esté casado ni de que no vayas a verlo nunca más. Deduzco lo importante que era en tu vida. Solo te has quejado de no ser capaz de terminar con él de forma triunfante. El orgullo se ha impuesto y te has delatado.

—Puede que tengas razón. Pero que conste que me gustaba estar con él. Follaba bien, era agradable y esperaba que llegara el jueves con ganas. Lo único que lamento es que parece que estoy dejando de ser yo. Estoy perdiendo personalidad.

—Trabajas demasiado… —me riñe.

—¿Se pierde personalidad trabajando demasiado?

—Se pierde vida.

—Este asunto de Jenny me supera, Asher. No me gusta nada, tengo un millón de malas sensaciones con él… —le digo en un tono suplicante.

—Madison, ¿me estás pidiendo consejo?

—No.

—¿Te lo doy de todos modos?

—Sí.

—Por un lado, contéstale a ese capullo de Trevor, regálate un capricho. Por otro lado, ve a ese juzgado a prestar declaración, es solo una vista preliminar. Declara lo que… tú consideres que debes

declarar, no puedo decirte más, pero intenta no complicarte la vida. Lo que recuerdes lo cuentas y lo que no… no lo cuentes. Al fin y al cabo, era un momento de estrés. ¿Me comprendes? Y eso genera dudas. Eres médica, ese es el motivo por el que te llamaron aquella tarde. Si hubieras sido arquitecta, Jenny no te habría llamado. Fuiste como médica y atendiste a un pobre chico malherido. Que sea la justicia la que se encargue del caso. Sal de esa mierda y luego relájate.

—No parece un mal plan… —le digo sintiéndome más calmada.

—Y si tienes alguna duda de tipo jurídico, yo tengo un buen amigo, mi mejor amigo, de hecho, que es abogado, muy buen abogado, penal, y podría asesorarte… —añade en voz baja.

Esas palabras me dejan sin habla.

Su mejor amigo…

Sé quién es su mejor amigo.

No esperaba que Asher hiciera un comentario así. Está fuera de lugar. Nunca hablamos de él, nunca bromeamos. Esa norma es sagrada desde hace más de seis años.

—No entiendo tu comentario, Asher.

—No le des importancia, Madison, no la tiene.

—Ya… Pero sigo sin entender dónde está la gracia.

—Aprende a encontrársela, eso ocurrió hace mucho tiempo…

—¿A qué viene eso ahora? Ya sé que hace mucho tiempo, pero también hace mucho tiempo que dejó de estar en la lista de conversaciones entre tú y yo. Si quieres volver atrás, hablemos de todos los buenos recuerdos que tenemos, que son muchos. ¿No crees que es mejor? Seguro que quieres que me anime, no que piense en cosas que no me… alegran.

—Bien. Hablemos de buenos recuerdos. ¿Qué te parece las veces que tropezabas en el último escalón de las escaleras de la clase de música del instituto?

Consigue que me eche a reír.

—¿Y si hablamos de las veces que Ashley te invitó a sus fiestas y te guiñó un ojo o te sonrió? Recuerdo que las contaste. ¿Dos mil cien?

—Tres mil ciento cuarenta y cuatro. Aún no lo he superado. Nadie debería pasar una adolescencia acosado por la más fea del instituto, y del pueblo, y del condado… Y hasta del estado de Indiana. Era realmente fea… Fue humillante.

Me echo de nuevo a reír. Sé que está molesto de verdad. Yo no la recuerdo tan fea… Algo sí, pero no tanto.

Nos despedimos entre risas.

Me apodero de mi móvil y busco el mensaje de Trevor. Puede que sí deba contestarle. Lo leo de nuevo.

A pesar de tu maldad, mi mujer y yo seguimos juntos.
Deberías saber que solo fuiste una triste aventurilla más.

Me escuece, más que ayer, cuando lo leí por primera vez.

Ahí va la respuesta.

¿Le has hablado del apartamento donde los jueves te encontrabas con tu triste aventurilla?

No tientes la suerte… Más bien dame las gracias, y dámelas ahora. Recuerda que soy mala…

Vaya, ha sido muy terapéutico. Asher tiene razón: Trevor me importaba menos de lo que pensaba. De lo contrario, no habría pasado página tan pronto. Claro que, el asunto de Jenny ha ocupado por completo mi cabeza…

No entiendo por qué Asher me ha comentado lo del asesoramiento jurídico por parte de su amigo. No tiene gracia.

Este pensamiento hace que se me borre la sonrisa que me ha dejado el envío del mensaje.

Derek…

No es la primera vez en los últimos días que me viene a la cabeza. Aunque han pasado seis años, todavía me estremece escuchar su nombre…

No quiero pensar en ello.

El sonido de un mensaje lo consigue. Es Trevor.

Gracias

Es todo lo que ha escrito. Sonrío satisfecha.

8

Derek

Tengo que pedirte un favor

Asher me acaba de enviar un mensaje para preguntarme si estoy ocupado. Hace ya más de diez minutos que le contesté que estoy libre, pero todavía no me ha llamado.

Así funciona siempre con él. Desde que se aisló en su casa de Michigan, la comunicación es complicada: siempre tiene el móvil apagado. Tiene unas normas muy suyas, tan excéntricas como su personalidad: hablamos una vez a la semana, dependiendo de su proceso creativo. Si está en medio de una crisis de inspiración, puede alargarse hasta dos semanas. Si se trata de algo urgente, según sus normas, basta con enviar un mensaje, pero… nunca se sabe cuándo lo leerá, así que el concepto de «urgencia» deja de tener sentido.

Por suerte, no se me ocurre ninguna «urgencia» que dependa de él, al menos no todavía.

Lo echo de menos. Es mi mejor amigo desde la infancia. Su marcha de Albany fue dura, aunque peor fue para él adaptarse a Indiana. Luego, en la Universidad de Columbia, nos reencontramos. Ese reencuentro sigue siendo uno de los mejores recuerdos de mi vida.

Pero volvimos a separarnos cuando los libros se convirtieron en su mundo.

Terminó Psicología y Sociología a la vez, en tiempo récord. Su mente privilegiada nunca se agotaba. Después llegó el éxito con su primer libro: *La trampa de vivir sin querer matarte*. Fue un fenómeno de ventas. Lo llevó de gira por varios estados, entrevistas, charlas... Después escribió tres libros más. No tuvieron tanto éxito, pero mantuvieron su interés por la escritura y su nivel económico. Claro que la suculenta herencia de su padre también ayudó.

Mi móvil anuncia su llamada. Respiro hondo antes de responder. No sé qué versión de Asher me voy a encontrar hoy, si la más sociable o la más inaccesible.

—¿Por qué no me has llamado? —me suelta sin ni siquiera saludar. Parece nervioso.

—Son tus normas, ¿recuerdas? —respondo con calma, aunque ya empiezo a tensarme—. Eres tú el que primero envía un mensaje y después llama.

—Me refiero a lo del caso MacKenna. He visto el nombre de tu bufete en las noticias.

—¿Desde cuándo te interesan esos casos? ¿Eres admirador de Tessa MacKenna?

—Derek, céntrate. Cuenta.

Asher odia las evasivas, excepto cuando las usa él.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿De verdad te interesa?

No sé qué versión es esta, pero nunca pensé que hablaría con él de este asunto.

—¿Vas a seguir así mucho rato? Claro que me interesa, lo sabes perfectamente. No me apetece dar vueltas.

Su tono se vuelve más impaciente. No entiendo nada.

—¿Te interesa por tu novela? ¿O por el cotilleo? —consigo preguntarle.

—Me importa una mierda la prensa rosa y no necesito ideas para mi novela. Pero no finjas que no sabes de qué hablo. Sabes que hablo con ella igual que contigo. Por eso me interesa.

¿Ella? Me quedo en silencio. Su mente va más rápido que la mía, como siempre, pero esta vez siento que la desventaja es demasiado grande.

—¿De qué coño hablas, Asher? —le pregunto harto de este juego de palabras.

—De Madison, maldita sea. ¿De quién si no?

Su nombre me sacude. Como siempre. Me quedo callado unos segundos, como si eso amortiguara el golpe.

—¿Qué tiene que ver Madison con este caso? Joder, explícate de una vez.

Asher guarda silencio.

—Asher, ¿quieres aclararme de una vez qué ocurre? —insisto, con un tono más seco.

—¿No llevas tú el caso?

—No. Lo lleva mi tío y también Zack.

—Madison está relacionada con ese caso. Pensé que lo sabías.

—¿Madison? ¿Qué tiene que ver ella?

—Averígualo. Si el bufete lo lleva, puedes acceder.

Me tenso. Siempre que Asher lanza un dardo y luego finge no haber dicho nada, me saca de quicio.

—No, no voy a investigar nada. Me lo vas a contar tú. Me llamas con reproches y ahora pretendes desentenderte del tema.

—Está bien. Te ibas a enterar de todos modos. Madison es amiga de Jennifer MacKenna. Y fue ella quien atendió al chico que está en coma, al novio.

Mi mente empieza a buscar la conexión, pero no consigo entender nada.

—¿Y qué sabes del caso? —me pregunta con total tranquilidad.

—Te repito: no lo llevo yo. Apenas conozco lo que se comenta en reuniones del bufete. Nada concreto. Tengo otros casos. ¿Dices que es amiga de Jennifer MacKenna?

—Sí, más o menos. Pero no esperes que te dé detalles. Solo quería asegurarme de que no ibas a encontrártela de golpe en un juzgado.

—Todavía no hay juicio —respondo, más para mí que para él. Intento conservar la lógica.

—Pero hay vista preliminar dentro de unos días, ¿no?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—La han citado como testigo.

Un pinchazo me descarga en el estómago. No sé qué siento, pero no es bueno. Me echo hacia atrás en el sofá, como si pudiera procesar mejor todo lo que me está diciendo.

—No sabía nada.

—Perfecto. Entonces no hablemos más.

—¿Por qué te preocupaba tanto que lo llevara yo?

—Sería violento que os encontrarais en esas circunstancias.

—¿Has hablado con ella de esto?

—Claro. Por eso sé que la han citado —me dice con mucha calma.

—¿Ella cree que yo estoy en el caso?

—No. No me ha dicho nada.

—¿Y de qué habéis hablado, entonces?

—Derek, no te lo voy a contar, pero es evidente que hemos hablado del caso.

—Eres tú quien ha sacado el tema, ahora no recules ni te hagas el interesante...

—No lo pretendía —me dice con sinceridad—. Ya está aclarado. Si tú no estás implicado, no hay más que hablar.

Sé que por mucho que lo intente, Asher no me va a dar más información, así que abandono el intento. Entiendo que él estuviera inquieto por saber si era yo quien estaría en el juzgado.

Durante unos minutos, finjo interesarme por su novela y su proceso de inspiración, pero me conoce muy bien y sabe que mi cabeza está en otra parte, así que me invita a colgar y a hablar en otro momento.

—Mañana te llamaré —me anuncia—. Hablaremos con más calma.

—Sí, será mejor.

—Hasta mañana, amigo.

Cuando cuelgo, paso más de veinte minutos sin moverme del sofá ni pensar con claridad. Tengo el móvil todavía en la mano, pero ni siquiera lo miro. Solo estoy… quieto. Bloqueado.

Me queda una larga noche por delante. Una de esas que sabes que no vas a dormir, incluso antes de que empiece.

Madison está involucrada en ese caso. Al menos como testigo. Pero no sé más. Y ese «no saber» me está devorando desde dentro.

Son las diez de la noche. Sé que mi tío se va a sorprender, pero necesito hablar con él. No puedo esperar. No quiero hacerlo.

Selecciono su contacto mientras respiro profundamente.

—Tengo que pedirte un favor —le digo en cuanto responde. Mi voz suena más tensa de lo que esperaba.

—Concedido. Puedes tomarte unas vacaciones, ya iba siendo hora de que me hicieras caso —me dice con su siempre presente sentido del humor.

—No quiero vacaciones, Spencer, ¿por quién me tomas? —Le sigo el juego fingiendo estar ofendido.

Me lo ha dicho tantas veces que ya nos lo tomamos como un juego. Puede que, después de lo que tengo en mente, me las tome de verdad.

—Te tomo por alguien que trabaja demasiado y las necesita… Pero… Dime. Si no son vacaciones, ¿qué quieres? ¿Todo va bien?

—Sí, todo bien. Ahora no quiero darte explicaciones. Mañana te lo cuento todo, pero… ¿puedes darme la clave de acceso del caso MacKenna? Quiero revisarlo.

Sé que es una petición inusual, pero Spencer es uno de los socios y fundadores del bufete, así que tiene sus ventajas ser su sobrino favorito. Sé que confía en mí.

—¿Te interesa por algo en especial? ¿Has cambiado de opinión?

—Mañana te lo cuento. Solo necesito revisar algunos datos.

—Está bien. Te envío las claves por correo interno. Pero mañana me lo explicas con detalle, ¿entendido?

—Entendido —respondo, aliviado. Aunque el alivio dura poco.

Una hora después, sigo observando su nombre en la pantalla del ordenador.

Madison Abbott.

Siento un escalofrío. O varios.

Madison…

Ahí está su nombre. En un caso. En mi mundo.

9
Madison

No es un simple jueves

Hoy es jueves.

El día de las cenas con Trevor.

No hay cena.

Ni Trevor.

Ni ganas de cenar.

Mucho menos de cenar con él.

Solo estamos yo, vestida con mi chándal menos nuevo, pero el más cómodo, y un par de rodajas de pepino que me acabo de quitar con la esperanza de que hayan eliminado las señales de cansancio de mi rostro.

No, no lo ha conseguido, ni tampoco la mascarilla pegajosa que tanto me ha costado retirar.

Me deslizo por el suelo del salón con los calcetines mal puestos, al menos uno está del revés, mientras intento adivinar si la presión que tengo en el estómago es por hambre o ansiedad.

Pienso en la comida y se me arruga la nariz, así que la ecuación ya está resuelta.

Es jueves… Pero no es un jueves como el de los últimos tres meses. Hoy es un jueves en el que mi cabeza amenaza con explotar de un momento a otro de tantas vueltas que le estoy dando al maldito asunto de la declaración. Solo quedan cuatro días para la vista preliminar.

Me acaba de llamar la abogada de Jenny, Helen, y solo ha conseguido que mi malestar empeorara.

—¿Cómo te encuentras? —me ha preguntado con el mismo tono que emplearía una amiga íntima.

—Bien —le he dicho algo incómoda. Era la tercera vez que hablaba con ella desde que ocurrió el accidente, hace dos semanas —. Si te soy sincera, me inquieta esa vista.

—Madison, seguro que a lo largo de tu carrera tendrás que asistir a alguna como médico, o conocerás a alguien que ya lo haya hecho.

—No tengo que acudir como médico.

—En eso te equivocas. Esa es tu declaración. ¿Por qué acudiste al domicilio de Jenny? Porque ella te pidió ayuda como médico. Lo hizo porque confiaba en ti, porque sois amigas… Ella me contó que hace poco también te ayudó mucho… Pues tú hiciste lo mismo. ¿Qué se hace cuando una amiga te pide ayuda? Ayudarla. ¿Me comprendes?

Por un momento, he pensado que debía creer que yo tenía algún problema y que debía hablarme como si tuviera diez años. Eso me ha saturado y he acabado tanteándola para ver su reacción y así dar rienda suelta a lo que me preocupa.

—No sé si yo seré de ayuda en ese juzgado. Claro que… debo decir todo lo que recuerdo de aquella tarde, ¿no? Todo lo que vi… y escuché…

—Está claro —me ha dicho en un tono más firme—. No puedes hablar de lo que no sabes. No puedes decir que Austin estaba molesto con Jenny por una discrepancia en unos planes de viaje y que cuando Jenny quiso acercarse a él para reconciliarse mediante un beso, él, que estaba enfadado, la apartó bruscamente y en ese movimiento tuvo la mala suerte de caer y golpearse con una empuñadura de la vitrina. Eso no puedes decirlo porque tú no estabas. Lo dirá Jenny cuando declare. Tú solo puedes decir lo que ocurrió cuando llegaste. Que te llamó, que atendiste a Austin, que llamaste a una ambulancia y esperaste su llegada.

—¿Me preguntarán qué hacía o decía Jenny? —le he vuelto a tentar.

—Claro que te lo preguntarán. Ellos no lo saben, pero tú sí sabes que la pobre Jenny estaba paralizada y no dejaba de llorar y preguntar si Austin estaba vivo.

—No sé si lloraba…

—Madison, si no lo sabes no lo digas. No es necesario entrar en tantos detalles, lo importante es que ayudaste mucho a Austin y la familia que represento te estará eternamente agradecida. Tú no tienes que interpretar nada. Recuerda que Jenny se enfrenta a una posible acusación de homicidio, en alguna de sus posibles variantes.

Está muy preocupada, está muerta de miedo, no deja de pensar en su novio al que no le permiten ver… Bastante mal lo está pasando.

—¿La vecina también declarará? —le pregunto buscando consuelo. Ella también estaba allí. Se supone que ese es el motivo de mi presencia en el juzgado.

—Claro. La señora Carmichael también acudirá, unas horas antes que tú, y dirá lo que vio. A Austin herido y a Jennifer en estado de shock. Y que te ayudó con unas toallas…

Ya debe haberla asesorado…

Helen ha dado por terminada la conversación en un tono bastante empalagoso. Ánimos que no le he pedido, lamentaciones hacia Jenny y un breve recordatorio de lo mucho que se juega Jenny.

Ni siquiera ha mencionado a Austin, pero no puedo olvidarme que es su abogada. Está haciendo su trabajo, a pesar de que, a mí, indirectamente, está intentando marcarme el camino.

Después de colgar me he preguntado si habría sido un buen momento para decirle que yo recordaba que Jenny había hablado de empujones y de discusiones, pero algo me ha detenido.

Quizás el saber a lo que se enfrenta o quizás el saber que hace poco me ayudó y que, de no ser por ella, ahora ni siquiera estaría aquí enfrentándome a este dilema.

Me siento en el suelo, entre el sofá y la mesa baja. Es uno de mis lugares favoritos para darle vueltas a la cabeza.

«Venga, Madison, repasa lo ocurrido».

Tarde soleada. Llamada. Jenny, histérica. Acudo a toda prisa. Grita que Austin está en el suelo. Se niega a llamar ambulancia. Llego, encuentro a la vecina. Entra conmigo, me ayuda. Jenny está en shock. Austin está grave. Llega la ambulancia. Jenny tiene ataque de ansiedad. Todos vamos al hospital. Fin.

Pero no. No fue así, exactamente.

Jenny dijo cosas. Cosas que no ha repetido. Cosas que, si yo repitiera, sonarían… feas. Y serían una sentencia para ella.

Pero no las he dicho. A nadie. Ni siquiera a la abogada. Ni a Jenny. Ni a mi hermano, que sigue creyendo que no hay ningún

problema en este asunto.

Solo Asher lo sabe. Él me soltó un «no te compliques la vida». Y una parte de mí quiere seguir ese consejo. Pero la otra… la otra piensa en Austin, en su familia, en lo que escuché…

Y en el pasado de Jenny…

Y en aquella chica… Stella Keller.

Empiezo a agobiarme de nuevo.

Me levanto del suelo con un quejido que no debería emitir alguien de mi edad. Tropiezo con la pata de la mesa y casi derribo la pequeña lámpara. La salvo en el último segundo, pero me doy un golpe en el tobillo y suelto tres o cuatro maldiciones.

Ojalá tuviera un botón de «pausa». Ahora mismo lo presionaría hasta… hasta dejar de sentirme como ahora, tan confundida.

¿En qué momento se le ocurrió llamarme en vez de llamar a una ambulancia directamente?

Camino hasta la cocina. Abro la nevera. Cierro la nevera. Abro un armario. No sé qué busco. Tal vez claridad, pero aquí no la voy a encontrar.

Y entonces suena el móvil.

No lo tengo a mano, claro. Está en el salón. Me dirijo al salón a toda prisa, pero recordando que mis sentidos hoy no están en su mejor momento.

Reconozco el nombre. Es Marjorie Hale. La dueña de la fundación Clearway, en la que colaboro desde hace dos años.

—Marjorie… —le digo intentando recordar si he fallado a alguna cita. Suelo acudir tres veces a la semana o alguna más si se requiere por alguna urgencia.

—Madison, quería que lo supieras por mí: esta mañana han venido un par de periodistas a hacer preguntas sobre ti. Querían saber qué tipo de trabajo haces en la fundación.

Siento cómo se me tensan los hombros. Se me seca la boca. Me cuesta tragar.

No es miedo, exactamente. Es otra cosa. Algo que me indica que todo se está descontrolando.

—¿Por mí? —pregunto, aunque sé la respuesta.

¿Dónde está la protección de la que me habló la abogada de Jenny? ¿Cómo se han enterado esos periodistas?

—Sí. Comentaron algo de tu implicación en el caso MacKenna, el de esa chica, la hija de la presentadora. Me pareció correcto avisarte.

Tardo un segundo en contestar. Es un segundo muy largo.

—Yo… yo solo atendía como médico a su novio. Me llamó y acudí para echar una mano.

Silencio. Un silencio distinto. No molesto, pero sí cargado de… todo.

—Solo quería avisarte. Esos periodistas son muy insistentes y podrían volver —me dice sin ese tono cálido que suele usar cuando hablamos del trabajo en la fundación.

—Siento que te hayan molestado. Yo… no sabía que eso pudiera ocurrir. No sé qué puedan buscar en mí.

—Si no estuviera por medio Tessa MacKenna, no les interesaría.

—Pues yo ni siquiera la conozco —respondo sintiéndome como una criminal.

—Nos vemos dentro de dos días, Madison —me dice antes de colgar.

Me quedo mirando el móvil, con una sensación sucia, como si yo hubiera cometido algún delito.

Había algo en su voz que no era propio de ella. Debe estar más informada del tema de lo que ha dicho. Lo que está claro es que la visita de esos periodistas le ha molestado.

Ahora sí que lo tengo claro. Tengo que pasar desapercibida. Salir de esta entera y rápidamente.

¿Cómo se han enterado esos periodistas? ¡Maldita sea!

La fundación Clearway me importa. Me importa mucho y no puedo perjudicarla de ninguna de las maneras.

Hace tiempo que colaboro en ella. Es una organización dedicada a ofrecer asistencia a mujeres que han sufrido cualquier tipo de violencia, en cualquiera de sus formas. Ayuda emocional, legal y médica. Y ahí entro yo: en la ayuda médica.

Yo no soy policía, ni juez ni abogada.

Soy médica, y esa tarde eso es lo que fui: médica. Atendí una llamada, intenté auxiliar al herido y pedí una ambulancia.

Punto.

Eso voy a decir.

No es mentira.

«Quédate con lo que puedas controlar», me digo en voz alta recordando las palabras que siempre me dice Peter.

Me convenzo durante un rato de ello. Solo un rato.

10

Derek

Anónimo

—¿Estás seguro? —me pregunta mi tío Spencer con una sonrisa que no reconozco. Ya me lo ha preguntado una vez.

—Sí, lo estoy. Quiero llevar el caso. Hablaré con Zack si es necesario y le…

—Olvídate de Zack ahora. Dime a qué se debe ese cambio. No buscarás la fama, ¿verdad? Este caso es muy mediático.

—Me estás ofendiendo —le digo, sabiendo que bromea.

Se echa a reír.

—Te iba a preguntar si estás seguro, pero creo que ya lo he hecho.

—¿Me das el caso o no? —le pregunto, temiendo que tras su sonrisa haya una negativa. Es mi querido tío Spencer, pero también mi jefe y, cuando tiene que serlo, no lo duda ni un instante.

—Puede que lo haga, pero antes quiero saber a qué se debe el cambio.

—Cuando me hablaste del caso y me dijiste que lo llevaba Zack, me hiciste pensar. Ni siquiera te planteaste que yo pudiera llevarlo. No quiero que eso siga siendo así, no a estas alturas.

—¿Estás preparado?

—Vamos, Spencer, no quiero seguir como hasta ahora y esta es mi oportunidad. No quiero más dramas.

—Es un caso importante… Nos afecta a todos de una forma personal: por Austin. No quiero que afecte nada más que eso, como por ejemplo… el pasado. No puedo ser más claro.

—¿Me vas a decir que a ti no te remueve algo por dentro? Y no me refiero a Austin.

—Yo lo dejé atrás hace mucho tiempo, Derek.

—Pues ahora me toca a mí. Estoy más que preparado. Me has dicho muchas veces que no siempre se puede elegir un caso; de hecho, estoy preparado desde hace tiempo, pero lo de evitar esos casos era solo una decisión por defecto.

—Si hubiéramos representado a Jennifer MacKenna, ¿también me habrías pedido el caso?

—Debo estar preparado para cuando se dé la oportunidad, ¿no crees?

—Quedan tres días para la vista. Vas a tener que dedicarle mucho tiempo.

—¿Confías en mí o no?

—El caso es tuyo.

Aunque me alegra escuchar esas palabras, me siento mal. Siento que le estoy mintiendo y no me gusta. No por decirle que estoy preparado, eso lo tengo claro, sino porque mis verdaderas motivaciones en este caso tienen que ver con ella. No puedo negarlo.

Aunque lo que le he dicho a Spencer es cierto, quiero empezar a asumir este tipo de casos, no le he contado lo esencial: el motivo por el que salté del asiento en cuanto escuché su nombre.

Cuando Spencer habla de pasado, por supuesto, no se refiere a ella. Ni siquiera la llegó a conocer. Puede que recuerde algo porque en su momento se lo conté, pero de eso hace ya seis años.

Me gustaría decirle la verdad, pero ni siquiera me atrevo a admitirla yo mismo. Llevo varios años en este bufete. He llevado muchos casos penales. Pero nunca había encontrado un motivo personal para corregir mi trayectoria; hasta ahora.

—Está bien. Hablemos con Zack. ¿Has estudiado el caso?

Después de hablar con Zack en su despacho, volvemos al de mi tío. Mi compañero no ha puesto objeción. De hecho, está más centrado en otros dos asuntos que encajan mucho mejor con su especialidad: responsabilidad penal empresarial.

Yo me muevo en todos los ámbitos del derecho penal, o al menos eso intento, pero el penal corporativo no es precisamente mi terreno. Claro que, hasta hoy, debo admitir que había un tipo de casos que evitaba; casos que remueven más de lo que uno está dispuesto a reconocer.

Spencer y yo repasamos cada detalle. Me pone al día de lo que no aparecía en el archivo preliminar: anotaciones internas, comunicaciones con la fiscalía y los primeros borradores del atestado policial.

Cuando llegamos a los testigos, me envuelve un escalofrío por todo el cuerpo que me obliga a moverme en el asiento.

—Abbott y Carmichael accedieron al apartamento casi al mismo tiempo —dice Spencer, consultando unas anotaciones—. Abbott es médica. Declaró en comisaría. Dijo que la llamó MacKenna, encontró a Austin inconsciente y lo asistió. Llamó a una ambulancia. Carmichael confirmó que entró con ella y le ayudó a detener la hemorragia con unas gasas.

—¿Eso es todo lo que tenemos?

Spencer asiente.

—Resumen policial. Versión contenida.

—¿La declaración completa? —pregunto.

—No la han entregado aún.

—No conocemos la actuación de MacKenna.

—No, de momento no, y dudo que la conozcamos antes de la vista…

No tenemos la declaración completa porque, aunque representamos a la acusación, la defensa no está obligada a entregarla hasta que se formalice la vista. Es frustrante, pero habitual.

Un sonido brusco hace que mi tío y yo nos giremos a la vez en dirección a la puerta, donde Zack irrumpe como si le empujara un huracán.

—Tenéis que ver esto que ha llegado. Se lo han entregado a Gabriel —nos informa, refiriéndose al portero del edificio en el que nos encontramos. Nosotros ocupamos una de las seis plantas que lo forman.

—¿Qué es? —pregunto, observando un papel que contiene algo escrito mientras lo coloca en el centro del escritorio.

—Va dirigido a mí —aclara Zack, señalando el nombre que figura en el sobre y que todavía conserva en la mano.

Observamos un papel blanco con una letra de imprenta que indica:

Tiene que ayudar a Austin.
Él no se merece lo que le ha pasado.
Tiene que investigar el pasado de J. MacKenna. Pregúntele a Madison Abbott si conoce a Stella Keller y qué le pasó. Es la exnovia de Austin.

11

Derek

¿Quién hay detrás de esa nota?

Desde esta mañana, cuando Zack nos ha mostrado la nota que ha llegado al bufete, una nota que entregó un joven al portero sin decir palabra, antes de salir corriendo como si le persiguiera el diablo, no hemos tenido ni un solo minuto de descanso.

Zack, aunque ya no figurará oficialmente en el caso, ha estado implicado en toda la fase de recopilación de pruebas. Se trata de una cuenta atrás para la celebración de la vista preliminar y necesitamos reunir toda la información disponible. Nuestro objetivo es conseguir que el juez vea indicios suficientes para formular cargos de homicidio contra MacKenna y confirme la celebración del juicio.

A media tarde, nos hemos vuelto a reunir. Ha sido después de que visitara a los padres de Austin en el hospital para anunciarles el cambio de abogado. No han puesto objeción; confían en Spencer ciegamente, que previamente les ha llamado para informarles.

Mi objetivo era hacerles unas preguntas, no visitar a Austin. Es algo que he evitado desde el principio. No soporto los hospitales; me dejan sin fuerza. Pero no he tenido más remedio que hacerlo. Me ha impactado verlo en ese estado: inerte, dormido, completamente ajeno a la vida. Pero me ha impactado mucho más la falta de esperanza que los médicos tienen en su recuperación, según me han informado sus padres. «No todo está perdido», me han dicho. Pero lo han dicho con una voz que ya no cree en milagros.

—Sus padres han confirmado que Stella fue novia de Austin antes de que iniciara su relación con MacKenna. Pero no conocen detalles. Le tenían aprecio a la chica, pero un día Austin les dijo que se había terminado y que había conocido a otra persona.

—Han vuelto a mencionar lo que te dijeron a ti, Zack —le digo en medio de la reunión que estamos manteniendo junto a Spencer —: que no conocen a Abbott y que MacKenna era muy celosa, entre otros muchos improperios que le han dedicado. También me han

dicho que Austin había cambiado mucho desde que salía con ella y que se había alejado de ellos.

—En una ocasión —nos informa Zack—, Austin se derrumbó delante de ellos; fue hace unos meses. Les dijo que no podía más y tenía que romper con MacKenna, que le hacía la vida imposible.

Seguimos exponiendo todo lo que sabemos para elaborar la estrategia de la vista.

—Hoy han mencionado que Austin se alejó hasta de su mejor amigo, Finn Whitaker. Eran amigos desde la infancia —añado yo.

—Finn Whitaker. Es su turno —interviene Spencer—. He vuelto a hablar con él. La primera vez solo me hizo saber lo mucho que lamentaba lo que le había ocurrido a Austin. Estaba dolido con él porque se distanció de él y del resto de amigos por culpa de MacKenna; eso cree él. Dice que era manipuladora y que lo apartó de todo poco a poco debido a sus celos enfermizos.

—La culpa también era de Austin, si eso es real —interviene Zack a modo de reflexión.

—Una persona manipuladora y otra débil pueden dar ese resultado… —añado yo, consiguiendo que mi tío me mire fijamente. No hacen falta las palabras para entendernos.

—Hoy le he preguntado por Abbott —prosigue mi tío mientras yo detengo la respiración—. Afirma haber coincidido con ella en alguna ocasión, en alguna reunión de amigos. Ha mencionado que Abbott y MacKenna compartían apartamento, al menos en aquel entonces, hace unos dos años, quizás menos. También afirma que, en algún episodio en el que MacKenna le montó alguna escena de celos a Austin, ella estaba presente. Recuerda uno en particular, en una discoteca, en la que Abbott intervino para calmar a MacKenna e incluso se la llevó del local. A él no lo han citado a declarar. La fiscalía no lo ha convocado, así que no contamos con él.

Escuchar todo esto me está afectando más de lo que imaginaba. Intento no derrumbarme para que mi tío no observe ninguna señal, pero he llegado a la conclusión de que me precipité al querer formar parte de este caso en primera fila.

La mención constante de los celos me atraviesa. Y el nombre de Madison me enciende por dentro.

La imagino como amiga de esa mujer, después de todo lo que estamos escuchando de ella, y siento ganas de golpear la mesa.

—¿Siguen compartiendo apartamento? —pregunto algo inquieto.

—No. Su domicilio actual es diferente.

—Sigamos con Abbott… —intervengo con rapidez, ansioso por descubrir si contamos con otra información.

—Médica especializada en medicina interna —describe Spencer —. Trabaja en el Mount Sinaí desde hace dos años. Soltera, sin hijos. Poco más.

Sigo tragando saliva.

Soltera… Sin hijos…

¿Por qué esa información me reconforta? ¿Como si importara? Como si eso pudiera cambiar lo que siento; o lo que me obligo a no sentir. No puedo olvidar que siento… odio hacia ella, o alguna de sus formas. Tristemente, es así.

Sabía que había vuelto a Nueva York, pero no cuándo. Ahora ya lo sé. Claro que no debería importarme. En su momento me importó cuando se fue de Nueva York; eso sí que me afectó, pero si volvió o no debería resultarme indiferente.

—Y ahora viene el tema principal: el del anónimo. He hablado con Keller —nos informa Zack, obteniendo toda nuestra atención. Lo agradezco, porque mis pensamientos no me estaban gustando en absoluto—. No ha estado muy colaboradora. Vive en Seattle desde hace dieciocho meses. No ha querido contarme nada. Solo me ha dicho que sentía lo de Austin, pero que su relación terminó hace tiempo y no tiene nada que decir. He insistido, pero solo he conseguido que me dijera que, si un juez la convoca, responderá lo que tenga que responder. ¡Ah! Y no parecía conocer a Abbott. Le he mencionado su nombre y me ha dicho: «No sé quién es».

—¿Y Finn? ¿Él no la conoce?

—A eso quería llegar. Afirma que era la exnovia de Austin y que su relación terminó antes de conocer a MacKenna. Que eran amigos a pesar de haber roto, pero que los celos de MacKenna impidieron que Austin siguiera relacionado con ella.

—¿Quién puede tener interés en que investiguemos eso sin dar la cara? —plantea mi tío—. Debe de ser alguien del entorno de Abbott, alguien que quiere ayudar a Austin, pero que no puede hablar directamente. Deja pistas, suponiendo que tengan algún fundamento, y espera que investiguemos… Si quisiera ayudar, podría haber sido más claro y directo.

La pregunta hace que planteemos infinidad de posibilidades, pero todas ellas no nos llevan a ninguna parte. No es la primera vez que recibimos notas anónimas en un caso; es más frecuente de lo que parece. Algunas no han tenido peso ni relevancia, pero, si algo hemos aprendido, es que hay que tenerlas en cuenta.

La reunión se alarga durante una hora más, intentando buscar la estrategia de la vista, aunque no tenemos mucho margen de maniobra. Estudiamos el interrogatorio de los testigos, especialmente el de Madison. Ella es la pieza clave en este caso. Debemos conectarla con el testimonio de Finn y también averiguar qué nos pretendía decir el anónimo.

Estamos agotados. Ha sido un día largo y decidimos ponerle fin.

Cuando llego a casa, miro mi móvil constantemente mientras me acomodo. Le he enviado un mensaje a Asher y tengo esperanza de que no tarde una eternidad en leerlo. Necesito intentarlo. Sé que Asher puede ser un muro infranqueable cuando se lo propone, pero necesito hacerle algunas preguntas. Quizás haya suerte. Quizás él sepa algo de esa Stella Keller.

He utilizado la palabra urgente, pero no sé si será suficiente. Si está en un proceso de esos suyos de incomunicación…

También quiero informarle de que llevo el caso; no quiero que se entere de otra manera.

La abogada de MacKenna ya ha sido informada, y también la fiscalía y el juez.

¿Conocerá Madison esa información?

Lo dudo. Puede que sepa que mi bufete representa a Austin, pero todavía no debe saber que soy yo el que está al frente.

¡Qué más da! Antes o después se enterará.

Su declaración es importante, pero tengo dudas. Es amiga de MacKenna y sinceramente no confío en que su criterio sea muy válido a la hora de juzgar las acciones de su amiga.

No sé si ella será capaz de juzgarla… Es curioso. Dudo que sea capaz de ver lo que a los demás nos produce escalofríos.

Cuánto me engañó…

Cuánto la detesto…

12

Derek

Cuídala

No han pasado ni diez minutos desde que le envié el mensaje cuando su nombre aparece en la pantalla. Para mi sorpresa, y quizá también para mi alivio, Asher me llama.

—¿Qué ocurre? —me pregunta nada más descolgar.

—Asher, ¿cómo estás?

—Estaba completamente concentrado hasta que he visto que querías hablar conmigo «urgente» —recalca.

—No estarías tan concentrado si lo leíste.

Se echa a reír.

—Tengo un dispositivo de alta tecnología programado para alertarme cuando en uno de tus mensajes aparezca la palabra urgente.

Sé que está bromeando, pero muchas veces me hace dudar. De Asher poco me sorprende.

—¿Esa alerta solo la tienes para mis mensajes?

—Actualmente, solo tengo comunicación con dos personas fuera de Ironwood —me cuenta, manteniendo su buen humor.

—¿Solo dos? Eres un solitario.

—Lo soy.

—¿Quién es la otra persona?

—Creo que lo sabes perfectamente.

—De ella quería hablarte…

Se hace un silencio que me anuncia que la próxima intervención de Asher no será tan cargada de humor.

—Hemos estado años sin pronunciar su nombre entre nosotros y ahora aparece en las dos últimas llamadas…

Justo como pensaba. Su tono de voz es más tenso.

—Cosas que pasan en la vida… —le digo, intentando restarle importancia.

—¿Qué ocurre?

—Necesito hacerte unas preguntas. Es importante.

—No te prives de hacerlas… —me dice, en un tono de advertencia que me hace sonreír.

—La idea es que las contestes.

—Eso ya es pedir mucho, pero, inténtalo.

—¿Se te ocurre alguien del entorno de Madison en quien confíe ciegamente y le contase confidencias importantes?

—Yo.

—Otra persona, Asher. Alguien que hiciera de puente entre ella y Austin.

—Yo no —me contesta—. No he tenido el placer de conocer a ese pobre chico. ¿Alguna pregunta más?

—¿Y alguien que quiera perjudicarla, que la odie? —le pregunto, contemplando esa remota posibilidad. Es una de las que hemos planteado en la reunión.

—Tú.

—Vamos, Asher, es importante.

—¿Estás hablando del caso?

—Sí.

—¿A qué viene ese interés? Ayer me dijiste que tú no lo llevabas.

—Eso era ayer; hoy, si me lo vuelves a preguntar, te diré que sí lo llevo yo.

—¿Estás hablando en serio? —me pregunta, alzando la voz.

Esperaba esa reacción.

—Sí, Asher, el caso es mío. Voy a representar a la familia de Austin en el proceso contra esa chica.

El silencio dura esta vez más de lo que soy capaz de soportar, pero sé que de nada sirve interrumpirle.

—¿Por qué, Derek? —suaviza el tono—. ¿Por qué ayer no y hoy sí?

—Spencer cree que debo llevar este tipo de casos, que no tiene sentido apartarlos —le digo, intentando ser convincente. No me gusta mentirle, pero es que ni siquiera podría decirle, aunque lo deseara, por qué narices se me ha ocurrido meterme en el caso.
Sé que Madison es la respuesta, pero no sé de qué forma. Ni quiero saberlo.

—Eso lo hemos hablado muchas veces tú y yo. ¿Por qué ahora?

—Porque se ha presentado la ocasión.

—Precisamente cuando Madison está en medio… ¡Qué casualidad! ¿Tu tío está al corriente de lo de Madison?

—Claro.

—Joder, Derek, me estás mintiendo. ¿Me acabas de decir que tu tío quiere que lleves ese tipo de casos, y precisamente te tienes que estrenar con el que está Madison involucrada? ¿Qué pretende, ponerte el reto lo más difícil posible? ¿O el reto te lo has puesto tú? No le has dicho que conoces a Madison: mientes.

Me encantaría decirle que tiene razón y que ya he pensado varias veces que esto es una locura, pero es tarde para eso.

—Mi tío sabe quién es Madison; le hablé de ella hace años, cuando… cuando la conocí y cuando se terminó.

—Le hablaste de ella entonces, pero no ahora.

—¿Qué importa eso? Asher, te he contado que llevo yo el caso para que no te enteraras de otro modo. Esa era la urgencia que te he escrito en el mensaje. Pero, aparte de eso, necesito que me eches una mano, y es por el bien de Madison. Todo lo demás es absurdo que lo comentemos a estas alturas.

Lo escucho resoplar.

—¿Qué querías decir con eso de una persona de su confianza? ¿De qué va eso?

—Es que no puedo darte detalles.

—Entonces no hay respuesta.

—Por favor…

—Derek, Madison confía en su hermano, en la amiga de su hermano y en mí. Supongo que tendrá algún compañero de trabajo o tendrá amistad con su casero, o con el vendedor de helados de su barrio, pero si te refieres a confianza ciega; no se me ocurre nadie más.

—¿Quién es la amiga de su hermano?

—Olvídate de ella. Sea lo que sea lo que buscas, no es ella.

No me queda otra que seguir su ritmo si quiero obtener alguna información.

—De acuerdo. Pues… Otra pregunta. ¿Te suena el nombre de Stella Kenner?

—¿Debería?

—¿Sí o no?

—Puede…

—Vamos, Asher, es importante, piensa…

—No sé qué está pasando ni cuáles son tus intenciones, Derek. O me hablas claro o no te contesto.

—No puedo darte detalles del caso.

—Joder, ¿crees que voy a contarle algo a ella? ¿Es que no me conoces? Preferiría no saber nada, pero ya que has empezado... ¡Acaba!

No debería contárselo, pero sé que Asher nunca dirá nada. Hemos hablado de confianza ciega y, precisamente, esa es la que yo tengo en él. Asher no es de los que se le escapan las cosas, y si algo no le gusta me lo dirá e intentará resolverlo. Sé que, aunque este tema no le guste, sabe bien cuál es su papel y cuál el mío.

—Digamos que… alguien nos ha dicho que debemos preguntarle a Madison por esa chica que te he mencionado porque tiene relación con el caso.

No le cuento todo lo que sé; tengo que proporcionarle la menor información posible.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Nos ha llegado de forma anónima.

—¿Anónima? Joder, ¿así trabajáis?

—Te sorprenderías…

—Pues pregúntale a esa tía…

—Lo haré. Solo quería saber si a ti te decía algo su nombre y si encontrabas conexión con Madison.

Asher suspira de forma muy sonora.

—No sé qué está pasando ni qué intenciones tienes, pero no quiero que Madison lo pase mal, ¿entiendes? Déjala en paz, Derek.

—¿Qué clase de petición es esa?; ¿por quién me tomas? Estoy haciendo mi trabajo, Asher. Solo quiero que esa mujer, si le hizo algo a Austin, pague por ello. Y si Madison es una testigo del caso, tengo que intentar que me cuente todo lo que sabe de su amiga. Si la testigo se llamara de otro modo, haría lo mismo.

—Ella ya ha contado lo que pasó. Esa tía la llamó y acudió en su ayuda, en la de su novio. ¿Qué puede importar eso? ¿Acaso creen que es ella la que le hizo daño a ese chico?

—No, Asher, no se trata de eso. Ya sabemos que no. Pero ella es importante porque puede aportar detalles de la vida de MacKenna importantes.

—Pues si tiene que aportarlos, lo hará. ¿Tú le tienes que hacer preguntas en esa vista?

—Si lo considero oportuno, sí.

—¿Lo consideras oportuno?

—Sí.

—Pues ya te contestará.

—Entonces, todo resuelto.

—Madison es mi amiga… —me confiesa, como si fuera una noticia nueva.

—Asher, ella no está involucrada, es una testigo; no tienes que protegerla de ese modo de mí. No soy ningún monstruo, no voy a atacarla. Esto no se trata de un tema personal. Lo que pasó entre nosotros es pasado; hace mil años de eso.

—Pero no lo resolvisteis, y queda una espinita.

—No hay espinita, al menos yo no tengo ninguna. Y te equivocas al decir que no lo resolvimos. Sí lo hicimos. Lo resolvimos como se tenía que resolver: ella por un lado y yo por otro. Y te recuerdo que fue ella quien dio el paso. ¿Acaso te falla la memoria?

Este nuevo silencio de Asher me revuelve el estómago, o quizás se deba a lo que hemos hablado.

—No, no me falla. No creo que debamos seguir hablando de esto, Derek. Solo quiero que ella no lo pase mal.

—¿Y yo sí?

—No, pero ella está en desventaja.

—¿Desventaja? ¿Ante mí?

—Pues claro. Tu papel en todo esto es distinto, joder. Tú has podido elegir estar en esa mierda, porque es tu trabajo o por… la razón que sea, pero has elegido. Ella no. A ella la han metido. Tuvo la mala ocurrencia de atender a esa impresentable… Solo socorrió a una persona que estaba herida, joder —me suelta muy enfadado,

hablando muy deprisa—. Espero que esa tía pague por golpear a su novio y dejarlo medio muerto, espero que se pase la vida en la cárcel porque ya es hora de que alguien le pare los pies a esa mujer. Pero es ella la que cometió un delito, no Madison.

Asher no sé si es consciente de todo lo que me ha dicho… prefiero no comentarlo.

—No voy a por Madison, te vuelvo a decir que es solo una testigo. Yo también quiero que esa tía acabe en la cárcel, estoy convencido de que es culpable, no se sostiene su declaración; quedan cuatro días para la vista, pero puede que el juez no opine lo mismo. Austin merece que se haga justicia y por eso estamos trabajando a contrarreloj. Si te he preguntado por esa tal Keller es porque eso podría esclarecer algo o ayudar, y no consigo información.

—Te he dicho que me suena, pero no sé de qué, es la verdad.

Estoy convencido de que Asher se ha dado cuenta de que ha hablado de más y ha reculado. Pero no puedo presionarlo más. Y, sinceramente, dudo que ahora tenga sentido insistir.

La tensión se puede cortar con un cuchillo, por ello decido terminar con ella.

—Asher, sé que es difícil para ti, lo siento. Sé que es tu amiga.

—Los dos sois mis amigos; no he perdido el contacto con ninguno. Os quiero a los dos mucho, aunque nunca os lo haya dicho. Siempre has sido mi amigo, mi mejor amigo, el mejor que se puede tener. Y ella también.

Esas palabras me sorprenden y me derrumban. Nunca antes Asher había hablado de esa manera, y menos con ese tono de voz quebrado en el que parece a punto de echarse a llorar.

—Eso que has dicho es muy bonito… —le digo, para relajar el ambiente.

—¿Te ha gustado?

—Mucho. Tú también eres un gran amigo.

—¿Y… me quieres?

—Claro…

—Pues dímelo.

—Venga ya, Asher.

—Dímelo, es importante para mí.

No sé si quiere escuchar un «te quiero» o recordarme que está ahí, a pesar de todo. Pero sé que necesita oírlo. Así que cedo.

—Te quiero…

—Cuídala, ¿vale? Por mí —me pide—. Estaré un tiempo ausente. Estoy metido en una fase complicada del proceso creativo.

¿Cuidarla? ¿Eso me ha pedido? No sé en qué mundo vive.

—¿Ausente? ¿Durante cuánto tiempo?

—Sin determinar.

—¿Y si es urgente?

—Intenta localizarme, aunque no te prometo nada.

Me echo a reír.

Nos despedimos mediante la misma cercanía de siempre.

Al colgar, siento algo extraño. Algo que antes nunca había sentido.

Me ha resultado extraño que me anuncie que estará un tiempo ausente. Me extraña que no quiera saber cómo irá la vista preliminar.

Quizás lo hable con ella…

¿Y esa petición tan… profunda?

Ese *te quiero* que me ha pedido…

Ese «cuídala»…

Puede que sea una más de sus rarezas.

El caso es que sigo sin información, al menos con respecto a Keller. Pero esa rotundidad con respecto a MacKenna me ha sorprendido.

Asher está convencido de que no fue un accidente…

¿Y Madison?

En su declaración a la policía no la implica en absoluto…

«Nunca lo resolvisteis», ha dicho Asher.

¿Cómo puede afirmar algo así?

No había nada que resolver.

Fue ella la que me engañó.

13
Madison

Dime que es una broma

—Hoy he vivido en urgencias. Literalmente.

Se lo digo a Asher mientras me quito los zapatos en la entrada y me acerco a la cocina con el móvil pegado a la oreja. Aún llevo el cabello recogido en una coleta como suelo hacerlo siempre en el hospital. Ya no me queda energía ni para quitármela.

—Eso significa que estás agotada.

—Más que agotada.

—Haz vacaciones.

—Eso me ha dicho mi jefe.

—Los jefes nunca dicen eso.

—El mío sí. Sabe que no las voy a hacer.

Se echa a reír.

—Madison, un descanso no te vendría mal. ¿Cuántos días te deben en el trabajo?

—Muchos. Puede que me anime pronto.

—Ahora quiero que me digas cómo estás.

—Cansada, ya te lo he dicho. Pero bien. Ahora vengo de la fundación. Me ha emocionado más de lo que esperaba. Una chica nueva me ha contado su historia. No necesitaba atención médica, solo que alguien la escuchara. A veces nos olvidamos de lo importante que es escuchar. Solo escuchar.

—Lo haces más de lo que crees —dice, casi en un susurro.

Sonrío. Abro el grifo y empiezo a llenar un vaso de agua.

—Me alegra que me hayas contado lo de la fundación, pero cuando te he preguntado cómo estás me refería respecto a la vista en la que tienes que declarar.

—Ya sé que te referías a eso, pero no quiero hablar más.

—¿Por qué?

—Porque no tengo otra cosa en la cabeza y me va a estallar. No hay novedades, todo sigue igual. Faltan tres días y cuando llegue sé bien qué quiero decir. Solo quiero que pase de una vez por todas y olvidarme.

—Madison…

—Dime.

—¿Sabes quién representa a ese chico?

—¿A la familia de Austin? —repito, como si la pregunta no fuera conmigo—. Pues no. Ni idea. ¿Debería?

—¿Nadie te lo ha dicho?

—¿Qué?

—En el periódico aparecía el nombre del bufete.

—¿Y?

Me detengo. Aprieto el vaso entre los dedos. No lo suficientemente fuerte como para romperlo, pero sí para notar cómo vibra. Ese tono de voz… Tengo un presentimiento…

—¿Qué ocurre, Asher? ¿Ha pasado algo?

—Quería que te enteraras por mí.

—¿De qué? —le pregunto molesta e impaciente.

—Es el bufete en el que trabaja Derek.

Siento que se me aflojan las piernas y el vaso peligra con salir disparado de mi mano. Me dejo caer en la silla más cercana. Las piernas no me sostienen. Mi presentimiento era bueno.

—Dime que es una broma.

—No. Y… no solo se trata del bufete. El abogado que representa al chico es… Derek.

—¿Derek? —repito, como si con ello pudiera acabar de convencerme.

—El mismo. Es él quien llevará el caso directamente.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Me llevo el vaso a los labios y bebo un trago largo, pero la respiración entrecortada me traiciona. Me atraganto y empiezo a toser.

—¿Estás bien? —pregunta Asher afectado.

—No… no lo sé —respondo, apoyándome sobre la mesa.

—Me imaginaba que no lo sabías.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde ayer por la noche. Me lo dijo él.

Siento un nudo en el pecho.

—Gracias por decírmelo —digo, en voz baja.

—Sé que te resultará violento volver a verlo…

Necesito un rato para reponerme. Cuando lo hago, le pregunto a Asher:

—¿Tienes que contarme algo más?

—No. Solo que no te preocupes, he hablado con él.

—¿De qué tenía que preocuparme?

—De que fuera duro contigo y ese tipo de cosas.

—No me preocupa —miento—. ¿Por qué iba a ser duro?

—Eres una testigo importante, Madison. Escúchame atentamente. Te aconsejo que no te compliques la vida. Intenta ser breve. Si no te acuerdas de algo, ni lo menciones, si solo te suena, di que solo te suena.

—¿A qué viene tanta instrucción?

—Confía en mí. No puedo contarte nada, pero si hubiera algo importante, te lo diría. Abúrreles con tu testimonio y te dejarán en paz. Y… escúchame bien. Si te preguntan por el pasado de Jenny, aléjate de esa mierda cuanto puedas. No te revuelques en ese barro.

—¿El pasado de Jenny?

—Madison, intentarán saber muchas cosas sobre la relación que tenía con su novio. Los celos y todo eso.

—¿Y qué se supone que debo decir?

—Lo justo. Cuanto menos valor tengas como testigo, mejor.

—¿Algo más? —le digo cada vez más confundida.

—No. No hay nada que te esté ocultando, ¿de acuerdo? Pero solo quiero que me hagas caso.

Me queda claro: sabe más de lo que puede contarme.

—Bien. Eso es lo que haré. Eso es lo que tenía pensado hacer.

—¿Alguna vez supiste algo más de la ex de Austin?

Esa pregunta me deja perpleja.

—¿Debo pensar en ella?

—Por si acaso…

Entiendo la indirecta.

—Asher… esto me agobia. Si tienes que decirme algo claro que…

—Derek es el abogado y eso es lo que quería que supieras para que no te impacte si lo ves en la vista. Él está buscando la forma de implicar a Jenny porque creen que es culpable, como tú. Tu testimonio es importante porque estabas allí y porque sois amigas,

supuestamente. Derek hace su trabajo. Y tú… debes intentar alejarte de este tema cuanto puedas. Hay mucha gente trabajando en ello, ya averiguarán lo que tengan que averiguar. Debes estar tranquila, confía en mí. Nunca te ocultaría nada, lo sabes.

—Lo sé… Está bien.

Después de un silencio corto, hablamos brevemente de su libro, ese que nunca se acaba, y después de las reformas de su jardín. En el que se estira por las mañanas buscando inspiración del cielo. Palabras textuales.

—Estaré desconectado unos días. Avísame cuando necesites hablar —me anuncia con algo de tristeza.

—De acuerdo, pero si quiero hablar contigo…

—Me envías un mensaje y ya veremos qué hago.

—De acuerdo. Lo mismo digo.

—Suerte en la vista, saldrá bien —me indica con prisa. Hay algo en su voz que no me convence de que esté bien.

—Sí, lo sé. Todo irá bien.

—Madison. Eres la mejor amiga que se puede tener.

—Gracias.

—Quiero que recuerdes algo —añade—. Te quiero mucho, Madison.

Trago saliva. ¿Qué le pasa?

—Yo también te quiero, Asher.

—Repítelo.

—Te… Te quiero.

—Cuídate —dice—. Por mí.

Colgamos sin añadir nada más. Mi apartamento se queda en silencio, como si también él necesitara procesar la conversación.

¿Qué narices le pasa? Cada vez está peor con sus evasiones mentales de creación…

Tengo que pedirme vacaciones e ir a visitarlo. Sí. Lo haré pronto.

Tardo una hora en decidirme, pero lo hago. Sé que es tarde, pero ella me dio su teléfono y me dijo que la llamara siempre que lo necesitara. Helen Moore.

—¿Cómo se llama el abogado contrario? O abogada…

—¿Te refieres a la acusación? Derek Lawson. Ahora es él el que representa a Austin.

—¿Ahora?

—Hasta ayer era otro miembro de su bufete, pero han cambiado. No tiene importancia, no te preocupes. Los conozco a los dos. ¿Me lo preguntas por algo?

—No, solo para que los nombres me resultaran familiares.

—Perfecto.

—¿Qué clase de abogado es?

—Es un buen abogado, representa a un buen bufete. Aún no sé cómo la familia de Austin se lo ha podido costear, pero así ha sido.

—Querrán lo mejor para su hijo —le vomito sin poder contenerme.

—Entonces me habrían llamado a mí —me suelta echándose a reír.

Será estúpida…

—¿Él me hará preguntas?

—Sí, seguramente sí. Te interrogará sobre lo que viste o escuchaste aquella tarde.

—¿Y tú?

—Yo solo reforzaré lo que declares al juez.

—¿Quién acudirá a esa vista como testigo, aparte de mí?

—La señora Carmichael, la policía, los médicos que atienden a Austin, y tú. También los padres de Austin y… Jennifer, claro está.

—¿Nadie más?

—De momento, no.

—¿Todos declaramos el mismo día?

—Sí, a diferentes horas.

—Gracias. Solo quería saber eso.

—Tú solo debes preocuparte de tu declaración. Sé prudente en no mencionar nada que pueda perjudicarla si no tienes seguridad en ello. Tú no juzgas ni interpretas, solo cuentas hechos concretos de lo ocurrido.

—Lo tengo claro…

—Te llamaré antes de la vista —dice antes de colgar.

¡Qué mujer más imbécil! Y cuando pretende ser graciosa, aún es más imbécil.

Me derrumbo en el sofá, incapaz de procesar lo que me acaba de confirmar.

Asher me ha dado demasiada información, me voy a volver loca.

¿Por qué ha mencionado a Stella?

Son demasiadas cosas.

Pero… lo que ahora no puedo quitarme de la cabeza es que vaya a volver a verlo… ¡En un juzgado! ¡Como bogado!

¿Qué habrá pensado al saber que soy testigo de su caso?

¿Por qué ha mencionado Helen que ha habido un cambio?

¿Tendré yo algo que ver?

No creo que le importe…

Ni a mí debería importarme él…

Todo terminó entre nosotros cuando prácticamente acababa de empezar…

Y fue por su maldita traición.

¡Que te jodan, Derek Lawson!

Y llegan las lágrimas abrazada a un cojín…

Lágrimas de rabia, de confusión, de miedo, de nostalgia, de recuerdos…

14
Madison

La vista

Ha llegado el día. Más que acudir a un juzgado, parece que me haya estado preparando para una cita. He tardado mucho en elegir cómo vestirme, cómo peinarme y cómo maquillarme.

No he dormido más de dos horas y ni siquiera ha sido sin interrupciones. Mi cabeza era un enjambre de pensamientos.

Al final me he decantado por un conjunto neutro, un traje sencillo pero elegante. Nada que destaque demasiado, nada que parezca demasiado formal. Un traje claro, que me queda como un guante, y una camisa azul que está etiquetada como «la de la suerte». El conjunto ideal para mediados de abril, veinte, exactamente, y para proyectar una imagen profesional, neutral y fiable.

En el fondo, sé que estoy convenciéndome de que mi aspecto es maravilloso sin serlo, pero es difícil encontrar un atuendo perfecto para hoy. Creo que es más bien apagado, sin vida, pero es que… si tuviera que encontrar uno que transmitiera lo que siento, de verdad, sería negro y holgado. Negro como mi estado de ánimo, holgado para poder temblar dentro de él sin que se note.

Estoy nerviosa…

Busco el mensaje que he recibido hace media hora, de la abogada, de Helen, para leerlo de nuevo.

Esa insufrible mujer…

¿Por qué me cae tan mal? Solo hace su trabajo.

Es cierto que intenta hacerse la simpática y no lo consigue; que me presiona sutilmente, que intenta manipularme hablándome de Jenny… Pero ella hace su trabajo, defiende una causa.

No juega al escondite como yo.

Me enfrento a su mensaje:

Jenny ha declarado a primera hora. Todo ha ido bien.
Está muy nerviosa; sabe a lo que se enfrenta.
Esperemos que el juez entienda que fue un trágico accidente.

Lo sabremos cuando terminen de declarar los testigos; tú, entre ellos.

Nos vemos en el juzgado.

Cuando estoy a punto de llegar al juzgado, noto cómo se me acelera el corazón. No solo por lo que tengo que enfrentarme ahí dentro, sino también por él. Sé que estará ahí, sé que lo veré. Y, aunque me esfuerzo por pensar en mi declaración; mi cabeza parece decantarse por Derek desde hace horas.

No negaré que durante la noche también se ha decantado un poco. O… mucho. Dejémoslo en demasiado.

El edificio está cerca. Es gris, funcional, sin nada majestuoso, como ya sabía. El Criminal Court de Manhattan. Al llegar, veo mucha gente frente a la entrada. Prensa. Cámaras. Voces que se solapan. Están pendientes del pasillo de acceso, controlan quién entra y quién sale.

Cojo aire; recorro la distancia hasta la puerta a toda prisa. ¿Saben quién soy? Me han llamado por mi nombre. Intento avanzar, pero me cuesta abrirme paso. Por suerte, no hay mucha distancia y lo consigo.

Un funcionario me facilita el acceso. Entro. Resoplo. Tardo varios minutos en recuperar el aliento. Estoy confundida por la impresión de esos periodistas. ¡Maldita sea!

Dedico unos minutos a recuperarme del todo. Cuando lo hago, entro despacio. Hay un vestíbulo enorme. Conforme avanzo observo lo esencial: controles de seguridad, pasillos interminables, carteles con flechas y empleados con prisas. Y caras largas. Aquí nadie parece ser muy feliz.

Paso el control de seguridad; muestro mi identificación y un funcionario me indica que espere en una sala lateral.

Es pequeña, sin ventanas, con mobiliario que ha cumplido al menos siete décadas y un silencio que me está matando. Solo estoy yo en ella.

Han pasado más de veinte minutos de desesperación cuando finalmente se abre la puerta y aparece la figura de un funcionario.

—Doctora Abbott.

Me levanto despacio. Camino con el corazón en la garganta. Mis piernas tiemblan, pero nadie debe notarlo. Atravieso el pasillo, y el funcionario, que camina un paso por delante de mí, abre la puerta de la sala.

La sala es pequeña, sin muchas pretensiones. La luz fluorescente da al entorno un tono apagado y sombrío. También ayudan las paredes de paneles de madera clara y el suelo alfombrado con una moqueta azul gastada.

Camino hacia el interior de la sala con paso erguido, intentando que mi expresión sea como la de un muñeco de cera.

No fijo la mirada más que en las banderas que hay al fondo: la del estado de Nueva York y la de Estados Unidos. Es lo único que parece tener un poco de vida aquí dentro.

Me detengo delante de la mesa que hay en el centro.

Reconozco al juez de inmediato. Está sentado en un pequeño estrado a pocos metros de mí. Es un hombre de unos sesenta años, sin expresión que me mira fijamente.

—Tome asiento, señorita Abbott —me dice con una voz grave que me impone.

Al lado del estrado, hay una hilera de mesas interminables. En la más cercana al juez hay dos personas revisando papeles; dos mesas después, Helen, que me hace un gesto con la cabeza muy sutil, y a su lado… él.

El contacto visual dura solo unos segundos. Pero suficientes para romperme por dentro.

Derek Lawson. Ahí está. Cabello oscuro ligeramente ondulado, aunque más largo que lo que recordaba. Traje oscuro… Mirada fría a través de sus ojos de color azul intenso. Me observa.

Me estremezco de pies a cabeza.

El juez repasa los aspectos formales. Me recuerda que estoy bajo juramento, que debo responder con veracidad y limitarme a los hechos. Después, con ese tono neutro que no da margen a la duda,

me pide que explique, con mis propias palabras, lo que ocurrió aquella tarde.

Mi declaración es concisa. Digo que recibí una llamada de Jennifer MacKenna, que acudí a su casa, que encontré a Austin Sullivan herido, con una contusión en la cabeza. Que lo asistí como médica, que llamamos a emergencias, y que lo acompañé en la ambulancia hasta el hospital.

El fiscal me hace algunas preguntas más. Técnicas. Directas. Me pregunta la hora exacta en la que recibí la llamada, qué dijo Jenny, cómo encontré a Austin: su estado, su postura, su respiración… También me interroga sobre la actitud de Jenny durante todo el proceso, y sobre el papel que desempeñó la señora Carmichael.

Respondo con precisión. Me centro en los hechos. No valoro, no interpreto, no opino. Les digo la hora, recreo el miedo y la confusión en la llamada de Jenny, describo el estado de Austin, hablo de la señora Carmichael, y respecto a Jenny afirmo que estaba nerviosa, casi en shock, y que era difícil comunicarse con ella. También digo que se quedó arrinconada en el salón mientras la vecina y yo intentábamos estabilizar a Austin.

Cuando termina el fiscal, el juez gira la cabeza hacia Helen, que rechaza interrogarme. Después le toca el turno a la mesa de al lado.

—Defensa —indica el juez.

Llega el momento que tanto temo.

Derek.

Se levanta. No se mueve de detrás de la mesa, pero no se queda sentado como han hecho el resto.

—Doctora Abbott —comienza Derek con una voz tan suave que me sorprende. Escuchar su voz hace que sienta mil descargas de electricidad por todo el cuerpo, pero me esfuerzo por no moverme ni un centímetro—. ¿Cuánto tiempo hace que conoce a la señorita MacKenna?

Esa pregunta, a pesar de su sencillez, saliendo de su boca con su mirada clavada en mí, me estremece. Esto va a ser más duro de lo que creía. Por un segundo, mi mente deja de funcionar, es como si enfrentara mi propia condena, como si esperara la sentencia que

determinara mi futuro. Así de vulnerable me siento en este momento.

—Unos dos años —le contesto recobrando algunas fuerzas.

—¿Mantienen una relación cercana?

—Convivimos durante seis meses. Después estuvimos un tiempo sin contacto. Retomamos la relación hace unos meses, aunque no con demasiada frecuencia.

—¿Por qué perdieron el contacto?

Esa pregunta me estremece. Ahora debo enfrentarme a «las verdades», esas que debo esquivar. No mentiré, pero no diré la verdad.

—No hay motivo especial; cuestión de agendas…

—Y hoy, ¿cómo definiría usted esa relación?

—Cordial —respondo, con cuidado.

—¿Solo cordial? Le recuerdo que la llamó para pedirle ayuda…

—Me pidió ayuda en calidad de médica —afirmo más molesta de lo que me hubiera gustado expresar.

—¿No era mejor llamar a una ambulancia?

—Señoría, no le corresponde a la testigo cuestionar los motivos de la señorita MacKenna —interviene Helen.

El juez mira a Derek, pero este hace un gesto como que lo ha entendido y prosigue.

—¿Durante el tiempo en que convivieron, presenció usted conductas «celosas» por parte de la señorita MacKenna?

—No —contesto mientras me tiemblan las piernas. Sí, he mentido, ya no se trata de esquivar la verdad.

—¿Ni discusiones relacionadas con su pareja? ¿Con el señor Sullivan?

—No —Trago saliva.

—¿Le parece que Jenny MacKenna es una persona celosa?

—No sabría contestar a eso.

—¿Conoce usted a Stella Keller?

Estoy preparada. Asher me advirtió.

Son demasiadas preguntas; muy rápidas; me está asfixiando.

—Solo de oídas; sé que fue pareja de Austin, pero no la conozco.

—¿Sabe si entre la señorita MacKenna y la señorita Keller hubo algún tipo de conflicto?

—No.

—¿Está segura?

—Señoría —interviene Helen Moore, firme pero serena—. No hay constancia de que la señorita Keller tenga relación directa con los hechos. Y no hace falta pedirle a la testigo que se asegure de sus respuestas.

El juez interviene sin levantar la voz.

—Señor Lawson, a menos que establezca una conexión clara entre esa línea de preguntas y el incidente concreto, le aconsejo que continúe con otro asunto.

—Entendido, señoría —dice Derek, sin alterarse.

Revisa sus notas unos segundos y entonces continúa.

—Cuando recibió la llamada de Jenny MacKenna, ¿cuáles fueron sus palabras exactas?

—Me pidió que fuera a su casa, que Austin estaba inconsciente.

—¿No aportó ninguna explicación más? ¿Usted se conformó con esas palabras para acudir en su ayuda?

—No. Le pregunté qué había ocurrido y en qué estado estaba Austin, pero era difícil dialogar con ella. Insistía en que fuera a su casa. Le sugerí que pidiera una ambulancia.

—¿Por qué le hizo esa sugerencia si desconocía el estado de Sullivan?

—Porque me habló de inconsciencia y eso me alertó. Le pregunté si respiraba, pero ella no razonaba, estaba bloqueada.

—¿Ninguna palabra que insinuara el motivo de la herida? ¿Un accidente, una pelea?

—No, solo mencionó que había sangre, pero no especificaba de dónde ni cuánta.

—¿Le pidió que suavizara su versión de los hechos?

—No —contesto con la mandíbula tensa.

—¿Está segura?

—Señoría, está presionando a la testigo, ya ha contestado esas preguntas —protesta Helen.

—Señor Lawson, admita las respuestas, no hace falta que las formule de nuevo.

Derek asiente y vuelve a fijar la mirada en mí.

Esto no se va a acabar nunca.

—¿Y usted no interpretó en ningún momento que su actitud fuera defensiva, evasiva?

—Jenny estaba nerviosa. Pero no hice ninguna interpretación.

—¿Nerviosa cómo? ¿En estado de pánico, de culpa, de angustia?

—Protesto —dice Helen—. La testigo no es experta en evaluación psicológica. Solo puede describir lo que vio.

Desde ese momento empiezan a sucederse preguntas por parte de Derek, protestas por parte de Helen y llamadas de atención del juez. Esa dinámica se repite mientras Derek me bombardea a preguntas sobre lo que dijo o hizo Jenny, sobre lo que observé sobre las heridas, sobre la actuación de la señora Carmichael.

Me siento asfixiada, acorralada. Son unos minutos, solo tres o cuatro, que se me hacen eternos; que provocan que se me acelere el corazón; que mi respiración se altere… Si esto continúa, me voy a desmayar.

Es como si Derek estuviera en mi oído gritándome, atronando mis tímpanos, deseando que pierda el control.

—¿Y puede afirmar con certeza que no hubo ningún comentario por parte de Jenny que usted haya decidido omitir?

—No.

—¿No puede afirmarlo?

—Señoría, está confundiendo a la testigo —Helen protesta de nuevo, poniéndose en pie.

—Señor Lawson, formule las preguntas con claridad.

—Quiero decir que no omití nada. Conté lo que recuerdo —aclaro antes de que vuelva a preguntarme.

Se produce un silencio breve. Derek sostiene mi mirada. Ahora tengo la sensación de que ya no se trata de mi testimonio, sino de mí. Esa mirada solo quiere fundirme.

—¿Está usted segura de que su testimonio es totalmente imparcial hoy aquí?

—Protesto —salta Helen. Y antes de exponer su argumento, el juez le llama la atención a Derek.

—Señor Lawson, le insto a ceñirse a los hechos. La testigo ha sido clara. Es la última vez que se lo recuerdo. Está empezando a agotar mi paciencia y le recomiendo que haga lo posible porque siga teniéndola.

Derek respira hondo. Baja un poco el tono.

—Una última cuestión, señoría.

El juez asiente con gesto seco. Debe estar aliviado de escuchar esas palabras.

—¿Recuerda usted haber intervenido en una discusión anterior entre Jenny MacKenna y Austin Sullivan, en la que tuvo que calmar los ánimos?

Siento un escalofrío. No esperaba que sacara eso.

—No recuerdo una discusión como tal.

—Finn Whitmore —dice Derek con precisión—, persona del entorno de Austin, ha afirmado que usted intervino para calmar a Jenny en una ocasión.

—Protesto. El señor Whitmore no figura como testigo en esta causa —dice Helen, más firme que nunca.

El juez suspira.

—No tengo más preguntas —dice Derek finalmente antes de que el juez lo extermine.

Se hace un silencio que me incomoda.

Me centro en respirar; en permanecer erguida. Me recuerdo que he dicho lo que tenía que decir, pero no puedo evitar sentirme mal conmigo misma.

Por fin, me invitan a abandonar la sala y cruzo una última mirada con él, una mirada que actúa como un espejo roto: me recuerda una versión de mí misma que no quiero ver. Y me recuerda a aquel tiempo que una vez compartimos.

15

Derek

Buena memoria

La he seguido con la mirada hasta que ha salido de la sala y la puerta se ha cerrado tras ella. No lo he podido evitar.

La fuerza que me ha acompañado durante el interrogatorio ahora me ha abandonado. Creí que volver a verla sería incómodo, sí, pero manejable. Pero no. Ni de lejos.

Está aún más guapa. Más fría y más distante, por supuesto, pero, mucho más guapa de lo que la recordaba. Me jode que aún pueda impresionarme. Que algo dentro de mí se contraiga como si aquel final no hubiese sido lo suficientemente doloroso.

Puede que la palabra odio no sea la que defina lo que siento cuando la miro, pero no encuentro otro nombre. Podría matizarlo, podría llamarlo rabia, decepción, rencor, pero sigo sin diferenciarlo.

He intentado no mantener la mirada demasiado tiempo durante el interrogatorio por miedo a desarmarme. Cada vez que mis ojos se encontraban con los suyos, esos de color avellana que tanto me gustaron en el pasado, algo parecía golpearme en el pecho.

Y su cabello liso y castaño…

Y sus labios perfectos…

Y su figura imposible de ignorar…

Joder. No ha sido fácil.

Nunca imaginé que me costaría tanto preguntarle, escucharla; mantener el tono. Lo he hecho, claro. Lo he hecho como el abogado que soy. Pero juro que nunca había sudado tanto en una vista.

La sala se va vaciando poco a poco. La gente se mueve en silencio. El fiscal me saluda con la mano y me sonríe. Creo que piensa lo mismo que yo: que nos volveremos a ver en el juicio.

Aunque el juez no ha tomado una decisión todavía, no ha cerrado el caso ni ha dicho si se celebrará juicio, sí nos ha informado de que en un plazo de cinco días sabremos la resolución. Es un plazo muy corto, propio de los casos mediáticos; y este lo es. Solo hay que ver todo lo que se ha publicado en prensa y redes sociales, y la

cantidad de reporteros que había en la puerta del juzgado desde primera hora.

El plazo y el desarrollo de los interrogatorios nos hacen pensar que habrá juicio.

He observado cómo se ha comportado el juez. A pesar de las protestas constantes de Helen, me ha dado mucho margen con Madison y con la propia Jennifer. También ha sido muy permisivo con la fiscalía, y ese detalle no es menor.

A Jennifer no nos ha costado, ni a mí ni a la fiscalía, hacerla dudar. No llegó a perder el control, pero estuvo cerca. Cada vez que intentaba esquivar algo o recuperar terreno, solo conseguía quedar peor. Repitió tantas veces la palabra «accidente» que el juez acabó pidiéndole que dejara de hacerlo.

No creo que su abogada esté satisfecha. Solo había que ver la cara que tenía. Su narración parecía una secuencia mal escrita de una película grabada por adolescentes: «Fue todo tan rápido», «No me acuerdo», «No debí hacerle enfadar», «Necesito que me permitan visitarlo». Nos las ha soltado en bucle, aunque ninguna venía a cuento.

Y esas lágrimas fingidas… casi le cuesta una vida derramarlas.

Y luego está la madre de Austin. La única que ha declarado. El padre solicitó no hacerlo: no se separa de su hijo en el hospital. Nadie puso objeción.

Ella ha contado que su hijo les dijo, poco antes del accidente, que no podía más. Que no aguantaba la presión. Que Jenny le estaba haciendo la vida imposible. Que necesitaba dejarla.

«No puedo seguir con ella», es lo que dijo.

La madre se quebró varias veces. Y no solo por el recuerdo, sino por la rabia. Repitió en más de una ocasión que había sido Jenny. «Fue ella. Ella casi me lo ha matado», dijo. Varias veces. En bucle. Hasta que el juez la llamó al orden.

En ese momento, algo en la sala se ha torcido. Como si todos lo sintiéramos a la vez.

Y luego Madison.

Su papel ya era difícil de por sí. Después de lo que acababa de declarar la madre, toda la atención recaía en ella, en la amiga. La

defensa, tal vez por prudencia, decidió no hacerle preguntas. En mi opinión no fue una decisión brillante, pero entiendo que no quisieran tentar a la suerte después de cómo les fue con su clienta.

Así que sí. Creo que habrá juicio.

Y si lo hay, tendré que volver a verla.

Salgo al pasillo. El aire parece más denso que dentro. No sé si me muevo por impulso o por curiosidad, pero cambio de dirección hacia esa sala. Si mis cálculos no fallan, Madison aún debe estar dentro o a punto de salir. Después de la declaración ha vuelto a la sala. Siempre se hace así, por si se necesita volver a llamarla.

Antes de llegar, el funcionario asoma la cabeza. Puede que haya llegado en el momento justo.

Y así es.

Madison sale despacio y mira hacia ambos lados, como si estuviera perdida. Se encuentra con mi mirada y se queda quieta. Me acerco a ella y me detengo a poca distancia. Desde aquí me llega su olor. A cítrico. Igual que entonces. Irritantemente igual.

—Doctora Abbott… A pesar de tu mala memoria, me atrevo a decir que no te ha servido de nada. Estoy convencido de que habrá juicio —le suelto con una sonrisa forzada. No puedo negar que tenerla tan cerca me está impactando.

—Señor Lawson… Mi memoria no es mala. En cuanto te he visto, se me ha revuelto el estómago. He tenido que luchar contra unas arcadas horribles…; y eso es un acto reflejo en el que actúa la memoria. Mi memoria ha tenido que trabajar duro. Se trataba de un recuerdo lejano, insignificante, pero, aun así, ha sido capaz de localizarlo. Eso no es mala memoria; es memoria muy precisa.

—Es curioso que seas tú la que tengas la desfachatez de decirme eso a mí. ¡Cuánto cinismo, doctora! Pero no debería sorprenderme… Casi podría asegurarte que nos veremos en el juicio. Solo hay que esperar unos días para confirmarlo. Voy a por tu amiga, y te aseguro que va a necesitar algo más que una cómplice sin conciencia dispuesta a protegerla… Te sugiero que te pases por el hospital antes del juicio y veas lo que queda de él. De Austin Sullivan. Claro que, viniendo de ti, no puedo esperar que te conmueva…

—Que te jodan, Derek Lawson.

—Que tengas un buen día, Madison Abbott.

Emprendemos el camino separados por un par de metros. Hay dos salidas posibles. Ella está a punto de tomar la que no quiero que tome.

—No debería ayudarte, pero deberías salir por las puertas de arco —le digo, señalándola mientras me dirijo hacia ella—, evitarás a la prensa.

Me sigue. Sé que ha dudado por un momento. El cartel de «aparcamiento subterráneo» le habrá hecho pensárselo.

Abro la puerta y le cedo el paso. Me mira con desprecio y alza la barbilla.

Se enfrenta a un buen número de periodistas y cámaras dispuestos a hablar con ella.

Me mira con horror mientras me echo a reír. Intenta retroceder, pero no es tan fácil como cree. La puerta no tiene acceso desde el exterior; deberá buscar otra ruta y enfrentarse a la prensa.

Lo que viene a llamarse una encerrona.

Mientras lucha por hacerse paso, me centro en dos periodistas que me presionan con el micrófono mientras me hacen varias preguntas a la vez, y la pierdo de vista.

Habría matado por ver un poco más la escena, sé que ha debido resultarle complicado desaparecer.

Solo quería divertirme un poco.

Mañana su fotografía aparecerá en algún medio.

Bien. Así será consciente de que esto va en serio. Aquí las medias verdades no sirven.

Esto no es un juego. Es un juzgado. Y hay alguien que merece justicia.

16
Madison

La esquela

Ha pasado una semana desde que se celebró la vista. Y solo dos días desde que sentí que podía volver a respirar con normalidad. Me ha costado mucho volver a centrarme, me perseguían todos los recuerdos del interrogatorio, de mi encuentro posterior con él e incluso del pasado.

Peter ha sido mi bálsamo. Acabé por contarle todas mis inquietudes sobre el caso pensando que me recriminaría no haber forzado «mi memoria», pero adoptó la misma postura que Asher. «Sal como puedas de esta». También le hablé de Derek. Aunque él nunca llegó a conocerlo, conoce nuestra historia y lo que le une a Asher. Se sorprendió y me preguntó muchas veces cómo me estaba afectando, pero conseguí convencerle de que esa historia era del pasado y no me afectaba lo más mínimo.

A él sí pude convencerle, a mí… todavía no.

Intento apartarlo de mi cabeza, pero aparece con frecuencia. El trabajo, el exceso, como siempre, me han ayudado a no pensar demasiado, aunque tuve que enfrentarme a la curiosidad de muchos compañeros que me han preguntado por el maldito tema.

Muchos de ellos habían leído mi nombre o incluso habían visto mi fotografía en alguno de los medios que la ha publicado. Por suerte fuera del juzgado no parece que sea del interés de nadie. No me consta que hayan vuelto a preguntar en la fundación, así que estoy algo más calmada.

Mi jefe, en el hospital, ha aprovechado para bromear varias veces conmigo:

—Eso te pasa por estar siempre dispuesta a hacer horas extras —me ha dicho alguna que otra vez en los últimos días, refiriéndose a la atención que le presté a Austin.

—Se llama Juramento Hipocrático: no puedes mirar hacia otro lado —le he respondido todas las veces que me lo ha dicho.

Michael es un gran jefe, y todo lo «amigo» que puede ser un jefe. Me formé junto a él en Pittsburgh, Pensilvania, y cuando él

recibió una oferta en el Mount Sinaí de Manhattan, no dudé en seguirlo en cuanto me dio la oportunidad. En ese hospital terminé mi residencia y empecé a ejercer en solitario.

Le debo mucho. Algunos compañeros me han insinuado alguna vez que Michael me da un trato privilegiado. Si fuera cierto, lo admitiría, a pesar de que no es algo agradable de admitir en el proceso de una carrera que acaba de empezar, pero no lo es. Si hay alguien que ha sido duro y exigente conmigo hasta llevarme al límite, ha sido y sigue siendo él. Pero su carácter cercano hace que algunas personas lo juzguen equivocadamente.

Él estaba al corriente de mi implicación en el caso de Jenny. Yo se lo había contado, no solo porque tenemos una buena relación, sino porque necesitaba su autorización para cambiar mi turno y poder asistir a la vista.

Por suerte, el tema parece haber desaparecido y no he vuelto a escuchar nada más. Claro que he evitado consultar las redes y los diarios. Me he cansado de decir que conocía a Jenny; y que me llamó para que le prestara ayuda médica. ¡Qué harta estoy de repetir lo mismo! Claro que, a fuerza de hacerlo, puede que acabe por convencerme a mí misma, a pesar de saber que esa versión dista mucho de la realidad.

Tal y como me anunció el abogado de la defensa; o lo que es lo mismo: el imbécil de Derek, se celebrará un juicio. El juez no ha archivado la causa y le ha imputado un delito de agresión en primer grado. Me lo comunicó ayer Helen, y me dijo que puede haber una condena de hasta veinte años de prisión. Eso si el pobre de Austin sobrevive; si no es así, podría ser peor.

Por supuesto, volveré a ser citada.

Esta vez, le he indicado a la abogada que prefiero desconectar y que, cuando se acerque la fecha, dentro de dos meses aproximadamente, volveremos a hablar.

No sé nada de Jenny. Ni la he llamado ni me ha llamado. Prefiero que sea así. Una cosa es que no haya querido perjudicarla en la

vista contando la «triste verdad» de lo que escuché, y otra distinta que sigamos en contacto.

Sea como sea lo que se decida en ese juicio, yo ya tengo mi sentencia. Y se basa en lo que viví con ella en el pasado, el anterior y el más reciente.

No puedo negar que pienso en Austin, pero, como dijo el «letrado de la defensa»: mi memoria no ha impedido que el juez la impute en un delito.

Creo que hace muchos años que no me sentía tan incómoda conmigo misma, pero no puedo continuar con esta batalla. Bastante he tenido con esa maldita vista, mi foto en los diarios y mi encuentro con él…

Quizás eso ha sido lo peor.

Me gustaría hablar con Asher para contárselo, pero no hay forma de contactar con él.

Le he dejado varios mensajes desde la vista, pero no me ha contestado; ni me ha llamado. Es extraño que no se haya interesado. Puede que «la otra parte» se lo haya contado, pero no es propio de él este silencio cuando le pido que me llame. Suelo respetar sus silencios, algunos se alargan por semanas, pero nunca cuando hay una solicitud vía mensaje para que me llame. A saber, qué está haciendo con su complicada mente. Ese libro lo ha cambiado un poco; le ha hecho aislarse demasiado.

Cuando termina el día y entro en mi apartamento, me doy una buena ducha e intento concentrarme en un libro que me prestó Peter, un thriller psicológico que, según sus palabras, es increíblemente bueno. No es mi estilo de lectura, pero intentaré hacerle caso.

Leo seis veces el mismo párrafo. Esto no va bien. Me cuesta concentrarme y lo poco que estoy leyendo me aburre.

Por suerte, el sonido asignado a los mensajes de Asher me hace dar un salto del sofá. ¡Qué ganas de hablar con él!

En esta ocasión no anuncia su llamada, sino que me envía una fotografía.

No consigo entender de qué se trata.

Es una foto de una esquela publicada en un diario. ¡Dios! ¿De quién se trata? A saber, qué pretende contarme con esta foto.

Amplío la pantalla.

No puede ser.

Me dejo caer en el sofá.

Aparece su nombre:

Asher Weston.
Me fui el día 22 de este mes. El año no importa.
Escritor, sociólogo, y psicólogo.
Inolvidable… ¡Espero!
Y amigo, todo lo que supe y pude.

Pero… ¿qué clase de broma es esta? ¿Esto es lo que está escribiendo? No tiene ninguna gracia y así se lo hago saber contestando su mensaje.

Menuda gilipollez.
¿Eso me envías después de estar una semana intentando hablar contigo?

El sonido de mi móvil me sobresalta. Es él. Vaya, al menos podremos hablar.

—No tiene gracia, Asher —le digo nada más descolgar.

—¿Madison? —me dice una voz desconocida femenina.

—¿Con quién hablo? ¿Y Asher?

—Siento tener que darte esta noticia, pero la esquela que te he enviado es real —me suelta con una voz fría y robotizada—. Asher nos dejó hace tres días. Perdón, no me he presentado, soy Florence Falk. Soy amiga de Asher y la encargada de darte la noticia.

Si se trata de una broma, juro que lo mato.

Pero bastan unos minutos y unas pocas explicaciones más para convencerme de que no es una broma y, lamentablemente, mi… Asher se ha ido.

Me quedo inmóvil, aturdida, como si una parte de mí se hubiera ido también con él.

17

Derek

Ese te quiero

El techo de mi dormitorio ha dejado de tener vida propia y de dar vueltas. Parece que por fin puedo levantarme de la cama sin sentir que me voy a caer desplomado.

Hace tres horas que estoy tumbado, luchando por mantener el equilibrio: no solo el físico, sino el emocional.

El impacto que me ha producido la llamada de esa desconocida ha sido indescriptible.

Después de recibir esa maldita esquela, estaba dispuesto a echarle una buena bronca a Asher por gastar bromas de ese tipo. Estaba enfadado con él porque he intentado contactar con él en infinidad de ocasiones durante la última semana, desde que se celebró la vista. Era extraño que no me llamara después de la vista, ni siquiera cuando le enviaba mensajes indicándole que era urgente. Necesitaba hablar con él, escucharle, contarle… hasta donde siempre me he permitido. Pero… no ha sido posible. Ahora entiendo por qué. Él ya no estaba.

Algo me ha dicho que esa esquela no podía tratarse de una broma: Asher no gastaba bromas. Pero nunca habría imaginado que la explicación de su ausencia se debiera a lo que me ha dicho la tal Florence Falk.

Jamás había oído su nombre. Asher nunca me habló de ninguna amiga. De hecho, no tenía ni idea de que tuviera relación con algún «ser humano» en ese lugar. Sus relatos decían lo contrario: horas y horas de escritura, horas de búsqueda de inspiración, lectura, paseos por el campo, observar la naturaleza, cuidados de su jardín…

Me esfuerzo por incorporarme de la cama. Estoy algo mejor, pero creo que la definición de mi estado sería que estoy en shock. Debe ser eso lo que siento: no puedo pensar con claridad, siento angustia, tengo ganas de llorar y no puedo, mi cabeza es un hervidero de preguntas sin respuesta…

Necesito información. Mucha.

Localizo mi móvil, que aún descansa en la mesilla de noche, y pulso con el dedo tembloroso sobre la pantalla: Asher. Siento un escalofrío al hacerlo. Sé que no será él quien responda, sino esa voz sin alma, la misma a la que he tenido que colgar después de convencerme de que me estaba diciendo la verdad.

Todavía tengo esperanza de que me diga que ha sido una broma pesada, una excentricidad de Asher, una puta locura… Se la perdonaría, no me importaría haber pasado este infierno de las últimas horas… Acudiría a Michigan y le estamparía contra una pared, pero luego le daría un abrazo…

Pero, tal y como suponía, no podrá ser.

Florence me atiende de forma fría y distante. Es escueta, y su tono es el propio de una persona que está hablando con un contestador automático. Me parece insensible. Un puto robot.

—Ahora puedo escucharte mejor —le digo.

—Me alegro, tengo detalles que comentarte.

«Estoy un poco mejor, gracias», me digo, echando en falta un poco de sensibilidad. ¿Quién coño es esta tía?

—Quiero convocarte a venir a Ironwood dentro de ocho días. Así me pidió él que te lo transmitiera. El día cinco de mayo.

—¿Para qué? Todavía no me has contado por qué no me dijo nada de su enfermedad, ni qué le pasaba. Y si tú eres su portavoz, ¿por qué has tardado tantos días en llamarme y no lo hiciste cuando sucedió? O para su funeral… No sé qué ha ocurrido, ni quién eres, así que te pido que me proporciones más información. Hablé con él hace una semana… No me pareció enfermo ni me contó nada. Es mi mejor amigo, joder, podías ser más explícita. Me acabas de decir que está muerto…

Espero que mi tono y mis palabras la hagan reaccionar y deje esa actitud. ¿Será un robot de verdad? ¿Y si le pido una videollamada?

—Te lo contaré todo con detalles cuando vengas. Él eligió una fecha para ello y me pidió que te la transmitiera. Ha dejado una carta y quería que la leyeras aquí, en su casa, en su hogar durante los últimos dieciocho meses. No me pidas más información de la que puedo darte ahora. Él también es mi amigo y también estoy

sufriendo su pérdida. No pienso hacer ni decir nada que no hubiera estipulado con él.

Al menos me ha regalado un conjunto de frases. Algo es algo.

—¿Quieres que vaya allí solo para leer una carta?

—Lo quería él. Te transmito su última voluntad. Hay varias cosas a tratar, el resto te las contaré en persona, como él me pidió.

—¿Y si no puedo ir? ¿Tiene que ser esa fecha?

Se hace un silencio.

—Derek, tienes ocho días por delante, me parece un buen margen —me dice con autoridad—. ¿No puedes desplazarte durante unos días para conocer lo que él quería decirte? ¿No tienes tiempo? ¿Ganas? Él nunca volverá, nunca.

Joder… El robot sabe disparar.

Eso duele; esa mujer tiene la misma sensibilidad que puede tener un molusco.

—Te he enviado, siguiendo sus instrucciones —prosigue—, los billetes de avión para esas fechas y las instrucciones. Te sugiero que traigas equipaje para varios días. No debes preocuparte del alojamiento, está todo previsto. No puedo decirte más. La decisión de acudir o no, es tuya. Ruego me lo confirmes cuando lo hayas decidido.

Guardamos silencio mientras proceso sus palabras. No voy a conseguir mucha información, pero es que lo que me plantea es muy raro.

Sigo en silencio y ella no parece tener prisa ni intenciones de llamarme la atención.

Algo se cruza en mi cabeza.

—Asher no tiene… tenía familia y hasta hoy… a mí solo me constaba una amiga —le pregunto con suavidad, con la intención de ablandar a ese ser metálico—. ¿Has informado a alguien más? ¿O debo comunicar yo la noticia?

No he pensado en lo que supondría que me dijera que debo informarla yo, pero no hace falta. Ha entendido perfectamente de quién le estoy hablando.

—Madison Abbott está informada como tú, desde hace unas horas.

Siento escalofríos.

—¿Ella también está convocada?

—Derek, espero tu respuesta —me suelta sin responderme—. Te ruego que me la proporciones lo antes posible. Y antes de que decidas, quiero recordarte que para él era importante que lo hicieras. Se trata de su última voluntad.

Toma ya. Esa mujer sabe apretar bien en la herida.

—¿Por qué me has dicho que lleve equipaje para varios días?

—Deberías tomarte unos días para este viaje; hay mucho por hacer.

—¿A qué te re…?

—Adiós, Derek. Espero tu confirmación.

Pero… ¿de qué va esta tía? Tendría que haberle propuesto lo de la videollamada. Esta no es humana.

Tras más de dos horas dando vueltas y más vueltas a todo lo que me ha contado, decido salir de casa.

Son las tres de la mañana.

Necesito evadirme, necesito velocidad.

Me subo al coche y, sin darme cuenta, acabo en Boulevard East, en Weehawken, Nueva Jersey, justo al otro lado del río Hudson.

Es un tramo solitario y elevado, colgado sobre los acantilados de los Palisades, desde donde se ve toda Manhattan.

Él y yo solíamos venir aquí, tantas y tantas veces, a ver las luces de la ciudad y a cambiar un poco el mundo.

Desde esta altura, todo parece más pequeño, más lejano, más soportable.

«Siempre has sido mi amigo, mi mejor amigo, el mejor que se puede tener», repito en mi cabeza al recordar nuestra última conversación.

Me pidió que le dijera que lo quería, y me pidió que la cuidara…

Sabía que se iba, Asher ya lo sabía…

Esa fue su despedida…

Ahora sí que puedo llorar.

Y lo hago.

18
Madison

Se ha roto, maldita sea.

Llevo dos días funcionando como si mis pilas estuvieran a punto de agotarse. Especialmente hoy, que es cuando me he decidido a salir de casa. Ayer fui incapaz. Fue la primera vez que llamé al trabajo para decir que estoy enferma y no podía acudir. Pero hoy es distinto, hoy no he soportado por más tiempo estar sentada en el sofá conviviendo constantemente con las lágrimas e intentando, por un lado, creerme que es verdad y que he perdido a Asher, y por otro, asimilar todo lo que esa mujer pretende que haga sin apenas aportar información.

Claro que, no creo que sea una mujer. Seguro que si la conozco me daré cuenta de que es un robot programado para dar una información, no reaccionar, no aportar ninguna sensibilidad y pretender que todo lo asimile y lo decida en unos días.

Si llego a conocerla, me la pienso merendar.

Me dirijo a la fundación. Ayer falté, pero hoy no quiero hacerlo: necesito entretener mi cabeza.

Quedan seis días. Ya han pasado dos desde esa llamada.

Me ha enviado un mail con unas instrucciones del viaje y unos billetes de avión. Es un viaje largo. No se corresponde con la distancia, pero es que ese pueblo está perdido en los confines del mundo.

Ruego confirmación… Ruego confirmación… Ruego…

Hasta tres veces me ha escrito en un día para pedirme esa confirmación.

Sí, claro que iré, ¿cómo no? Pero no sé qué pretende. «Trae equipaje para varios días». ¿Varios? Claro que no. Me ha dicho que me tiene que leer una carta. ¿Qué quiere? ¿Que me vaya de vacaciones allí? Si ya es duro asimilarlo aquí; no quiero ni pensar qué supondrá estar allí.

No me lo puedo creer, no está muerto. Esto es una broma malvada, un error. Esa mujer se ha confundido…

Pero sé que no es así.

Peter se encargó de contactar con el registro civil de Michigan. Le confirmaron la fecha y el lugar. Es real. Asher perdió la vida el día que indicaba esa macabra esquela.

¡Qué día más largo! La jornada en el hospital ha sido tranquila, pero yo no estaba a la altura. Y ahora me quedan un par de horas en la fundación. Me vendrá bien para seguir evadiéndome mentalmente. Claro que, a este paso, cuando llegue a casa de Peter, con quien he quedado más tarde, apenas tendré fuerzas para sostenerme en pie.

Me quedaré a dormir en su casa. Decidido. Me vendrá bien hablar con él hasta las tantas.

Nada más entrar, la ayudante de Marjorie me pide que me dirija al despacho de ella.

Su cara me indica que algo no va bien.

—¿Se trata de Peyton? —le pregunto refiriéndome a una residente de la fundación que tuvo un bebé hace unas semanas, pero que tuvo complicaciones durante el parto. Hemos estado muy pendientes de ella y… me temo lo peor.

—No, Peyton está bien. Volverá dentro de un par de días.

Suspiro y la miro.

—Madison, tienes que apartarte un tiempo de la fundación —me dice Marjorie mientras me señala la silla en la que puedo sentarme.

—¿Qué?

—Así me lo han pedido Ronald y Sam —me aclara refiriéndose a los fundadores y dueños—. Siento tener que decírtelo. Antes que digas nada, quiero que sepas que no estoy conforme y que así lo he dicho, pero sus razones no las puedo rebatir.

—¿Qué razones?

—Ese caso en el que estás involucrada.

—¿Qué tiene que ver?

—No se habla de otro tema, Madison. Y así será hasta que pase mucho tiempo. Ese tipo de noticias de famosos son siempre muy suculentas para la prensa rosa.

—¿Y qué? ¿Y qué tiene que ver conmigo? Ya te dije que yo solo socorrí a una persona herida a petición de una conocida que recurrió a mí. Así lo declaré en el juzgado.

—Pero aquí llevamos años tratando a las víctimas de cualquier tipo de violencia: malos tratos, abusos, agresiones sexuales. Les damos cobijo y cuidados y les procuramos una buena vida.

—Eso ya lo sé, llevo mucho tiempo colaborando aquí. Yo no he agredido a nadie, no es a mí a quien van a juzgar.

—Lo sé, Madison, pero tenemos una gran reputación y nos ha costado mucho construirla. Sabes que colaboramos con programas federales, trabajamos con organizaciones internacionales y fuimos reconocidos este año por nuestro modelo de intervención. No podemos permitirnos ni una sombra de duda. Ni una.

—¿De qué duda?

—Tu nombre ha aparecido en los periódicos y hasta una imagen saliendo del juzgado…

Recuerdo esa salida. ¡Menudo cabrón! Cómo me engañó para que saliera por la puerta equivocada…

—Esa mujer agredió a su novio y tú eres su amiga —prosigue Marjorie con la lista de quejas.

—Todavía no la han sentenciado. Para eso está el juicio. En cualquier caso, no somos exactamente amigas, solo… conocidas.

—He leído que compartes apartamento con ella…

—¿Qué? Eso no es cierto. Eso fue hace mucho tiempo, cuando llegué a Nueva York, durante unos meses, hasta que me mudé a mi apartamento actual. ¿Y qué os importa ese tipo de prensa? ¿Quién se lee esa mierda? Al menos asegúrate de la veracidad de lo que lees antes de acusarme.

—No les gusta que una médica que colabora con nosotros esté relacionada con un caso de agresión tan mediático. Si hasta vinieron periodistas a preguntar por ti.

—¿Han vuelto?

—Cuestión de tiempo… Cada vez se habla más de ese tema. Su madre, la presentadora de ese odioso canal, aparece constantemente defendiendo a su hija, atacando a las administraciones… Es un show y aquí no les gusta eso. La

reputación es muy importante. No quieren que un periodista, cualquier día de estos, mencione que en el centro trabaja una médica que está involucrada en un juicio por agresión.

—Yo no estoy involucrada. Soy testigo por cumplir con mi trabajo. Pero no tengo intenciones de discutir. Que os vaya muy bien —me levanto muy alterada dispuesta a salir de aquí. Tengo ganas de estrangular al mundo entero. Hoy no es un buen día para esto, no tengo muchas fuerzas.

—No te vayas así, Madison —me pide.

Me detengo. O lo suelto; o exploto.

—¿Cómo quieres que me vaya? ¿Con una sonrisa y un discurso de comprensión? Trabajo aquí como voluntaria, colaborando como médica en mis días libres. Y ahora me soltáis que me vaya porque os puedo hacer tambalear la reputación… Eso es lo más hipócrita que he escuchado nunca. Pues bien, no tienen que pedirme dos veces que me marche de un lugar donde no me quieren. Aquí no se construye mi carrera, aquí solo prestaba ayuda a esas chicas. Buscad otro médico. Seguro que encontráis a cientos de ellos dispuestos a venir aquí después de una jornada de doce horas, una guardia o un puto turno doble. Suerte.

Salgo del despacho a toda prisa: humillada, enfadada, dolida. Justo lo que necesito para afrontar la muerte de Asher.

Antes de salir, veo una de las salas donde interactuaba con las chicas… Siento un pellizco en el estómago.

Ahora está vacía… como yo en este momento.

Joder, cómo duele esto; cómo duele todo.

Abandono el edificio. ¿Dónde voy? A casa de Peter. Sé que se encuentra en casa, así que adelantaré mi visita. Pero antes debo calmarme…

Entro en el aparcamiento subterráneo intentando que mi frustración y mi cabreo desaparezcan o se reduzcan, al menos a la mitad.

¿Dónde he dejado el coche? Mierda. Estoy fatal. Hoy he aparcado en la calle. Una de esas posibilidades entre un millón, pero lo he hecho.

Salgo de nuevo y me dirijo hacia él, hacia mi pequeño coche.

Cuando estoy a punto de llegar, no veo el desnivel de la calle. Hay un pequeño escalón. Está señalizado; he pasado mil veces por aquí, pero no lo veo y acabo estrellada en el asfalto.

Mi mano se ha adelantado para amortiguar el golpe, y lo ha hecho, estoy entera, pero mi muñeca no. Estoy segura de que se ha roto. Lo sé por el chasquido. Y por el dolor. Pero más aún, por las malditas ganas de gritar que me están subiendo por el pecho.

Dos mujeres jóvenes y un hombre de mediana edad se acercan a mí para ayudarme.

Diez minutos después, estoy subida a un taxi camino de mi hospital.

Se ha roto. Maldita sea. Lo sé.

Y eso lo complica todo.

19
Madison

Ha decidido por mí

—¿Por qué te tomas tantas molestias? —le digo a Michael, mi jefe, mientras estudia el mejor vendaje para mi muñeca fracturada.

Por suerte, ha sido una fractura limpia y en la muñeca izquierda. Pero la suerte no abarca las molestias que me va a suponer tenerla inmovilizada un tiempo.

—¿Molestias? —repite, sin levantar la vista.

—Seguro que tienes asuntos más importantes. Hay compañeros que estarían encantados de atenderme.

—Claro que sí. ¿Sabes por qué? Porque te adoran.

Sonrío, pero solo por unos segundos.

—Eres la compañera perfecta, cubres más guardias que nadie y siempre estás dispuesta a negociar turnos.

—Me siento alagada… Me adoran porque negocio bien.

—Sobre todo porque nunca te vas de vacaciones. Ni siquiera las pides.

—Cuando sepa qué hacer con ellas, lo haré. Un jefe no debería alentar a sus empleados a marcharse.

—Madison —dice, dejando el vendaje—, llevas un año ejerciendo, pero vienes de una residencia que agota. Y no has parado desde entonces. No has parado en absoluto, solo has añadido.

—Justo quería pedirte unos días libres. Supongo que no hay objeción. Será dentro de cinco días, y solo necesito dos o tres… quizás cuatro…

Me observa con atención. Debo tener la cara desencajada.

—¿Todo va bien? ¿Estás pidiendo vacaciones?

—No… Mi mejor amigo ha… muerto.

Pronunciarlo me cuesta más de lo que esperaba.

—Vaya, lo siento.

—Asher. Me visitó en Pittsburgh, ¿lo recuerdas?

Se desvió cientos de kilómetros para visitarme durante unas horas cuando yo vivía en Pittsburgh. Ese recuerdo me atraviesa el

pecho.

—Sí, lo recuerdo. El escritor… ¿Qué le ha ocurrido?

—No conozco muchos detalles. Me lo dijeron antes de ayer por la noche.

—Lo siento mucho, Madison, sé que estabais muy unidos. Por esa razón no viniste ayer al trabajo… Ahora lo entiendo.

Asiento con la cabeza.

—Quiero ir a Michigan, allí es donde vive… o vivía.

Una lágrima se desliza por mi mejilla en cuanto hablo de él en pasado. Michael la ve, deja lo que está haciendo y me abraza.

—Puedes irte cuando quieras. Estás de baja.

—No, claro que no. Solo serán unos días.

—¿Unos días? Madison, tienes una fractura en la muñeca, aparte de que estás emocionalmente agotada. No vas a trabajar así. Ella —Señala mi muñeca— ya ha decidido por ti. Esa caída ha sido como una señal.

—Solo necesito unos días… Puedo adaptarme al trabajo. Si bien hay…

—Volverás cuando esté soldada… —me dice tajante—. Y sabes como yo que eso no se producirá antes de un mes…, como mínimo.

—¿Un mes? Sí, claro, ya sé lo que tarda en soldar, pero… no entraba en mis planes estar un mes alejada del trabajo, eso me matará. Necesito distraer mi cabeza.

—Búscate otra forma de distraerla, porque en el hospital te aseguro que no lo vas a hacer.

Cuando estoy a punto de protestar, aparece una enfermera con una férula semirrígida. Puede que se trate de otra de esas señales que él ha mencionado.

—¿Está bien, doctora Abbott?

—Sí, Alice, gracias; una lesión menor. Sobreviviré.

—Me alegro de que no sea grave —dice sonriendo y se va.

Michael me coloca la férula. Se ajusta con velcros gruesos y me inmoviliza la lesión completamente.

—Esta es más cómoda. Puedes quitártela para ducharte. Es la mejor opción.

—Una putada, más bien.

—Deja de quejarte. ¿Necesitas que te explique cómo funciona?

No respondo. Le ataco con lo de la baja laboral, con «las vacaciones». Michael me ignora con mucha paciencia. Sé que por mucho que insista, no me va a permitir incorporarme. Conozco cuándo tengo una posibilidad con Michael y cuándo la puerta está cerrada. Pero tengo que protestar, no sería yo si no lo hiciera.

Cuando termina, le cuento lo de la fundación. Creo que pretendo enternecerlo para que sea menos duro conmigo, pero tampoco da resultados.

—Madison, es normal que ellos adopten esa postura. A estas alturas no podemos sorprendernos de su actuación. Otra cosa es que te moleste su decisión. Si te soy sincero, ese lugar te consumía mucha energía. Y… con tu relato me has recordado que la presión de ese juicio también te ha agotado. Son muchas las razones por las que debes tomarte un descanso. No se trata de un tira y afloja entre tú y yo. Sé sensata. Vete a algún sitio. Llora cuanto necesites tu pérdida. Descansa. Recupérate en todos los sentidos. Seguro que Asher te hubiera aconsejado lo mismo…

Esas palabras me rompen, pero me animan a admitir que necesito descansar.

Salgo del hospital con una férula, un compromiso de estar en contacto, un abrazo que me ha reconfortado, un mes de baja laboral y una moral que se arrastra por el suelo.

Puede que tenga razón. Necesito desconectar.

Y ahora, de momento, voy a buscar mi siguiente abrazo, el de Peter. Tengo mucho que contarle.

20

Derek

¿No es una casualidad?

—No me puedo creer que Asher haya muerto… —dice por tercera vez mi hermana.

Ha aparecido en mi apartamento sin avisar, como hace siempre que se harta de esperar a que yo encuentre el momento. Desde que recibí la noticia de Asher, he preferido estar solo, aunque hemos hablado por teléfono muchas veces.

—Por un momento, he creído que podía tratarse de una de esas cosas raras que hacía Asher… —confiesa, cabizbaja—, pero el tío Spencer me ha dicho que habéis hecho averiguaciones para confirmarlo. Cené ayer con él.

—Así es —admito suspirando—. También he intentado saber algo de esa mujer, la que me llamó, pero no he conseguido nada. Ahora mismo no consta que trabaje en ninguna parte.

—No sé… Todo eso es muy raro, pero tratándose de Asher… —murmura, pensativa.

Hace una pausa, se acomoda en el sofá.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez?

—Hace más de dos semanas, antes de la vista preliminar del caso MacKenna.

—¿Y no te dijo nada especial? ¿No notaste nada raro en su ánimo? ¿De qué hablasteis?

—De la vista. De un testigo que él… conocía.

Dudo unos segundos. Puede que sea el momento de decírselo.

—¿De verdad? ¿Quién? ¿La vecina cotilla?

—No, pero veo que estás muy informada —comento, dibujando una gran sonrisa. Me hace gracia la forma que ha tenido de expresarlo—. Y te aclaro que no era una vecina cotilla.

—Ya… Entonces, ¿a quién conocía Asher? Ya sabes que me leo todas las noticias del caso.

—No te pega mucho, hermanita.

—Ya, pero tú trabajas en ese caso…

—Asher conocía a… Madison Abbott. ¿Te suena? —la tanteo, observando su reacción.

—¿La amiga? ¿La médica que atendió al chico?

—Sí. ¿No la conocerás por casualidad? He pensado en preguntártelo muchas veces, pero nunca me he acordado. Como es médica… quizás te suene.

—No, no la conozco. No tengo relación con nadie que trabaje en el Mount Sinaí. Es ahí donde trabaja esa mujer, ¿no? —Cruza los brazos y frunce el ceño.

—Sí que estás informada…

—Una compañera me ha hablado de ella. Dice que esa doctora es amiga de su hermano.

Trago saliva y me incorporo de golpe. Brooke alza una ceja.

—No te emociones. No hay nada interesante que contar —me aclara al ver mi reacción—. Me enteré hace pocos días.

—¿Cómo se llama tu compañera?

—Lauren, ¿por qué?

Ese nombre me suena de algo, pero no sé de qué. Me recuesto, pensativo.

—¿Dices que su amigo es hermano de la doctora Abbott?

—Sí, pero no me ha contado mucho más. Lauren es algo reservada, pero es la mejor compañera que se pueda tener. Salió el tema del caso, le dije que tú trabajabas en él y… me dijo que estaba al corriente por su amigo.

—Su amigo debe de ser Peter Abbott.

—No mencionó el nombre. ¿Es importante?

—Pues no, pero quiero comentártelo. ¿Recuerdas a Madison? La amiga de Asher. Salí con ella un tiempo.

Brooke se queda en silencio.

—Madison... Amiga de Asher… Claro. ¿Aquella chica que te dejó agilipollado?

—Supongo que habría otras formas de definirlo.

—¿Qué pinta ella aquí? No. No puede ser —suelta un grito—. No me digas que esa doctora es la misma que…

—Sí. Es la misma Madison.

—Joder. ¿No es una casualidad? ¿Cuánto hacía que no la veías? Se fue de Manhattan, ¿cierto?

—Cierto. No la había vuelto a ver desde entonces. Por eso te he dicho que la última vez que hablé con Asher, hablamos de ella.

—Claro… Ellos seguían siendo amigos… —dice, con la mirada perdida en un punto de la mesa—. Entonces, ¿la has visto en el juzgado?

Por fin, ha entendido lo que quiero contarle. Le cuento todo. Me lleva un buen rato, me cuesta, pero no quiero ocultarle nada. Necesito soltarlo, y con mi tío no puedo. También le pido que no lo comente con nadie, especialmente con Spencer, que no sabe nada.

—Yo no diré nada, Derek. Pero… hay un juicio. Puede que antes o después el tío Spencer se entere.

—No tiene por qué.

—Y si lo supiera, ¿qué pasaría?

—No me habría dado el caso. Habría pensado que estaba demasiado involucrado emocionalmente.

—Pero lo está llevado por eso precisamente, ¿no? Para cerrar algo. Algo del tipo emocional. Eso es lo que me contaste y él también.

—Sí, pero se trata de cosas distintas, Brooke.

—Ya… Creo que lo entiendo. Esa chica fue importante para ti, lo recuerdo. No la conocí, pero sé que lo pasaste mal. ¿Por eso te interesa el caso?

—No, claro que no. Precisamente por eso no quería que Spencer lo supiera, para que no llegara a conclusiones equivocadas y dudara de mi preparación.

—¿Seguro que no ha influido para que te lances a por ese caso? El tío Spencer me contó que cambiaste de opinión de la noche a la mañana.

—No ha influido. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Siempre he pensado que esa chica te marcó, Derek. Que fue la culpable, por decirlo de algún modo, de que nunca te hayas comprometido con nadie.

—Eso es absurdo. Ocurrió hace seis años. Lo superé hace mucho tiempo. Solo salimos tres o cuatro meses.

—El tiempo no dice nada. Una persona puede dejarte una huella muy grande sin necesidad de que esté mucho tiempo en tu vida. Y ella te hizo polvo.

—Eso pasó hace muchos años, Brooke. Ni me hubiera vuelto a acordar de ella si no fuera porque Asher la había mencionado alguna vez, pero muy poco. Además, no entiendo que saques esas conclusiones, tú también tienes tus conflictos con los compromisos.

—Yo solo he conocido a gente insulsa, vacía o tóxica. Si aparece alguien que me haga vibrar, me comprometeré encantada.

—Yo también, pero aún no he conocido a ese alguien que me haga vibrar.

—En tu caso las posibilidades se reducen: trabajas demasiado. Me alegra que hayas aceptado un descanso. El tío Spencer me ha dicho que le ha costado convencerte.

—No me ha convencido. Le he dicho que lo aceptaba porque mañana me marcho a Michigan. Pero cuando vuelva… me presentaré en el bufete.

—Deberías descansar de verdad. No hacer trampas con el tío Spencer. Lo de Asher está siendo muy duro para ti. Y más lo será cuando vayas allí. Descansa un poco, hermanito, antes de volver. El juicio es dentro de… ¿tiene fecha?

—El quince de junio. No llega a dos meses. Estaré descansado y preparado.

—¿No te ha afectado verla?

Le cuento, sin detalles, lo que supuso volver a verla; pero esta vez, le miento.

No puedo decirle que no me la he quitado de la cabeza. Y que, si antes la odiaba, ahora mucho más.

—Ella… ¿seguía siendo amiga de Asher?

—Sí.

—Entonces… ¿también irá a Michigan?

—No lo sé.

—Es posible que la veas allí, antes del juicio…

—Podría ser, pero lo dudo.

Media hora después, Brooke se marcha. Me deja con un abrazo largo, varios besos pegajosos, ánimos, advertencias y la promesa de no contarle nada a Spencer. ¡Ah! Y también dos postres muy elaborados que ha preparado en la escuela de alta cocina.

Cuando cierro la puerta, me quedo quieto, apoyado en ella.

«Esa chica te marcó», ha dicho Brooke.

Niego con la cabeza. Eso es exagerado. En su momento, me dolió, pero de ahí a marcarme…

¿Cómo estará ella? ¿Cómo se sentirá al haber perdido a Asher? ¿También le han pedido que viaje a Michigan tal y como ha pensado Brooke? ¿Coincidiremos? Asher parecía tenerlo todo planeado…

Eso fue lo que dijo esa mujer… Ese detalle, seguro, no se le habría escapado. Él, mejor que nadie, sabía que yo nunca querría coincidir con ella. Pero no puedo pensar que él estuviera atento de esos detalles. Es completamente disparatado.

Pero me deja la duda…

Intento apartarlo de mi mente.

¿Así que la compañera de Brooke es amiga de Peter, el hermano de Madison? Lauren…

¿Y si fue ella quien envió el anónimo?

Podría encajar en el perfil. No puede hablar directamente, pero… necesita hacerlo. Sabe que Madison conoce algo sobre la exnovia de Austin y que no está dispuesta a desvelarlo…

No es una mala teoría. Es difícil saber quién envió ese anónimo; incluso podría ser alguien del entorno de MacKenna que aprecia a Austin y no puede hablar.

Son muchas posibilidades, pero algo me dice que no voy desencaminado con esa chica: Lauren.

Tomo nota mental para convencer a Brooke de que le saque alguna información a su compañera antes del juicio.

El juicio…

Volveré a verla. ¿Por qué me inquieta tanto?

21
Madison

Que tenga un feliz vuelo

La terminal de LaGuardia hierve de gente, como era de esperar a estas horas. Equipajes, voces entrecortadas, carreras, cafés a medio terminar…

Ya he facturado mis dos maletas. Sorprendentemente rápido, gracias a ese billete de primera clase que Asher reservó. Un detalle suyo que no voy a poder agradecerle.

Primera clase…

Algo bueno tenía que tener este viaje.

No será así en el segundo vuelo: ese, no conoce ni de lejos el concepto de primera clase.

Es un largo viaje. Cuando llegue a Minneapolis-Saint Paul, Minnesota, después de tres horas y media de vuelo, tendré que hacer una escala de dos horas antes de subirme al segundo vuelo en dirección a Duluth, Minnesota, que durará una hora más. Y allí me recogerá un coche que me llevará hasta Ironwood, Michigan; un trayecto de dos horas por carretera.

Es la ruta más rápida, aunque parezca mentira tratándose de solo mil doscientas millas. Ocho horas de viaje, si no hay ningún imprevisto. Motivo por el cual nunca antes me había decidido a visitar a Asher: se trata de una opción larga y costosa. Y por carretera es inviable. Hay que atravesar al menos cinco estados, y la ausencia de autopistas es permanente en casi todo el recorrido. Una locura.

Me dirijo a la puerta de embarque satisfecha de viajar en primera clase. ¡Toda una experiencia! Por un momento, entre sillones cómodos y embarques prioritarios, olvido el motivo de este viaje, pero no por mucho tiempo.

Estoy cansada y solo acaba de empezar el día. Son las seis de la mañana y tengo la sensación de llevar mil horas en pie.

Peter ha hecho más llevaderas estas últimas horas. Me ha acompañado al aeropuerto, y de paso, me ha reñido un poco. A su manera. Y también me ha hecho reír.

La noche que fui a visitarlo, cuando me presenté en su casa con la muñeca inmovilizada, me desahogué y saqué de mi interior todo lo que sentía con la muerte de Asher. Volvimos a darle vueltas a todo, a Derek, al juicio, a mis conversaciones con Asher… Hasta sentir que me vaciaba por completo.

Lauren nos acompañó durante un rato y también escuchó alguna parte de mi historia. No dejaba de mirarla y agradecer que estuviera en la vida de Peter. Hacen un gran equipo y se cuidan mutuamente. Es… sencillamente adorable. Verlos juntos me tranquiliza. Si alguien puede cuidar de Peter, es ella.

Sé que mi hermano está algo inquieto con este viaje. Apenas tengo detalles sobre él. La simpática Florence no me proporcionó muchos: «una carta que te leeré», un consejo sobre el tamaño de mi equipaje, un mail con las instrucciones del viaje…

Ni siquiera sé dónde me voy a alojar. Ni siquiera me ha contestado a eso. Lo único a lo que ha tenido la consideración de contestarme es a mi discreta pregunta sobre si había informado a Derek. «Sí», fue todo lo que me dijo. La siguiente pregunta en la que me interesaba por saber si había una carta también para él, la ignoró.

Lo he pensado muchas veces. Él debe estar también destrozado por la noticia.

¿Tendrá que acudir también a Michigan?

Puede que sí, pero… ¿cuándo?

Al parecer, todo este viaje lo organizó Asher en vida y la mujer de hielo solo es la encargada de cumplir con su voluntad. Si eso es así, él habría evitado que coincidiéramos allí. Entonces ¿a qué venía lo de llevar un equipaje grande? Claro que esa mujer puede interpretar ese «grande» de mil maneras.

Por pura casualidad puedo acudir allí sin prisa porque tengo permiso de baja laboral, pero en una situación normal solo habría podido permaneces unos pocos días. Equipaje grande ¿para qué?

En realidad, esto es una aventura. No sé nada de nada. Por momentos, me inquieta. Me gustaría no estar sola en este momento.

Media hora después, estoy acomodada en mi precioso asiento de primera clase.

Esto es una maravilla, podría dormirme aquí durante ocho horas…

El avión despega con normalidad. A mi lado, se encuentra un hombre de mediana edad que parece tener problemas en encontrar algo que busca en un libro. No deja de hojearlo en todas las direcciones, como si buscara un fragmento concreto y fuera algo imposible.

Parece amable. Aunque quizás me aventure, tengo la sensación de que es inglés. No ha abierto la boca, solo me ha sonreído unas quince veces y ha inclinado la cabeza, pero… algo en su aspecto me indica que es ciudadano británico.

Con algo me tengo que entretener… No es que sea importante, pero así mantengo mi mente ocupada.

Después de veinte minutos intentando detener mi cabeza por todo lo que se empeña en mostrarme, me levanto de mi asiento con la intención de acudir al baño. Entre que voy y vuelvo… puedo restar unos minutos más al largo vuelo.

Mi compañero me sonríe, inclina la cabeza, e incluso encoge las piernas para facilitarme el paso, aunque no es necesario: hay espacio de sobra. Debe ocurrirle como a mí, que no está familiarizado con la primera clase.

Cuando vuelvo, antes de tomar asiento, encuentro a mi compañero de pie. Me espero para permitirle el paso y se dirige a mí con una de esas sonrisas que ya ha mostrado varias veces:

—Que tenga un feliz vuelo —dice recogiendo su libro y pasando por delante de mí.

¿Feliz vuelo? ¿A dónde va? ¿Es que se va a bajar en pleno vuelo? Me digo sonriendo de mi absurda idea.

Me acomodo pensando que, tal y como había sospechado, se trata de un ciudadano inglés. Su acento es inconfundible. Tuve una compañera en la universidad que provenía de Londres y con ella me di cuenta de las diferencias, a pesar de hablar la misma lengua.

Siento curiosidad por saber dónde ha ido, pero evito seguirlo con la mirada. Mejor ser discreta. Puede que se haya colado en primera clase y una azafata se lo haya recordado mientras yo me encontraba en el baño. ¿Es eso posible?

Mientras indago en esas posibilidades, fruto de no querer pensar en otras cosas, que duelen más, siento un bulto a mi lado que ocupa el asiento.

—¡Buenos días! —me dice una voz con una mirada de hielo.

¿Derek? Esto debe ser una broma.

Había contemplado la posibilidad de coincidir con él…
Pero no aquí. No en este vuelo. No a mi lado. ¿Dónde está el inglés?

Lo miro como si acabara de descubrir a alguien con una motosierra en la mano.

Este viaje acaba de cambiar de rumbo.

22

Derek

Secreto de sumario

Mi intuición me decía, desde hacía días, que ella también podría haber sido citada en Michigan. Pero esperaba que fuera en otras fechas. No me he convencido hasta que la he visto subir al avión delante de mí, a pocos metros.

Me ha impactado de mil maneras distintas, a pesar de haberlo considerado. Pero, entre todas las posibilidades, compartir el mismo vuelo no era algo que se me hubiera pasado por la cabeza.

—¡Ese asiento está ocupado! —Es su forma de darme la bienvenida tras relajar su expresión, que es equivalente a haber visto un ser de tres cabezas a su lado.

—Le he propuesto un cambio al señor que lo ocupaba, ha sido muy amable en aceptar —le aclaro mirando al frente, fingiendo estar dispuesto a relajarme en mi amplia butaca.

Mientras procesa lo que le he dicho, la observo. Lleva una mano protegida con una férula. Me ha parecido observarlo cuando se encontraba en la zona de embarque.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Te lo ha hecho tu amiga? ¿No estaba contenta con tu declaración?

Guarda silencio un segundo, solo uno. Enseguida su rostro se transforma y muestra una sonrisa cínica. Recuerdo esa expresión… La guerra está garantizada.

—De momento, no me ha dado ninguna queja —me dice con mucha calma, algo que no es muy propio de ella. Al menos, la que yo recuerdo—. Esta lesión me la hice porque un gilipollas me engañó para que saliera por la puerta equivocada y unos periodistas me acorralaron y me empujaron.

—¡Oh, vaya! —le suelto adoptando su cinismo, aunque es cierto que me impacta esa información. No sé si es un buen momento para decirle a mi conciencia que ese no era mi propósito cuando la engañé para que se enfrentara a los periodistas—. Supongo que esperas una disculpa, pero… en vez de ello te daré un consejo: demanda a esos periodistas.

—Veo que te has sentido identificado cuando he hablado de «un gilipollas».

—Es que tengo mejor memoria que tú, y recuerdo el «incidente»…

—Puede que me anime a demandarlos, ¿me representarías?

—Tendría que estar muy desesperado.

—Así parecías el otro día en el juzgado, pensaba que era tu forma de proceder habitual en los juzgados…

—¿Golpes bajos, doctora?

—Todos los que tú provoques, letrado. Entonces… ¿no me representarías? —Sonríe con cinismo.

—Todavía puedo permitirme seleccionar a mis clientes. Me van más las víctimas. Opto por las personas que han sido víctimas de un delito grave, especialmente aquellas que no pueden contar su versión porque están postradas en una cama, en coma, luchando por superar un desenlace trágico… Esas son las que me motivan.

Puedo ver en su expresión que mis palabras le han afectado, pero está luchando por disimularlo.

—Tienes razón, no puedes perder el tiempo con una demanda tan tonta… No vale la pena discutir. Además, tampoco te contrataría, después de ver tu actuación en el juzgado…

—Yo defendía una buena causa. Pero ya que lo mencionas… Yo tampoco te contrataría como médico. Si todo lo que sabes hacer es colocarle una toalla a una víctima que se está muriendo… Por suerte, tuviste la gentileza de llamar a una ambulancia, y por suerte fueron rápidos...

—Lárgate de aquí, letrado. Ese asiento no es para ti.

—No puedo. He convencido al inglés de que eras mi novia y que no hemos podido conseguir asientos contiguos…

—Es todo un dilema elegir entre el inglés y tú… ¡Vete! Dile que has cambiado de opinión, que «tu novia» tiene el estómago revuelto desde que te has sentado a su lado, que te considera un imbécil y que no soporta que estés tan cerca. Lo comprenderá, no hay más que verte.

—Una novia no siente esas cosas… Bueno, tú sí, al parecer, si mi buena memoria no me falla. Pero de eso hace mucho tiempo…

—¿Novia? ¿Fui tu novia, letrado? Yo te recordaba como una aventurilla pasajera… divertida mientras duró. No estuvo mal… ¿No la recuerdas así? A mí me cuesta acordarme, pero diría que fue así…

—Eso dice mucho de ti… Es irónico que te permitas hacer ese tipo de comentarios. Y… no te recuerdo como a mi novia, sino como a alguien dispuesta a huir, a tomar el camino corto y fácil… Como en el juzgado. Si te hubieras enfrentado a esos periodistas y contestado a una sencilla pregunta, no te habrías lesionado. Pero la huida debe formar parte de tu vida. ¿Cómo no?

Me mira extrañada. No parece estar molesta.

—Lárgate o llamo a una azafata. La ironía está en que tú me hagas reproches a mí.

—El inglés se va a molestar si le propongo un nuevo cambio.

—Ese es tu problema, letrado. Seguro que algún recurso te queda todavía para convencerlo.

—Me ha parecido que tenía muchas ganas de hablar; te he librado de una buena. Por lo que he observado es del tipo de compañero de viaje que necesita muy poco para animarse a contarte su vida…

—Entonces haz el favor de recordar que ese asiento no es tuyo, que quien se encargó de la reserva hizo lo posible para que no fuéramos compañeros de vuelo. Probablemente el que dio las instrucciones fue nuestro amigo, Asher: el motivo de este viaje. Si te vas a saltar su voluntad, al menos, compórtate.

Se hace un silencio. Supongo que no puedo negar que ha sido ingeniosa al mencionar a Asher. No me siento orgulloso de haberme olvidado del motivo de este viaje. Permanecemos callados durante un buen rato.

—¿Fueron los periodistas o es que sigues siendo igual de hábil? Recuerdo tus tropiezos constantes…

—¡Qué te jodan, abogado!

—¿Sabías que estaba enfermo? —le pregunto en un tono muy calmado. Me mira. No esperaba este giro en la conversación.

—No, no tenía ni idea. ¿Y tú? —me pregunta afectada.

Ambos nos hemos puesto a la altura del tema que estamos tratando y hemos dejado de lado el modo desafiante que hemos

mantenido en todo momento.

—Tampoco —le contesto soltando el aire poco a poco.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez? —me pregunta manteniendo la vista al frente.

—Hace una semana, quizás algo más. Antes de la vista. ¿Y tú?

—Más o menos el mismo tiempo. Estaba… No sé, algo raro.

—¿A qué te refieres?

—Más nostálgico de la cuenta, más cercano en algún comentario… Lo he pensado estos días y… puede que…

—¿Se estuviera despidiendo? —le digo antes de que acabe la frase.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Te dijo que te quería o te pidió que le dijeras algo así? —continúo.

Esta vez gira la cabeza.

—¿A ti también?

—Sí, algo de eso mencionó la última vez que hablamos. Me llamó la atención, pero no supe interpretarlo hasta que recibí la noticia de su muerte. Creo que era consciente de que era la última vez que hablaríamos.

—Le estuve llamando durante varios días, pero no me atendía, claro está.

La miro y veo que tiene los ojos brillantes, a punto de llenarse de lágrimas.

—Asher se ha ido. Lo hemos perdido. No me puedo creer que me dirija hacia su casa y él ya no se encuentre allí…

Soy consciente de que mis palabras pueden resultar emotivas en un momento como este, después de la tensión y el aterrizaje brusco a la realidad. Lo sé y por eso las he pronunciado. No ha sido una reflexión, las he pronunciado con la intención de ablandarla…

La observo. Justo lo que pretendía: que derramara alguna lágrima.

No sé qué me pasa, pero siento la necesidad de debilitarla. Creo que no debería haberlo hecho.

Se enjuga las dos lágrimas que se han escapado de su control y se gira hacia la ventana.

—¿Sabes de qué va este viaje? ¿Tienes detalles, información? —le pregunto en el mismo tono cordial.

—Me llamó una máquina de hielo y me dijo que me quería leer una carta. No sé nada más.

Hago un esfuerzo por no reírme cuando se ha referido a Florence de ese modo. Sin duda, ha hablado con ella.

—¿Te refieres a Florence? A mí me parece encantadora.

—Cómo no… —me dice adoptando esa expresión desafiante que tanto me hizo reír en el pasado. Una de sus cejas se levanta hasta el límite y sus labios se abren ligeramente—. ¿Y tú? ¿Tienes alguna información?

—Secreto de sumario, ya lo verás cuando lleguemos.

—Pero… ¿tú eres idiota o qué narices te pasa? —me suelta dejando atrás a la Madison vulnerable que me ha mostrado.

Sonrío con cinismo.

—No te exaltes. No tengo ninguna información, solo la existencia de una carta para mí.

—¿No podías haberle preguntado? —me reprocha.

—¿Y tú?

—Yo hablé con una máquina, no con una mujer «encantadora»…

—Yo estaba demasiado afectado para hacerle preguntas, pero me pareció educada y eficiente, muy a la altura de las circunstancias.

—A mí me pareció un témpano de hielo —me suelta sonriendo levemente.

—Tu criterio, teniendo en cuenta que eres amiga de una asesina y la proteges… no es para tener en cuenta.

Se gira bruscamente. En el movimiento, se golpea en la mano y ahoga un grito, pero nada le impide mirarme como si quisiera desintegrarme:

—Se llama presunción de inocencia, abogado. Y te recuerdo que no se le ha imputado un cargo de asesinato. Austin está vivo.

Antes de que pueda decir algo, se levanta molesta. Debe dirigirse al baño.

Vaya, no le ha gustado que atacara a su amiga… Eso me revuelve el estómago.

Quince minutos después, todavía no ha vuelto. Empiezo a encontrarlo extraño, pero deduzco le ha llevado un tiempo recuperarse de mi ataque.

Siento un cuerpo cerca de mí. Alzo la cabeza y me encuentro con el inglés, que me sonríe abiertamente. Me pone una mano en el hombro y me golpea suavemente como si quisiera consolarme de algo.

—Cosas de enamorados —me dice mientras se sienta en el asiento que ha ocupado ella—. Le entiendo perfectamente, las mujeres son complicadas. Si yo le contara…

¡Menuda hija de…!

A pesar de que no abro la boca, el inglés cumple su amenaza y empieza a contarme aspectos de su vida…

No sé cómo voy a parar el relato de su divorcio. Él mismo lo ha catalogado como largo y complejo…

Si pudiera, la estrangularía…

23
Madison

Lejos, demasiado lejos.

—No es necesario —le digo a Derek en cuanto me arrebata una de las dos maletas que estoy intentando arrastrar con alguna dificultad.

La verdad es que he hablado por hablar. Agradezco su ayuda.

Me ignora y sigue caminando hacia la salida del aeropuerto, en el que acabamos de aterrizar, el de Duluth, Minnesota. Nos dirigimos al coche que nos espera en la salida, uno de esos vehículos negros de transporte privado.

En el primer vuelo, después de que el inglés volviera a su sitio, no he tenido contacto con él. También ha sido así cuando hemos hecho escala en el aeropuerto de Minneapolis. Nos hemos encontrado en la cinta transportadora de maletas y, de la misma forma que ha hecho ahora, se ha adueñado de una de las mías en cuanto me ha visto arrastrarla, para devolvérmela después, una vez que hemos entrado en la cafetería a hacer un tentempié y matar las dos horas que nos esperaban por delante antes de subir al siguiente vuelo. Él, en una punta de la cafetería, y yo en otra.

Con el siguiente vuelo no ha habido opción: los asientos eran contiguos. Se trataba de un vuelo pequeño, de esos que te hacen respirar hondo, mirar el avión desde fuera y plantearte si no sería más seguro ir andando.

A pesar de nuestra cercanía, no nos hemos dirigido la palabra, excepto alguna onomatopeya, mirada asesina o incluso algún pequeño ataque del tipo: «¿Serías tan amable de dejar de mover las piernas?» o «¿te importaría encogerte para que pueda salir?». Alguna sonrisa, poca cosa. Nada digno de recordar, aunque lo estoy haciendo.

Bueno, sí. Se ha ofrecido a quitarle el envoltorio a una onza de chocolate que nos ha regalado una azafata. Él la ha rechazado y me ha mirado con desprecio cuando la he saboreado a placer.

¡Qué estirado se ha vuelto! Hoy no hay ni rastro del abogado impecable del tribunal. Hoy lleva vaqueros, camisa y un abrigo que solo pasea.

Y yo… yo llevo la misma ropa que él, versión femenina, solo que mi pequeño abrigo no se ha separado de mí. Ha hecho frío en todos los lugares por los que hemos pasado; y ahora lo hará más: seguimos hacia el norte.

La de consultas que he hecho sobre el tiempo en Ironwood antes de preparar las maletas…

—¿Quién decide llevar dos maletas cuando tiene una mano inmovilizada? —me pregunta mientras el conductor coloca todo el equipaje en el maletero.

Sé que es una buena pregunta y que nadie en su sano juicio se complica así la vida, pero tiene una explicación sencilla: no tenía maleta grande.

—Alguien que le ha hecho caso a la máquina de hielo, por nombre «Florence», y ha seguido su consejo de llevar bastante equipaje.

Me observa con curiosidad y me pregunta:

—¿Cuánto tiempo piensas pasar allí?

—Espero que menos que tú. Ya sabes… para que verte no sea algo excesivo. No sé si podré soportarlo.

—El tamaño de mi maleta dice a gritos: «No tengo prisa, estoy de vacaciones», así que no te hagas muchas ilusiones, doctora.

Es que no quiero analizarlo más, pero estoy metida en un coche en dirección a ninguna parte, con Derek a mi lado. Y lleva una maleta grande…

No puedo negar que está guapísimo. Esa barba de pocos días le sienta muy bien. Estos últimos años aún le han hecho más atractivo si es que eso es posible.

Tengo un caos de emociones…

Asher, Derek, este viaje…

Quiero sentirme indiferente ante su presencia, pero no puedo. Estoy alterada y sé que no se trata solo de mi llegada a Ironwood.

Es él… este sentimiento tan negativo que tengo…

No sé si es odio, pero no se aleja mucho.

El conductor del vehículo nos saluda amablemente y nos indica nuestro destino: Ironwood.

—La señorita Florence les espera —dice con tono seco.

Nos sentamos en la parte de atrás del coche, siguiendo sus indicaciones, y continuamos con nuestro particular debate. Debe ser por la falta de contacto social de las últimas horas.

—¿Sabes algo del alojamiento? Ahórrate el sarcasmo, solo dime la verdad —me pide—. No tengo ni idea de a dónde nos dirigimos.

—Ya te he dicho que deberías haberte informado con la encantadora de Florence, tú sí te podías comunicar con ella.

—Te lo he pedido… —me implora resoplando.

—Vale, sin sarcasmo: no tengo ni idea. Me dijo que no me preocupara del alojamiento. Seguro que tiene un hotel precioso reservado para… mí en Ironwood. Y para ti otro mejor. Ya que se ha mostrado tan encantadora contigo, seguro que te llevas la mejor parte.

—Puede que el alojamiento se refiera a su propia casa… —me corrige con una sonrisa de esas que borraría de mil maneras distintas.

En este momento, me doy cuenta de que no tenemos ni idea de los planes que tenía Asher. Él se encargó del viaje, pero el alojamiento es una incertidumbre. Ni el letrado ni yo nos hemos preocupado de averiguarlo. La mención de su casa me produce escalofríos. Aunque sería el lugar con más sentido para alojarnos, sería un impacto emocional, y compartir espacio con este hombre no es algo a lo que Asher nos expusiera. A menos que no fuera él el que se hubiera encargado de ultimar esos detalles.

Estamos tan perdidos…

Me doy cuenta de que no le he contestado al abogado, y no pienso dejar pasar la oportunidad.

—Asher nunca nos habría alojado en el mismo espacio… Me quería mucho para hacerme pasar por algo tan desagradable…

Arruga la frente; abre ligeramente la boca para decirme algo que, a juzgar por su expresión, no puede ser agradable, pero la voz del conductor nos sorprende interrumpiendo la tierna escena.

—Hay dos hoteles preciosos en Ironwood —nos informa con sequedad.

El letrado estirado y yo nos miramos, por una vez siento que estamos en la misma frecuencia. La información del conductor parece reconfortarnos a ambos; por fin, tenemos una confirmación de nuestro destino y agradecemos terminar con la incertidumbre.

24

Derek

Ironwood y la máquina de hielo

Ya queda poco para llegar. Eso nos ha indicado el conductor, y ambos hemos suspirado al unísono.

Menudo viajecito. Entre los vuelos, la escala en el aeropuerto y mi compañera de viaje… Eso, por no mencionar la sensación de soledad y silencio que hay en este lugar.

El conductor ha pasado por el interior de Ironwood, pero lo ha dejado atrás. Se trata de un pueblo muy pequeño, de unos pocos miles de habitantes, por lo que pude averiguar.

A medida que el coche avanza por las calles de Ironwood, el paisaje es sencillo y algo monótono, aunque tiene cierto encanto rural, pero no mucho. Las casas, en su mayoría unifamiliares, se reparten entre estructuras de madera y ladrillo, muchas de una sola planta. Algunas están bien mantenidas, con porches amplios, césped cortado y algún adorno en la entrada. Otras, más envejecidas, muestran pintura desgastada, tejas descoloridas y jardines descuidados.

Los negocios locales se ven antiguos. Carteles descoloridos, escaparates pequeños, algún bar o cafetería con mesas vacías. No hay mucho movimiento. Solo una mujer mayor cruzando la calle y un par de coches aparcados junto a lo que parece un supermercado. Es evidente que aquí la vida va a otro ritmo.

El centro del pueblo conserva algunos edificios de ladrillo y estructuras que deben de tener muchas décadas. Da la sensación de haber sido un lugar con más actividad en el pasado, pero ahora todo está en calma.

Intento imaginarme a Asher deambulando por estas calles, pero me resulta muy difícil. No consigo relacionarlo con este lugar.

El conductor deja atrás el centro y sigue conduciendo hacia las afueras. Las casas se van separando cada vez más, la carretera se estrecha y se vuelve más irregular. Después de un par de millas teniendo la sensación de haber dejado atrás de nuevo la civilización, se desvía por un camino empedrado y se detiene frente a una casa

pequeña, cuadrada, de fachada gris, situada a cierta distancia de las demás.

Tenemos delante un lugar mustio, sin vida…

Por un momento pienso que la parada que ha hecho el conductor se puede deber a otro motivo, pero tardo poco en enterarme de que no es así.

—Hemos llegado —anuncia bajándose a toda prisa para ocuparse de las maletas.

—¿Aquí vivía Asher? —pregunta Madison horrorizada mientras nos bajamos del coche y nos miramos sin ocultar nuestra sorpresa.

Me encojo de hombros.

—Así que es aquí donde se aisló del mundo… —añade arrugando la nariz. Muy propio de ella cuando algo le produce rechazo; forma parte de mis recuerdos.

—Eso parece —le digo algo confundido.

—A mí me dijo que vivía en una especie de casa de cuento… —me confiesa mirándome fijamente—. ¿Y a ti?

—A mí también —le contesto mientras asiento con la cabeza.

La puerta de la casa se abre lentamente y ante nosotros aparece la figura de una mujer. Se queda parada en el umbral y entrelaza las manos sin hacer ni decir nada. Se trata de Florence, aunque lo he intuido nada más verla, lo he confirmado en cuanto el conductor se ha dirigido a ella por su nombre.

Madison la está mirando embobada. Y yo, algo más discreto, me limito a cuestionar su edad. Sus rasgos invitan a pensar que debe tener los mismos años que yo, alrededor de los treinta, pero su forma de vestir, incluso el recogido que se ha hecho en el cabello… ¡Parece mayor! Claro que, su atuendo es algo antiguo, puede que influya.

El conductor se despide de nosotros y nos señala las maletas, que ha dejado justo al lado de la entrada.

—Bienvenidos a Ironwood —nos dice por fin Florence con una voz fría y seca, no muy acorde con lo que ha pronunciado.

Madison me mira con la misma expresión del que acaba de presenciar una escena de terror extremo.

—Es igualita… —me confiesa.

¿De qué habla?

Antes de que me responda, Florence sale de su guarida dando unos pasos al frente y nos ofrece la mano a ambos a modo de saludo.

—Me alegro de que hayáis decidido venir. Para Asher era muy importante. Seguidme. Estaremos más cómodos en el salón. Podré aclarar todas vuestras dudas —nos dice antes de darse la vuelta—. No os preocupéis de las maletas, dejadlas ahí.

Es como si tuviera ojos en la espalda. Ha dicho esa frase en cuanto Madison ha hecho el gesto de alcanzar una de las maletas, pero estaba de espaldas.

La seguimos y entramos en un hogar exactamente igual de gris que el exterior. Avanzamos por un pequeño pasillo y desembocamos en un salón amplio, pero decorado con la moda de los años cincuenta.

El interior de la casa es acorde al exterior.

Nos invita a acomodarnos en dos butacas desgastadas por el paso del tiempo, pero muy cómodas.

Madison sigue con la boca abierta, ya ni siquiera se molesta en mirarme para mostrarme su perplejidad.

No es el lugar que Asher me describió como su paraíso de aislamiento. Intuyo que esa es la causa de que Madison esté tan aturdida.

Florence se disculpa anunciando que volverá en unos minutos.

—¡Qué lugar más feo! No me imagino a Asher aquí, ¿tú sí? —suelta Madison sin poder contenerse más.

—No, la verdad es que no lo entiendo.

—Pensaba que me iba a impactar ver su casa: hasta me estaba preparando para el momento, pero esto… no encaja con lo que él me contó. No siento que esto tenga que ver nada con él…

—¿Igualita? ¿Qué has querido decir antes con esa palabra? —le pregunto sin poder contener más la curiosidad.

—Esa mujer es igualita a Ashley. ¿Nunca te habló de ella? —me dice susurrando, como si estuviera contándome un cotilleo jugoso.

—No estoy seguro…

—Tu memoria tampoco es muy buena, abogado.

—No es el momento, Madison. ¿Quién es Ashley?

—Una chica muy fea del instituto —me suelta con esa impulsividad que, hasta donde conocí, la caracterizaba. Su mueca es infantil, y si no fuera por el caos mental al que estoy sometido, me echaría a reír.

—¿La que lo perseguía? —le pregunto cuando logro recordar.

—Esa misma. ¿Te habló de ella?

—No, me hablaste tú de ella —le recalco.

—¡Ah! —suelta pensativa—. Pues a eso me refería. Ashley se parecía mucho a esta, era igual de fea.

—Es muy delicado ese comentario por tu parte…

—No me estoy burlando, es que era así. Llamaba la atención. Igual que esta. La pobre era muy desagradable de ver. No pretendo ser despectiva. Su cara era rara, sus cejas… Igual que esta, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Sí, claro que me he dado cuenta, no estoy ciego, pero no me gusta hablar así de la gente.

—Oye, no juegues a eso, no pretendo burlarme del físico de una persona...

—En cualquier caso, será casualidad.

—Ya lo sé, pero me llama la atención. Hasta la forma de vestir de Ashley era de anciana y en aquel entonces tenía dieciséis años. Asher debió alucinar cuando la conoció. La de recuerdos malos que le traería… Fue algo traumático para él. A base de bromas, creo que logró superarlo un poco, pero le costó.

—La belleza está en el interior… —le digo provocándola.

—Esta no tiene interior, es fría como el hielo. ¿No lo has visto? Para ser tan encantadora, ha pasado de ti… Ya no debes ser su preferido…

Me echaría a reír porque es lo que siento al escucharla, pero me esfuerzo por no romper el ritmo de esta situación tan surrealista.

Madison se muestra tal y como ha sido siempre, y eso impacta constantemente en mi cabeza, enredándose con los recuerdos que tengo de aquella época en la que estuvimos juntos.

Todo esto es tan confuso que solo quiero salir corriendo.

¿Qué coño hacemos aquí? Esperando a una mujer rara, fría, que se parece a un fantasma del pasado de Asher…

En una casa que no se parece a la que Asher nos describió…

Tras nueve horas de viaje…

Sin saber dónde descansarán nuestras maletas…

Sabiendo que este lugar era un paraíso para Asher…

Intentando asimilar que él está muerto…

Intentando asimilar que Madison está justo a mi lado y, me guste o no, es mi compañera en esta aventura.

25
Madison

El paraíso

Siento que estoy en medio de una de esas películas que desafían la realidad y que solo su director es capaz de comprender.

El abogado está igual de perplejo que yo, pero lo estaría más si hubiera conocido a Ashley. Esta mujer es una réplica de ella. Si pudiera trabajar en una imagen de Ashley y ver sus rasgos con el paso del tiempo, acabaría encontrándome a Florence. Y es que esos rasgos no se encuentran fácilmente. Sus ojos están muy separados y son muy pequeños; su nariz es grande por la base, pero puntiaguda hacia el final. Sus labios son inexistentes y cuando los curva, asusta; y sus orejas no son de un tamaño normal, son muy grandes.

Debo alabar su figura. Es perfecta, pero con esa forma que tiene de vestir parece que tiene cincuenta años más. Claro que, igual los tiene…

Vuelve poco después portando unos documentos en la mano. Se sienta frente a nosotros y nos mira. Primero a él y luego a mí.

—Te agradecería que nos contases con detalles todo lo relacionado con Asher. Ya no hay excusa, estamos aquí. Ahora supongo que puedes contestar a lo que te preguntemos —me apresuro a decirle.

—Si te refieres a los detalles de su muerte, creo que algunos forman parte de su intimidad —me suelta como si estuviera leyendo un pasaje bíblico.

—En general, me refiero en general…

—Contestaré a vuestras preguntas siempre que pueda hacerlo. Antes de eso, me presentaré convenientemente. Como sabéis, mi nombre es Florence Falk. Fui representante de Asher, asesora, amiga, ayudante, albacea, cuidadora y… su novia.

—¿Cómo? ¿Has dicho su novia? —le pregunto casi gritando.

Derek no dice nada, pero su ceño se frunce ligeramente. Está tan desconcertado como yo.

—Eso he dicho, Madison.

—Venga ya… ¿Su novia?

—Madison, ¿por qué no la dejamos que se explique?

—¿Es que a ti no te suena raro? —le recrimino—. Asher no tenía novia, no ha tenido novia en la vida… Escúchame, no sé si conoces la relación que tenía con Asher, pero nos conocíamos desde hace mil años y éramos muy amigos, confidentes.

—Lo sé, conozco vuestra relación, y la que mantenía con Derek, también. Él me lo contó todo.

—Si tuviera novia, yo me habría enterado. ¿Por qué no me lo dijo?

—Eso no puedo contestarlo.

—¿Qué clase de novia? Vamos, dime, porque yo eso no me lo creo.

—¿Crees que tengo algún interés en afirmarlo?

—Madison… —me vuelve a llamar la atención el abogado «todo bajo control»—. No vamos a terminar nunca. Deja que nos cuente y luego le preguntamos las dudas.

Asiento con la cabeza. No sé por qué esa afirmación me ha dolido tanto. Es como si habláramos de alguien a quien yo no conociera o alguien con quien no tenía contacto.

—Gracias, Derek —dice secamente—. Asher, vuestro amigo, me confió la labor de trasmitiros sus deseos tras su muerte. Esos deseos contemplaban la entrega de una carta que él me dictó, pero que yo escribí. No estaba en condiciones de hacerlo. También me encomendó que organizara vuestro viaje, si es que decidíais venir, y asegurarme de que estáis cómodos en su casa.

Resoplo. Miro a mi alrededor. Estoy a punto de intervenir, pero Derek lo detecta y me fulmina con la mirada; no sé por qué, pero me callo.

—Su última voluntad está bien especificada en la carta que os leeré —prosigue—, allí podréis encontrar respuesta a muchas de vuestras dudas.

—Ya la leeré yo… —le digo con mucha calma, la que pretendo hacerles creer a los dos, cuando en realidad me gustaría estrangular a esa mujer. Qué desagradable es tratar con ella.

—Eso no fue lo que me pidió Asher. Me pidió expresamente que la leyera en voz alta y después la destruyera.

—¿Qué?

—Mi compromiso es leerla yo y…

—Ya te he entendido, pero no vas a destruir nada. Esa carta es mía y me la quedo yo.

—Madison, la voluntad de Asher es que se hiciera de ese modo. Cumpliré su voluntad tal y como me comprometí a hacerlo con él —Hace una pausa breve y, al ver que no intervengo, porque soy incapaz, prosigue—. En ella, conoceréis por qué os citó aquí y otros detalles que aclararán vuestras dudas. Asher ha muerto y yo, como persona fiel a él y a mi palabra, cumpliré a rajatabla con lo que me encomendó.

Guardamos silencio, tanto el abogado como yo. Puede que me precipite, pero creo que al mencionar que Asher había muerto es como si hubiéramos recibido un golpe de realidad.

—¿Qué le ocurrió? —le pregunta Derek.

—Un intruso en su cabeza.

No sé si lo dice de ese modo porque quiere parecer más sensible, pero lo dudo.

—¿Un intruso? —pregunta Derek con una mueca extraña.

—¿Cuál es el diagnóstico oficial? —le pregunto intentando parecer más calmada y dispuesta a dialogar.

—Me dijo que me preguntarías eso, con esas mismas palabras… —me suelta mientras rebusca entre los documentos que porta en la mano y me entrega uno de ellos.

Así que Asher sabía que lo preguntaría… Eso significa lo mucho que me conocía y…; lo mucho que le voy a echar de menos.

Antes de leerlo, se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Estás bien? —me pregunta Derek y asiento con la cabeza consiguiendo que las lágrimas se contengan.

Ojeo el documento, el informe oficial, y se lo acerco a Derek para que lo lea.

Lo mira con cierta distancia y se echa hacia atrás.

—No necesito detalles… —me dice frotándose la nuca y apartándolo de su vista.

—¿Algunas cosas no han cambiado, abogado? —le digo sonriendo.

Me mira meneando la cabeza.

Me refiero a su actitud ante todo lo que sea de carácter médico. Derek era, y por lo que veo, es, la persona más aprensiva que he conocido. Una gota de sangre, un comentario sobre una enfermedad, una pequeña herida, hacen que se le aflojen las piernas y hasta sienta vértigo o angustia.

Recuerdo una vez en que le pedí que me hiciera preguntas sobre un tema que estaba preparando para examinarme en la universidad. Uno relacionado con las funciones del hígado, y a la segunda pregunta le faltó el aire. Eso sin contar las veces que tuve que asistirlo cuando se hizo un simple corte insignificante con un cuchillo mientras cocinaba. O las veces que cerraba mis libros de anatomía para no ver las imágenes…

Cuando leo el diagnóstico, tengo claro que a Asher no le dieron mucha esperanza de vida. Su cabeza recibió un intruso, como ha dicho la máquina de hielo, un tumor que acabó con su vida en poco tiempo.

—La medicina no pudo hacer nada por él y asumió de forma valiente que contaba con pocos meses de vida. Cuando escribimos la carta, estaba en un estado delicado, pero lo había planeado todo mucho antes. Pensó en vosotros, en todo momento. Recibió asistencia y murió en casa, en el jardín, tal y como pidió. Allí pasó sus últimas horas de vida.

Nos quedamos sin palabras.

No quiero ni puedo imaginar ese desenlace, me duele demasiado.

—¿Por qué no nos llamó? —le pregunto sabiendo que no habrá respuesta.

—Las respuestas a sus dudas, en la carta.

—Nada de esto tiene sentido —le digo a la señora sensible mirándola a los ojos—. Su forma de actuar es extraña. No nos dijo que tuviera novia, nos ocultó su enfermedad, no permitió que acudiéramos a su funeral… Porque lo hubo, ¿o no?

—Sí, lo hubo. Fue un funeral discreto, en la más estricta intimidad.

—¿Quién asistió? —pregunta el abogado.

—Yo, y el encargado de su entierro.

—Joder… —me levanto con una punzada de dolor en el pecho al imaginarme la soledad de su funeral—. No entiendo nada. ¿Por qué no me lo contó? Todo es raro. Esta casa es rara… No entiendo nada.

—¿No te gusta esta casa, Madison?

—No se trata de que no me guste, es que no tiene nada que ver con la que él describió. Él me habló de un pequeño paraíso con estanques, fuentes, un jardín enorme lleno de flores, una piscina, y miles de detalles que… es evidente que no corresponden a este lugar. ¿Mentirme? No tiene sentido. Nunca me envió fotos, a pesar de que se lo pedí, porque bromeaba con que viniera a comprobarlo personalmente, pero esta casa… esta… A mí me da igual cómo sea su casa, pero no entiendo que nos hablara de un palacio rodeado de naturaleza y se trate de una casa gris, triste, fea… Asher no era así, no mentía. Ni tampoco tenía necesidad de vivir en un lugar tan… tétrico. Y si la tenía, bastaba con decirlo. Se supone que se aisló en un lugar paradisiaco para escribir y meditar y… esas cosas que le gustaban a él.

—¿Te parece gris, triste y tétrica esta casa, Madison?

—Pues sí, es que lo es. Te repito que no tengo interés en esta casa, pero sí en por qué no me dijo la verdad. Es normal que me choque. Es lo más triste que he visto en mi vida. Es horrible. No sé si mejorará en el interior… No veo a Asher en este lugar.

—El paraíso del que te habló existe, y me dispongo a mostrároslo. Esta es mi casa, Madison, no la de Asher. Aquí vivo yo.

26

Derek

La carta

—Tú sigue metiendo la pata y esta mujer no nos lee ni la carta, la destruye antes. Cuando tienes que estar calladita, no lo estás, cuando tienes que hablar, te falta memoria… —le recrimino mientras nos dirigimos al exterior de la «tétrica» casa, después de que Florence nos haya pedido que la esperemos fuera mientras se encarga de solucionar algo.

—He dicho lo mismo que estabas pensando tú, listillo. No pretendía ofenderla. Hay demasiadas preguntas y ella aporta poco.

—Yo también quiero respuestas, pero he sido más prudente. Ya sé que todo es muy raro, pero espera un poco.

—Tú hazlo a tu manera y yo a la mía.

—Solo procura no fastidiarlo todo. Como se niegue a leer esa carta…

—¿Cómo se va a negar?

—Dale motivos. Le has dicho que vive en una pocilga, solo te ha faltado decirle que es muy fea. Ella, me refiero a ella.

—Eso no lo haría, no mezcles las cosas.

—Dile que se parece a Ashley, si Asher le habló de ella, sacará sus conclusiones.

—No quiero que me lea nada con esa voz de ultratumba y luego me impida leer mi carta cuando a mí me dé la gana. Tengo derecho a querer conservarla.

—En eso estoy de acuerdo, pero debemos escuchar lo que lea y luego… ya veremos, pero déjamelo a mí. Ojalá estuvieras tan dispuesta a hablar en un tribunal…

—Eres odioso, Derek. Ahora ese comentario sobra.

—Como los tuyos sobre la casa.

—Pero ¿es que no has entendido nada?

La ignoro, encogiéndome de hombros.

Claro que la he entendido. Yo he sido el primero en no entender que Asher viviera allí, pero así es ella. Salta cuando lo necesita y es impulsiva. Menos en el juzgado, allí parecía una monja.

—Deberíamos sujetarla entre los dos y comprobar si tiene cables en la espalda —suelta, provocando que no pueda contener una sonrisa. Por suerte, no me ve, le he dado la espalda—. Te digo que es un robot.

Por suerte, Florence aparece y nos pide que recojamos nuestras maletas y las llevemos al coche que está aparcado a pocos metros.

—¿Dónde nos alojamos, Florence? —le pregunto, intentando suavizar la tensión que se ha creado.

—En casa de Asher, por supuesto. En el paraíso. Aunque quizás Madison prefiera alojarse en mi casa. La gris.

Ahogo una sonrisa y me apresuro a taparle la boca a Madison, que parece dispuesta a protestar.

Nuestras miradas se enfrentan. Creo que es odio lo que veo en su mirada y me produce escalofríos. Puede que sea lo mismo que ella ha visto en la mía…

Le retiro la mano de la boca y nos dirigimos al coche. Madison lucha para que no me ocupe de una de sus maletas, pero la ignoro.

—Yo creía que nos alojaríamos en un hotel —protesta.

—Yo también —le digo, pero ni ella ni yo continuamos con el tema. Supongo que está tan perdida como yo.

Entramos en el coche poco después, tras colocar las maletas. Lo hacemos en silencio, pensativos… No sé en qué estará pensando ella… Yo… no dejo de pensar en que tengamos que compartir casa. Eso no va a pasar, ya lo solucionaré.

Antes de que Florence entre en el coche, mientras vuelve a comprobar si las maletas están bien colocadas —palabras suyas—, me acerco a Madison y le susurro:

—Como digas algo sobre el coche, abro la puerta y sales disparada.

El coche parece sacado de otra época. Está limpio y cuidado, pero tiene muchos años a sus espaldas y muy poca tecnología.

—Yo no me burlo de esas cosas, es que no me conoces en absoluto ni entiendes nada de nada.

—Ni te conozco ni quiero hacerlo. Este coche es una chatarra y no sé ni si vamos a llegar a casa de Asher. Pero, toma nota, me

mantengo callado porque no es asunto mío. Soy más educado y elegante que tú.

Me mira y alza una ceja. Mala señal.

Florence entra de forma silenciosa y pone el coche en marcha. Me he librado de una réplica cargada de veneno.

La voz de Madison, sobreactuada, inunda el reducido espacio:

—Sí que funciona, Derek —grita entusiasmada—. Has perdido la apuesta, me debes veinte dólares. Has dicho que esta chatarra nos dejaba tirados y mira qué suave va.

Cierro los ojos y aprieto los puños.

Estoy pensando si cumplir mi amenaza y abrir la puerta. Claro que no sé si empujarla a ella o saltar yo.

Miro a Madison, dispuesto a fulminarla, y está sonriendo.

—Florence, Madison está bromeando… Yo no he dicho eso.

—Cobarde —suelta Madison, siguiendo con su disfrute.

—Lo conozco todo sobre vosotros, todo —se defiende Florence —. No me sorprende nada ni me molesta nada.

¿Todo?

¿Asher le habló de nosotros? ¿Se refiere por separado, o también le contó nuestra historia?

Me quedo con la duda porque no voy a preguntárselo. Me remuevo ligeramente en el asiento, incómodo. Madison también, aunque sé que sigue disfrutando de su logro.

Unos minutos de calma después, Florence se desvía por un camino empedrado en cuya entrada hay un cartel de madera que delimita la propiedad con unas palabras en francés: *Ici, je suis entier*.

—¿Qué significa? —pregunta Madison.

—Aquí, estoy completo —le aclaro.

Guardamos silencio.

Y con él, nos dirigimos a ese lugar que completaba a nuestro amigo.

Avanzamos unos metros más por el camino empedrado y algo empieza a cambiar. Primero es la luz, que se cuela entre los árboles altos: todo un espectáculo de luces y sombras. Después, un leve

sonido de agua. No sabría decir de dónde viene, pero está ahí, como si nos acompañara.

La valla que rodea la propiedad aparece de pronto, alta, de hierro negro y adornos sencillos, lo bastante sólida como para mantener a raya a los curiosos. Florence se baja del coche, introduce un código y el portón se abre con un leve crujido.

Lo que hay al otro lado no es lo que esperaba. No sé qué esperaba, pero esto no era.

La primera imagen es la de una pequeña placeta circular, hecha con el mismo tipo de piedra que el camino. En el centro, una fuente baja de piedra blanca deja caer agua en un cuenco rodeado de plantas.

El coche se detiene y nos bajamos despacio. Madison tiene la boca abierta y me ha mirado en un par de ocasiones durante el recorrido, pero no se ha pronunciado.

A los lados, hay un jardín amplio, no exagerado, pero lleno de detalles. Caminos estrechos de grava se entrecruzan con cientos de flores que desconozco, todas perfectamente cuidadas. Hay al menos dos estanques, pequeños, bordeados de piedras redondas. Uno tiene una figura metálica en el centro, pero es abstracta y no la interpreto. No sé por qué me fijo en eso.

Y la casa…

La casa no tiene nada que ver con la de Florence, ni con la mía ni con la de… muchos.

Azul. De un azul limpio, brillante, que contrasta con los marcos blancos de las ventanas. No es grande en exceso, pero tiene presencia. Los tejados son altos, afilados, y uno de los laterales se alza en una especie de torre que le da cierto aire de cuento.

Nadie dice nada.

Florence nos hace un gesto para que la sigamos. Subimos unos escalones y cruzamos un pequeño porche delimitado por dos columnas blancas. La puerta se abre en cuanto marca otro código, justo al lado de todos los letreros que indican que la casa está equipada con alarmas de seguridad y cámaras. El mismo que también se muestra en la valla exterior.

El interior es otra historia.

Después de un pequeño vestíbulo, se encuentra el salón. Amplio, pero muy acogedor.

Luz. Todo es luz. No solo por los ventanales, sino por cómo está decorado. Paredes claras, suelos de madera clara, sin alfombras pesadas. Muebles bajos, de líneas sencillas, todos de madera, claramente caros.

Madera y blanco. Esa es la sensación que permanece.

Florence continúa el recorrido y nosotros la seguimos en silencio. Avanzamos unos pasos y nos detenemos ante un escalón que marca dos niveles en el salón. Subimos despacio y nos encontramos una pequeña estancia. El techo es más bajo, las paredes están forradas de madera y en el suelo hay una alfombra gigante y mullida, de colores vivos, que sostiene dos amplias butacas, más bajas de lo habitual, enfocadas de cara a un gran acuario. Y no es un acuario cualquiera. Ocupa casi toda la pared del fondo. Peces de colores de gran tamaño se mueven en silencio entre rocas, corales artificiales y plantas. El sonido apenas se percibe, pero el movimiento del agua lo llena todo. Una lámpara baja, en una esquina, proporciona una luz muy cálida, como si se tratara de un rincón en el que el tiempo se detiene.

Florence se detiene frente al acuario, nos da la espalda un segundo, como si nos dejara procesar lo que vemos.

—Asher pasaba mucho tiempo aquí… —nos desvela.

Desaparece de nuestra vista durante un minuto, que nosotros empleamos en observar todo cuanto nos rodea con la boca medio abierta, y aparece de nuevo portando una silla plegable y un dosier.

Coloca la silla frente al acuario y nos mira de frente.

Siento que estoy nervioso. No sé si estoy en condiciones de escuchar el contenido de una carta escrita por Asher, mucho menos si Florence pretende destruirla. Tendré que hacer algo al respecto.

Abre el dosier y sujeta la tapa en la parte trasera. La sostiene con firmeza, pero no habla. Más que una carta de un amigo, parece que vaya a leer un testamento en la sala fría de una notaría.

—Aquí. Él quería que lo hiciera aquí —dice, señalando las butacas para que nos acomodemos.

—¿Primero lees la suya o la mía? Yo prefiero algo de intimidad —comenta Madison, mirándome mientras se encoge de hombros.

—Es la misma carta para los dos y debo leérosla al mismo tiempo.

—¿Qué? —suelta a modo de protesta.

Yo también me he llevado una sorpresa. En todo momento he deducido que había una carta para ella y otra para mí. Claro que… si me paro a pensarlo, Florence no lo ha mencionado en ningún momento. Soy yo, y al parecer también Madison, quienes lo hemos dado por hecho. ¿Una carta para los dos? No puede ser muy personal si nos mete en el mismo saco…

Estoy decepcionado. Esperaba algo íntimo y directo, dirigido a mí.

Madison está igual de inquieta que yo ante la noticia. No parece tener ganas de protestar, claro que… por mucho que lo haga, no puede cambiar nada.

Se deja caer en la butaca como si no tuviera fuerzas. Yo hago lo mismo.

Florence, una vez que comprueba que estamos sentados y atentos, empieza a leernos la carta.

Me atrevo a decir que ni Madison ni yo podemos sospechar en este momento que esa carta cambiará nuestras vidas.

27
Madison

Mi última voluntad

La mujer de hielo carraspea antes de empezar, y para mi sorpresa, su voz se transforma: se vuelve suave, envolvente, como si recitara poesía. No sé si formaba parte de las instrucciones que tan estrictamente presume seguir o es un pequeñito detalle, porque, a pesar de mis dudas… es humana, no hay cables en su interior.

Mis queridos amigos…
Si esta carta se está reproduciendo es porque estáis aquí, en mi hogar, y también porque estáis juntos. Me marcho con la esperanza y casi la certeza de que así será.
Le pedí a Florence, mi buena compañera, que organizara este encuentro, que os leyera esta carta y que después la destruyera. Os pido que escuchéis atentamente. Esta carta solo pretende que sepáis cuál es mi última voluntad y sé que con una vez que lo escuchéis, bastará. Ella siempre os la podrá recordar. Seguro que la tiene memorizada… Florence es así de eficiente.

Ni leyendo un halago hacia ella cambia de expresión… ¡Que piedra más dura!

Carraspea y continúa.

Siento tener que deciros esto, pero es fundamental.
Madison, no puedes grabarlo… Por favor, muéstrale el móvil a Florence y cierra la grabación.

Trago saliva. Las dos miradas se centran en mí. ¿Cómo coño lo sabía?

—¿Lo estás grabando? —me reprocha Derek escandalizado, moviendo la cabeza como si yo tuviera cinco años.

Recupero mi móvil del interior de mi bolsillo. Le tiendo el móvil a Florence, con la pantalla iluminada mostrando la grabación. La

elimino con un gesto lento, casi avergonzado. Ella asiente con la cabeza. Coloco el móvil sobre la mesa que hay delante de las butacas, una pequeña y robusta que también contiene una jarra de agua y unos vasos, y me siento de nuevo.

Florence me mira y le indico con la mano que prosiga.

Tú también, Derek… Haz lo mismo que ha hecho Madison.

Eso es lo que lee, Florence.

La tensión flota en el aire y se vuelve algo densa. Derek evita mirarme mientras se levanta para imitar mis pasos y mostrarle el móvil.

—¿Lo estás grabando? —le devuelvo la pregunta con una vocecita aniñada, arrastrando las palabras con mucha malicia.

—Sigue, Florence —le indica ignorándome. Seguramente debe estar luchando por tragarse el orgullo.

¿Cómo ha podido saberlo? Si no hubiéramos grabado, habría quedado un poco impertinente el comentario.

Florence prosigue con la lectura:

Os quiero. Os he querido mucho y, esté donde esté ahora, lo seguiré haciendo. Pase lo que pase durante vuestra estancia en Ironwood, lleguéis a la conclusión que lleguéis, no lo dudéis nunca.
No espero que me comprendáis siempre, ni que todo tenga sentido desde el principio. Solo deseo que, cuando todo haya pasado y miréis atrás, podáis reconocer que os quise.
A mi manera, sí. Pero con toda la fuerza con la que supe hacerlo.

Esas palabras me atraviesan como si hubieran clavado una espada. Al principio, esa carta me parecía algo distante, no podía reconocer a Asher, pero ahora sé que es él.

Suelto un gemido que llama la atención de Derek, que me mira mientras lucho contra una lágrima.

Florence prosigue, pero ya no puedo entender lo que dice.

—¡Espera! —le grita Derek al ver que no se detiene, pero ella hace caso omiso.

—Florence —grita más fuerte consiguiendo que ella se detenga, por fin—. Hay pausas que son necesarias…

—Solo contemplaba hacer una pausa, más adelante, como él me pidió —se defiende el robot—. La carga emocional de esta carta se basa en que su lectura sea…

—Te agradecería que tuvieras en cuenta que esto no es la lectura de un contrato, así que cuando te lo pidamos… te detienes. Tal y como tú has dicho, hay una carga emocional, pero esa la tenemos que manejar nosotros, no tú. Teniendo en cuenta que después de leerla tienes esas… extrañas instrucciones de destruirla y no vamos a poder leerla con el ritmo que nosotros deseemos… es lo mínimo que puedes hacer… Es lo más razonable. Léelo lentamente, muy lentamente y haz las pausas que sean necesarias cuando te lo pidamos.

Esas palabras me sorprenden y me satisfacen al mismo tiempo. Ya no le parece tan encantadora. Florence, que sigue manteniendo su expresión congelada, asiente con la cabeza de forma altiva. ¡Que se joda!

—Está bien, lo comprendo. Leeré lentamente.

Estoy a punto de decirle que si no lo comprende me da igual, que o se detiene cuando se lo pedimos o se come la carta, pero creo que las palabras de Derek han sido suficientes.

Derek me mira.

—Gracias —le digo sin pensarlo.

Me enjugo otra lágrima rebelde y le digo de mala gana a la señorita de piedra que continúe.

Me alegra que estéis aquí, que por fin conozcáis mi nuevo hogar, mi refugio, el lugar donde había elegido pasar el resto de mi vida; no contaba con que se redujera tanto…
Me habría gustado poder recibiros, y sé que a vosotros también, pero no ha podido ser. Había soñado muchas veces con ese momento, con veros aparecer por la puerta, pero por mucho que os lo propuse nunca encontrasteis el momento. Pero no os preocupéis,

siempre lo he comprendido. Ambos sois adictos al trabajo, y ante eso es muy difícil luchar.

Derek y yo nos miramos durante un segundo. He podido apreciar dolor en su expresión, seguramente el mismo que él ha visto en la mía.

También me hubiera gustado que hubierais aceptado que pudiéramos encontrarnos los tres juntos alguna vez. Sois mi familia, mis amigos, todo… y me hubiera gustado poder disfrutar de vuestra compañía al mismo tiempo, no como si se tratara de una custodia entre padres divorciados.
Os lo pedí muchas veces, pero la respuesta siempre era la misma: «Conmigo no cuentes», «No pienso coincidir con él… o con ella», «Estás loco si crees que me voy a sentar al lado de él… o de ella». También lo comprendí, pero os confieso que me habría gustado que fuerais capaces de dejar atrás vuestras diferencias, esas que no habéis sido capaces de olvidar ni siquiera después de tanto tiempo.
El año pasado, cuando cumplí veintinueve, os dije que quería celebrarlo. Sabéis que nunca lo he hecho, pero… ese en concreto, me apetecía más que nunca celebrarlo con vosotros. No pudo ser. Sí, lo celebramos, pero por separado, primero con una y luego con otro. Y porque yo me desplacé a Nueva York…
No permitisteis que pudiera disfrutar de los dos al mismo tiempo. Claro, vuestras viejas heridas, esas que nunca habéis curado, lo impidieron. Pero tampoco me sorprendió, al fin y al cabo, ni siquiera me permitíais pronunciar vuestro nombre.
No lo toméis como un duro reproche; solo quería que supierais lo mucho que me habría gustado, porque os he querido como pocas veces se quiere en la vida.

Le hago una señal a Florence para que se detenga, pero no es por mí, que tampoco me viene mal, sino por Derek, que se cubre el rostro con las manos, en silencio. No hace falta mirarlo para saber que está roto por dentro.

Esperamos un minuto. Se incorpora y se acomoda en el asiento.

—¿Mejor? —le pregunto. Asiente y le pide a Florence que continúe.

No sé qué parte le ha podido afectar tanto, puede que las mismas que a mí: todas.

Derek, amigo, te conozco desde que tenía tres años. Llegué a Albany en un momento complicado de mi vida. A pesar de ser muy pequeño, tenía que asimilar que tenía una nueva familia que no era la del orfanato: un padre y una madre… Tardé poco en descubrir que era algo bueno, pero también fue gracias a ti, a ese niño que se acercó a mí el primer día de colegio y me propuso jugar.
Tiempo después llegó la separación. Fue dura, yo no quería marcharme de Albany, pero mi padre, después de la pérdida de mi madre, tenía nuevos planes. Me rompió por dentro cuando nos trasladamos a Indiana, a ese precioso pueblecito: Greensburg, pero me recuperé relativamente pronto gracias a una preciosa chica que me dio la bienvenida, nuestro primer día de instituto: Madison. Gracias, amiga. Fueron unos años maravillosos y locos. Hasta que llegó una nueva separación…
Volvió a ser doloroso, ¿lo recuerdas? Fue cuando descubrimos que nuestros planes de estudiar juntos en la universidad de Nueva York no eran posibles. Durante un tiempo me pareció que sería un sueño cumplido que los tres pudiéramos estar juntos en Nueva York, tenía muchas ganas de que os conocierais, pero no pudo ser. Madison, no luchaste demasiado por entrar en Columbia, aunque lo entiendo. Al final, te conformaste con la Universidad de Pensilvania. Pero sé que esa universidad se *encargó de empezar a formar a una gran médica. Igual que la de Columbia se encargó de formar a un gran abogado. Ojalá os hubieran enseñado también a no volveros adictos al trabajo…*

Ambos sonreímos. Este paseo por los recuerdos de nuestra vida juntos me está matando y creo que al abogado también, a juzgar por las veces que expulsa aire de forma sonora. Como si necesitáramos aire para seguir escuchando.

Y después llegó vuestra historia, una intensa, pero corta. Me alegré mucho cuando tú, Madison, decidiste hacer un intercambio durante un semestre en Columbia para decidir si continuabas cursando allí tu carrera. Qué maravilla… Por fin ibas a vivir en Nueva York, por fin podría teneros a los dos cerca y por fin os conoceríais entre vosotros.
Pero duró poco. Tras vuestra ruptura, volviste a Pensilvania. Se acabó la oportunidad de Columbia. Se acabó mi sueño de teneros cerca a los dos.
De ahí en adelante, he tenido claro que ese sueño jamás se volvería a repetir; pero me hubiera conformado con que en alguna ocasión hubierais sido capaces de tolerar la presencia del otro. Lo intenté, pero nunca cedisteis; os condenasteis el uno al otro para siempre.
Es curioso, yo no lo conseguí, pero sí un tribunal. Ahí no tuvisteis más remedio que aceptar la presencia del otro. Espero que sobrevivierais a ello. No pude preguntaros por esa vista, ya no tenía fuerzas. Me habría gustado escuchar vuestro relato, saber qué pensasteis o sentisteis al enfrentaros en una sala fría de un juzgado.

—Mejor que no llegaras a saberlo… —digo en voz alta haciendo que Florence se detenga.

—Madison, Asher no puede oírte… —me dice con desprecio el abogado. Ha durado poco la tregua, aunque sé que lo he provocado yo. No he podido contenerme.

Florence interpreta nuestro silencio y continúa:

Siempre que me he separado de vosotros, os he echado mucho de menos. La última fue cuando trasladé mi vida aquí. Nueva York me ahogaba. Me apoyasteis y os lo agradezco mucho. Sin vuestro empujón no habría podido hacerlo.
Necesitaba un cambio, un refugio donde escribir, y encontré mucho más que eso: encontré mi lugar.
Cuánto os he querido, amigos…
Después de este paseo por los recuerdos, voy a ir directamente a expresaros mi última y única voluntad, una que sentencia mi paso

por vuestras vidas, porque a partir de ahora solo seré un recuerdo para vosotros.
Sé que estáis tristes, pero quiero que escuchéis lo que os voy a pedir y que penséis que, si lo cumplís, me haréis muy feliz y lo sentiré desde donde sea que me encuentre ahora.

Alzo la mano para que Florence se detenga. Me levanto y me sirvo un vaso de agua.

—¿Queda mucho? —le pregunto en un susurro. Me cuesta enfrentarme a todas esas palabras.

—Queda lo más importante —suelta volviendo a su voz robotizada. Esta mujer, si no lee, no parece humana.

Le llevo un vaso a Derek que lo acepta entre sorprendido y agradecido. Se lo toma de un trago. No pretendo ser amable con él, sino considerada, dadas las circunstancias. Él lo ha sido también cuando le ha pedido las pausas a Florence, y con las maletas.

La lectura se reanuda, pero la primera frase nos golpea como una jarra de agua helada.

Nos miramos y, sin pensarlo, decimos al unísono;

—¿Qué?

Y la frase es la siguiente:

Quiero que paséis en mi casa treinta y dos días.

28

Derek

Treinta y dos

Florence anuncia que la pausa que había contemplado se produce ahora. Sale del salón prometiendo volver en unos minutos. La mayor parte de ellos los pasamos en silencio la doctora y yo.

—Justo ahora tenía que hacer una pausa… —protesta Madison, ¡cómo no!

—Volverá pronto y nos aclarará esa petición —le digo con optimismo—. Seguro que no es lo que parece. Espero que dé un giro. Hasta ahora, gran parte de esa carta ha sonado más a reproches que a despedida.

—O… a verdades, letrado.

La miro molesto, pero reconozco que quizás tiene razón.

Madison se sienta bruscamente, después de dar vueltas por el salón. Lo agradezco, me estaba poniendo nervioso.

Escucho un gemido y me giro hacia ella.

Se ha hecho daño en la mano al sentarse. ¡Es igual de bruta que siempre!

—¿Te has hecho daño? —le pregunto, agradeciendo que podamos hablar de cualquier cosa que no sea la carta.

—No, solo una pequeña molestia.

Miro su mano vendada y me siento un poco culpable. Puede que tenderle una trampa para enfrentarla a los periodistas fuera un juego sucio.

—Cuando te llevé hasta la puerta aquel día… no imaginé que acabarías herida. No era mi intención.

—¿Eso es una disculpa, letrado?

—Una variante de disculpa, doctora.

—Bien, la acepto, pero debes saber que me caí tres días después de la vista, en la calle… Un escalón inesperado.

Cuando estoy a punto de decirle unas cuantas cosas, aparece la oportuna de Florence. Tiene el don de presentarse en el peor momento… y de ausentarse en el peor también.

Prosigue con la lectura sin anunciarlo.

Treinta y dos días.
Seguro que esa cifra os ha llamado la atención. Si Florence ha hecho una pausa, como le pedí, habréis tenido tiempo de especular sobre lo que podría significar.

En la pausa hemos discutido sobre su caída, pienso, pero me lo guardo para mí.

Quiero que paséis treinta y dos días en mi casa, vuestra casa. No es una cifra al azar. Por un lado, corresponde al número de veces que os pedí a los dos que vinierais a visitarme; las conté. Y, por otro lado, son los días que quedan para mi cumpleaños, una palabra que ahora ya no tiene sentido, pero que me gustaría que vosotros se lo dierais. Recordad que es el seis de junio, fecha en que acabaría vuestra estancia en mi casa.
Elegí el encuentro hoy, cinco de mayo, porque quise daros tiempo y margen a la hora de venir aquí. Eran suficientes días para que pudierais solventar cualquier asunto que os pudiera impedir venir; especialmente de vuestro trabajo, vuestra vida.
Sé que ahora vuestros rostros expresarán terror. Estaréis pensando o diciendo: ¿Cómo nos puede pedir eso? ¿Cómo me puede pedir que viva con él, o con ella? ¿Y nuestros trabajos? No podemos detener nuestras vidas.
Seguro que os ha pasado por la cabeza. Pero sé que tenéis muchas vacaciones acumuladas. Tú, Madison, tienes un jefe que siempre te está recomendando que te tomes unas vacaciones. Tú, Derek, tienes a Spencer haciendo lo mismo. Estoy seguro de que podréis hacerlo. Pero, como siempre, la decisión es vuestra.
Es mi última voluntad; que paséis ese periodo en mi casa, conviviendo juntos. Que acabéis con esas diferencias y que os conozcáis de verdad, aunque no sea mucho tiempo. Mantengo que

no os conocisteis en absoluto, a pesar de que creáis lo contrario. El que sí os conocía era yo.
Quiero que me hagáis ese homenaje, a esas treinta y dos peticiones rechazadas, a ese cumpleaños que no pudimos celebrar. Habría cumplido treinta y quiero que lo celebréis por mí, juntos. No os puedo pedir que seáis amigos, pero sí que al menos intentéis dejar de odiaros.

Madison se remueve en su asiento. Yo bajo la mirada. No sabemos cómo encajar nada de lo que estamos oyendo.

Quiero que durante esos treinta y dos días os bañéis desnudos en mi piscina, la que os mostrará Florence al acabar esta carta. Quiero que terminéis mi mausoleo. Ya está diseñado y encargado, pero quiero que, junto al artista, ambos añadáis un elemento que consideréis me representa u os recuerda a mí. Quiero que visitéis la tumba de Café, mi perro hasta hace dos meses. También quiero que os aseguréis de que lo introducen conmigo en el mausoleo.
Quiero que cenéis juntos cada jueves en el restaurante Dunlake, en Wakefield, a unas diez millas de aquí. Eso es lo que hacía yo todas las semanas para saborear su plato estrella, un pescado conocido por el nombre de Whitefish: una delicia del lago que queda justo enfrente. La cena está reservada y pagada para los dos.

Madison me lanza una mirada fugaz. Yo no sé si ponerme a reír o a llorar.

Y también quiero que os escribáis una carta el uno al otro antes de volver a vuestras vidas, bien al principio, bien al final. Quiero que os la leáis en voz alta.
Y… para acabar con mis peticiones, quiero que, terminado ese periodo, decidáis el futuro de mi casa. Seréis los herederos una vez finalizada vuestra estancia, pero solo si permanecéis el tiempo que deseo; de otra forma, no tendría sentido alguno, solo sería un bien material.

Si la heredáis, no podréis venderla ni podréis comprar la parte del otro. Es para los dos o no es para nadie. Si decidís que no la queréis conservar, Florence tiene instrucciones precisas del destino de la casa.
Acabará envuelta en llamas.
Está todo dispuesto para ello… si llega el momento.
El resto de mi fortuna… la he repartido entre los más necesitados. Florence también recibirá una parte por su inmejorable, fiel y perfecta ayuda y compañía.

Madison mueve la cabeza y me mira, dejando ver una media sonrisa.

Una vez terminado el periodo de treinta y dos días, Florence os entregará el libro que he titulado: La verdad. Esto es importante, amigos.
Solo podréis leerlo cuando acabe, nunca antes. Permanecerá bajo su custodia hasta la fecha en que podréis conocer esa verdad. Os recomiendo descubrirla.
Espero que, al menos, este libro os lo leáis. Ya sé que los otros no los habéis leído por «falta de tiempo». Aunque, ahora que lo pienso, creo que el primero, La trampa de vivir sin querer matarte, sí lo leísteis. Uno de vosotros tardó cinco meses, otro… seis.
Si decidís volver antes de ese plazo a Nueva York, nunca lo podréis leer y no se trata de una novela, sino de la verdad. Merece la pena, amigos míos.
Quiero agradeceros vuestro paso por mi vida. Lo habéis sido todo para mí y os quiero como nadie os podrá querer nunca, solo yo os puedo querer de esta manera, la mía.
Quiero que penséis en esta última voluntad; que viváis juntos en mi casa, donde he sido feliz, que arregléis vuestras diferencias, que cumpláis todas mis peticiones, que decidáis qué hacer con mi casa y que os leáis mi libro. No habrá más peticiones, amigos. Este viaje se ha acabado. Pero quiero que esperéis treinta y dos días y celebréis juntos el que podría haber sido mi próximo cumpleaños.

Os quiero, por favor, pensadlo bien. Nunca más podré volver a molestaros, aunque daría cualquier cosa por hacerlo.
Por cierto, me habría gustado saber si tú, Madison, le contestaste a Trevor y qué le dijiste. Y tú, Derek, si le pediste disculpas a Delaney. En esos días no podía atender vuestras llamadas, estaba emprendiendo mi viaje. Nunca quise que me vierais en ese estado, ni hubiera soportado despedirme de vosotros de esa manera.
Respecto al juicio, solo os puedo desear que… se haga justicia. Hacedla también conmigo.
Y… perdonarme…
Y recordarme…
Hasta siempre, amigos.
Me costará varias vidas más olvidaros.

Cuando Florence anuncia que ha terminado, Madison da rienda suelta a sus lágrimas, que corren por sus mejillas sin orden alguno.

Yo tengo que esforzarme mucho para contenerme.

Me gustaría consolar a Madison. Por un momento, sé que estamos en la misma onda, pero no puedo.

Asher se ha ido. Esto es lo último que sabremos de él directamente.

Ha dejado una extraña y surrealista lista de peticiones.

Él lo ha llamado peticiones y últimas voluntades; yo lo llamo locuras. Todo esto es una puta locura.

29
Madison

Decisiones

No sé en qué momento hemos sido capaces de aceptar que Florence nos haga una visita guiada por el resto de la casa. «Es mi obligación», nos ha dicho.

Supongo que ni él ni yo estábamos en condiciones de protestar. Creo que puedo hablar por los dos si afirmo que estamos deseando perderla de vista, así que la hemos seguido como si fuéramos fantasmas.

Mi estado de ánimo me impide concentrarme en todo lo que nos explica esa mujer, pero todavía tengo algunas fuerzas para darme cuenta de que esta casa es sencillamente espectacular. No sabría describirla con exactitud, pero cada rincón transmite una belleza increíble. Asher cuidó cada detalle de esta casa hasta conseguir un lugar lleno de calma; esa es la sensación que me transmite, aunque no se parezca en nada a lo que siento ahora mismo.

La cocina es amplia, luminosa, y está equipada con toda la tecnología que se puede imaginar. Electrodomésticos que parecen sacados de una exposición, una isla central impecable, superficies negras brillantes y una pared entera cubierta por un jardín vertical que trepa hasta el techo como si quisiera señalar la dirección de un paraíso. A un lado, una pequeña zona de desayuno con ventanales inmensos que dan paso a una terraza con vistas al bosque. Impresionante. Casi puedo verlo sentado en esta mesa, con su cuarta o quinta taza de café, esa bebida a la que él era adicto. Si hasta tuvo un perro al que llamó de ese modo… Es todo tan raro… ¿Asher con un perro?

El baño de la planta baja podría pertenecer a un hotel de lujo. Mármol oscuro, grifería dorada, luces tenues y una ducha que parece una cabina espacial.

Subimos a la planta de arriba todavía en silencio. Derek camina a mi lado como otro fantasma, siguiendo a Florence. No dice nada,

solo mueve la cabeza en todas direcciones para observar lo que le rodea.

De vez en cuando nos miramos, como si quisiéramos confirmar que el otro está igual de impresionado.

Nos encontramos con tres puertas cerradas. Cada una pertenece a una habitación perfectamente decorada. No son dormitorios, sino espacios para trabajar o desconectar. La primera puerta conduce a un gimnasio, amplio, con máquinas que parecen nuevas, una zona para yoga y otro jardín vertical que cubre la pared del fondo. La segunda conduce a un despacho, un poco menos luminoso que el resto de estancias. Aquí la decoración es mucho más simple: una gran mesa negra, estanterías llenas de libros de psicología y sociología, cómo no, y una lámpara en forma de esfera colgando del techo que, por su tamaño, parece que te vaya a absorber de un momento a otro y trasladar al espacio.

Florence apenas comenta nada, solo presenta las estancias a modo de titular, como si las palabras tuvieran un precio. «Su gimnasio», «Su lugar de trabajo»…

La tercera habitación es una sala de lectura. Es acogedora, con sillones mullidos, alfombras gruesas y una enorme cristalera que da al jardín. En una esquina hay una chimenea encastrada en la pared de piedra, pero parece hacer siglos que no se ha utilizado. Aun así, el aire huele a madera quemada y a algo dulce que no sabría identificar. «La biblioteca», ha dicho la señorita escueta.

Al salir de ella, observamos que el pasillo continúa curvándose ligeramente y desemboca en una amplia puerta blanca, del doble de tamaño que las otras puertas. Florence la ignora y continúa con el recorrido. Derek y yo nos miramos; él también la ha visto, pero nos encogemos de hombros y no preguntamos. Quizá al final del recorrido lo hagamos… si es que Florence decide llevarnos hasta allí.

Volvemos a la planta de abajo.

Nos conduce hasta una estancia que me desconcierta. Al entrar, Derek se detiene bruscamente y yo también. Frente a nosotros, una pared de cristal nos muestra algo completamente inesperado: agua.

Desde esa sala puede verse el interior de una piscina, como si se tratara de una pecera gigante. El efecto del agua es hipnótico. Da la sensación de estar contemplando una bañera gigante suspendida en el aire.

—Se accede a ella a través del jardín, desde la parte alta. Está cubierta, con temperaturas aptas para un baño en cualquier época del año. Tiene un mantenimiento muy preciso del que se encarga una persona todas las semanas —nos aclara Florence. Es la explicación más larga que nos ha dado.

El suelo de esta sala está decorado con piedras blancas y todas las paredes lucen jardines verticales, pero una de ellas llama la atención por la cantidad de rosas blancas y rojas que se despliegan en él. Y lo mejor de todo es la bañera circular que hay empotrada en el suelo, justo delante de una de las cristaleras por las que se puede observar el interior de la piscina. Me cuesta entender que Asher eligiera como vistas para esta preciosa sala el interior de la piscina, pero conociéndolo como lo conocía, no debería sorprenderme nada. Seguro que en esas vistas él encontró algo que… solo a él podía aportarle paz, esa que tanto ha buscado siempre.

Seguimos caminando. La casa tiene tanta vegetación integrada que parece estar viva. Jardines verticales en casi todas las estancias, plantas colgantes, maceteros incrustados en las paredes… Asher debió obsesionarse con la idea de vivir rodeado de naturaleza sin salir de casa. Y no puedo cuestionarlo; el resultado es impresionante.

Hay objetos llamativos por todas partes: un espejo enorme con un marco irregular, una lámpara que imita las ramas de un árbol con una luz muy cálida, un piano de cola negro y brillante que aparece en el fondo de un pasillo de forma inesperada… Pero no tiene teclas. Solo es una estructura. Eso nos ha aclarado nuestra guía.

Cuando pensamos que lo hemos visto todo, Florence nos indica una pequeña escalera de caracol que conduce a la planta superior.

—¿Más? —pregunta Derek, sin esconder el agotamiento.

Subimos sin discutir. Al llegar, nos encontramos con una buhardilla que no parece una buhardilla. Es un jardín artificial, con suelo de madera clara, cojines repartidos por el suelo, plantas reales entremezcladas con musgo artificial y una enorme claraboya que ocupa casi todo el techo. El cielo, aunque hoy es color gris, se puede observar en toda su plenitud desde este lugar. Debe ser impresionante estar aquí en una noche estrellada, pero haya tantas plantas que me resulta agobiante.

—Aquí pasaba horas —dice Florence por primera vez con algo parecido a una emoción—. Le gustaba tumbarse ahí —señala un rincón— y mirar el cielo. Era su lugar de encuentro con la inspiración.

No digo nada. Derek tampoco. Solo observamos. Seguro que a él tampoco le ha costado imaginar a Asher ahí tumbado con la mirada perdida.

Yo… hasta me ha parecido verlo envuelto en todas esas plantas como si fueran una manta.

Cuando salimos de la buhardilla, Derek habla por primera vez.

—¿Dónde están los dormitorios? —pregunta, mirando a Florence.

Lo observa como si hubiera preguntado por las mazmorras, pero asiente con la cabeza y nos indica con la mano que la sigamos. Nos conduce de nuevo a la primera planta, hasta la puerta que antes ha ignorado.

¿De verdad no pensaba mostrarnos los dormitorios?

Extiende los brazos en toda la extensión de la puerta, que es enorme, y la abre con una lentitud que parece que dentro nos esté presentando un conjunto de tesoros de valor incalculable.

Cuando entramos, ambos nos detenemos. Es la habitación más grande que he visto en mi vida. Por lo que puedo apreciar en el techo, se trata de la habitación de la torre de la fachada. La cama es de un tamaño inusual, fuera de la lógica. Tiene que tener más de

tres metros de ancho. Está cubierta de cojines que descansan sobre una colcha de colores claros muy brillantes. Hay lámparas por todas partes: colgantes, de pie, de pared… Una luz dorada lo envuelve todo, como si alguien hubiera querido construir la habitación perfecta para quedarse a vivir en ella y no salir jamás.

Una puerta conduce a un vestidor del tamaño de mi apartamento entero. Está completamente vacío. No hay ni rastro de su ropa. Y otra, algo más escondida, conduce a un baño del tamaño de dos apartamentos míos, con todo lujo de detalles, una bañera en la que se podría nadar y el color dorado y plateado conviviendo en armonía.

—Me pidió que lo vaciara antes de que llegarais —dice refiriéndose al vestidor—. No quería que sus objetos personales os pusieran tristes.

Se me encoge el estómago.

Los ojos de Derek se vuelven brillantes y, cuando repara en que me he dado cuenta, se gira bruscamente y me da la espalda.

—¿Hay más dormitorios como este? —pregunto, sin dejar de pensar dónde se encontrarán. No recuerdo haber visto más puertas.

—Solo hay un dormitorio: este.

—¿Y… dónde se supone que debemos dormir? —pregunto, sin poder evitar mi incredulidad.

—Aquí —responde Florence, con la misma expresión de mármol.

—Bueno, alguien tendrá que dormir en un sofá —insiste Derek, como si buscara una salida rápida a lo imposible.

Florence se gira muy despacio y pregunta con voz pausada:

—¿Habéis visto algún sofá en toda la casa?

Nos miramos. Tiene razón. Ni uno solo. Ni en la sala de lectura, ni en la sala de las rosas, ni en el despacho… Solo sillones individuales, bancos o muebles diseñados para estar poco tiempo sentado. Nada que pueda improvisarse.

El silencio que se instala es incómodo. Nos observamos, pero ninguno de los dos sabe qué decir. ¿Dormir juntos? ¿Compartir una cama? No somos capaces ni de compartir una habitación sin discutir.

La tensión es evidente, pero ninguno quiere pronunciar en voz alta lo que ambos estamos pensando. El peso de la carta todavía flota en el ambiente y no estamos preparados para enfrentarnos a la siguiente batalla.

Derek no dice nada, pero su expresión lo dice todo. Está tan confundido como yo, y por primera vez en mucho tiempo, eso me consuela. Es como si la carta nos hubiera dejado en un estado de aturdimiento y ahora, paso a paso, volviéramos a tomar contacto con la realidad. Una realidad absurda, lujosa y completamente inesperada.

Asher en estado puro.

30

Derek

Desconfiados

Terminamos el recorrido, exhaustos. Observo las pequeñas sombras que Madison muestra bajo sus ojos y sé que está tan agotada como yo. No solo físicamente, por el largo viaje que hemos hecho, sino por todo a lo que nos hemos enfrentado nada más llegar.

La muerte de Asher no es fácil de asimilar, pero todo lo que nos ha llegado a través de esa carta y de esta casa tampoco resulta sencillo de digerir.

Florence nos ha conducido de nuevo al salón, a la parte alta, donde se encuentra el acuario gigante.

—El recorrido termina con el garaje y el jardín trasero. Me atrevo a suponer que debéis estar cansados y querréis visitarlo en otro momento.

Ambos asentimos con la cabeza y ella prosigue.

—En ese cajón se encuentran las llaves de su coche, y ahí —señala una estantería—, un resumen de las peticiones que os ha hecho Asher en la carta. Espero que estéis cómodos, estáis en vuestra casa. Vuestras maletas se encuentran en el vestíbulo. Cuando hayáis tomado una decisión sobre vuestra estancia aquí, hacédmelo saber.

—¿Ya está? —pregunta Madison en un tono irónico—. ¿Eso es todo, Florence? Ahí están las maletas, esta es nuestra casa… Informadme de vuestra decisión… ¿Es que esto tiene algún tipo de sentido? ¿No es absurdo? Nos llamas cuando Asher ya ha muerto, ni siquiera asistimos a su funeral, nos convocas a venir para leernos una carta que… él te dictó y que piensas destruir. Y ahora tenemos que decidir si pasamos aquí el próximo mes. ¿Así sin más? ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Alojarnos aquí y dejar nuestras vidas intentando cumplir la última voluntad de nuestro amigo…? Ni siquiera tengo la sensación de que él esté muerto, ni siquiera sé si esa maldita carta te la ha dictado él por muchas referencias personales nuestras que aparezcan… Ni siquiera conocía tu existencia hasta hace unas horas… Eso no sigue ninguna lógica.

—Me he limitado a hacer lo que él me pidió. Y ahora, si me disculpáis…

—No tan rápido, Florence. Madison tiene razón, hay muchas cosas que no entendemos. Puede que tú no te canses de repetir que has hecho lo que te pidió, pero quizás, si te esfuerzas un poco, podrías ayudarnos a entender esto. Ahora mismo tengo la sensación de haber visitado una preciosa casa y que lo que nos has leído es un contrato de compraventa. Es así de absurdo y frío.

Madison me mira relajada. Mi intervención ha debido sorprenderla.

—Podéis acudir a la notaría de Ironwood, en ella está depositada una copia de la carta. El notario os informará que fue Asher quien la dictó; él estaba delante.

—¿Firmó la carta ante notario? —le pregunto algo desconcertado.

Florence no me contesta y se concentra en su móvil.

—Asher me dijo que erais muy desconfiados y que me haríais muchas preguntas. También me sugirió que os mostrara este vídeo si lo consideraba oportuno. Me pidió que lo grabara unos días antes de su partida, tres exactamente. Es personal, va dirigido a mí, pero también os nombra. Si él os saca de dudas… Si no, me temo que no podré hacer más por vosotros.

Madison y yo nos miramos y nos acercamos a mirar la pantalla que nos muestra Florence.

La imagen de Asher, visiblemente deteriorado, nos impacta hasta el punto de que Madison se tapa la boca y emite un sollozo ahogado. Está algo más delgado que la última vez que lo vi y su voz parece cansada.

En cuanto empieza el vídeo, Asher sonríe.

Florence, sabes que no me gusta que me graben, pero haré una excepción para que guardes estas palabras en tu memoria. Seré breve, solo quiero decirte que te agradezco todo lo que has hecho por mí. Ojalá te hubiera conocido antes o hubiera vivido más tiempo. Ten por seguro que te habría pedido matrimonio. Eres lo mejor que me ha pasado en mis dos últimos años de vida y espero que te consideres compensada por todas las molestias que te he causado.

Madison me mira sorprendida, pero devuelve rápidamente la atención a la pantalla.

Asegúrate de cumplir todo lo que te he pedido con Madison y Derek, es muy importante para mí. No cometas un error en la fecha: debe ser el cinco de mayo; de lo contrario, lo que les pido perdería parte de su sentido. Lee esa carta y destrúyela después. Ellos decidirán en libertad, no les digas nada que pueda hacerles sentir mal. Y si necesitas hacerlo, enséñales esta grabación, aunque solo si es estrictamente necesario. Son muy desconfiados. Ahora… vamos a comer esas patatas que ha preparado Cassidy.

—¿Quién es Cassidy? —le pregunta Madison al borde de las lágrimas.

—La cocinera.

Guardamos silencio.

El silencio se prolonga. Ella está luchando con sus lágrimas y yo siento que me va a explotar la cabeza en cualquier momento. Verlo nos ha impactado mucho a los dos. Una cosa es una carta escrita y otra… esa grabación.

La última vez que hablé con él todo era tan… normal. Y solo fue unos días antes de esa grabación.

—Comprendo vuestras dudas —interviene Florence con la misma voz de siempre—. No es una situación que se presente cada día. Fuera de mis obligaciones, os diré que él os quería. Me habló de vosotros, me contó toda vuestra historia desde el principio. Os puedo decir que lo que os pide es una pausa en vuestras vidas; no sé qué os puede suponer. Su ilusión era que compartierais su espacio, que conocierais los rincones de su hogar y que le recordarais en un lugar que él adoraba. Quería que hicierais las paces y quería que participarais en ese mausoleo que tanto le costó diseñar. Es vuestra decisión. Nunca más os pedirá nada ni podrá alterar vuestras agendas. Es su última voluntad y en vuestras manos está o no cumplirla. Él creía firmemente que si cumplíais con lo que

os pide encontraría la paz. Y ahora, si me lo permitís, me retiro. Podéis llamarme siempre que necesitéis algo.

Antes de salir, se detiene.

—Tenéis una suculenta cena preparada por Cassidy en el frigorífico. Es una excelente cocinera.

¿Quién puede pensar ahora en comer?

Florence reanuda el paso, pero se gira de nuevo para decirnos:

—En el jardín, en la zona de los sillones, encontraréis una fotografía en la que salís los tres. Murió allí, tranquilo, asistido por profesionales. Murió donde eligió y murió con vuestra fotografía en las manos. No me he atrevido a tocarla. Decidid vosotros dónde colocarla.

El sonido de la puerta nos deja abatidos. Madison se refugia en sus manos para dar rienda suelta a sus lágrimas y yo, yo me siento a su lado para consolarla, pero sé que solo estaré a su lado unos minutos. Necesito alejarme de ella.

31
Madison

El perro

Está a mi lado. No quiero pensar en su cercanía, ni en el momento en que ha frotado ligeramente mi espalda, porque si lo hago acabaré más desestabilizada de lo que ya estoy.

Me descubro el rostro, que he mantenido oculto con mis manos, más por intentar oscurecer la realidad, que por ocultar mis lágrimas.

Florence se ha marchado. Sus últimas palabras, el vídeo, la mención a la fotografía… Todo lo que hemos escuchado… Es una locura.

—¿Tenía un perro? —le pregunto rompiendo bruscamente el silencio con la mirada puesta en el acuario, concentrada en un pez de grandes dimensiones que parece que me esté mirando fijamente.

—Eso parece… —responde mientras se levanta del asiento. Como si hubiera interpretado que ya no necesito consuelo y puede alejarse de mí.

—Esto es muy raro… Asher tenía un perro… *Café* ha dicho que se llamaba.

Guarda silencio y yo continúo con mis divagaciones.

—Un perro… ¡Asher tenía un perro! ¡Un perro! —voy repitiendo alterada.

—¿Con todo lo que hemos escuchado, lo que más te preocupa es un perro? —me dice con tanto desprecio que siento que mis músculos se tensan y se convierten en piedra—. Es lo más importante, claro que sí, el perro…

—Pues sí —le digo abandonando mi asiento—. Claro que me preocupa que tenga un perro, y que esa mujer diga que es su novia… Eso es muy raro.

—¿Raro? ¿Acaso no has escuchado lo que él le dice en la grabación? Que quería pedirle matrimonio… —me suelta manteniendo su tono despectivo.

—Le dice que si hubiera vivido más tiempo le hubiera pedido matrimonio, no menciona que fuera su novia, no…

—Yo creo que lo deja bien claro…

—No tiene sentido que fuera su novia…

—¿Por qué? ¿Porque te parece fea, porque es antipática, porque…?

—Porque a Asher le gustaban los hombres. Sea guapa, fea, antipática o un amor de persona… es una mujer y a él no le gustaban las mujeres.

—¿Pero qué estupidez estás diciendo? ¿De dónde has sacado eso? ¿Te lo dijo él?

Como siempre, me he precipitado; noto cómo se me encoge el estómago al darme cuenta. Por suerte, mi impulsividad no ha hecho que le desvele más sobre ese tema.

—¿Ahora te quedas muda? —me insiste acercándose más a mí, como si quisiera intimidarme.

—No me lo dijo con las palabras exactas, pero sí me confesó que estaba enamorado de… un hombre, uno que… no le correspondía.

—¿Quién?

—¿Qué importa eso ahora?

—A mí me confesó exactamente lo mismo de una mujer.

—¿Quién? —se me ocurre preguntarle inocentemente, como si él me fuera a responder después de negarle yo una explicación.

—¿Qué importa eso? —me suelta sin sorprenderme, con una voz teatralizada.

Nos miramos con el ceño fruncido, tensos, como si en cualquier momento fuéramos a empezar una competición de artes marciales.

—No te creo —le suelto en un tono igual al que está empleando él.

—¿Es que ese tema te parece relevante… igual que el del perro? —Alza ligeramente la voz, como si no pudiera oírle y solo estamos a un par de metros de distancia.

—Relevante… Vaya, vaya, salió el letrado. Mis comentarios no son relevantes… —Hago una pausa—. Protesto, señoría. Mis comentarios son muy relevantes porque Asher es mi amigo desde tiempos ancestrales, porque nunca he perdido el contacto con él, porque éramos confidentes, porque hablaba con él todas las semanas desde que se mudó aquí y pasábamos horas al teléfono

poniéndonos al corriente de nuestras vidas. Y me parece muy raro que no mencionara que tuviera un perro, especialmente porque nunca le han gustado los animales. Y también es relevante que, en el caso de que esa mujer fuera su novia, que lo dudo, no me hablara de ella. Es relevante porque el Asher con el que yo hablaba estaba aislado y no trataba con nadie.

»Y también es relevante que me ocultara que estaba enfermo o que no me diera la oportunidad de despedirme de él. Ese Asher no encaja con el que yo conocía, mucho menos con el que me pide que deje mi vida durante más de un mes para encerrarme aquí contigo hasta que llegue la fecha de su próximo cumpleaños. Contigo nada menos, como si él no supiera lo «encantada» que iba a estar con la idea y el esfuerzo sobrehumano que eso podría suponer para mí por todo el cariño que te tengo. Eso es relevante en esta causa, letrado. ¿O sigue sin parecértelo?

—Si en algo puedo darte la razón es en la última parte de tu preciso discurso. Ni el perro, ni su novia, ni que nos ocultara su enfermedad me siguen pareciendo importantes, puedo encontrarle mil explicaciones, pero que me pida que pase un mes a tu lado, sí me hace pensar que estamos hablando de otro Asher que desconozco. Porque él sabía perfectamente que hace mucho tiempo que no quería escuchar ni siquiera tu nombre, y que la sola mención hacía que se me revolviera el estómago. Así que me parece una gran putada, y no era propio de él pedirme algo así. Eso sí es relevante, doctora, eso sí, el perro no.

Podemos cortar el aire que respiramos con un cuchillo, y hasta nos costaría por lo denso que es.

Ambos respiramos de forma agitada, como si hubiéramos estado haciendo ejercicio. Ambos nos miramos con el deseo de desintegrarnos, como si quisiéramos que saliera fuego de nuestra mirada y con ello pudiéramos reducir a cenizas al otro.

Se llama odio y me produce escalofríos.

Me doy la vuelta lentamente y salgo del salón. No sé dónde dirigirme, pero si algo tengo claro es que necesito perderle de vista,

y ya de paso intentar quitarme de la cabeza lo mucho que me han afectado sus palabras.

No entiendo a qué viene tanto odio. Fue él quien puso punto y final a nuestra relación. Fue él quien se liaba con otra mientras fingía estar feliz a mi lado.

Fue él quien me engañó.

32

Derek

No hay sofá

Hemos tardado más de una hora en volver a cruzarnos. Desde el último desencuentro, ambos nos hemos dedicado a deambular por la casa evitando cruzarnos el uno con el otro. Al menos, eso es lo que he hecho yo. Escuchaba sus pasos y cambiaba de dirección, o bien me escondía en alguna de las estancias.

Soy consciente de que necesito descansar, que tengo que desconectar mi mente para poder pensar con claridad mañana. Hoy soy incapaz: demasiada información, demasiadas emociones... y un largo viaje a las espaldas.

Me canso de dar vueltas y me dirijo al dormitorio para darme una buena ducha. No deshago la maleta, sino que selecciono solo lo que necesito para pasar la noche. Aún no sé qué narices voy a hacer ni cuándo me voy a marchar. Esa es una de las cosas que hoy no puedo pensar.

«El esfuerzo sobrehumano que tendría que hacer para convivir contigo», es lo que ha dicho la doctora. ¿Qué se cree? ¿Que yo me muero por estar a su lado?

Media hora después me cruzo con ella. Entra en el dormitorio. Lleva el cabello mojado y se ha cambiado de ropa. Debe haber utilizado el baño de la planta baja.

Observo el vestidor. Su maleta tampoco está deshecha, solo hay una de ellas abierta parcialmente.

Madison ha elegido ropa deportiva para acabar el día. Unos pantalones ajustados y una sudadera... ajustada también.

¡Qué dura es esta prueba! Si al menos no fuera tan guapa… Pero ¿qué estoy pensando? Como si eso importara.

—Alguien debería reservar en un hotel —me dice sonriendo con cinismo.

—Buena suerte —le digo.

—Yo no me voy a ir a un hotel ni tú tampoco, no insinuaba exactamente eso, pero… no hay sofás, y prefiero no preguntarme por qué en una casa de este tamaño, con tantas habitaciones, no hay ni un solo sofá…

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no te parece raro?

—¿También es relevante el sofá, Madison? Además del perro y la vida sexual de Asher, con toda la mierda que tenemos encima, ¿también te parece importante pensar en el sofá?

—¿Siempre razonas así? El sofá me interesa por la ausencia de camas, listillo. Y me parece muy raro que no haya; por eso creo que no es casual: debe formar parte del plan de Asher para que nos acerquemos, seamos los mejores amigos, cerremos heridas; que no sé de dónde se ha sacado, y nos conozcamos, que, según él, nunca llegamos a hacerlo.

—En eso estoy de acuerdo con él.

—¿En que no nos conocimos? —me pregunta, muy desafiante.

—En que hay viejas heridas, al menos por tu parte. De otro modo, te importaría tan poco como a mí la cama, el sofá y cualquier estupidez de ese tipo. La cama debe tener tres metros o más de ancho: podemos bailar dentro, hacer yoga y pasearnos por ella sin ni siquiera rozarnos.

—Las heridas las tendrás tú, abogado, que eres el que se ha mostrado hostil desde que nos hemos vuelto a ver, empezando por el día del juzgado. Yo no tengo heridas de ninguna clase.

—¿A eso llamas hostilidad? ¿A que un abogado te interrogue y se deje la vida en ello porque sabe que mientes y que proteges a una asesina?

—Yo no miento, letrado. Quizá eso es lo que quieres creer porque es el único recurso que tienes para ganar ese caso.

—Estábamos hablando de la cama, doctora…

—Bien, pues entonces te aclaro que para mí el problema de esa cama no es una cuestión de espacio, sino de no pasar la noche con el corazón encogido por el asco que me daría saber que estás a un metro de mí.

—Ignórame. Haz como yo —le digo, sonriéndole.

—Eso no me supone un problema, siempre que estés lejos.

—Estar lejos es precisamente lo que menos problema supone para mí.

—Esto es como una pesadilla…

—¿Y qué crees que es para mí, un retiro espiritual? Estoy asimilando la muerte de mi amigo, deberías hacer lo mismo.

—Que te jodan, Derek —dice mientras sale del dormitorio a toda prisa.

Cuando se marcha, me siento sin fuerzas. No sé si mi última frase ha sido muy acertada…

¡Maldita sea! ¿Qué clase de broma del destino esta?

No esperaba volver a encontrármela, mucho menos en estas circunstancias.

No entiendo que me odie tanto. Debería ser yo quien lo sintiera.

Me engañó.

Sus malditos celos lo estropearon todo.

Su desconfianza.

Sus actos a escondidas…

Su doble juego.

Y encima se marchó sin decirme ni una sola palabra.

33
Madison

La lista de los deseos

Mi estómago ha sufrido muchos golpes hoy, de todo tipo: se ha encogido, se ha revuelto, ha notado un impacto, me ha provocado náuseas… Menudo día lleva el pobre. No tengo mucha hambre, pero siento como si tuviera que alimentar a un *alien* que llevo dentro: no deja de rugir. Me está reclamando alimento.

Tal y como ha dicho Florence, hay varios platos de cena en el frigorífico, todos ellos colocados sobre unas preciosas bandejas de porcelana blanca, identificados con una etiqueta escrita a mano que describe su contenido. Los textos me llaman la atención, son… raros. «Macarrones con crema de quesos italianos. No muy digestivo para la noche». En letra más pequeña, una lista de los ingredientes que incorpora.

Sigo buscando y me encuentro con la siguiente bandeja: «Sopa cremosa de maíz y patata. Deliciosa, pero produce gases. Quedáis avisados».

Me echo a reír.

Sigo el recorrido de bandejas hasta llegar a la siguiente.

«Delicioso pescado del lago con crema de eneldo y zanahoria. No lo elijas si te mueres de hambre, no sacia».

«Tartaletas de hojaldre con mantequilla, queso, pollo y guisantes. Demasiadas calorías».

«Ensalada de pasta con ahumados y pepinillos dulces. Para días sin sexo».

Sigo riendo. No sé quién es la señora Cassidy, pero tiene mucho sentido del humor. ¡Es genial!

Me decanto por la ensalada y una porción pequeña de pescado. Tardo en servírmela debido a las dificultades para mover mi muñeca. No veo el momento de retirarme esta maldita férula, pero quedan al menos tres semanas…

Resignada, y algo agotada por el esfuerzo, me siento en la mesa de desayuno, junto a la isla de la cocina, y empiezo a comer con la

tenue luz de una lámpara de pie a mi lado. Los platos son deliciosos.

A mi lado, se encuentra el documento que ha dejado Florence a modo de resumen. Quiero leerlo con detenimiento.

Todavía sigo encontrando problemas para identificar la autoría de Asher en todo esto, pero debo reconocer que, en conjunto, conociéndole como le conocía, no debería sorprenderme. Aun así, me parece raro que preparara todo este *show* para después de su muerte.

Escucho pasos. La luz que hay sobre la isla cobra vida de una forma intensa que me ciega por un momento. Es él, ¿quién si no?

—¿Estás aquí? Tan oscura…

—Acorde con el día… ¿Podrías elegir otra luz?

Lo hace. Le cuesta un rato hacerlo, pero consigue iluminar la cocina con una luz más suave.

Se acerca a mí y observa todo el contenido que hay en la mesa.

—Tiene buena pinta.

Ha venido en son de paz. Qué bonito.

—En el frigorífico encontrarás la descripción más detallada que puedas imaginar —le explico con naturalidad.

—¿A qué te refieres? —me dice sin esperar respuesta.

Un minuto después, le oigo reír.

Ese sonido me transporta directamente al pasado, pero me esfuerzo por apartarlo de mi mente.

—Me hubiera decantado por la crema de maíz, pero… mejor cambio.

—Sí, a mí me ha pasado lo mismo. Solo me faltaba tener que lidiar con eso.

—Sería espantoso para alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Si mi memoria no falla, a menos que hayas cambiado mucho, eras una persona muy pudorosa.

—Eso ha cambiado.

Me mira como si le hubiera revelado que soy alcohólica. Puede que no se lo haya creído. Yo tampoco lo hubiera hecho. Es cierto que soy pudorosa. Peter siempre dice que mi personalidad tiene dos

extremos: impulsiva y sin freno, por un lado; invisible y reservada, por otro. Y tiene razón. Así soy yo.

Pensar en él me hace sonreír. Le he enviado varios mensajes para decirle que estoy bien. Por hoy se ha conformado, pero me ha pedido que le llame mañana a cualquier hora del día. Puede atenderme, aunque esté en el trabajo. Es ingeniero y trabaja en la sede de una empresa líder en sistemas de seguridad. De hecho, mi apartamento en Manhattan es, literalmente, un búnker contra ladrones.

Derek tarda en servirse la cena mientras yo finjo ignorar su presencia y estar concentrada en el documento. Vuelve con un plato con varias de las especialidades en porciones pequeñas y se sienta frente a mí.

—¿No te parece suficientemente grande la cocina? —le digo.

—Quiero comentar ese documento contigo. No vengo armado…

Me contengo y acepto. Ya no sé si, después de dos horas dando vueltas por la casa, hasta prefiero su compañía.

—Extrañas peticiones, ¿no crees? —me pregunta en un tono conciliador.

—No, nada de eso —le suelto—; no son extrañas, son «ligeramente retorcidas». Y antes de que no consideres relevante mi adjetivo te diré que…

—Es totalmente relevante —me interrumpe—. No te exaltes.

Me centro en el plato y me pregunto cómo va a acabar esto.

—Léelo, que no me acuerdo de todas —me pide, haciendo muecas de placer referidas a lo que come.

—Léelas tú.

—Llevas ventaja, ya has terminado de cenar. No te cuesta nada, creo que debemos comentarlo.

Abro la boca para protestar, pero el «por favor» que acaba de añadir me ablanda.

—Bañarnos desnudos en la piscina —leo con mucha tranquilidad —. Es soportable. No especifica que el baño sea juntos, así que podríamos hacer trampas.

—¿Crees que pretendía que fuera juntos y que no lo especificó por error?

—Creo que eso es lo que pretendía. Piensa en la cama, en el sofá…

—Buena observación. Sigue.

—Cena cada jueves en el restaurante de Wakefield.

—Eso sería soportable también. No es que cenar contigo me entusiasmara. Pero… si el pescado ese es tan bueno…

—Habría que ir en coche. Diez millas —le aclaro para que no sea tan entusiasta con la idea.

—Mientras condujera yo… ¿O ya has aprendido?

Sé que quiere provocarme, a pesar de su declaración de buenas intenciones, pero no tengo muchas ganas de empezar una batalla. De momento, voy a mantenerme calmada.

—Todavía no, sigo trabajando en ello.

—Entonces conduciría yo.

—Bien. Conducirías tú.

—Podría soportar diez millas a tu lado —me provoca de nuevo.

—Yo creo que serían solo seis, pero haría un esfuerzo.

—Bien. Entonces hay consenso.

—Lo hay.

—Sigue —me pide sonriendo de forma triunfal.

—Escribirnos una carta el uno al otro y leerla en voz alta…

—Ya… —dice bajando la mirada.

Este punto es delicado.

—Vayamos a otro punto —le sugiero incómoda como él.

—Sí, mejor. ¿Cuál es el siguiente?

—Habría que visitar la tumba del perro, de *Café*.

—No supone ningún problema, a menos que lo haya enterrado en Los Ángeles.

Sonrío por la ocurrencia.

—Y meter al perro en el mausoleo… —continúo apuntando.

—Eso no lo haríamos nosotros, pero tendríamos que asegurarnos de que quedara hecho.

—Eso mismo.

—¿Más?

—Un elemento para su mausoleo. Habría que hablar con el diseñador y encargárselo y… asegurarse de que queda incorporado al diseño actual.

—Bien. Eso solo sería cuestión de elegir el elemento. ¿Tienes idea de lo que elegirías tú?

—Sí —le digo asintiendo.

—¿Se puede contar?

—¿Te interesa?

—¿Por qué no?

—Desconozco qué clase de diseñador es, ni si es posible, pero me gustaría que, aunque solo fuera parecido, incluyera una jaula vacía o con un pájaro dentro, y la puerta abierta.

—¿Tiene relación con Asher?

—No, forma parte de la historia con mi vecina, ¿tiene que estar relacionado con Asher? Menudo despiste…

—Muy graciosa, doctora.

No sé qué me lleva a contárselo, pero se lo cuento, sin detalles, claro está.

—Una vez, Asher me regaló eso mismo. Simbolizaba una historia que para mí era importante.

—¿Qué historia?

Guardo silencio unos segundos mientras él me mira fijamente. No sé qué veo en sus ojos, pero el odio se ha tomado un descanso.

—Es la historia de un pájaro. Vivió tanto tiempo en una jaula que, cuando por fin abrieron la puerta, no voló: había olvidado cómo se hacía. O quizás, porque ya no creía merecer el cielo —susurro.

Seguimos manteniendo la mirada.

—La libertad… —susurra él también.

—Con muchos matices, pero esa es la idea.

—¿Qué significa exactamente?

—Protesto, señoría, demasiadas preguntas.

Sonríe.

—Dime al menos cuándo te lo regaló.

—Cuando tenía diecisiete años, durante nuestro último año de instituto. Es tu turno… ¿Qué elegirías? Y más vale que no me digas que no me importa o menciones la relevancia porque no respondo…

—No iba a hacerlo. Te adelantas… Vives envuelta en tensión, Madison, relájate.

—El detalle del mausoleo… —le recuerdo impaciente—. Te toca a ti.

—Una pieza del ajedrez. La reina. En color negro.

—¿Por qué?

—Me la regaló Asher una vez. Era un símbolo que reflejaba un momento de mi vida muy amargo. Quería que recordara cómo olvidarlo.

—¿Cuándo te la regaló? —le pregunto inocentemente temiendo que se refiera a mí.

—Cuando tenía diez años.

Se disipan mis dudas. ¿Por qué me decepciona?

No recuerdo que él me hablara de nada relacionado con un episodio de su vida a los diez años que le dejara un sabor amargo. Esa idea también me decepciona.

—¿Por qué una reina?

—Porque es la única pieza del ajedrez que puede moverse en todas direcciones. Es algo que me pidió que recordara siempre. Todos los caminos, sin límite.

—La libertad… —le digo utilizando sus mismas palabras.

—También con matices, doctora —me contesta.

Ambos nos miramos fijamente.

Sé que hoy no es el mejor día para pensar. Si lo hiciera, no estaría aquí, delante de Derek hablando de libertad, sintiendo decepción por no formar parte de esos recuerdos o por no conocer episodios importantes de su vida.

El aire se vuelve de nuevo denso. Y siento escalofríos.

Curiosamente, esa palabra ha sido la responsable de ello.

34

Derek

Tiene buen corazón

El ambiente se ha cargado y presumo de saber que ha sido por esas profundas confesiones que hemos compartido, y quizás por esa palabra, libertad, una que no encaja mucho entre nosotros.

Ambos nos levantamos y recogemos los restos de la cena en completo silencio; aunque ella lo rompe para emitir algún que otro quejido con la muñeca.

No sé por qué, pero me intereso por ello.

—¿Te caíste en la calle o también es mentira?

—Es verdad —me dice, algo seca.

—¿Está rota?

—Sí. ¿Te cuento los detalles?

Resoplo. Sé que su comentario está cargado de intenciones.

—No es necesario —le digo mostrando una media sonrisa.

—¿Seguro? ¿Te has roto algún hueso alguna vez?

—No — le contesto vocalizando mucho mi negación.

—Es fascinante conocer cómo el hueso se rompe… Emite un chasquido seco, como si partieras una rama, y luego se desplaza un poco bajo la piel, creando una especie de bulto…

—Ya no me afecta, Madison. Buen intento, pero hace mucho tiempo que superé mi aprensión. ¿Seguimos estudiando la lista o quieres seguir intentando torturarme con los detalles de tu fractura?

—Creo que la lista es una tortura peor —me confiesa sentándose suavemente.

Sonrío. Si contara las veces que lo he hecho esta noche, llegaría a la conclusión de que son demasiadas. Mejor no las cuento.

—No sé por qué te lo he preguntado, debería haber deducido que te caíste en… cualquier parte. ¿Una hormiga que se cruzó en tu camino?

—Eres gracioso, abogado.

—¿Hay algo más en la lista? —pregunto bruscamente para desviar el tema.

Me siento de nuevo, colocando los codos sobre la mesa, como si estuviera impaciente.

—El libro —me informa alzando las cejas—. Pero ese no se puede leer hasta pasado el plazo. La verdad… Así se llama.

—Te convendría leerlo, esa palabra parece que se te resiste.

—Puede que eso sea lo que tú crees, abogado. ¿Hablamos de «verdad» o seguimos con esto?

—No es el momento, tienes razón. Intuyo que habrá otros momentos para ello… —Hago una pequeña pausa, pero intervengo rápidamente antes de que ella pueda decir algo—. Ese libro no nos supone ninguna acción, al menos hasta el final. Se supone que lo tiene Florence y no nos lo entregaría hasta pasado el plazo de permanencia aquí.

—Exacto —pronuncia destensándose.

—Por cierto, ¿no te leíste sus libros? —le pregunto como si fuera una niña a la que estuvieran riñendo—. Eso dijo Asher.

—¿Te los leíste tú? —me pregunta, a la defensiva.

Ambos bajamos la cabeza. Creo que la conciencia, mezclada con algo de culpa, se acaba de instalar sobre la mesa.

—El primero me llevó tiempo… Ese de matarse en una trampa, pero lo acabé.

—La trampa de vivir sin querer matarte —le corrijo vocalizando mucho el título del libro.

—Ese mismo. El resto, no —me confiesa.

—¿No qué?

—No los terminé. Bueno… no los empecé ni siquiera.

—Menuda amiga estás hecha.

—Oye, listillo, a ti también te lo recriminó.

—No era mi tipo de lectura, listilla.

—Ni el mío —me suelta, negando con la cabeza.

—Esa primera novela era… algo espesa. Los personajes se escapaban a mi entendimiento. Los escenarios me resultaban… —Me detengo—. Joder, no podía. Me costó una vida terminarlo y cuando lo hablé con él y me pidió mis impresiones, no dejaba de corregirme. Me dijo que no había entendido nada.

Se echa a reír y el efecto para mí es hipnótico, pero intento apartarlo de mi mente.

—¿Te dijo lo mismo a ti? —le pregunto con curiosidad.

—Sí, me dijo que no había captado la esencia del mundo que representaban los personajes. No volví a intentarlo. Él me lo decía muchas veces. Pero… es que no entiendo por qué tuvo tanto éxito.

—Hay gustos de todos los tipos, doctora.

—Y, por último, aunque no aparece en la lista —añade con prisa por cambiar de tema—, está esa absurda idea de que heredaremos la casa y que no podemos venderla ni comprar la otra parte ni hacer nada con ella, excepto compartirla. Y si no la queremos, se prenderá fuego. ¿Es que no se le ocurrieron más destinos para la casa? O la compartís o le prendo fuego. Suena más a amenaza que a otra cosa… ¿Puede prenderle fuego?

—Él… lamentablemente, no.

—No sé abogado, pero me asusta lo absurdo que te has vuelto con los comentarios graciosos. Insultas mi inteligencia, esfuérzate más. ¿Se puede o no prender fuego?

—Debería repasar lo que me has preguntado y analizar también tu inteligencia, doctora…

—Tiene razón, es una pregunta tonta.

—Puede que se lo encargara a alguien, no hace falta pensar mucho para imaginar quién —le explico con calma—. Quien quiera que lo hiciera estaría cometiendo un delito. No conozco con detalle las leyes de Michigan, pero en cualquier estado prender fuego a una casa, incluso si es tuya, se considera un delito penal. Incendio premeditado.

—¿Aunque sea tuya? —Esta vez su mueca es infantil y… su efecto hace que me revuelva en el asiento.

—Sí —le digo sin mirarla, fingiendo consultar el documento—. El derecho de propiedad no incluye el de destrucción mediante fuego. Y menos si con eso afectas a servicios públicos o a la seguridad de la zona. En Nueva York serían mínimo diez años de prisión si lo haces con intención. Y en Michigan no creo que sean más suaves.

—Entiendo… Bien, se ha terminado la lista —me anuncia, resoplando—. No hay más peticiones por parte del señor Weston.

—El señor Weston también pide que nos llevemos bien —le recuerdo con una sonrisa cínica.

—Si se diera el caso de que estuviéramos dispuestos a cumplir con sus peticiones, creo que podríamos permitirnos un margen de error —me dice con una sonrisa forzada.

—¿Quién es Trevor? —Le sorprendo con un giro inesperado, provocando que se alce una de sus cejas—. Asher lo mencionó en su carta. Dijo algo de que le hubiera gustado saber si le enviaste el mensaje. ¿Lo hiciste?

Tarda en contestar. Es evidente que está estudiando qué decir.

—Lo hice.

—¿Por qué le preocupaba ese mensaje?

—Porque creía que estaba dejando de ser yo.

Iniciamos un juego de preguntas y respuestas que nunca van a ser aclaratorias de nada, pero parece que a ambos nos divierte.

Confirmado. Le contestó al tal Trevor, pero no sé la importancia del mensaje, ni quién coño es Trevor.

—¿Y tú? Asher también mencionó a una tal… no recuerdo el nombre.

—Delaney —le digo sin pensar. Que yo sí haya recordado el de ese hombre me hace sentir ridículo.

—¿Le pediste disculpas?

—Lo hice —le miento para seguir el juego.

—¿Qué le hiciste? ¿Te liaste con otra?

No puedo evitar echarme a reír. Ha debido de creer que era mi novia, lo que me hace pensar que el tal Trevor también lo es.

—No, doctora, yo no hago esas cosas… Olvidé regar sus macetas. Me lo pidió cuando se fue de viaje.

Le he echado imaginación, no puedo negarlo.

—¡Oh! Vaya. Eso es muy… intenso. ¿No le regaste las macetas? Qué crueldad la tuya.

—Fue un descuido.

—¿Se enfadó?

—Mucho.

—¿Te perdonó?

—Claro. Delaney tiene un gran corazón. Es que ahora me rodeo de gente con buen corazón, que aprecia la verdad y la justicia.

—Haces bien, letrado. Esa gente merece la pena.

—Te aseguro que sí.

Ahora el ambiente se ha vuelto a cargar. El aire solo podría cortarlo algo muy afilado y preciso. Es espeso.

—¿Qué le dijiste a Trevor en el mensaje?

—Que se acordara de algo… sin importancia.

—¿Se le había olvidado? ¿Trevor anda mal de memoria como tú?

Me mira durante unos segundos y se levanta.

—Creo que deberíamos retirarnos. Ha sido un largo día. Puede que mañana tengamos que retomar el tema de esa lista y de esta… jodida situación.

—Estoy de acuerdo.

Me adelanto y salgo de la cocina, pero me detiene su voz.

—Espera. ¿Dónde piensas dormir? —me pregunta visiblemente afectada.

—En la cama. En nuestra cama, doctora. La que nuestro amigo dispuso para nosotros con tanto cariño —le digo con un tono que hasta a mí me resulta repelente.

—Que la disfrutes, letrado. Antes que dormir contigo, prefiero dormir a la intemperie.

—Suerte con los sillones. El de la biblioteca parece el más mullido de todos.

Me meto en la cama.

Dos horas después sigo despierto, intentando pensar en cualquier cosa que no me altere y me permita conciliar el sueño, pero sé que no voy a conseguirlo.

Dos horas y media…

Esto promete ser una tortura.

Estoy a punto de levantarme cuando escucho unos pasos. La puerta se abre lentamente y la luz del pasillo permite que vea su silueta, pero desaparece rápidamente y todo vuelve a ser oscuro.

Escucho sus movimientos dentro del dormitorio, a pesar de lo sigilosos que son.

Madison se mete en la cama con mucho cuidado. No debe querer despertarme.

—¿Qué ha sido de tu orgullo, doctora? —le pregunto, aguantándome la risa.

—Buenas noches, capullo.

Me tapo la boca para no reírme y me llega su aroma.

Esto debería alterarme más, pero en pocos minutos consigo conciliar el sueño.

Se me olvida que Asher ha dormido aquí muchas veces. Se me olvida esta «jodida» situación que tan bien ha bautizado ella.

35
Madison

Qué guapo eres, joder

Escucho un ruido y me sobresalto. Consulto la hora en la pantalla de mi móvil: las ocho de la mañana. Me incorporo bruscamente, con el corazón acelerado. Necesito unos segundos para ubicarme. Está algo oscuro, pero la poca luz que se filtra por la ventana me permite orientarme.

Derek está a mi lado, sin respetar su metro y medio de cama. Ha debido cruzar la frontera unos veinte centímetros. Duerme profundamente.

Prefiero no pensar en el escenario que tengo delante; sería demasiado para alguien que acaba de despertar.

El ruido se escucha de nuevo. Es como si alguien hubiera cerrado una puerta bruscamente. Proviene de la planta baja, estoy segura.

—Alguien ha entrado —le susurro, tensa, aferrándome al borde del colchón.

—¿Es una pregunta o una afirmación? —murmura Derek con los ojos entrecerrados, sin moverse un milímetro.

—Joder, Derek —protesto en voz baja, dando un paso hacia la puerta—, ¿no lo escuchas? Hay alguien abajo. Son las ocho de la mañana.

—Debe ser Florence… ¿Las ocho? Estoy de vacaciones…

—Pues sigue, yo voy a comprobar qué pasa —le anuncio, decidida.

—Espera… Ya voy yo.

Pero no le escucho. Me incorporo, tanteo la sudadera del día anterior, me la echo por encima y bajo a toda prisa.

El sonido proviene de la cocina. Asomo la cabeza, avanzo con sigilo. Hay una mujer de espaldas, trasteando en el frigorífico.

Se gira al escucharme. Me encuentro con una mujer joven, vestida de forma llamativa, con una camiseta hecha jirones y unos vaqueros tan ajustados que exaltan su figura, aunque dudo que

permitan que la sangre circule con soltura. Su cabello es largo, de diferentes colores, y está trenzado hacia un lado.

—Tú debes ser Madison —me dice con una amplia sonrisa mientras se acerca y me tiende la mano.

Debe ser zurda, porque me ofrece la izquierda. Yo, sin pensar, se la estrecho con la misma.

Grito de dolor, olvidando que me quité la férula antes de meterme en la cama.

—Lo siento —me disculpo enseguida—. Es que tengo una fractura… Me he olvidado.

—Joder, qué susto —dice llevándose la mano al pecho.

—Llevo una férula y he bajado rápido al oír ruidos. No me la he puesto.

—No quería hacer ruido, lo siento.

—Tú debes ser…

—Cassidy, la cocinera. ¿No te dijeron que vendría?

Vaya, no se parece en nada a la persona que había imaginado cuando leí sus ingeniosos carteles en las bandejas de comida. Me imaginé a alguien más… mayor.

—No —respondo, frotándome aún la mano.

—¿Te duele?

—No te preocupes. ¿A qué has venido?

—Joder, a cocinar…

—Ya, pero… no creo que sea necesario. Supongo que eso lo hacías antes, cuando estaba Asher.

—¡No me jodas! ¿Qué quieres decir con eso?

—Que ahora es… diferente —le contesto, algo espantada por su reacción—. No sé si ahora hace falta que…

—¿Es que quieres dejar a la chica sin trabajo? —interviene una voz masculina a mi espalda.

Vaya, tenía que aparecer el abogado…

—Eso mismo… —dice Cassidy entusiasmada—. Tú debes ser Derek, ¿no?

—El mismo.

—¿Tú no tendrás jodida la mano también? —le suelta, tendiéndosela con brusquedad.

—No —responde él con una sonrisa, mirándome fugazmente—. Tú debes ser Cassidy, la cocinera. Debo felicitarte por lo que preparaste ayer y darte las gracias. Estaba exquisito.

—Gracias —responde sin soltarle la mano—. Nadie me había dicho que fueras tan guapo… ¡Guau!

—Vaya, gracias. Eres muy directa —dice Derek, divertido.

—Sí, pero no te preocupes, no me voy a lanzar sobre ti sin saber si tienes novia —añade riéndose.

Joder, no se corta.

—Eso no sería un problema, Cassidy —le digo con sarcasmo—. Para él es perfectamente compatible.

Él me fulmina con la mirada.

—Espero no haber metido la pata. Es que cuando veo a un tío tan guapo, no me puedo callar. ¿Tú y él no…?

—No —se adelanta Derek, molesto—. Ella y yo, nada.

—Ni lo sugieras, Cassidy —replico—. Nada de nada.

—Eso me dijo la niña, que erais solo amigos.

—¿La niña? —le pregunto intentando adivinar de quién habla.

—Florence. Yo la llamo así. ¿No os habéis fijado que tiene cara de niña?

—¿De niña? —pregunto, sorprendida. Es lo último que yo habría dicho.

—Madison, hay personas educadas que utilizan apelativos cariñosos. No como tú, que la llamaste fea —suelta el abogado, provocando la risa de Cassidy.

—¿De qué vas? —le increpo, molesta.

—Joder, aparte de ser guapo y estar para comerte, hablas bien —dice Cassidy sin ningún pudor mientras vuelve al frigorífico—. Ten cuidado conmigo, que cualquier día te asalto.

Derek se sonroja y Cassidy sigue a lo suyo. Yo la sigo y empiezo a trastear en la cafetera.

—Deja eso, lo estoy haciendo yo. Sentaos, yo me encargo del desayuno.

—No es necesario, Cassidy —protesto.

—Joder, es mi trabajo… Llevo un año preparando el desayuno, el almuerzo y la cena. Nadie me ha dicho que deje de hacerlo. Me

pagan para eso. La niña me ha dicho que todo igual, como siempre. ¿Preferencias? Me dijo que a ti te gustan los cereales, la fruta y el yogur —me dice, mirándome, antes de girarse hacia Derek—. Y a ti, los huevos, el queso y los frutos secos.

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunto, sorprendida.

—La niña, ya te lo he dicho.

¿Qué?

¿Cómo sabe esa mujer qué desayuno? ¿Asher le hablaba de esas cosas?

Miro a Derek, esperando encontrarme con una mirada de extrañeza, pero él se encoge de hombros y levanta las manos.

—Y café, Cassidy. Yo bebo mucho café. El resto es correcto —le dice el abogado.

—¿Y tú qué? —me mira con cara de pocos amigos.

—Cassidy, ya me ocuparé yo de mi desayuno. No creo que sea necesario.

—Pero… ¿por qué no la dejas hacer su trabajo? —interviene Derek—. Creo que ya te lo ha dejado claro.

—Su trabajo debía desempeñarlo con Asher, no con nosotros —protesto, harta de su estupidez.

—Si ella dice que tiene instrucciones de seguir haciendo lo mismo, así será. Estamos en la casa de Asher… Tú no decides, querida…

Será gilipollas…

—Joder, aparte de ser guapo y hablar bien, es buena persona… —lo defiende embobada la cocinera.

—Lo hace para facilitarte el terreno y que te lances pronto, Cassidy.

Ella me mira sorprendida, y Derek con fuego exterminador en los ojos.

—No le hagas caso, Cassidy, es que es muy celosa…

—¿Celosa? Pero ¿qué estás diciendo?

—Veo que hay buen rollito entre vosotros. Mejor, así no me aburro. Asher era buen tío, pero un poco raro y me costaba seguirle el ritmo. ¿Desayunas lo que te he dicho o no? —me pregunta con una sonrisa infantil que me hace gracia.

Hay algo en ella que me gusta. Tiene cara de buena persona.

Sencilla. Natural… Un poco directa para mi gusto…

—Sí, tomaré lo que has dicho.

—¿Café?

—Sí —le confirmo, sentándome en la mesa que está señalando.

—Yo no podría vivir sin él —le cuenta el abogado.

Esa afirmación inicia un debate entre ellos sobre los tipos de café… ¡No puedo escucharlos! No puedo dejar de pensar en la estupidez del letrado.

Nos acomodamos en la mesa. No esperaba este desayuno inesperado ni me siento en condiciones de empezar así el día. Suelo darme una ducha antes de desayunar, pero tendré que adaptarme a las circunstancias.

El abogado imbécil y yo esperamos mientras Cassidy tararea con desparpajo una canción. Canta fatal, pero es evidente que no tiene complejos.

Me levanto, aturdida, y me acerco a ella para ayudarle. No necesito que nadie me sirva el desayuno, no me siento cómoda.

Antes de que proteste, le digo:

—Me lo sirvo yo y así te ayudo. No te voy a quitar el trabajo, pero no estoy acostumbrada a que nadie me sirva el desayuno. ¿Vale?

—Joder, qué genio. A mí me encantaría que me sirvieran el desayuno todos los días. Derek… ¿Tú piensas igual?

—Yo estaré encantado, Cassidy. Pero si tengo que ayudarte… no tengo ningún problema.

—Este tío me gusta… Tú y yo nos vamos a entender bien. Pensaba que serías un tío estirado de esos que viven en la Gran Manzana, pero veo que no.

—No te creas las primeras impresiones, Cassidy —le digo mientras corto un plátano en pedazos.

—Vale, pero me daría igual. Yo solo hago mi trabajo. Como mucho, aspiraría a tirármelo alguna vez…

Me atraganto con el trozo de plátano que me he metido en la boca. Esta mujer cada vez se corta menos.

Derek alza las cejas y se echa a reír. Supongo que no se la toma en serio. O igual es que la idea le gusta… Cassidy tiene un aspecto algo estrafalario, pero es muy guapa.

Unos minutos después, estamos todos sentados frente a la mesa. La hemos convencido para que desayune con nosotros. O… más bien la ha convencido Derek. A mí, a pesar de habérselo propuesto, me ha ignorado.

—¿Cómo conociste a Asher? —le pregunto con calma. Espero que esta chica no me vea como una enemiga.

—Pues… —dice mientras con una mano se lleva a la boca una manzana y con la otra juega con la cucharilla de su taza de café—. Yo trabajaba en un restaurante de Bessemer, a unas seis millas de aquí. Es un restaurante selecto, de los buenos. Y Asher fue a cenar allí hace un año. Le gustó la comida y pidió que llamaran a la cocinera para felicitarla, y así fue. Cuando salí del restaurante, me estaba esperando fuera. Me dio miedo, pensaba que quería liarse conmigo, pero me preguntó si era feliz en mi trabajo y acabé contándole que estaba amargada y no me valoraban. «Trabaja para mí». Eso me dijo. Y a la oferta que me hizo no pude decirle que no. Un tío rarillo, a veces un poco ido. Parecía que vivía en otra galaxia por eso de los libros y… ya sabéis, pero un tío legal. Antes de morirse me dio el sueldo correspondiente a dos años. Estaba forrado. No hay más que ver esta casa, es la leche.

—¿Siempre estaba solo? ¿O su novia venía a verlo? —le pregunto mientras recibo la mirada fija de Derek.

—¿Su novia? ¿Te refieres a la niña?

—Ella nos dijo que era su novia.

—Sí, eso me dijo ella a mí también. Un día le dije a Asher que tenía muy mal gusto para las mujeres, pero no porque sea muy fea, ella no tiene la culpa, sino porque es insoportable.

—¿Y qué te dijo Asher?

—Se echó a reír y me dijo que la niña era especial.

—Entonces, ¿era su novia?

—Yo no creo que follaran, pero se hacían compañía.

El café sale espurreado de mi boca cuando la escucho decir eso con tanta convicción.

—Es que nos sorprendió que fuera su novia, Cassidy —le aclara Derek—. Nunca nos habló de ella.

—Bueno, es que tampoco es para presumir. Yo también me lo habría callado.

Nos echamos a reír mientras se levanta y se dedica a recoger los restos del desayuno.

Derek colabora en alguna tarea y anuncia su retirada.

—Cassidy, ha sido un placer conocerte. Gracias por todo. Espero seguir degustando tus platos.

—Joder, qué tío más completo —le dice riéndose.

Yo, que estoy a punto de despedirme también, aprovecho para preguntarle:

—¿Conociste bien a Asher o solo teníais una relación laboral?

—Puedo decir que era un amigo, aunque no tuve tiempo de conocerlo bien. Él me hizo sentir su amiga. Y ahora no está. Esa puta enfermedad se lo ha llevado, joder…

—Lo siento, Cassidy —le digo al ver cómo lucha torpemente por contener una lágrima—. Todos lo echamos de menos.

—Me habló de vosotros dos, del guapo y de ti. Ya sé que estuvisteis liados, antes solo he disimulado.

—Ya…

—Pero está claro que todavía estáis pillados el uno del otro…

—No, te equivocas. Hemos coincidido aquí por las circunstancias de la muerte de Asher, pero no mantenemos contacto. Hace mucho que eso ocurrió.

—No me engañas. Yo de eso entiendo mucho, y ahí hay fuego…

No voy a discutir con ella, así que me despido.

—Dijo que estabais condenados a estar juntos.

Me detengo bruscamente.

¿Qué coño significa eso?

—¿Eso dijo Asher? ¿Seguro que se refería a nosotros?

—Pues claro. Y tenía razón. Era rarito, pero el tío más listo que he conocido.

—Te equivocas, Cassidy.

—Si tú lo dices…

No quiero seguir discutiendo este tema, mucho menos con alguien a quien no conozco. Es más que evidente que esta chica no se corta y suelta las cosas según le vienen a la cabeza. Puede que se haya equivocado y él se lo dijera en otro contexto.

En cualquier caso, me sorprende que Asher le hablara a todo el mundo de nosotros. Si hasta saben lo que desayunamos…

Esto es tan raro.

Siento una tristeza enorme. No sé si por la mención de Asher, por lo perdida que estoy estando en esta casa, o porque esa frase me ha afectado.

Condenados a estar juntos…

¡Y una mierda! La única condena es tener que aguantarlo.

Cada vez se comporta de forma más estúpida.

Con esa idea, parece que me consuelo.

Pero yo sé cuándo me engaño a mí misma.

36

Derek

¿Qué te dicta?

—¿Qué vas a hacer? —me ha preguntado Brooke después de que le haya dado una versión completa de todo lo que ha ocurrido desde que llegué a Ironwood.

He omitido algunos detalles: que Madison y yo compartimos cama, o que nuestros enfrentamientos son constantes. Le he dado una versión más suave, diciendo que la convivencia es tensa y actuamos con frialdad, pero que estoy bien.

—No lo sé, Brooke —le he dicho contestándole a esa compleja pregunta—. Es complicado.

Yo me he hecho la misma pregunta durante toda la mañana. No he dejado de torturarme con ella desde que me despedí de Cassidy en la cocina, a primera hora.

Apenas me he cruzado con Madison. Hemos comido por separado. Ambos hemos dedicado gran parte del día a hablar por teléfono y a seguir paseando por la casa. Otro día sin sentido.

—¿Cuál es la peor parte? —me ha preguntado Brooke—. ¿Ese testamento extraño de Asher o la compañía de ella?

—Es el conjunto de todo —le he dicho, sin saber por dónde empezar—. Estoy confundido. Ahora estoy en su casa, intentando asimilar que este era su hogar, tratando con personas que no conozco y que formaban parte de su vida, enfrentándome a la idea de que Madison forma parte de esto y esforzándome por entender a Asher y analizar mi papel como amigo.

—Esas son muchas cosas, hermanito. ¿Por qué no lo simplificas todo?

—A ver, dime. Quiero escuchar esa versión simplificada a la que tú siempre lo reduces todo —le he pedido, deseando tenerla cerca para abrazarla.

Brooke es de las personas más positivas que conozco. Si tiene solución, ¿por qué preocuparse? Y si no la tiene, ¿por qué preocuparse? Ese es siempre su lema.

—Tómate unas vacaciones largas —me ha soltado—. De hecho, ya estás disfrutando de un descanso y puedes alargarlo. El tío Spencer está deseando que lo hagas y esta mañana me ha pedido que te convenciera.

—¿Has hablado con él esta mañana?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha llamado después de hablar contigo y me ha pedido que respalde su recomendación de que te tomes unas vacaciones. Me ha dado suficientes argumentos para que lo respalde sin dudar.

—¿Qué argumentos? —he insistido, intentando que soltara algo más.

—No pienso hablar de eso contigo.

—Brooke… He hablado con él, pero quiero saber qué te ha dicho. Es importante.

—Que estás agotado, que tienes que dedicarle un tiempo a la pérdida de Asher, que tienes un juicio importante dentro de un tiempo y debes estar descansado y fuerte… Y que cuando vuelvas tendrás el puesto; que promete no despedirte.

Me he echado a reír. Eran las mismas palabras que me ha dicho a mí.

—Pero él no conoce… —he intentado explicarle a Brooke.

—Que estás con Madison. Ya lo sé —me ha contestado con rotundidad.

No sé ni por qué he dudado de que ella entendiera la raíz de la cuestión.

—No puedo decirle la verdad, Brooke —le he confesado con pesar—. Ni siquiera le he contado nada de lo que te he relatado sobre la última voluntad de Asher.

—Lo sé, es que eso es difícil de entender. El caso es que él habla de que pases un mes alejado del despacho, y con eso te basta. Si no quieres darle explicaciones, lo entiendo. Esto pasará y quedará atrás, Derek. Y ella… No sé qué decirte. Sé que fue importante para ti.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Siempre he creído que te marcó.

—Eso es lo que tú crees. No es fácil estar con ella, pero porque acabamos mal y no tengo interés en tener buen rollo con ella.

—Haz lo que sientas que te dicta el corazón, Derek.

A pesar del apoyo de mi tío y de mi hermana, a pesar de los ánimos, no consigo ver las cosas con claridad; creía que hoy estaría mejor, pero cada minuto que pasa es más complicado.

Sé que lo necesito. Necesito hacer una pausa en mi vida. Si no es para estar aquí, sería para estar en cualquier parte, pero ahora que llevo un par de días alejado del despacho y que siento que estoy completamente desconectado de todo, me doy cuenta de la falta que me hace recuperar fuerzas. Ese ritmo en el que me había metido era muy poco saludable.

¿Qué me dicta el corazón?

Menuda pregunta. Ni siquiera sé si tiene sentido. Es la cabeza la que debe dictarme. El corazón… hace tiempo que dejó de decirme cosas.

Puede que se trate de eso.

Pero tengo que decidir qué voy a hacer y, curiosamente, necesito hablarlo con ella.

37
Madison

Mi lugar preferido

Peter y yo hemos hablado más de una hora, suficiente para resumirle todo lo ocurrido desde que he llegado. Ha alucinado mucho cuando le he resumido la carta de Asher, como era de esperar, pero me ha animado a tomar una decisión basándome en lo que siento y lo que necesito.

—Olvídate del trabajo, estás de baja laboral. Olvídate de tu apartamento, yo le iré echando un vistazo. Olvídate de todo y haz lo que necesites. Y respecto a Derek, seguro que encuentras el equilibrio para lidiar con él en todos los sentidos.

Pues no sé si va a ser posible. Lidiar con él nunca va a formar parte de un «equilibrio». Todo pesa demasiado entre él y yo. Y el juicio, solo se ha encargado de rematarlo todo.

He dedicado parte del día, desde el desayuno, a pasear, hablar con Peter, mi jefe, una compañera de trabajo y hasta con Helen, que me había enviado un mensaje para confirmarme la fecha del juicio: quince de junio. Le he preguntado por Austin y por Jenny. Del primero, me ha dicho que sigue igual. De la segunda, que está enclaustrada en casa de su madre, intentando recuperarse de todo lo ocurrido.

Todo lo ocurrido. Como si esa frase pudiera englobarlo todo.

Asher…

Le echo tanto de menos…

Con él podía hablar de lo ocurrido con Jenny, y de la vista… Con él todo era distinto.

Es curioso. Ahora necesito hablar con alguien que entienda lo que me ocurre con él, con esta encerrona que nos ha hecho a su amigo y a mí.

Me siento algo mareada de tanto pensar y me dirijo al jardín. Desde que Florence mencionó que murió aquí, he evitado salir. Tampoco me consta que Derek lo haya hecho, pero no estoy segura.

Decido salir y pasear por él de una vez por todas. He pensado visitar la piscina, pero con tal de no atravesar el jardín, me he conformado con verla desde la planta baja, donde se ve su contenido.

Recorro una parte del jardín con el corazón encogido hasta que localizo los sillones que mencionó Florence.

No puedo sentarme en ellos. No puedo ni imaginar que Asher estuvo ahí, despidiéndose de la vida…

Decido marcharme, no estoy preparada. Pero un objeto llama mi atención.

Ya no me acordaba. Es la foto que mencionó Florence.

Me acerco lentamente como si pudiera morderme y me adueño de ella. Está bocabajo y así la mantengo. No soy capaz de darle la vuelta.

Hace algo de frío y me la llevo conmigo al interior. Quiero verla, pero desde donde él murió.

Entro en la casa y me siento frente al acuario, mi lugar preferido, como el de él.

Y cuando estoy sentada y me aseguro de que estoy sola, le doy la vuelta.

La imagen de los tres aparece ante mi vista. Esa fotografía tiene seis años, hasta indica la fecha. Fue tomada frente a la facultad donde estudiaba Asher, justo en la zona de los jardines.

Nos la hizo un compañero de Asher. Celebrábamos que yo había llegado a Nueva York dispuesta a pasar unos meses y decidir si terminaba mi carrera en esa universidad o volvía a la mía de Pensilvania. Se trataba de un intercambio que conseguí con mucho trabajo.

Aún no había nada entre Derek y yo, pero ya me parecía el chico más guapo que había visto nunca.

Me abrazo a la foto, como debió hacer él y dejo que mis lágrimas corran por mis mejillas. No aguanto más.

Ojalá pudiera volver al instante en que tomó esta fotografía.

Cuántas decisiones cambiaría…

38

Derek

No sé si voy a ser capaz

Intuyo que Madison debe encontrarse en la parte alta del salón, en ese rincón que Asher consideraba especial. Y lo es sin duda. Entiendo que lo eligiera. Todo lo que hay en esa estancia es acogedor: la madera, las butacas, los jardines verticales, la iluminación… Es como entrar en una cálida cabaña para refugiarte del frío; solo que en vez de una chimenea hay un paraíso de peces tropicales rodeados de corales y elementos propios de las profundidades marinas que parecen observarte, algunos incluso sonreírte y darte la bienvenida.

Tal y como intuía, se encuentra ahí. Ha elegido la luz más tenue, la de las dos lámparas que se encuentran junto al acuario.

Está sentada en una de las butacas, en la misma que ocupó cuando escuchamos el contenido de la carta, como si desde ese momento hubiera considerado que esa es la suya para siempre.

Está inclinada hacia delante. Su cabello, excepcionalmente sin recoger, impide que vea su rostro, ni siquiera parte de él. Tiene los brazos cruzados, como si se estuviera abrazando a ella misma.

Dejo a un lado mis pasos silenciosos y provoco un ruido para que repare en mi presencia.

Lo hace.

Se incorpora ligeramente y menea la cabeza para que su larga melena vuelva a su espalda.

Me siento a su lado, en el sillón contiguo. Mantenemos un rato el silencio mirando fijamente el espectáculo marino. La luz del acuario es casi hipnótica.

Me fijo en un cofre que hay situado en el lecho del acuario, uno viejo y desgastado, que presume contener tesoros en su interior.

Siento un escalofrío, pero desaparece rápidamente, en cuanto la miro, en cuanto soy consciente de lo que debe estar pasando por su mente en este momento.

Asher vuelve a estar presente, y creo que esta vez es más fuerte que nunca.

Me giro hacia ella, harto de soportar este silencio, con la esperanza de que las palabras nos salven de esta tortura.

Se mueve. Le veo el rostro. Ha llorado.

De repente, aparece algo en sus manos, algo cuadrado… Algo a lo que estaba abrazada. Ahora lo entiendo… De ahí esa postura.

Me lo entrega lentamente. Conserva el calor de haber estado pegado a su cuerpo y me estremezco.

El impacto que siento al observarlo hace que me remueva en el asiento.

Ella me mira con sus ojos brillantes, sus enormes ojos avellana que una vez me volvieron loco.

—Murió abrazado a esa fotografía… —me dice con una voz cálida —. Me habría gustado ser yo la que estuviera en el lugar de la fotografía, poder decirle adiós, cogerle la mano, despedirme de él… Pero él lo quiso así. Se marchó abrazado a esa imagen, la de sus amigos, la de las personas que más quería.

Siento escalofríos de nuevo, incluso ganas de llorar.

—Me pidió que viniera a conocer su casa muchas veces, pero… ¿sabes qué? —continúa diciendo al tiempo que me mira y mira un punto perdido en el acuario—. Que ni siquiera me lo planteé. Hace unos días lo hice por primera vez, pero fue pensando en que algún día me tomaría unos días de descanso y buscaría relajación aquí: era solo una forma de pensar en mí después de unos días estresantes. Me pidió que viniera a celebrar su cumpleaños, pero me negué de todas las maneras cuando me dijo que quería que estuviéramos los tres. Al final, lo celebramos, pero no supe valorar que se desplazó hasta Nueva York para hacerlo y que lo celebró por separado, primero con uno y luego con otro. Y… si me hubiera llamado para decirme que estaba enfermo, que se moría, me hubiera subido al primer avión que hubiera encontrado para estar con él. No vine cuando me pidió que visitara su mundo feliz, pero habría venido para ver su final…

Su voz, sus palabras, esas con las que tanto me identifico, consiguen desarmarme.

—Fue el mejor amigo que se pueda tener —continúa diciendo mientras ahoga un suspiro—. Estuvo en momentos clave de mi vida, en los más dolorosos. Él… Cuando estábamos en el último año de instituto, podía optar a entrar en la universidad de forma presencial. Su mente privilegiada le permitía saltarse cursos. Cursó el primer año de carrera en Indianápolis, a distancia, alternándolo con el instituto. Un camino más largo que eligió para no dejarme sola. Eso me dijo. Podía haber ingresado en la universidad de forma presencial, pero alteró su camino para estar a mi lado. Porque en ese momento mi mundo se había hecho pedazos y él no quiso separarse de mí. Me regaló la jaula… Y hoy sigue teniendo un mensaje para mí.

Me preguntó de qué habla. Jamás antes había escuchado esa historia, ni por parte de Asher ni de ella cuando estuvimos juntos.

—Me ha dejado una lista de peticiones, lo que él llama última voluntad y… Está bien, puedo cumplirlas. Pero ¿tiene sentido? Él ya no está, ya nada de lo que haga puede hacerle feliz por mucho que él dejara escrito que sentiría paz… ¿Paz? Me parece de otro mundo todo lo que está pasando. Pero ¿qué hago? ¿Me voy? ¿O me dedico a cumplir su larga lista de deseos? No sé si voy a ser capaz de salir por esa puerta y cada vez que piense en él, que serán muchas, voy a sentir que le he fallado… otra vez.

Ahora siento que sus palabras me pertenecen; podría estar pronunciándolas yo. Me asusta el vínculo que se acaba de crear.

Sigo guardando silencio mientras la escucho y observo cómo se refleja el dolor en su rostro.

—Está bien, me quedo —dice con un tono de voz más seguro—. Eso es lo que pienso por momentos. Puedo bañarme en esa piscina, cenar en ese restaurante y ocuparme de su mausoleo. Puedo disfrutar esta preciosa casa y puedo permitírmelo sin poner en peligro mi carrera porque tengo una baja laboral por la fractura de la muñeca… ¡Puedo! Pero él no solo me pide eso, Derek —me dice mirándome fijamente, pronunciando mi nombre por primera vez en toda su confesión—, él me pide que conviva contigo, que seamos amigos, que olvidemos… que… Eso no sé si voy a ser capaz de

ofrecérselo; eso es una puta locura. ¿Sientes tú lo mismo? ¿Entiendes este maldito conflicto?

Me impactan esas palabras, no puedo negarlo. Todo lo que ha contado yo también lo siento, pero dirigirse a mí como el inconveniente principal de su compromiso con Asher…

Las lágrimas recorren su rostro y las aparta con el borde de su vestido. Este se encoge ligeramente para mostrarme unas preciosas piernas que ya conocía.

Es una auténtica locura, y hasta me hace sentir despreciable pensar ahora en sus piernas; pero ¿qué hago? Sigue fascinándome su físico, aunque lo que hay dentro de ella me repele de todas las maneras. Quizás ahora menos, porque lo que tiene que ver con Asher nos pertenece a los dos.

Es mi turno. Empiezo a hablar y ella me mira fijamente.

—Esto —digo moviendo la fotografía que me ha entregado— es lo único que me hace sentir que Asher perteneció a este lugar, que guarda relación con todo lo que nos rodea. Hasta ahora no he sido capaz de sentirlo. No hay nada aquí que me haga pensar que él está vinculado a este lugar… No hay ni un solo objeto personal, ni su ropa, ni un triste perfume… ¡Nada! —Hago una pausa—. Siento que estoy en un lugar extraño; no soy capaz de verlo por ninguna parte. Su casa… Esas personas desconocidas que al parecer eran sus amigas y que no tenía ni la más remota idea de que existieran… Siento como si habláramos de otra persona.

»Yo tampoco vine a visitarlo ni acepté esa celebración junto a ti; me parecía una auténtica barbaridad y así se lo hice saber. Y también habría perdido la vida en el camino para poder estar a su lado cuando se apagaba.

»Todos esos deseos me parecen propios de un juego de rol, y te juro que, no sé por qué, me parecen como un castigo, como si me impusiera una penitencia por no haber estado a la altura de nuestra amistad.

»Él estuvo conmigo aquella noche, aquella maldita noche que cambió mi vida, que la puso del revés… Aquella noche en Albany… Y me regaló una reina, una dama de ajedrez que siempre me recuerda que no hay ninguna dirección imposible; que nunca debo tomar el camino fácil, ni resignarme, ni dejar que me coma la vida.

»Puedo cumplir con sus peticiones, tengo unas vacaciones que mi jefe, mi tío, prácticamente me está obligando a hacer, y tengo también la conciencia de que las necesito. Pero necesito también creer que todo este esfuerzo tiene sentido, y no lo consigo. Quizás, si pienso que él, de la manera que sea, encuentra paz… me animo; pero es que tampoco lo tengo claro. Supongo que debo planteármelo desde dentro de mí, no pensando en lo que pueda llegarle a él. Debo pensar en mi lealtad, en lo que simboliza este lugar y encontrar la paz yo… Solo así le revotará a él...

No puedo seguir. Sus lágrimas me frenan de nuevo.

Me levanto y me arrodillo frente a ella. Le obligo a mirarme y se me encoge el corazón cuando veo que está destrozada.

Le cojo una mano y la obligo a levantarse tirando de ella. Y cuando está de pie, frente a mí, la abrazo.

Se deja abrazar.

Ahora sí que soy capaz de sentir que Asher ya no está ni estará.

39
Madison

Podemos llamarlo esperanza

Intento no pensar que sus brazos me están rodeando; que estoy atrapada en ellos; que no he hecho nada por escapar.

Al contrario, dejo que me consuelen en medio de toda la confusión y la tristeza que siento por el recuerdo de Asher.

Nos hemos desnudado por unos momentos. Hemos dejado a un lado la tensión y nos hemos abierto. Yo le he contado lo que supone estar aquí, pero sobre todo lo que supone estar con él. Él no lo ha hecho. Él no ha hablado de mí.

Supongo que debe pensar lo mismo que yo.

Me aparto lentamente de él sin atreverme a mirarlo.

—Tenemos que tomar una decisión —le susurro acercándome al acuario—. Una conjunta. No tiene sentido que tú te marches y yo me quede, o viceversa. Esa última voluntad, esa extraña aventura en la que nos pide que nos metamos… es cosa de los dos.

—Podemos llamar a esta aventura «Por él», y así, tenga sentido o no, sea fácil o no, quedará claro el objetivo.

—Por él… Me gusta. Es evidente que es así —me sincero.

—Por nosotros no es, está claro —me dice a mis espaldas.

—No existe un «nosotros», Derek, ni siquiera tengo claro que alguna vez esa palabra tuviera un significado entre nosotros.

—¿Nunca, Madison? Creo que una vez sí existió esa palabra.

No quiero ni puedo hablar de ello. Me esfuerzo en centrarme en Asher, pero cuando aparece algo relacionado con nuestra relación, se me eriza hasta el alma. ¿Cómo puede decirme eso después de estar liado con otra tía mientras estábamos juntos?

Quizás se refiera a mí y… a ellos. De esa ecuación también sale un «nosotros».

La tranquilidad me dura poco, pero tengo que contenerme. No quiero hablar de nuestro pasado, así que no voy a contestarle.

—Me pregunto si Asher era consciente de lo que nos pedía… —reflexiono, intentando cambiar de tema.

Tarda en contestar.

—Especialmente de lo que me pedía a mí.

—¿A ti? —le pregunto, dándome la vuelta y quedando de cara a él.

Está apoyado sobre un lado del sillón, con los brazos y las piernas cruzados, y su ceño está ligeramente fruncido.

—Sí, a mí. Todo esto representa un problema mayor para mí o… llámalo esfuerzo, si te suena mejor.

—¿Estás hablando de permanecer en la casa? ¿De pausar tu vida? ¿A ti te supone más esfuerzo?

—Mucho más, Madison.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque permanecer aquí contigo durante treinta y dos días —bueno, ahora, treinta— me influye profesionalmente. Antes o después tendré que volver y retomar lo que dejé y…

—Hablas del juicio… —le interrumpo—. Quizás deberías aparcar ese tema, ¿no crees?

—¿Aparcarlo? —me corta con una mueca seca, visiblemente alterado—. No, Madison, eso no puedo hacerlo.

—¿No puedes?

—¿Es que no te das cuenta?

—¿De qué? ¿De que no puedes apartar ese juicio ni siquiera para centrarnos en… lo de Asher? Es lo que hemos estado hablando, ¿recuerdas? Esto es de locos, cuesta encontrarle sentido, pero los dos somos incapaces de darle la espalda a nuestro amigo, aunque él ya no esté, y largarnos. Pero el objetivo es Asher y solo Asher. No mezcles nada más. Ni yo quiero estar contigo ni tú conmigo, pero se supone que hay un objetivo y se llama «Por él». Tú mismo lo has bautizado.

—Joder, Madison, no estás entendiendo nada. A ti este encierro puede afectarte a nivel personal o emocional… Pero a mí me puede hundir profesionalmente.

Se pone en pie, como si necesitara moverse para no explotar, y se pasa una mano por la nuca antes de mirarme otra vez y continuar:

—¿Quieres que te diga lo que supone esto para mí? Estoy aquí encerrado contigo, testigo principal de la defensa, mientras yo

represento a la familia del chico al que tu amiga dejó en coma. ¿Te parece una buena idea? ¿Te imaginas si alguien se entera?

Sus palabras me dejan desconcertada. Jamás habría pensado en ello.

—¿Qué pasaría? —le pregunto.

—Pueden acusarme de conflicto de intereses. De falta de imparcialidad. De comportamiento antiético. De violar el código deontológico. Incluso de intento de manipulación... Podría perder mi credibilidad, la confianza de mi bufete, especialmente la de mi tío, que lo es todo para mí.

Paseo por el salón, agobiada de escuchar sus palabras. No tengo respuesta para esto, maldita sea, pero su tono acusatorio me está sacando de quicio.

—Escúchame bien, letrado —le digo, volviendo a establecer la distancia inicial—. No tengo ningún interés en convencerte de que permanezcas aquí, más allá de que, me guste o no, formas parte de esto y el kit nos incluye a los dos. De hecho, ni siquiera tengo claro que yo me vaya a quedar. Pero si tanto te perjudica, lárgate. Nuestro amigo Asher entenderá que no es cuestión de echar por la borda tu preciosa carrera.

—Puede que me lo plantee seriamente.

—Haces bien, yo haría lo mismo. Pero si te sirve de algo, si el problema es que eso se filtre, puedes estar tranquilo. Estamos en Michigan, en medio de la nada, y te aseguro que no voy a hablar con nadie de esto.

—Pero ¿alguien sabrá que estás aquí?

—Solo mi hermano. Y te aseguro que él no va a contárselo a nadie, mucho menos si yo se lo pido.

—Pero podría pasar.

—¿Y yo tendría la culpa?

—Si tu hermano se va de la lengua donde no debe, seguramente sí. Puede que también sea amigo de tu querida amiga Jennifer.

—Peter no conoce a Jenny, deja de decir estupideces.

Esa información parece que le calma, pero a mí solo ha conseguido alterarme más.

—¿Por qué no te preocupas de tu entorno? ¿Nadie sabe que estás aquí?

—Solo mi hermana, y te aseguro que ella no va a contar nada.

—¿Y... tu tío? ¿No sabe dónde estás?

—Sí lo sabe, pero no con quién. En cualquier caso, él, precisamente, no me iba a delatar.

—Pero… ¿sabe a lo que has venido?

—Oficialmente estoy de vacaciones, aquí, intentando despedirme de mi amigo.

—¿Por qué no se lo has contado con más detalles?

—¿Contárselo con detalles? ¿Y qué esperabas que me dijera? Claro, sobrino, descansa, llora a tu amigo y jódete la carrera para siempre, esa por la que tanto has luchado y en la que tanto he intentado ayudarte. ¡Hazlo! El caso es que tu conciencia se quede tranquila. No importa si te entierras profesionalmente; lo que importa es que tu amigo descanse en paz. Y cuando vuelvas a Nueva York… empieza de cero. Convive con una testigo, no pasa nada.

Su ironía me enerva.

—Pero ¿de qué coño vas? ¿Qué culpa tengo yo? Yo no elegí formar parte de ese juicio.

—Pero sí elegiste mentir, callarte todo lo que sabías, proteger a tu amiga… Eso sí lo elegiste.

—Eso es lo que tú crees. Y no estamos hablando de mi declaración, eso ahora no importa, joder —le digo, subiendo el tono de voz.

—¿No importa? Si hubieras dicho la verdad, tu amiga probablemente se hubiera visto obligada a confesar. Tú eras la testigo principal. Podría haberse derrumbado y acabar confesando e intentando pactar conmigo. Puede que no hubiera juicio, que no fuera necesario y, de esa forma, Austin podría estar tranquilo y su familia también.

—Pero ¿por qué tienes que insistir con la puta verdad? Eso es lo que tú crees, lo que te interesa creer. ¿Qué coño sabes tú de lo que pasó o no pasó ese día en el apartamento? Yo sé lo que vi y lo que escuché, y ya lo he contado.

—Me cuesta creerlo, pero no has contado todo lo que sabes de ella. No has querido mojarte hablando de sus celos. Hasta Finn nos lo contó y te situó en varias escenas de celos. Hasta tuviste que intervenir y llevártela del lugar. Y tampoco quisiste hablar de Stella Keller, y está claro que tú sabes qué importancia tiene hablar de ella, de lo que sabes. Te pregunté, tuviste oportunidad de hablar, pero no te acordabas, solo te sonaba… Y el día de los hechos, no viste nada; solo estabas pendiente de Austin.

—¿Siempre te tomas los casos como algo personal? Se supone que este caso, independientemente de que a todos nos afecte la vida de Austin, para ti es un caso más.

—¿A todos nos afecta la vida de Austin? A sus padres mucho más, Madison. Ellos saben cómo era tu amiga con él, y tú también. Austin se había alejado de ellos, se había derrumbado hablándole a sus padres de sus celos. ¿No te lo contó la abogada? Austin quería dejarla. ¿Eran una pareja idílica, Madison? ¿Austin está en coma porque su novia intentó abrazarlo? No, Austin está en coma porque un día fue a visitar a su novia a su apartamento y le golpeó hasta dejarlo inconsciente. Y la única persona que podía ayudarlo, que podía esclarecer lo que pasó o aportar detalles, estaba tan concentrada en que se recuperara que no vio ni escuchó nada más. Esa persona podría ayudarle, pero ha optado por proteger a su amiga.

—Ya basta, Derek, ya basta de pasarme a mí toda esa mierda.

—Austin ha trabajado en el bufete muchas veces. Era un miembro más. Todos le teníamos cariño. No vamos a recibir ni un solo dólar por representarlo, y te aseguro que es un caso muy costoso. Y lo vamos a hacer gratis porque su familia no tiene recursos, pero sí tiene a un bufete que le quiere y está dispuesto a dar la cara por él. Era un buen chico…

Me quedo callada, con el corazón a punto de salírseme del pecho. No esperaba esa confesión.

—¿Por qué dices «era»? ¿Acaso…?

—No. Sigue postrado en esa cama. No ha muerto, pero la esperanza de que salga de esta es muy pequeña. Seguro que tú, como médico, lo sabes bien.

—No quiero hablar de esto contigo. Deja ese tema del juicio aparte. Deja de acusarme porque no sabes nada de mí. No me conoces, no sabes nada de mi vida. Deja de señalarme y pasarme a mí toda la responsabilidad como si fuera yo la que lo golpeé. No conozco a Stella y, si tanto tiene que contar Finn, siéntalo en el banquillo. A mí déjame en paz. Quédate o lárgate, es tu puta decisión.

—Me cuesta compartir esta casa con alguien que tiene esos valores.

—Pues olvídate de mis valores. Olvídate de ellos. Solo tienes que preocuparte de que cumplamos con lo que Asher nos pidió, nada más. Está claro que no vamos a ser amigos, ni olvidar nada de nada. Esté donde esté, entenderá que no podemos hacerlo, pero sí podemos hacer lo demás, así que igual le compensa. Cuando acabemos, renunciamos a la casa y que hagan con ella lo que quieran. No eres el único al que le jode compartir casa, abogado. Yo no te quiero en mi vida, eres pasado, pero reconozco que, cuando estás delante, me resulta difícil olvidar cuánto te odié y cuánto daño me hiciste. Toma tu decisión y házmela saber. Y del puto juicio no se habla más.

Salgo del salón a toda prisa. Ni siquiera tengo una habitación donde refugiarme. Pero puedo optar por hacerlo en cualquier otra parte.

Me encierro en la biblioteca y doy rienda suelta a todo lo que siento. Lloro y lloro.

No puedo parar. Esto ya es demasiado para mí.

Ese maldito juicio.

Esta maldita decisión.

Esa maldita Jenny.

Y ese maldito abogado.

40

Derek

Correré el riesgo

Son las siete de la mañana. Aunque llevo despierto un buen rato, no estaba preparado para escuchar la voz de Madison a pleno pulmón. ¡Menudo susto me ha dado!

—Pero ¿de qué va esta tía? —dice muy alterada.

Intento entender qué está pasando, pero solo consigo observarla mientras se incorpora bruscamente y se sienta en el borde de la cama. Me está dando la espalda y yo, aparte de intentar controlar el ritmo cardiaco provocado por el sobresalto, no puedo apartar la mirada de la parte baja de su espalda: donde aparece una pista de cómo debe ser su lencería.

¡Joder, menuda manera de empezar el día!

—¿Qué ocurre? —le pregunto con desgana.

—Tu amiga viene a visitarnos.

—¿Qué amiga?

—La niña, la fea, la antipática… Elige.

—¿A estas horas?

—Eso, dice el mensaje.

Se dedica a buscar su ropa por la habitación mientras yo la observo sin intenciones de moverme. Esa camisa de dormir se ha movido muchas veces, mostrando sus largas piernas. Esto supone un problema. Mi cuerpo ha reaccionado rápido y ahora tengo que lidiar con ello. ¡Joder!

—¡Venga! Levántate. Ni sueñes que la voy a recibir yo sola. Si no quieres que le salte a la yugular en cuanto me saque de quicio, ya puedes vestirte y bajar conmigo. Su futuro está en tus manos…

—¡Qué agresiva te has levantado! Claro que, con esas compañías que tienes…—le suelto esperando su reacción.

Es una clara provocación, pero lo prefiero a la disputa que tuvimos anoche, a pesar de que fui yo el que impuso el tema.

Para que no vea señales de que quiero una guerra en toda regla, le sonrío. Me mira como si le hubiera escupido.

—Sencillamente, eres un gilipollas —me vomita antes de entrar en el vestidor.

Sonrío y agradezco que se haya marchado. Una ducha con agua fresca no me iría mal; pero no tengo tiempo. Me coloco los pantalones, por suerte son unos chinos holgados.

Entro tras ella en el amplio vestidor en busca de alguna camisa que esté en condiciones. Aún no he deshecho la maleta. Aunque en el vestidor se podría esconder un equipo entero de baloncesto, la veo nada más entrar, sentada en un rincón. Solo lleva la ropa interior, una que me parece una tortura para, ya de por sí, mi cuerpo alterado.

—¿No puedes esperar? —me dice alzando los brazos para que su jersey se deslice fácilmente.

Se levanta y me mira dispuesta a librar una batalla. El jersey no le cubre mucho cuerpo, solo parte del abdomen, y sus bragas, unas muy pequeñas, de color azul intenso, me lanzan señales equivocadas. No a mí, a mi cuerpo, que se empeña en dejarme en evidencia.

Madison posa su mirada entre mis piernas y yo simplemente me rindo. El mejor ataque, a veces, es una sonrisa cínica. Y eso es lo que le regalo. Por suerte, desiste de hacer comentarios. Le estaré eternamente agradecido.

—¿Quién hace visitas a las siete de la mañana? —pregunto mientras rebusco en mi desordenada maleta.

—Tu amiga la encantadora.

—¿Qué te ha dicho?

—Solo que venía de camino, que quería hablar con nosotros. Ella no pregunta, solo informa. ¿Se creerá que estamos muy ocupados y por eso viene a estas horas?

—Deja de quejarte y date prisa —le digo creyendo que me va a soltar alguna de las suyas, pero me equivoco. Termina de atarse las zapatillas de deporte y se levanta de un salto.

—Qué pena da tu maleta… —me dice pasando altiva a mi lado—. Como su dueño…

Me abstengo de contestarle. Es increíble que me hable de mi maleta cuando una de las suyas sigue cerrada y la otra muestra todo

revuelto. Pero algo de razón tiene. Ya va siendo hora de que la deshaga…

Me entretengo en refrescarme un poco en el baño y bajo a toda prisa.

La encuentro en la cocina. Se está preparando un café. La observo. En cuanto termina, me indica que tengo vía libre y ocupo su puesto frente a la cafetera. Claro que, más que una cafetera, parece un robot de esos que fabrican automóviles.

Silencio.

Por suerte, el timbre de la puerta nos libra de esta incómoda situación. Ambos nos dirigimos a la salida, pero ella se adelanta.

—¿Estás ansiosa por verla? —le pregunto divirtiéndome.

No me contesta, solo me fulmina con la mirada.

La figura de Florence aparece ante nosotros. Exactamente igual que la vez anterior: inexpresiva. Luce uno de esos vestidos oscuros propios de una anciana. El borde del cuello está adornado con un bordado blanco muy antiguo y de su hombro cuelga una bolsa de tela que aprieta contra su cuerpo como si llevara un tesoro dentro.

—Buenos días —dice dando un paso para que Madison retroceda.

Esta la deja pasar y, cuando está de espaldas, hace una mueca de desprecio, como una niña.

Florence se dirige al salón y, como si fuera un soldado, se detiene en el centro, y da media vuelta.

—He esperado un tiempo que considero prudencial para que toméis una decisión respecto a la petición que Asher os hacía en su carta. En vista de que no me habéis comunicado nada, he venido en busca de la respuesta.

—¿Teníamos un plazo? —pregunta Madison, molesta y provocativa.

—No quise establecer un plazo, pero me gustaría saber si habéis decidido quedaros o no.

—Pues cuando lo sepamos…

—Florence —la interrumpo—, Madison y yo hemos estado hablando y hemos decidido quedarnos. ¿Verdad, amiga?

Sé que me la estoy jugando y que puede saltar en cualquier momento, pero confío en que me siga la corriente. Me acerco a ella y le paso una mano por la espalda hasta dejarla apoyada en su hombro. Está rígida como un palo y evita mirarme. Se toma un tiempo en contestar. Florence la está mirando y ella está concentrada en un punto del suelo.

—Sí, eso hemos decidido —dice con una voz calmada, muy distinta a la que ha empleado hasta el momento.

—Me alegra mucho que sea así. Asher es lo que esperaba, lo que deseaba con todas sus fuerzas. Solo unos buenos amigos podrían hacer ese esfuerzo para complacerlo, a pesar de no encontrarse entre nosotros.

Ninguno de los dos hablamos y Florence parece incómoda al ver que la observamos fijamente.

—Ahora que conozco vuestra decisión, podré disponer la continuidad de Cassidy. ¿Os han gustado sus platos?

—Sí, mucho —dice Madison deshaciéndose de mi abrazo con discreción—. No es necesario que ella venga todos los días, ni tampoco a prepararnos el desayuno. ¿No crees? —Me mira.

Me encojo de hombros. Es que no sé qué decir, la verdad.

—Mientras permanezcáis en la casa, Cassidy realizará sus labores de cocinera. Así lo dispuso Asher y así debe hacerse. También incluye la limpieza, que vendrán dos veces por semana un equipo de tres personas; el jardinero: una vez a la semana; el responsable del acuario: dos veces; el de la piscina; una vez.

—Cuánta intimidad va a haber en esta casa —protesta, cómo no —. Pásame una lista de los días que vienen todas esas personas.

Florence asiente con la cabeza.

—Está bien, pues queda aclarado —digo como si tuviera prisa.

Madison no se pronuncia y eso me resulta extraño.

—La apertura del testamento será en breve. Os informaré.

—¿Qué? —pregunto sorprendido.

—Como os dije —dice suspirando, como si estuviera molesta por tener que repetirlo. Qué poquito se esfuerza en ser un poco agradable—. Asher os ha hecho beneficiarios de esta casa. También os dije que había unas cláusulas sobre la herencia. Todo ello lo

veréis reflejado en el testamento. Hasta ahora solo tenéis conocimiento de ello a través de la carta. Supongo que entendéis que debe oficializarse por vía administrativa…

—Hasta ahí somos capaces de llegar… —le dice furiosa.

—De acuerdo, ya nos avisarás, Florence —le digo intentando poner paz.

—Una pregunta —dice Madison—. ¿Qué quisiste decir con aquello de que la casa se podría quemar?

—No hablemos de eso ahora…

—Sí, lo hablamos ahora —le exige cruzándose de brazos.

Permanezco callado. Deduzco que se va a abrir un diálogo entre ellas de lo más interesante. Preferiría que Madison se mantuviera callada, pero eso va a ser imposible.

—Os he venido a hablar del testamento.

—Y yo quiero hablar de lo otro.

—Madison, no debes preocuparte de eso ahora.

Como era de esperar, Madison intenta enfrentarse a ella, pero le hago un gesto lo suficientemente sutil para que Florence no lo perciba, pero lo bastante claro como para que desista de discutir sobre ese tema. Asiente con la cabeza. Parece que lo ha entendido.

—¿Dónde podemos comprar una cama?

Esto nunca se acaba.

—¿No es de vuestro agrado?

—Es por si viene una visita —le aclara Madison con un tono algo teatral.

—No se permiten las visitas.

¡Oh! No. La cara de Madison no admite la respuesta.

—¿Quién no lo permite?

—Yo me limito a cumplir las indicaciones de Asher.

—No recuerdo que en la carta lo mencionara.

—Entonces me veo obligada a informarte yo.

—Vendrá una visita.

—No puede venir nadie de fuera. Debéis cumplir con los deseos de Asher.

—¿Y cómo me lo vas a impedir?

—Vale, está bien. Intentaremos respetarlo, Florence.

Miro a Madison algo desesperado. ¿Es que espera una visita?

—Y… ya que estás aquí, te agradecería que nos indicases cómo contactar con el diseñador del mausoleo, dónde se encuentra la tumba del perro y también la de Asher. Supongo que, en el cementerio, pero… quisiera confirmarlo todo. Y… también quisiera saber si el restaurante de los jueves requiere reserva o no.

—Aquí tenéis toda la información. Me he adelantado.

Me entrega un dossier con dos hojas en su interior.

—Espero que disfrutéis de vuestra estancia. Si tenéis alguna duda o necesitáis más información, no dudéis en pedírmela. Estoy aquí para contribuir en que os resulte más fácil cumplir con los deseos de Asher.

Sin esperar respuesta, sale del salón y se dirige a la salida a paso de militar.

—Cumplir con los deseos de Asher… —repite Madison con un tono de burla en cuanto desaparece.

—Es su papel, o su trabajo, o como quieras llamarlo.

—¿A qué venía el numerito de pacificador?

—Madison, sé que te cae mal, a mí también, pero es mejor que tengamos un mínimo y cordial trato con ella. No merece la pena discutir, lo único que consigues es que nos tengamos que tragar sus comentarios metálicos y secos.

—¿Quién es ella para decir que no pueden venir visitas?

—¿A quién esperas?

—A nadie.

—Entonces ¿para qué discutes?

—No es lo que pretendo, pero me saca de quicio esa actitud. Esa tía es rara y no me gusta, eso es todo. Si al menos se esforzara un poco en que el trato fuera más fácil, pero parece el ama de llaves de una película de terror. Esa que acaba asesinándolos a todos y descuartizándolos para darse luego un festín.

—¿Ese tipo de películas ves?

—Joder, Derek. Hoy pareces un angelito bajado del cielo, pero no hace falta que sigas con ese papel conciliador. Esto es una mierda y tratar con esa tía es peor todavía.

—A mí me gusta tan poco como a ti, pero cuanto menos sepa de nosotros, menos información le demos y menos nos pronunciemos, mejor. Estoy de acuerdo en que asusta, pero lo mejor es mantener la distancia y pasar de ella. No discutas. Es desagradable escucharla, y cuanto menos le pidamos que se pronuncie, mejor.

—¿Cuándo has decidido quedarte? ¿Por qué no me has preguntado antes de hablar con ella por mí?

—Decidí quedarme en el mismo momento que decidiste tú hacerlo. Fue al unísono, y fue ayer. Justo en el momento en que nos dimos cuenta de que no éramos capaces de salir por la puerta y olvidarnos de lo que nos había pedido él, por extraño que sea.

—Ya… Pero… tú tenías un conflicto de intereses…

—No he dicho que no los siga teniendo, pero he decidido quedarme.

—¿A pesar de tu riesgo profesional y a pesar de la compañía de alguien sin valores?

—A pesar de eso.

Asiente y se dispone a salir del salón.

—Madison… La decisión está tomada. A partir de ahora deberíamos intentar que esto sea lo menos desagradable posible. Son treinta días los que nos quedan si queremos cumplir con sus deseos y llegar a la fecha de su cumpleaños. Treinta días discutiendo, por ganas que tengamos, van a ser una gran tortura. Propongo que intentemos tener un trato correcto y centrarnos en… lo que se supone que tenemos que hacer. Y cuando todo termine, nos perderemos de vista y se acabará el problema. Espero que no me afecte profesionalmente y que no se filtre. En eso te pido ayuda… por favor.

—Me va a resultar complicado contenerme y no llamar a la prensa para que lo publiquen en primera página. Haré un esfuerzo… pero no prometo nada.

—Si se entera la abogada de tu amiga, estoy acabado.

—No deberías correr tantos riesgos. Ahora que puedes, deberías marcharte. Si alguien se entera, siempre podrás decir que, por casualidades de la vida, hemos coincidido en un funeral de un amigo

en común. Pero si te quedas un mes, va a ser complicado justificarlo. Eso, suena fatal.

—Correré el riesgo —le digo con sequedad—. Espero que no le digas nada a nadie.

—¿De verdad crees que lo voy a contar? A pesar de no tener valores, de ser amiga de una agresora, de no tener memoria y de mentir en un tribunal estando bajo juramento, no voy a contárselo a nadie. Pero no te hagas muchas ilusiones, no es que ahora me haya convertido en mejor persona, es que a mí tampoco me interesa. Lo creas o no, yo también tengo un trabajo que me ha costado once años de carrera. Y te aseguro que no me beneficia en nada, absolutamente en nada, salir en una portada de revista acusándome de… lo que sea que me acusen.

Silencio.

Uno que me confunde, uno que me consuela.

A pesar de todo lo absurdo que es esto, sé que ella no me delatará. Y no es que tenga motivos para creerlo. Me falló en el pasado, me engañó y me hizo añicos, pero… así lo siento.

Una incongruencia más para esta historia.

Como poner en riesgo mi carrera y quedarme aquí con ella.

41
Madison

En orden

El vestidor ha dejado de ser un espacio funcional para convertirse en una auténtica obra de arte. Todo está perfectamente ordenado: la ropa cuelga impecable en las perchas, y cada prenda doblada reposa con precisión milimétrica en las estanterías. A un lado, todo lo que pertenece a Derek; al otro, lo mío.

Ayer, tras la visita de Florence, llegó un equipo de limpieza. Era más numeroso de lo habitual, según nos explicó Cassidy, y se encargó de dejar la casa reluciente, a pesar de que ya lo estaba. También atendieron nuestras maletas: lavaron, plancharon y colgaron cada prenda como si formara parte de una exposición.

Me sentí algo inútil, la verdad. En los dos días que llevaba aquí, no había sido capaz de ocuparme de mi equipaje. Pero esas maletas sin deshacer simbolizaban algo más: «el me quedo o el me voy»

Lo que sigo sin entender es por qué el equipo de limpieza tenía esas instrucciones. ¿Cómo supo Florence, que fue quien les dio las órdenes, que mi maleta y la del letrado estaban hechas un desastre, revueltas y casi sin abrir en un rincón del vestidor?

El letrado no tiene una respuesta clara, ni le parece un asunto relevante. Dice que Florence lo intuyó y les pidió que lo comprobaran, pero no me convence. Yo no estaba cuando tomaron la decisión; fue él quien les dio el visto bueno, aunque ya tenían instrucciones previas.

Supongo que no es importante. Debería estar agradecida de tenerlo todo impecable y bien colocado. Incluso mis objetos de higiene y maquillaje están perfectamente ordenados en uno de los armarios del baño, destinado exclusivamente a mí; Derek tiene el suyo propio, justo al lado. Sí, debería estar agradecida por esas atenciones. Ojalá pudiera disfrutarlas en mi apartamento de Manhattan. Pero me enerva que esa mujer actúe siempre con esa altivez y no consulte antes. Y… tampoco que es me guste mucho que remuevan mis cosas personales.

Ahora estoy deambulando por las «calles» del vestidor, es como una ciudad, intentando elegir la ropa que quiero lucir hoy.

Por fin voy a salir de esta casa. Es un lugar precioso, lleno de rincones acogedores y comodidades, pero he pasado demasiadas horas encerrada entre sus paredes. La tensión me ha impedido disfrutarlo. No ha sido hasta hoy cuando he sentido, por primera vez, que este será el lugar donde voy a permanecer durante un mes.

Desde que llegué, me he enfrentado a miles de dardos emocionales que me debilitaban de todas las maneras posibles: el pasado, la muerte de Asher, su carta, Derek dispuesto a atacarme constantemente con el juicio…

Pero ahora es distinto. Yo me siento distinta. Y, al parecer, él también.

Ayer apenas nos cruzamos. Solo llegué a oír su voz, sin entender lo que decía, mientras hablaba constantemente por teléfono desde la biblioteca o el despacho de Asher. Hasta recuerdo haberle escuchado nombrar a Spencer… su tío. Supongo que tenía muchos temas que tratar después de haber decidido quedarse aquí.

Puede que también tuviera que avisar a la tal Delaney… ¿Será su novia?

¿Qué más me da a mí? Como si eso fuera importante.

Eso es lo que me digo para convencerme de que no me importa en absoluto, pero…

¡Mierda! No quiero pensar en eso. Veamos… ¿Qué estaba pensando antes de tener esas estúpidas ideas? ¡Ah! Ahora lo recuerdo. Estaba pensando en las horas que pasó al teléfono…

Yo, por el contrario, solo hablé con Peter y con mi jefe. A este último le contesté a un mensaje que me envió interesándose por mi estado y aproveché para comentarle que estaba de vacaciones en la casa de una amiga fuera del estado. Recibí aplausos. Una ristra interminable de emoticonos de todos los colores. De Peter, recibí lo de siempre: comprensión, apoyo y preocupación.

Le hablé de mis circunstancias con el abogado y también de los riesgos que, según él, estaba corriendo por convivir conmigo. Era mi forma de pedirle discreción, pero no hizo falta. Peter me aseguró que no hablaba con nadie de ese asunto, ni siquiera con Lauren. Y si

se le hubiera cruzado por la mente, se alegraba de estar avisado. Le expliqué la importancia del tema, no por el abogado, sino por la repercusión que tendría en mí de forma directa e indirecta. Esas palabras bastaron para que entendiera la magnitud del asunto.

También bromeamos. Especialmente porque le hablé de Florence y conseguí hacerlo reír. Una vez más, se lo conté todo. Todo salvo los detalles que podrían inquietarlo, como mis enfrentamientos continuos con el abogado. Le dibujé una convivencia feliz y un pasado más que olvidado. Creo que lo convencí.

Lo que sigue sin convencerle son las peticiones de Asher, pero entiende que las sigamos por el sentimiento que tenemos hacia él.

Siempre he sospechado que Asher no era muy del agrado de Peter. Nunca fueron amigos, pero las veces que coincidieron, especialmente en Indiana, no parecieron tener mucha sintonía. Peter siempre repetía que era raro. Yo lo defendía y, con el tiempo, acabó por cansarse y aceptarlo. Supongo que era su manera de protegerme, especialmente por… lo que estábamos viviendo. Por nuestra familia.

Con ella, con mis padres, tuve contacto ayer. Fue breve, como siempre; frío, como siempre; e hipócrita, como siempre.

Jugamos a ser una familia y mantenemos el contacto, pero hace ya muchos años que eso dejó de existir: desde que Peter, en primer lugar, y yo, un año después, nos marchamos de Greensburg. Claro que, puestos a poner fechas, quizás nunca fuimos una familia.

No puedo pensar en ellos sin sentirme mal. Por eso evito el contacto. Peter también lo mantiene, aunque con la misma frecuencia que yo. Muchas veces nos alternamos, como si se tratara de turnos, y los llamamos para asegurarnos de que siguen existiendo. Ellos también lo hacen, pero especialmente a Peter, con quien creen tener más conexión, pero no es cierto. Peter es más diplomático; yo suelo ser más directa y, a veces, no me puedo callar.

—¿Estás lista? —me pregunta Derek cuando entra en el dormitorio.

—Sí, bajo enseguida.

Sale del dormitorio diciendo:

—Es muy bonito, está muy ordenado, es precioso, pero sal del vestidor o llegaremos muy tarde.

Menudo cambio.

Aunque hay alguna ironía en la frasecita, es llevadera y el odio se ha rebajado a casi una tercera parte.

Soportable.

Ayer durante la cena organizamos algunas de las peticiones de Asher. No hizo falta, pero me atrevería a afirmar que decidimos, sin decirlo, dejar a un lado las disputas. Al menos las más fuertes: conservamos las indirectas y los comentarios irónicos, eso sí. Esos son constantes y dudo que puedan desaparecer, como acaba de ocurrir, pero los dardos envenenados puede que se tomen una tregua.

Supongo que es la única manera de poder permanecer aquí un mes y cumplir con nuestro cometido…

No me voy a engañar. Esto no va a ser fácil. Hay demasiadas cosas que se interponen en una convivencia feliz, pero prefiero dejarlas a un lado. No puedo estar pensando constantemente que estoy compartiendo techo con un gilipollas arrogante, que me hizo trizas en el pasado y que es el puñetero abogado de esa odiosa causa. No puedo. Debo pensar lo que nos une: Asher y esa extraña decisión que hemos tomado de complacer sus deseos, por surrealista que pueda parecer.

Supongo que la culpa, el dolor de la pérdida y el saber que… «nunca más», han sido el empuje que nos ha llevado a ello.

Joder, Asher… sigo sin creerme que ya no estás.

Sigo sin poder asimilar que dentro de un rato estaremos hablando con el hombre encargado de tu mausoleo…

Hemos decidido visitarle hoy para darle las indicaciones de que incluya una jaula y una reina de ajedrez en su diseño.

No sé por qué, pero me parece de lo más ridículo…

Pero si analizo todo lo que estamos haciendo aquí y las peticiones de Asher, aún voy a encontrar adjetivos peores.

No puedo evitarlo. Entiendo por qué estoy aquí, pero al mismo tiempo me siento como una marioneta.

¿Asher montó todo este circo para que estuviéramos juntos?

Por suerte, eso no lo dejó escrito en su última voluntad.

Eso no habríamos podido cumplirlo de ninguna manera.

Bajo a toda prisa. El abogado no está por ninguna parte.

Cassidy sale de la cocina con esa sonrisa que siempre luce. Solo hace dos días que la conozco, pero siento que han pasado años.

—¡Qué guapa estás, joder! ¿Dónde vais? Derek te está esperando en el garaje. Me ha pedido que te lo dijera.

—A Ironwood.

—No sé qué vais a hacer, pero ya te advierto que no hay nada que hacer. Ese pueblo está muerto, caducado…

Me echo a reír por la expresión.

—¿Tanto?

—Me he quedado corta.

—En realidad, vamos a solucionar un tema de… la tumba de Asher.

—Joder, qué alegría… Pues ese sitio está lleno de personas que se murieron de aburrimiento…

Suelto una carcajada.

—No, no vamos al cementerio, vamos a hablar con el que se está encargando de diseñar el mausoleo de Asher.

—¡Ah! Me lo enseñó. Me pareció de mal gusto, pero no le dije nada al pobre.

—¿Trataste mucho con él cuando estaba… en su última fase?

—Un poco. La niña no quería dejarlo solo y, a veces, me pedía que estuviera con él mientras ella salía. Se quedó aquí durante dos semanas seguidas.

—¡Qué bonito!

—No te gusta, ¿verdad?

—No. No lo voy a negar, hay algo en ella…

—Oscuro.

—Eso mismo. ¿Tú también lo ves?

—Yo veo muchas cosas, pero miro a otro lado.

Cassidy se seca las manos en el delantal, como si estuviera incómoda y buscara un gesto que la distrajera.

Debería dejar el tema, pero… no puedo.

—Ayer dio instrucciones de que arreglaran el vestidor y que deshicieran las maletas. No entiendo cómo sabía ella que tenía el vestidor hecho un asco, con las maletas sin deshacer todavía.

Me mira de una forma que no sé interpretar.

—Esa tía es una bruja —suelta mientras se da la vuelta y entra en la cocina.

—Madison… ¿Vienes o no? —escucho decir a Derek, algo alterado.

—Un minuto… —le grito. Es justo lo que necesito para hacerle otra pregunta a Cassidy. Una que sigue atormentándome

42

Derek

Un pueblo fantasma

¿Qué es eso tan importante que no puede esperar?

Es lo que me pregunto cuando vuelvo al garaje, después de llamarle la atención a Madison por segunda vez. Lleva un buen rato hablando con Cassidy.

El garaje es tan lujoso como el resto de la casa: mármol, acero, sensores que se abren antes de que pulses. Y el coche parece recién salido de un concesionario de lujo. Potente, oscuro, brillante. Excesivo. Como todo lo que hemos visto de Asher en los últimos días.

Me harto de esperar. Salgo de la propiedad lentamente, temiendo llevarme por delante una de las pequeñas estatuas que decoran el camino que va desde el garaje hasta la calle.

Freno en seco. Es Madison a la que he estado a punto de llevarme por delante.

Se sube al coche con el ceño fruncido.

—¿Tan invisible soy?

—¿Tengo que contestar a eso?

—¡Eh, recuerda que hay una tregua!

—¿La hay?

—Sí, la hay. ¿Se te ha olvidado y por eso querías atropellarme?

—Quería ganar tiempo. Me he cansado de perderlo, como estás haciendo tú.

La primera milla guardamos silencio. No sé ella, pero yo estoy dándole vueltas a esa tregua. No lo hemos verbalizado en ningún momento como tal, pero es cierto que desde ayer hemos enterrado un par de las tres o cuatro hachas de guerra que llevamos encima constantemente.

Ayer establecimos la «oficialidad» de nuestra estancia en la casa durante los próximos treinta días y, quizás, a pesar de los millones de inconvenientes que eso supone, nos relajamos un poco. No podemos seguir disparando continuamente o nos volveremos locos.

Spencer está contento de mi decisión, aunque desconoce lo que estoy haciendo en este lugar y con quién. Si lo supiera, no lo estaría tanto.

Confío en la suerte… Espero que esto no trascienda. No quiero ni pensar en el agujero en el que me metería…

Antes de llegar al pueblo, Madison decide romper el silencio.

—Cassidy dice que Ironwood está muerto; que es como un pueblo fantasma.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No hay vida. No hay nada que hacer. La gente se muere de aburrimiento, que es lo que ha dicho textualmente.

—Eso me sube el ánimo. Un mes aquí y lo más cercano mata de aburrimiento…

Madison se apoya en el reposabrazos, mirando por la ventanilla como si buscara algún indicio de que Cassidy podría haberse equivocado.

—¿De eso estabais hablando?

—Sí, y también de si Florence y Asher follaban…

La miro desconcertado. No sé si reír o llorar. Me lo ha contado como si hubiera dicho que han hablado de una película que han visto recientemente.

—Joder, Madison, ¿ese es un tema de conversación? ¿Os importa lo que hacían?

—A mí me parece interesante…

—¿Por qué?

—Porque sigo sin creerme que fuera su novia. Si eso es verdad, es que Asher era un perfecto desconocido, y eso no me entra en la cabeza.

—¿Qué te ha dicho Cassidy?

—Le he preguntado si ella vio actitudes cariñosas entre ellos, algo que confirme que eran novios. Es evidente que si follaban ella no puede saberlo, pero en el trato diario tuvo que observar algo…

—¿Y la respuesta ha sido…?

—Que nunca vio nada de eso. Florence le habló varias veces como si Asher fuera su novio, hasta pronunció la palabra, pero

nunca delante de él. Cassidy se lo dejó caer una vez a Asher, y dice que se echó a reír, nada más. Tampoco lo negó. Cassidy, como es tan directa, le dijo a Asher que «esa tía» no le pegaba, y Asher le dijo: «lo sé». Es todo.

—Bueno, pues ya sabemos que probablemente era su novia, que era consciente de que no le pegaba, y seguimos sin saber si follaban. Es algo que deberíamos investigar a fondo. Lo que más nos debería preocupar es la actividad que tenía la cama de Asher. Es primordial. No tenemos nada mejor que hacer que averiguarlo. ¿Y si se lo preguntamos directamente a Florence?

—No creo que sea buena idea.

Me echo a reír. No sé si no ha captado la ironía o es que realmente se ha planteado preguntárselo de verdad. Así es Madison. Veo que no ha cambiado.

Cada minuto que paso a su lado va despejando la imagen, la que yo había convertido en algo borroso hace mucho tiempo.

No me gusta, y me temo que esto solo es el principio.

—No me los imagino, aunque lo he intentado y me dan escalofríos —continúa diciendo, como si no pudiera dejar de pensar en ello.

Vuelvo a tener ganas de reír, pero esta vez me contengo.

Me revuelvo en el asiento y me obligo a centrarme en la carretera, solo en la carretera.

Esta nos conduce al centro del pueblo. Ironwood parece haberse detenido en el tiempo. No hay ni un alma por la calle.

Pasamos frente a una cafetería cerrada, un parque sin niños y una iglesia con el campanario algo destruido. Madison me mira. Sé que está a punto de lanzar un dardo.

—Derek, podrías montar aquí un bufete. No parece que haya ninguno. Aquí se asesina la gente y no tienen abogados, tienen que ir a la ciudad más cercana, que no es cercana precisamente. Aquí te forrarías.

—Me lo plantearé en un futuro —le digo, para seguirle la corriente.

—Cuando te quedes sin trabajo por convivir conmigo aquí, podría ser un buen momento.

Freno el coche y lo detengo en mitad de la calle. Total, nadie se va a quejar. La miro desconcertado.

—No te alteres, letrado —se apresura a decirme, sonriendo—. Solo pretendía animar el ambiente, vamos a elegir un mausoleo y… prefiero pensar en otra cosa.

—Pues elige otro tema para animar el ambiente.

—Le dije a mi hermano que fuera discreto, me suelta para mi sorpresa.

No pongo en marcha el coche, necesito que me aclare ese tema.

—Entiendo que lo será… ¿O ya es tarde? ¿Es eso lo que me quieres decir?

—Claro que no. Te aseguro que Peter no va a decir nada.

—¿Solo él sabe que estás aquí y con quién?

—Sí.

—¿Y su amiga?

—¿A quién te refieres?

Dudo de si debo o no mencionarla, pero quizás sea la mejor oportunidad.

—Lauren.

—¿De qué la conoces? —me pregunta, molesta.

—Yo sé muchas cosas.

—¿Has investigado a Lauren? ¿Qué pinta ella en todo esto?

—Mi hermana trabaja con ella y me contó que presumía de que una de las testigos era hermana de su amigo.

Parece estar sorprendida y molesta por la forma en que frunce el ceño.

—¿Y qué? Lauren puede hablar de Peter con quien le dé la gana. No creo que «presumir» sea la palabra, y menos si viene de Lauren. Soy testigo en un juicio; no me han dado un premio…

—Pues deberían dártelo, el de mejor interpretación… Claro que, a esos premios se les llama perjurio. Es un delito. No sé si lo sabes…

—¿Sabes, Derek? Ahora me voy a dar el gusto de pedirte que te vayas a la mismísima…

—Vale, vale… —le corto rápidamente—. No debería haber comentado eso. Ya lo dijimos… En realidad, solo pretendía que supieras que me inquieta que tu hermano pueda decir algo.

—Si tan frágil es tu futuro, plantéalo; aún estás a tiempo de largarte.

—¿Te quedarías tú?

—Me darías una excusa perfecta para largarme yo también. Recuerdo que esto es un trabajo en equipo; si uno falla, el otro no puede hacer nada.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Pues decide.

—¿Quieres que me quede?

—Es lo que más deseo en esta vida.

—No te miento cuando te digo que esta situación podría perjudicarme mucho…

—Soy consciente. Ya lo hablamos, y no es necesario que me lo repitas más. Es tu trabajo y tu decisión. Si te vas a quedar, deja de decirlo una y otra vez.

—No creo que lo haya dicho tantas veces…

—Derek, si lo que te preocupa es que mi hermano lo hable con Lauren, puedes estar tranquilo. Y ahora ¡arranca de una vez!

Lo hago, no sé por qué sus palabras me tranquilizan.

—Que conste que has empezado tú —le aclaro.

—Que conste, me dice, resoplando.

Intento concentrarme en la carretera, pero no dejo de pensar que me habría gustado saber más sobre el tema de la amiga de su hermano. Esa tal Lauren fue mi principal sospechosa cuando apareció el anónimo, aunque nunca tuve pruebas claras.

Dejamos atrás el centro del pueblo y el camino se estrecha durante un par de millas interminables.

Estamos a punto de llegar. El navegador anuncia el destino con una voz sintética. El taller que buscamos aparece al final de un camino de grava, rodeado de árboles secos y una valla metálica oxidada. El edificio es una nave industrial, amplia, sin rótulos visibles, con una puerta corredera abierta. Nada invita a entrar.

Madison está callada, pero puedo ver que el lugar le ha dado la misma impresión que a mí. Cuando nos bajamos, nos invade una ráfaga de aire frío inesperada. Se me eriza el vello de todo el cuerpo. Huele a una mezcla de madera y metal quemado, y a algo más que desconozco…

—Huele a muerte —suelta Madison, como si me hubiera leído el pensamiento.

Me temo que es eso lo que vamos a encontrar.

43

Derek

Café y eternidad

El «escultor funerario» nos espera en la entrada. Es un hombre delgado, elegante en exceso para el entorno en el que se encuentra, con un pañuelo de colores atado al cuello y unas gafas redondas muy pequeñas. Nos saluda con una sonrisa amable.

—Bienvenidos, soy Zarachy Douglas. El señor Weston me habló mucho de ustedes.

Madison y yo nos miramos.

—¿Conocía al señor Weston más allá del encargo que le hizo? —me animo a preguntar.

—Coincidimos alguna vez en un restaurante que hay en Wakefield. Hablamos algunas veces y… lamentablemente me hizo un encargo para él mismo hace unas semanas.

Nos callamos los dos. Es un tema tan triste que es mejor dejarlo de lado cuanto antes.

Entramos en el taller atendiendo su invitación.

El interior es un caos meticulosamente organizado. Hay piezas de mármol, estructuras metálicas, esculturas sin terminar, moldes, herramientas que no sabría nombrar y… un ataúd de cristal. Sí, uno. Solo uno. Vacío.

Madison arruga la frente y se pega a mí como si yo fuera su guardaespaldas. Algo le ha debido de asustar.

—Por aquí, por favor —dice el diseñador, conduciéndonos hasta el final de la nave.

—Joder, qué alivio —me susurra Madison—. Pensaba que esa casa transparente era para él…

Sonrío, es inevitable.

—Él ya está enterrado. Es su mausoleo lo que venimos a ver.

—Efectivamente —se entromete él. ¿Cómo ha podido escucharnos?

Llegamos a una parte de la nave donde hay varias estructuras en construcción, pero que aún no tienen forma. Excepto una.

—Esta es —nos indica orgulloso.

Ante nosotros se alza una pequeña pirámide, de unos tres metros de altura. Está recubierta de un material negro brillante combinado con acero, también brillante. Tiene una puerta frontal con un tirador dorado y, justo al lado, otra más pequeña que no parece tener cerradura.

—Esa no se abre —dice el diseñador al notar nuestras miradas—. Es decorativa. El señor Weston me pidió que la estructura tuviera dos accesos, pero que solo uno fuera real. «Como la vida», eso fue lo que dijo.

—Típico de Asher… —comenta Madison, afectada.

Me estremezco.

—¿Y esto... está terminado? —pregunto con desconfianza.

—A falta de los elementos simbólicos que ustedes quieran añadir, sí. La estructura ya está preparada para el traslado al cementerio.

—¿Cómo lo hace? Él ya está en el cementerio, ¿cierto?

—Sí, él está enterrado en nuestro cementerio. Esta estructura se trasladará hasta allí cuando esté terminada y se ajustará sobre su tumba. Quedará cubierta por esta preciosa pirámide. Después se colocará la lápida que ahora les mostraré en el interior.

—El perro —suelta impaciente Madison—. El perro tiene que ir dentro, ¿no se lo dijo?

—Eso me disponía a añadir —dice algo molesto—. Efectivamente, los restos de *Café* se trasladarán al interior. En el lado trasero de la pirámide hay un hueco diseñado para depositar el pequeño ataúd de *Café*.

—¿*Café* está en un ataúd? —pregunto espantado.

—Sí, está enterrado en el jardín del señor Weston, pero nos encargaremos de trasladar sus restos. Trabajo conjuntamente con el enterrador y el encargado de la funeraria.

¡Qué trabajo más duro!

—No deben preocuparse de nada. Todo está organizado para que, una vez me indiquen su aportación al diseño, se ejecute el encargo del señor Weston.

Le hablamos de nuestras ideas, pero no parecen entusiasmarle.

—¿Están seguros de que es eso lo que desean?

—Sí, claro que lo estamos —le replico, molesto.

—Bien, pues intentaré trabajar en ello cuanto antes. ¿Tienen algún diseño específico o les sirve cualquier elemento que represente esa jaula o esa reina? ¿Lo dejan a mi imaginación? ¿Desean antes unos bocetos?

—No somos exigentes —interviene Madison—. ¿Verdad, Derek?

—Verdad. Nos basta con que se aprecie bien de lo que se trata.

—¿Lo quiere con pajarito? —le pregunta a ella en un tono que sé no va a dejarla callada.

—¿No le ha gustado nuestra idea, señor Douglas?

—Sí, por supuesto, aunque esos elementos no sé si están en sintonía con esta construcción. El señor Weston eligió una pirámide como símbolo de la eternidad; una idea que a la antigua cultura egipcia le obsesionaba… Yo diría que rompe un poco la estética… Además, hay un contraste con líneas modernas que…

—No es una cuestión estética, sino emocional… —le interrumpe Madison en un tono que deja bien claro que está molesta—. Se puede viajar a la eternidad con una jaula y una reina. Y… no quiero pajarito, no es necesario.

—Por supuesto. ¿Quieren ver el contrato que firmamos con el señor Weston para asegurarse de que todo se está realizando según lo firmado?

—Sí, me gustaría que me entregara una copia —le pido ante la mirada curiosa de Madison.

Hay tensión en el ambiente. Supongo que la actitud de este hombre tiene algo que resulta incómodo, y su comentario sobre nuestros diseños debería habérselo ahorrado.

Nos lleva hasta la parte trasera de la pirámide. En el suelo descansan dos lápidas de mármol con letras de acero grabadas.

Una dice:

Mi nuevo hogar, el que os faltaba por visitar, amigos.

La otra, más pequeña:

Mi fiel amigo. El único amigo fiel que he tenido.

—Joder, Asher… —suelta Madison dando una vuelta sobre sí misma.

—¿Se las dictó él? —le pregunto dudando.

—Por supuesto —afirma ofendido.

—¿Y los nombres? —insisto.

—No los quiso grabar.

Me ha impresionado ver esas lápidas, y eso que no llevaban su nombre.

—También dejó dicho que, si alguno de sus amigos deseaba incluir en su testamento vital la voluntad de reposar aquí, que les informáramos de que podrían hacerlo. La tumba del señor Weston es profunda y puede acoger tres ataúdes. Y si fueran urnas, por supuesto, también.

—¿Perdón? —pregunto, aunque lo he escuchado perfectamente.

El diseñador se encoge de hombros, como si hablara de reservar butacas en un teatro.

—Una consideración práctica. Nada más. Era mi deber informarles.

Madison está desconcertada y me mira moviendo las palmas de las manos en señal de sorpresa.

Salimos de la nave poco después, tras acordar una fecha, pendiente de confirmar, con el diseñador para la colocación del mausoleo y el traslado del perro.

—Pero ¿tú has oído eso? ¿De verdad les pidió Asher que nos dijeran que había lugar ahí para los tres?

—Eso parece, por absurdo que sea.

Se sienta en el coche resoplando.

—Ya conoces a Asher —le digo restándole importancia.

—No estoy segura, Derek. Todo esto me parece absurdo. Dice que le habló de nosotros… ¿en serio? ¿Qué tenía que contarle Asher de nosotros al diseñador de lápidas del pueblo que cenó con él unas pocas veces?

—Le hablaría de su deseo de que participáramos.

Me ha tocado el papel conciliador.

—¿Qué coño le pasó a Asher por la cabeza cuando pidió que nos informaran de que había sitio para los tres?

—Bueno… tranquila. No sabemos en qué pensaba en sus últimos momentos. Recuerda que estaba enfermo. No olvides todo lo que estamos haciendo. Es evidente que nos tenía en mente.

Parece satisfecha con la respuesta.

—No pienso pasar la eternidad contigo, abogado… No te hagas ilusiones.

Me echo a reír.

—Yo tampoco, doctora. Aunque… hubo un tiempo en que lo deseaba con todas mis fuerzas…

Me mira atónita. Creo que me he pasado con la revelación, pero me ha salido sola, sin apenas pensarlo.

—Dejaste de desearlo, letrado.

El ambiente ahora es más tenso que nunca. Hemos hablado de muchas cosas que han hecho saltar chispas, pero no de nosotros, de nuestra historia.

—Por algo dejé de hacerlo…

—No me creo que desearas eso nunca. Y si lo hiciste, te duró poco.

—No entiendo lo que dices, pero me suena a reproche. Y eso lo entiendo menos. Te recuerdo que un día desapareciste… Te tragó la tierra.

Me mira fijamente, ladeándose hacia mí.

—No me lo recuerdes, Derek. Recuérdatelo a ti mismo —me suelta con tanto odio que por un momento me desestabiliza.

Guardamos silencio un par de minutos que a ambos parecen calmarnos.

—Volvamos a Asher —propone suspirando.

—Volvamos a él.

—¿Qué coño significa «el único amigo fiel que he tenido»?

—Eso quisiera saber, pero… creo que estaba enfermo. Y eso… unido a su extraña personalidad… No se lo debemos tener en cuenta.

—Puede que eso no, aunque es cruel. Pero no pienso perdonarle que me impidiera estar a su lado… No necesito formar parte de este

circo, de esta lista absurda de gilipolleces que cada día nos traen una sorpresita nueva. Yo… —Su voz se quiebra y su pecho sube y baja buscando aire—. Yo no quería visitar pirámides para el cementerio ni conocer a su novia, ni saber que tenía un perro o que le gustaba comer naranjas a todas horas… Eso me importa una mierda. Y su piscina, y su casa, y todo. Yo solo quería estar a su lado, decirle adiós, darle un último abrazo… No voy a hacerlo nunca más.

Oculta el rostro entre sus manos y su llanto me desgarra.

Con mucho cuidado, pero seguro de que no me va a rechazar, acerco su cuerpo al mío y la abrazo.

Sus lágrimas duran unos minutos más mientras se deja abrazar y hasta se refriega el rostro en mi camisa.

La calma y la separación llegan poco después.

—Él lo quiso así, Madison. No quiso que lo viéramos enfermo, en una cuenta atrás, deteriorado… No quiso despedirse, supongo que la idea le partía en dos. Por eso montó todo esto. Era su forma de estar con nosotros sin causarnos tanto dolor.

Me mira con las pestañas aún impregnadas de lágrimas. Sus preciosos ojos avellana ahora parecen iluminados por una luz diferente, más viva.

—Eso me gusta, abogado. Eso lo entiendo. Gracias.

—No se merecen.

—¿Por qué nadie nos ha dicho que hay un perro enterrado en el jardín?

Me echo a reír.

—¿Volvemos a casa?

—Volvamos.

A pesar de que hemos vuelto a coger el control de la tregua, permanecemos en silencio unos minutos, justo hasta que un coche, salido de la nada, un poco antes de llegar a Ironwood, se atraviesa ante nosotros a toda velocidad y se sube a un montículo de leña tapado con una lona que hay en un lateral de la carretera.

Freno bruscamente, observando la escena.

—Joder… Ese conduce peor que tú —le digo sin asimilar muy bien lo que ha ocurrido.

No me responde. Ya no puede hacerlo. Ha abierto la puerta y ha salido corriendo en dirección al accidente.

44
Madison

La sangre

Por suerte, el conductor está vivo. Está aturdido y la herida de su cabeza no tiene buen aspecto, pero me preocupa más la zona donde se ha golpeado. Una mano ha perdido la sensibilidad, y la rodilla izquierda tiene un buen corte.

Me ha costado subir hasta aquí, y sé que no estoy muy segura, pero no podía dejar de hacerlo, aparte de llamar a una ambulancia.

Por un momento, he temido que el coche explotara porque salía humo de la parte delantera. Le he pedido ayuda a Derek, que estaba plantado allí abajo, sin moverse, pálido y con los ojos muy abiertos.

Se me olvidaba lo aprensivo que es. Es un caso digno de estudio.

—Derek, tenemos que sacarlo de ahí —le he dicho, a pesar del riesgo que eso supone para el herido.

—¿Hay sangre? —me ha preguntado.

—¿Qué?

—¿Hay sangre o no?

He negado con la cabeza, pero en cuanto ha subido el montículo y ha visto mi mano cubierta de sangre al palpar las heridas, ha perdido las fuerzas y casi ha estado a punto de rodar monte abajo.

Menuda ayuda la suya.

Por suerte, un vecino ha venido al escuchar el golpe y me ha dicho que no explotaría el coche, que podíamos dejarlo ahí dentro.

Derek está sentado en el suelo, justo donde termina el montículo, con las piernas flexionadas y apoyando los brazos sobre ellas.

El vecino y yo incorporamos ligeramente al conductor. Le hemos tenido que quitar el cinturón y su cuerpo se inclina hacia un lado. Es peligroso.

El sonido de la ambulancia me llena de alegría. Solo ha tardado quince minutos.

—¿Estás bien? —le grito a Derek desde arriba, haciendo un esfuerzo por no resbalar. Tengo la muñeca resentida, la he forzado

demasiado.

—Sí, preocúpate de él, yo estoy bien —me dice con dificultad.

La ambulancia entra en escena despacio, sin aparente urgencia, como si el pueblo le hubiera contagiado la calma. Se detiene a unos metros de nosotros y, en cuanto se abren las puertas traseras, dos sanitarios bajan con energía y se dirigen hacia Derek, que se acaba de tumbar por completo.

—¡No, no, él no! —grito—. El herido está aquí dentro.

Uno de los sanitarios me mira, confundido, y su compañero sale corriendo montículo arriba. Yo levanto una mano, como pidiendo disculpas por mi existencia.

—Dolor en muñeca izquierda, sin fractura abierta, pero con inflamación y pérdida de sensibilidad. Permanece consciente. Laceración profunda en la rodilla.

—¿Es usted médico?

—Sí. He visto el accidente y he venido a auxiliarlo.

—Entendido —dice uno de ellos.

—¿Ese iba en el interior también? —pregunta señalando a Derek.

—No, ese va conmigo. Solo se ha mareado. Es muy aprensivo.

—Pues atiéndalo. No parece estar muy bien.

Una eternidad después, entre los dos sanitarios y el vecino consiguen bajar al conductor en una camilla. Entonces, Derek parece volver a la vida.

—¿Estás bien?

—Estoy —responde.

—¿Les pido que te lleven a ti también?

—Muy graciosa. Cúrame tú, doctora.

—Eso no se cura, abogado.

—Mucho menos si me engañas. Me has dicho que no había sangre —me reprocha.

—Necesitaba tu ayuda… Y si hubieras visto cómo le salían los intestinos de…

Se vuelve hacia un lado y se pone una mano en el abdomen para controlar las arcadas.

Joder… me he pasado. Me siento culpable.

—No me tomas en serio, joder. ¿Crees que estoy fingiendo, Madison?

—Lo siento… Ya se ve que estás fatal.

Sí, sabía que era aprensivo, pero en la época que estuvimos juntos no era tan acusado. Incluso bromeábamos con ello.

He estado tan pendiente del conductor que no me he dado cuenta de que Derek no se encontraba bien. Ahora puedo ver con claridad los síntomas y me siento mal.

Le ayudo a incorporarse, aunque en un principio hace un gesto brusco. Está enfadado.

—Conduzco yo —le anuncio.

—No. Me he salvado de chocar contra ese coche, que nos podía haber embestido fácilmente, he sobrevivido a este horroroso mareo, y no voy a tentar la suerte.

—No estás en condiciones de conducir. Conduzco yo y punto.

Se rinde y ocupa el otro asiento. Me froto la mano dolorida. He hecho movimientos bruscos y la férula no ha podido protegerme. Sé que conducir no es lo que más me conviene ahora, pero él no puede ponerse al frente del volante o también acabaremos empotrados en un montón de leña, como ese pobre hombre.

—¿Te has hecho daño? —me pregunta al observar las caricias que le dedico a mi muñeca.

—Estoy bien —le digo mientras hago un esfuerzo por aparentarlo —. Solo he forzado la muñeca… Estaba sola ahí arriba.

En cuanto pronuncio esas palabras, sé que no debería haberlo hecho.

—No podía ayudarte, joder —exclama en un tono elevado.

—Lo sé… Ahora lo sé.

—¿Ahora? ¿Y antes qué creías que estaba haciendo cuando estaba sentado en el suelo como un idiota mientras tú te jugabas el tipo ahí arriba? Era incapaz de moverme, todo me daba vueltas.

Asiento con la cabeza. Me siento como un gusano, pero no soy capaz de decirle nada. El último comentario sobraba, pero yo sé que no lo he hecho para lanzarle un dardo, solo intentaba justificar por qué me frotaba la mano herida, pero él se lo ha tomado como un

reproche, como una falta de reconocimiento a ese síncope que ha sufrido.

Me siento mal y no quiero. Puede que en otras circunstancias debiera… Puede que con otra persona también…

Pero ahora solo soy un pedazo de mí y no tengo ni puta idea de cómo actuar en muchas situaciones. Esto es una lucha… extraña. No sé si es contra él o contra mí misma.

El trayecto lo hacemos en silencio, en un silencio que se vuelve atronador con cada milla que avanzamos.

Atravesar el pueblo de nuevo me hace pensar que estamos en sintonía. Me siento igual de vacía y despoblada en este momento.

Cuando estamos llegando, la imagen de la casa de Asher se me antoja como la jaula que he propuesto al diseñador.

La puerta también está abierta, pero yo me siento encerrada…

Esa idea me produce angustia, me lleva a entrar en la casa como si acabara de llegar de una guerra.

A mi lado camina un Derek abatido, con una expresión propia de un asesino en serie planeando quién será su siguiente víctima.

—Deberías tomar algo para regular tu presión…

—Estoy bien, gracias —me dice de forma seca y desaparece escaleras arriba, en dirección al dormitorio… deduzco.

Yo me quedo en la cocina unos minutos, sin saber muy bien para qué. Me lavo las manos con lentitud, como si pudiera quitarme algo más que la sangre. Como si pudiera quitarme de encima el día entero, y solo son las doce del mediodía.

Lo oigo moverse arriba, cerrando puertas, dejando caer algo al suelo.

Sé que no está bien, y sé que no debería habérselo recriminado, pero…

Esa es la cuestión. En medio de esta oscuridad por fin encuentro un poco de luz.

Después de ese «pero», solo hay una verdad: que prefiero no estar bien con él, prefiero discutir, parecer insensible, hacer

comentarios desafortunados, lanzarle dardos.

Es el único hábitat en el que me siento segura con él, el único que sé manejar.

El único en el que no podría perder el control porque a veces, cuando lo miro, cuando está muy cerca, soy consciente de lo frágil que es esa línea.

45
Madison

La piscina

Después de dos horas deambulando por la casa como un alma en pena, me dirijo a la piscina. Es la única estancia que no he visitado desde que llegamos. Solo la he visto desde el otro lado, a través de la sala de las rosas, como la llama Cassidy. Es la estancia que Asher destinaba a contemplar la piscina desde la bañera empotrada en el suelo. He pensado en sumergirme allí, pero me he decantado por la piscina.

El aburrimiento me ha llevado a recorrer dos veces el jardín, a disfrutar de sus flores y sus pequeños estanques, pero tanta calma ha terminado por saturarme.

Por eso estoy aquí.

El abogado lleva horas encerrado en el dormitorio y no ha hecho acto de presencia, salvo que lo haya hecho mientras yo paseaba por el exterior. Debería haber subido a preguntarle si está bien, puede que no lo esté, pero hay algo que me impide hacerlo.

No he traído traje de baño. Ni se me pasó por la cabeza al preparar el equipaje. Así que voy a cumplir uno de los deseos de Asher: bañarme desnuda.

Podría entrar el abogado… es un riesgo. No me importa.

He dejado el albornoz, uno de los muchos que hay en este recinto, en el borde de la piscina.

Observo el espacio y suspiro. Es impresionante. La luz, el orden impecable de las estanterías llenas de todo lo necesario para un baño: gorros, chanclas desechables, toallas gigantes…

Solo un ventanal separa la piscina de uno de los estanques del jardín, como si la estancia se prolongara en un paraíso floral.

Quizá, por ponerle alguna pega, habría reducido a la mitad la cantidad de plantas que bordean la piscina. Son excesivas.

Adelante.

Me desvisto y dejo la ropa en una de las hamacas. Me ajusto el vendaje que me hice hace unas horas. Las molestias en la muñeca me preocupan, pero de momento he optado por un vendaje

compresivo en lugar de la férula. Me permitirá controlar el avance de la fractura y, al mismo tiempo, disfrutar del baño sin miedo a un movimiento brusco.

En cualquier caso, no pienso perderme este baño: se ha convertido en una necesidad.

Me acerco al borde con cautela. El mármol bajo mis pies está templado y me produce un cosquilleo que me gusta. Me detengo. Siento una contradicción interna: el pudor de estar desnuda y expuesta, y al mismo tiempo lo poco que me ha costado decidir hacerlo. Es un choque entre pudor y libertad. Algo raro, pero lo cierto es que me invade. Y me gusta.

No hay nadie, pero la posibilidad de que él entre sin avisar me atraviesa como una corriente eléctrica. No sé si me incomoda o me excita.

Espero que todo esto solo sea fruto del aburrimiento. No sé si esta lucha me conviene.

Respiro hondo. El aire huele a cloro limpio y a algo vegetal, húmedo, quizás por todas las plantas que rodean el recinto.

Me sumerjo despacio. Me siento en el borde y muevo los pies. Luego me impulso y me poso en la pequeña escalinata que me lleva al interior.

El agua está caliente, perfecta. Me envuelve por completo. Todo lo que ocupaba mi cabeza: la muñeca, el aburrimiento…, desaparece.

Cierro los ojos por un instante. Flotar así, sin ruidos, sin exigencias, me recuerda por qué me gusta tanto el agua.

Buceo hacia el interior. Aquí no hay abogados, ni últimas voluntades, ni deseos de batallas ni pasados. Esto es como un elixir contra todo.

Joder, cómo me gusta.

Subo a la superficie. Mi muñeca resiste. Cojo aire.

Vuelvo a sumergirme. Esta vez con el propósito de ver la sala de las rosas desde este lado.

Y lo hago.

Palpo el vidrio como si fuera un actor de mimo y puedo ver las rosas al final de la sala y toda la vegetación, incluso la bañera

empotrada y…

¡Joder!

Y su rostro, el del abogado.

Está al otro lado, inmóvil. Me está mirando. No sé desde cuándo.

46

Derek

Un muro de mantequilla

No esperaba encontrarme con lo que estoy viendo. He salido de mi estúpido encierro para intentar hablar con ella y volver unos pasos atrás, antes de que se creara la tensión derivada del accidente.

Pero no esperaba ver su cuerpo desnudo moviéndose de un lado a otro de la piscina.

Y ahora su rostro. Sus ojos muy abiertos. Sus manos apoyadas en el cristal y las pequeñas burbujas que salen de su boca.

Ahí está, al otro lado, inalcanzable, desnuda, aguantando la respiración mientras me mira fijamente.

Se marcha. Asciende a toda prisa a la superficie y yo sigo con la mirada la trayectoria de sus piernas.

Ya no está. Y siento como si me hubieran robado algo vital.

Salgo de la sala a toda prisa y me dirijo a la piscina.

Se me hace eterno atravesar el jardín y los estanques. No pensaba que fuera tan grande, o quizás lo sea mi deseo por llegar cuanto antes.

No sé qué espero, ni qué busco, pero no me voy a detener.

Cuando entro en el recinto, ella está de pie junto al borde, cubierta por ese maldito albornoz.

Me mira mientras juega con el cinturón y se agita el cabello mojado. Lleva una venda blanca en la muñeca que no le había visto antes.

Silencio.

Empiezo a caminar lentamente hasta estar a un metro de ella. Sé que no va a decir nada, y ella sabe que yo tampoco.

Empiezo a desvestirme lentamente mientras ella sigue con la mirada cada uno de mis movimientos.

Ella se frota el cabello mientras yo me desprendo de la ropa.

Solo queda la prenda interior. Cuando empiezo a deslizarla por mis piernas, ella desvía la mirada.

Recuerdo a esa Madison.

Me lanzo de cabeza a la piscina y nado hasta el borde, justo debajo de donde se encuentra ella.

Me mira sin expresión y sin dejar de ajustarse el cinturón, que anuda de forma distraída a su cintura.

Con un movimiento rápido, tiro del borde del cinturón y consigo que pierda el equilibrio y caiga al agua.

Tarda en emerger, pero cuando lo hace, viene acompañada de una mirada cargada de odio.

Eso me echa para atrás, pero me dura poco. Ni siquiera sé dónde quiero llegar… O sí lo sé. Pero la cuestión es si puedo. O si debo.

Le ayudo a desprenderse del pesado albornoz mojado y la conduzco hacia una de las paredes.

—Por si acaso Asher quería que nos bañáramos juntos y no se acordó de especificarlo. Seguro que está contento de nuestra iniciativa.

—Gilipollas.

—Yo también estoy encantado de darme este baño contigo… —le digo con un tono irónico que sé que le crispa.

Silencio de nuevo.

Nos miramos fijamente. Me acerco un poco más a ella para romper los centímetros escasos que nos separan.

—Siento que el muro que hay entre nosotros es de mantequilla, Madison. Podría atravesarlo ahora mismo. Podría follarte hasta que estuviéramos entumecidos. Pero hay algo que me lo impide…

—¿Y qué es, abogado?

—El pasado. Mi trabajo: lo que representas. Y… el miedo a que pudieras rechazarme.

—¿Algo más?

Niego con la cabeza.

Se sumerge en el agua y desaparece de mi alcance. Sube las escaleras lentamente y camina hasta la estantería para coger otro albornoz seco.

—Esos son muchos impedimentos. Tu muro no es de mantequilla, abogado. Es de hormigón.

—¿Y tú, Madison? ¿Cómo es tu muro?

—Yo no tengo ningún muro, Derek. Puede que luego, dentro de unas horas. Puede que mañana… Pero ahora mismo no hay muro.

Sale del recinto y yo de la piscina.

Respiro hondo.

Cierro los ojos.

Pienso. Dejo de pensar.

Yo ahora tampoco tengo ninguno.

Busco un albornoz y también abandono el recinto.

47
Madison

¿Hay muro?

Está ahí, en el umbral de la puerta del dormitorio, donde acabo de entrar, mirándome con una expresión que no me atrevo a interpretar, con ese albornoz… seis tallas menos que la que necesita. Las mangas terminan en el codo, el cinturón apenas cuelga dos centímetros después de habérselo anudado y el borde le cubre hasta el final de las ingles.

No sé ni cómo ha sido capaz de cubrirse con él. No debe ser capaz de respirar.

Tengo que contenerme la risa y él se da cuenta.

—Asher era pequeñito… —dice tan compungido que hasta me da lástima.

Entonces suelto una carcajada. No sé si es un acto de defensa de mi cerebro, que está contento de haber encontrado un entretenimiento, o si en realidad no sé cómo reaccionar al hecho de que me haya seguido tan rápidamente hasta aquí.

Ese muro… Ese del que hemos hablado…

Da dos pasos hacia mí.

—Quítate eso… —le ordeno fingiendo estar rabiosa.

—Solo si me confirmas que no hay muros todavía.

—Si no te quitas eso, habrá un muro…

—Quítamelo tú, Madison.

Nos miramos sin decir nada. Sé que el escalofrío que me han producido sus palabras significa que aquí y ahora va a haber un antes y un después.

Siento miedo y no puedo combatirlo pensando. No ahora.

Pero también le deseo. Tanto que… hasta me asusta.

Seguimos como dos muñecos de cera.

Lo que no esperaba es que nos moveríamos al mismo tiempo, como si fuéramos a emprender una carrera.

A mitad de camino. Ese ha debido ser el pensamiento de los dos.

Chocamos y nos desprendemos del albornoz del otro con urgencia. Al unísono.

Derek se lanza a devorarme la boca y yo siento que acabo de entrar en un túnel peligroso, pero no me voy a detener por nada del mundo. Si no puedo saciar este deseo, sé que voy a volverme loca.

Me conduce hasta una de las paredes mientras me tiene la cabeza sujeta con sus manos y me besa de todas las maneras que se pueden besar unos labios. Los acaricia, los muerde, los succiona… Después hace lo mismo con mi lengua. Creo que me voy a desmayar.

Me alza entre sus brazos y me sujeto con las piernas a su cintura.

Grito por el impacto de mi espalda contra la pared, y él me sonríe de una forma que me enciende todo el cuerpo, más de lo que ya está.

Vuelvo a gritar. Esta vez por un gesto con la muñeca. La venda que la protege está mojada y debería haberme deshecho de ella, pero se me ha olvidado en cuanto he recibido su visita.

No puedo pensar en la muñeca, ya poco importa.

Me besa en todas las partes que quedan a su alcance, y de forma inesperada me conduce hasta la cama.

La nueva serie de besos solo acaba de empezar. Y el de caricias. Y el de pequeños mordiscos.

Sus manos tocan todo lo que alcanzan, su boca busca entre cada pliegue como si explorara un mapa que solo él pudiera leer. A cada centímetro, parece descubrir algo que no quiere perder.

Y yo... yo ya no sé dónde estoy. Estoy hipnotizada, envuelta en llamas, sintiendo cada movimiento suyo, cada gemido, cada roce.

Me sujeta con una mezcla de delicadeza y necesidad que me atraviesa entera.

Su piel está caliente…

No sé si le deseo más por lo que somos o por lo que fuimos. Quizá no hay diferencia. Quizá por eso me confunde tanto que me guste.

Y el momento estelar llega minutos después, ¿o han sido horas?, cuando entra dentro de mí.

Sí…
Esto es...
Increíble…
Esto es… peligroso…
Me gusta…
Podría acostumbrarme…
¡Joder!
¡Derek!
Sigue…
Podría… tocar el cielo…
Y lo hago.

48
Madison

Cobarde

Estamos separados por pocos centímetros. Es la distancia más corta que hemos mantenido en esta cama. Miramos al techo, boca arriba, con el cuerpo como si estuviéramos haciendo un ángel en la nieve y con la respiración a punto de ser controlada por completo.

No dice nada. No digo nada. Parece que el deseo, la fiebre y la locura están a años luz de nosotros.

Ahora toca la cordura, la realidad y pisar el suelo. Y eso es doloroso.

Mi móvil me regala una bendita interrupción. Cualquier cosa es mejor que este silencio de ultratumba y este «no tengo ni puta idea de lo que voy a decir». Hasta he pensado en proponerle que estrenemos la bañera empotrada con tal de que me dijera que no, que es lo que creo que diría, y tener una excusa para salir corriendo.

Y es que me encantaría hacerlo. Correr e intentar entender por qué me he sentido igual que me sentí con él en el pasado.

Quizás corra… Sí, quizás me venga bien. Puede que llegue a la conclusión de que ha sido un calentón y no deba darle más vueltas.

—¿No atiendes el mensaje? —me dice para mi sorpresa. Creo que él tiene el mismo deseo de interrupciones que yo.

Me adueño del móvil. Es Cassidy.

¿Te animas a ver el pueblo fantasma?
¿O tienes mejores planes?

Esta mañana me ha sugerido lo mismo y he aceptado, pero no le habíamos puesto fecha a la visita.

Sí, me animo. ¿Ahora?

Se lo envío y me contesta enseguida.

¿De verdad no tienes mejores planes?

Me echo a reír. Noto que, el abogado, me mira.

—Es Cassidy. Me voy —le digo mientras acabo la conversación y acuerdo reunirme con ella en el punto que me ha indicado.

—¿Cassidy? —me pregunta con una expresión de sorpresa que hasta me hace dudar de lo que he dicho.

—Me ha propuesto enseñarme el pueblo.

—¿A ti sola? Yo también voy.

Me quedo inmóvil, incapaz de procesar lo que me ha dicho. Me levanto y me dirijo al vestidor.

Pienso. No puedo.

Improviso.

Vuelvo medio vestida y me planto delante de él, que ya se ha sentado en el borde de la cama.

—Esto… puede parecerte hipócrita, cobarde, absurdo y mil adjetivos más, pero… después de lo que ha pasado en esta cama, entre tú y yo, necesito aire. Necesito despejarme, olvidarme y creer que no ha pasado nada. Quiero y necesito salir de aquí, entretenerme y no darle vueltas. No quiero pensar que esto no tenía que haber pasado ni preguntarme una y otra vez en qué coño estaba pensando para haber llegado a esto.

—Yo necesito lo mismo. Me voy con vosotras. Si a Cassidy no le parece bien, que me lo diga.

—Derek…

—No eres la única que le está dando vueltas al calentón que hemos tenido. Y no eres la única que se arrepiente, así que yo también voy a buscar consuelo, aunque sea en ese pueblo fantasma.

—Vale —le digo intentando disimular lo mucho que me ha dolido oírle decir eso.

Sí, ya sé que he sido yo la que lo ha dicho primero, pero… yo no he utilizado la palabra «arrepentir». ¿O sí?

No sería capaz de repetir lo que le he dicho…

Me atraviesa esa palabra como una cuchilla. Arrepentirse. Yo no la he usado. ¿O sí?

—¿Vale? ¿No pones más pegas? —me pregunta con cierto… desprecio.

—No, no las pongo. Es evidente que estamos aburridos. Si cada vez que nos aburrimos vamos a follar, tendremos un problema difícil de superar, así que… mejor que busquemos entretenimiento. Puedes venir, pero… no sé qué dirá Cassidy.

—Le caigo bien.

Más que caerle bien, quiere tirárselo, no se corta en decírmelo a cada momento, pero es mejor que no lo comente. En cualquier caso, habría que ser muy tonto para que no se hubiera dado cuenta.

Emprendemos la marcha. Conduce él. El trayecto lo hacemos en silencio.

Empiezo a sentir punzadas de dolor en la mano. Otra vez. Me he vuelto a colocar la férula, pero no es suficiente. Hoy he abusado de ella de todas las maneras posibles.

—¿Te duele?

—No, solo alguna molestia, pero es normal.

De repente, siento ganas de llorar, pero no lo hago…

Me invade una tristeza extraña. Él está frío, ausente, como si fuera un chófer profesional que me está llevando a alguna parte…

Acabo de descubrir que solo hay dos posturas que acepto con Derek. La de la guerra abierta con dardos de todos los colores, y la que hemos vivido hace una hora en la cama de cuatro metros. O una u otra. O… una y la otra. O… la otra y la una. Pero esta que estamos viviendo ahora, no. Esta no la soporto.

Esta actitud fría y distante me desgarra por dentro.

Volvemos al punto de partida.

49

Derek

El pueblo fantasma

Llevamos más de una hora recorriendo el pueblo. Es el tiempo que hemos necesitado para ver lo más emblemático de Ironwood. Si bien Cassidy nos ha llevado a rincones con cierto encanto, apenas nos hemos cruzado con seis o siete personas.

Cassidy, con esa forma tan peculiar que tiene de hablar, nos ha hecho reír y nos ha contado cientos de anécdotas que no podrían incluirse en la historia oficial del pueblo, pero que nos han hecho pasar un rato más que entretenido.

Confieso que, durante la visita, he desconectado en más de una ocasión. Mi cabeza volvía una y otra vez a lo vivido con Madison en la piscina… y en la cama. Y, sobre todo, a lo que me ha dicho después.

Y ahí está, riéndose con Cassidy mientras yo me ahogo cada vez que recuerdo la frialdad con la que me dijo que necesitaba aire para digerir el calentón que hemos tenido.

¿Un puto calentón?

Ojalá. Pero no lo ha sido.

Y no sé por qué me molestan sus palabras. Sé que no se ajustan a la realidad, porque cuando estaba entre mis brazos no era esa Madison que ha intentado mostrarme después.

He viajado al pasado, a aquellos momentos con ella que, aunque creía olvidados, han tardado segundos en florecer. Ha bastado un simple contacto para enviarme derechito a los meses que viví con ella; a sentir el mismo deseo de entonces, a recordarme que ella es la única con la que he sentido un deseo de esa intensidad.

¿Qué he hecho?

Complicarme aún más esta absurda estancia.

Cassidy nos ha pedido que le expliquemos qué hacemos aquí y hemos intentado hacerlo, aunque omitiendo muchos detalles. En resumen, le hemos contado que nos estamos ocupando de los

asuntos legales de Asher y que nos hemos tomado unas vacaciones para disfrutar de su casa y, de alguna manera, despedirnos de él.

—Asher era un buen tío, pero era un poco raro… —nos ha dicho pensativa. No es la primera vez que la oigo decir eso… ¿O fue Madison la que me contó que lo había dicho?

—¿Por qué lo dices? —le pregunto.

Parece estar incómoda, como si se arrepintiera de habérnoslo soltado. Cambia de tema enseguida y nos lleva hasta una cafetería, propiedad de un amigo suyo.

Pasamos un rato agradable escuchando anécdotas sobre todos los lugares en los que ha trabajado y otras más que su amigo, que después se une a nosotros, nos cuenta sobre los lugareños y la historia del pueblo.

Nos marchamos un rato después. Ha valido la pena venir. Estoy más centrado.

Cuando llegamos al coche, que hemos aparcado a pocos metros de la cafetería, escuchamos la voz de Cassidy que nos ha seguido a toda prisa.

—En el garaje, donde aparcáis el coche, justo ahí hay una trampilla que conduce a un sótano. Si os aburrís, podéis echarle un vistazo. Pero yo no os he dicho nada.

Cassidy lanza la frase como quien deja caer una bomba y huye antes de la explosión. Se va a toda prisa sin permitirnos preguntarle nada.

Madison y yo nos miramos y nos encogemos de hombros.

Subimos al coche y guardamos silencio un minuto.

—¿Sabías que había un sótano? —me pregunta, aunque intuyo que sabe la respuesta.

—No. Sé lo mismo que tú sobre la casa.

—Pues vamos a averiguar qué hay allí. Si ella nos lo ha dicho, será por algo.

Sin darme cuenta, aprieto el acelerador más de lo debido.

50
Madison

El sótano

Todavía estamos intentando recuperarnos del impacto que nos ha causado la visita al sótano.

No ha sido difícil dar con él, pero si no llega a ser por Cassidy, nunca lo habríamos notado. Apenas una línea sutil en el suelo del garaje delataba la trampilla. Tan discreta que, si no sabes que está ahí, ni se te ocurre mirar dos veces.

El acceso estaba bloqueado, pero antes de llegar a casa hemos recibido un mensaje de Cassidy indicándonos dónde se encontraba el interruptor que permitía abrirlo. Tan oculto y discreto que en un millón de años no lo habríamos encontrado.

Mientras bajábamos las escaleras, estábamos asustados, los dos. La escena tenía algo de surrealista, como si de pronto nos hubiéramos colado en el guion de una película de terror. Escaleras empinadas, luz escasa y una puerta metálica que, por suerte, estaba entreabierta. Pero lo que había al otro lado nos ha descolocado. El escenario era propio para encontrar un cadáver, una sala de torturas… pero no ha sido así. Hemos desembocado en una sala amplia, limpia, con buena iluminación y reformada con tanto esmero que costaba creer que estuviéramos en un sótano.

Pero la sorpresa no eran las buenas condiciones de la sala, sino lo que contenía. Tres de sus cuatro paredes estaban cubiertas de fotografías, dispuestas de forma dispersa, junto con otros detalles.

Al principio parecía la guarida de un asesino en serie con un esquema claro de sus crímenes, pero… esas fotografías mostraban a Derek, a mí, y también a Asher. Juntos, separados, con otras personas… Era una trayectoria de nuestra vida juntos.

Una sección pertenecía a Derek, con fechas que indicaban el periodo de tiempo y el lugar: Albany. El lugar donde él y Derek se conocieron y convivieron. La segunda sección correspondía a Greensburg, donde Asher y yo pasamos parte de nuestra adolescencia. Y la tercera sección mezclaba fotografías de la etapa

universitaria: algunas de él y de mí, otras de él y Derek, e incluso de los tres juntos, aunque de esas había menos.

Era un recorrido por nuestras vidas a través de imágenes, acompañado de objetos que él había conservado: entradas de cine, tickets de restaurantes, de metro, de visitas a museos, folletos de eventos universitarios… Un recorrido completo.

Las fotografías mostraban momentos que él había capturado de Derek o de mí mirando a la cámara con poses divertidas o simplemente fotos robadas que no sabíamos que existían. Aparecen nuestras familias en algunas de ellas: la de Derek, la mía, e incluso sus propios padres.

—¿Cómo ha podido recopilar tantas fotografías? ¿De dónde las ha sacado? —he preguntado impresionada.

—Su padre le regaló una cámara de fotos cuando éramos niños. Iba con ella a todas partes. Era como una pesadilla —ha comentado Derek—. ¿En Greensburg perdió la afición?

—No —he contestado—. También iba con ella a todas partes, pero algunas en las que aparece mi familia… Esas creo que pertenecen al álbum familiar, aunque aparezca él. No entiendo cómo han llegado a sus manos.

—Sí, estas en las que aparece mi hermana también me sorprende que las tuviera —ha señalado Derek—. Puede que les pidiera una copia a nuestras familias.

Las hemos observado todas con una mezcla de perplejidad y nostalgia.

Esas son las palabras exactas. Perplejidad por todo lo que hemos visto, por la existencia misma de ese lugar, por todo el trabajo que había detrás. Nostalgia, por lo que suponía emocionalmente ese recorrido de recuerdos.

Esos sentimientos, junto con un poco de confusión, son los que nos han acompañado durante todo el recorrido e incluso ahora, dos horas después, mientras seguimos sentados frente al acuario sin dar crédito a lo que hemos visto.

—Ahora entiendo que Cassidy se sorprendiera —comenta Derek.

Hace rato que guardamos silencio, aunque no ha sido así en todo momento. Después de salir del sótano, yo me he derrumbado. No he podido controlar la mezcla de emociones y me he echado a llorar.

Derek me ha abrazado. No sé si quería consolarme o buscar consuelo él también. Había mucho que decir, mucho que comentar, pero el caos mental que teníamos nos lo impedía.

Ha sido un momento de tregua. Ni batallas, ni reproches, ni dardos. De nuevo, Asher era protagonista y nosotros nos centrábamos en él.

—Es para sorprenderse —le digo mientras observo los peces, que parecen acordes a nuestro estado de ánimo: apenas se mueven.

—Cassidy no conoce a Asher como nosotros, Madison. No es fácil entender sus excentricidades. Estarás de acuerdo conmigo en que era difícil seguir el ritmo de su cabeza.

—Sí, estoy de acuerdo, pero… tengo la sensación de que no lo conocíamos tanto como creíamos, al menos yo. Este lugar… la vida que llevaba… las personas que conocía… Este encierro, este santuario de lujo y el santuario de recuerdos que montó en el sótano…

El timbre de la puerta nos sobresalta. Nos miramos confundidos. Puede que se trate de Cassidy.

Pero no es ella.

Es Florence la que aparece con su rictus de terror, sus ropas antiguas y su expresión congelada.

—Quería informaros de algo —nos dice sin esperar a que la invitemos a entrar.

Se dirige al salón de los peces y nosotros la seguimos, entre molestos y curiosos.

—¿Te gusta este lugar? —le pregunto con cierta ironía.

—Era el preferido de Asher, y también el mío. Antes de morir me dijo que cuando hablara con vosotros para daros una información importante lo hiciera aquí. Solo así él podría vernos.

—Florence, Asher debía estar muy enfermo, ¿no es cierto? Quizás sus ideas no eran claras hacia el final… ¿Es así? —le pregunta

Derek con el mismo tono que se emplea con un niño.

—Os recuerdo que habló con vosotros varias veces pocos días antes de morir. ¿Os pareció que no estaba lúcido?

Esas palabras nos hacen estremecer. Tiene razón. No había nada que indicara que Asher estaba mal. Actuaba como siempre.

—He venido a deciros que, dentro de cinco días, el lunes trece de mayo a las diez de la mañana, en el despacho del notario, se procederá a la lectura de su testamento. Estáis convocados. Aquí tenéis la dirección —nos dice, entregándonos un documento.

¿Es que esta mujer no sabe que existen las aplicaciones de mensajes, o los correos electrónicos?

—Será un día después de la ceremonia del mausoleo. Ya está confirmado. Me consta que habéis asistido.

No se le escapa un detalle.

—¿Por qué coño no nos habías hablado de lo que hay en el sótano? —suelto sin poder contenerme más. No he acordado nada con Derek respecto a si debíamos o no comentarlo, pero me ha salido sin pensar.

Seguro que la acorralo, que la dejo sin habla…

Espero una reacción de sorpresa, pero reacciona igual que si le hubiera dicho que el jardín es precioso.

—No tenía instrucciones de ello.

—¿No crees que debíamos saberlo? Ese lugar está lleno de pasajes de nuestras vidas. No sé exactamente qué es, pero guarda suficiente relación con nosotros como para habernos informado de su existencia.

—No recibí instrucciones —repite.

No puedo con esta tía…

—Florence —dice el abogado conciliador, al tiempo que me pone una mano en el hombro—. Háblanos de ese lugar, por favor. ¿Por qué el sótano? ¿Cuándo lo decoró así? Tú eras su novia, su confidente. Solo a ti podría haberte pedido que le ayudaras. Aunque no te diera instrucciones de hablarnos de él, seguro que confiaba en que atenderías todo lo que te preguntáramos. Tú lo eras todo para él. Solo tú puedes ayudarnos a entenderlo.

Vaya con el psicólogo.

La observo esperando su reacción. Mucho me temo que el témpano de hielo que tenemos delante se va a pasar las palabras de Derek por… cualquier parte, pero parece que le han afectado.

—Derek, entiendo tu petición y tienes razón. Asher tenía todas esas fotografías y recuerdos en un baúl. Las consultaba constantemente y le sugerí que las colgara para poderlas contemplar mejor. Le ayudé a buscar un espacio. Eligió el sótano porque era el único lugar con privacidad. Aquí entraba y salía mucha gente: mantenimiento, limpieza, acuario, jardín, cocina… No es nada malo, no sé qué habéis interpretado. Solo es un espacio dedicado a vosotros de un amigo que os quería mucho. ¿Algún problema?

—No. Gracias, Florence, por ayudarnos a entenderlo.

Esto me deja al margen. No pienso participar de estos elogios a esa bruja. He aprendido a fiarme de mi intuición, especialmente cuando se activa en modo «No pierdas detalle, Madison», y esta vez es una de esas veces. Esta mujer es oscura.

Derek la acompaña a la salida y yo me quedo mirando los peces. Hay uno con una cresta en el lomo que muestra unos dientes afilados que imponen mucho respeto.

Me recuerda a la mujer que acaba de salir por la puerta. Solo que ese pez, a pesar de su aspecto terrorífico, tiene unos colores preciosos.

—Atacando no vamos a conseguir nada, Madison. Hay que llevarla a nuestro terreno.

—Pareces desenvolverte bien haciendo eso. ¿Gajes del oficio? Lo haces de maravilla.

—Pues contigo fracasé. No fui capaz de cautivarte para que dijeras la verdad en un tribunal.

Ya estamos con el dichoso tema…

—Podría decirte muchas cosas ahora mismo, Derek Lawson, como que eres un gilipollas y que ese comentario ahora mismo sobraba, pero voy a optar por no decirte nada y solo recordarte que tenemos otros temas en los que centrarnos.

—Tienes razón. Es que me cuesta contenerme…

—Pues esfuérzate. Ahora mismo no puedo pensar en nada más que en ese sótano y en él y en… —Hago una pausa. Ya no sé ni lo que digo—. Estoy tan saturada que…

No puedo seguir hablando. Ahora mismo me echaría a llorar y no quiero.

—¿Qué ocurre, Madison?

—Dame una puta razón para seguir aquí. Solo llevamos tres días y me parece una eternidad y un sinsentido. Asher tiene un sótano lleno de fotos nuestras y esa bruja ha dicho que las consultaba a todas horas. Ayer nos dejó el encargo de saber que tenemos espacio en su mausoleo… ¡Qué gilipollez es esa! Y en su lápida hay mensajes de los más tonto. Estamos aquí intentando complacerlo y nos dice que el único amigo fiel ha sido el perrito, uno que ha tenido solo un año… Y esa tía, Florence, y los bañitos en la piscina y… ¡Saturada! Eso estoy. Dame esa razón para seguir.

Me derrumbo y me dejo caer en el sillón.

Se acerca a mí, estira de mi mano y me pone en pie. Me coge el rostro entre sus manos y me obliga a mirarle.

—Tenemos que llegar hasta el final, Madison. Esto quedará atrás y… puede que descubramos muchas otras cosas que, nos gusten o no, pondrán punto y final a esta despedida. Asher después se convertirá en recuerdos y nosotros tendremos la sensación de haberle complacido, aunque sea de forma simbólica.

—¿Estás convenciéndome para que me quede, abogado?

—No me preguntes por qué, pero sí, eso estoy haciendo.

—A pesar de todo…

—A pesar de todo, doctora.

—Dame un abrazo… ¿Pido mucho?

Me mira confundido.

Temo que suelte unas palabras que me hieran. Me castigo por habérselo pedido… Mi cabeza es un caos ahora mismo.

—Prefiero besarte… —me dice mientras se acerca más a mí.

No pongo impedimentos a un beso que me reconforta y me llena de… todo.

Es lento, sensual, una caricia, un abrazo a la vez. Es un contacto que me hace estremecer, que me asusta por todo lo que provoca en

mí.

Termina el contacto y yo lo lamento en lo más profundo de mi alma esa separación.

Asher pasa a un segundo plano.

—¿Qué tal si cenamos esas delicias que nos ha dejado Cassidy?

—Buena idea —le digo descolocada.

Nos dirigimos a la cocina.

Ha vuelto la tregua, una de ellas. Existen de dos tipos. La tregua racional, la que viene después de una guerra, y la tregua emotiva, la que viene después de enfrentarnos al mundo de Asher. Esta última es la más peligrosa.

Es la que más confusión tiene y la que puede dar paso a cualquier situación.

Entramos en la cocina. Nos miramos.

El beso no ha sido suficiente.

Solo dos minutos después, la isla de la cocina está despejada para que Derek me tumbe sobre ella y me lleve a ese universo de placer que tanto me gusta.

Sí…

Eso es…

Esas manos metiéndose por debajo de mi falda es justo lo que deseo y lo que necesito.

Ese cuerpo semidesnudo, arrancándome la ropa interior como si estuviera envenenada. Aún lo necesito más.

Esa erección entrando dentro de mí…

Sí… Esto es otra locura de las muchas que hay en este lugar, pero esta me gusta más que ninguna.

Así de real y de peligroso es este placer.

51

Derek

No te lo digo como abogado

He visto en la pantalla de su móvil el nombre de «Jenny», y también cómo me ha mirado, con una mezcla de decepción y altivez, antes de desaparecer para hablar con ella.

Me temo que la tregua que firmamos anoche, en la cocina, ha durado poco.

No sé dónde está. Desde esa llamada, hace casi tres horas, no he vuelto a verla. Y para colmo, me acaba de llamar mi tío Spencer para ponerme al día sobre el caso.

Cuando vuelva a Nueva York, quedarán exactamente diez días para que se celebre el juicio. Aunque tendré tiempo de sobra para revisar el expediente completo, Spencer no falla en mantenerme al día cuando algo lo merece. Y esta vez lo merecía.

Stella Keller ha sido aceptada como testigo. Fue Zack quien logró contactar con ella y concertar una videollamada informal, junto a Spencer, en la que Stella relató algunos episodios de celos que vivió por parte de Jennifer Mackenna durante y después de su relación con Austin.

El contenido fue lo bastante sólido como para que el fiscal lo presentara como prueba, y el juez no tuvo objeciones en admitirla como testigo directa.

No sé qué me sorprende más, el hecho de que haya accedido a colaborar o que lo haya hecho con tanta precisión. Si mantiene esa firmeza ante el tribunal, su testimonio puede ser decisivo. Para Jennifer, esto no pinta bien. Y para Madison tampoco, que probablemente oculta algo sobre ella y podría verse en una posición incómoda si Stella la menciona.

No sé por cuánto tiempo, pero había conseguido olvidarme del juicio.

Oigo sus pasos entrando en la cocina, donde me encuentro preparándome un batido de frutas.

—¿Estás aquí? —me dice al entrar.

—Eso parece.

—¿Qué tal tu día? —me pregunta como si nos hubiéramos encontrado por la noche, después de una larga jornada de trabajo.

—Stella Keller —le suelto sin previo aviso— declarará en el juicio. Esa que no recordabas apenas… Me lo acaban de confirmar.

Me mira sin pestañear, como si buscara un argumento rápido que no encuentra.

—¿Estás trabajando?

—¿Trabajando?

—No sé muy bien qué esperas de mí después de contarme eso. ¿Qué te ayude a hacer los deberes? —me lanza con sarcasmo.

—Espero lo mismo de siempre, que digas la verdad. Que sepas que probablemente no se te permita tener tantas lagunas en el juicio, porque podrías enfrentarte a interrogatorios más molestos que el mío. Y porque si entras en un bucle de mentiras, te pueden acusar de perjurio. No sé qué tiene que decir esa chica, pero está claro que tú sabes más de lo que cuentas.

—¿Se puede saber por qué coño me tienes que hablar del juicio? Creo que convenimos dejarlo a un lado. ¿A qué viene eso ahora?

—No recuerdo haberlo convenido como tal, pero, en cualquier caso, me acabo de enterar y he querido que estuvieras al corriente. Aunque es posible que llegue tarde; puede que tu amiga ya te lo haya comentado.

—Mi amiga no me ha hablado ni una sola palabra del juicio. Hay otros temas que son importantes. Lo creas o no, le preocupa su novio, que sigue en un estado grave, y no puede acercarse a él. Le preocupan los medios, que no dejan de acosarla y la han obligado a retirarse.

—Es lo que ocurre cuando eres hija de un personaje famoso e intentas asesinar a tu novio.

—¿Por qué hablas de asesinato? Ni siquiera la han acusado de eso.

—Porque Austin está vivo…

—Entonces podían haberla acusado de intento de homicidio…

—Vaya, estás muy informada. Sabes los cargos a los que se podía haber enfrentado… ¿Te ha transmitido tu amiga lo contenta

que está porque el cargo es de agresión? Yo, de ella, no cantaría victoria. Las penas a las que se enfrenta no son pequeñas.

—¿Por qué coño me hablas de eso, Derek? ¿Por qué te empeñas en hablar una y otra vez de ese maldito juicio? Deja algo para cuando vuelvas a Nueva York. Aquí no estás trabajando.

—Lo creas o no, te estoy avisando de que Stella va a declarar, y es bueno que lo tengas en cuenta. Si su testimonio contradice el tuyo en algún punto, podrías encontrarte en una posición incómoda. Si ella te menciona o relaciona, quedará en evidencia tu falta de memoria para recordarla. Y podría seguir dándote muchos ejemplos. No lo digo como abogado. Lo digo porque no quiero verte sentada allí sin estar preparada. Tú sabes más de lo que cuentas, y esa chica es importante.

—A mí no me va a relacionar con nada porque jamás en mi vida he hablado con ella. ¿Te queda claro?

—Nos llegó información que afirmaba que tú podrías contarnos qué le pasó a esa chica.

Está claro que lo que le he dicho le ha impactado, aunque está luchando por disimularlo.

Traga saliva y niega con la cabeza.

—Déjame en paz, Derek. Si tanto te interesa esa chica, pregúntale a ella todo lo que quieras saber. No sé «qué le pasó», pero seguro que ella puede contártelo. Es la última vez que voy a pronunciar una sola palabra sobre el juicio. ¡La última! Así que cada vez que te llame quien sea, te cuente, te informe o te sugiera cualquier cosa sobre ese maldito juicio, te lo guardas para ti, te lo comes, o te atragantas con ello. Pero a mí ni me lo menciones. ¿Te ha quedado claro, abogado?

Su reacción me sorprende. Ni se ha molestado en preguntarme ni en defenderse una vez más.

Silencio.

Y fuego.

Eso es lo que hay en nuestras miradas ahora mismo. Pero un fuego que no nos va a llevar a la cama, o a la isla de la cocina.

Este quema y distancia.

52
Madison

Lo que no decimos

Cinco días después.

Nunca hemos hablado del pasado, de aquel que compartimos durante cuatro largos meses. Los que duró nuestra relación.

Hemos discutido por el juicio, por Asher, por Florence, por su aprensión, por la forma en que tira de la sábana por la noche, por los vasos que ha roto, por los peces y por la piscina. Por muchos más temas que ahora no recuerdo, pero… jamás hemos hablado de lo que ocurrió aquella noche en la que busqué refugio en los brazos de Asher y dos días después volví a Pensilvania con el corazón hecho jirones.

Nunca. Ni lo haré.

Es lo que estoy pensando mientras espero que el abogado esté listo para ir a la notaría, a la dichosa apertura del testamento.

—Ese maldito perro viene todos los días, ladra hasta quedarse afónico y se marcha. Y siempre bajo la ventana del dormitorio… —aparece dando quejas.

—Demándalo, abogado —le digo sin apartar la mirada de un espejo que hay situado en el garaje.

—Muy graciosa. ¿Es que a ti no te molesta?

Ni le contesto. Es lo que suelo hacer cuando algo me satura de él; hace lo mismo conmigo.

Desde aquella discusión, hace cinco días, no hemos vuelto a hablar del juicio. Ha habido algo de tensión, pero la hemos soportado bien porque, entre otras cosas, hemos tenido una agenda apretada. Nunca pensé que podría decir algo así en este lugar, pero es cierto… ¡Hemos estado ocupados!

En estos días nos hemos ocupado de la ceremonia del mausoleo, que por fin ha quedado colocado sobre la tumba de Asher. Los elementos que añadió el diseñador parecían hechos con pocas ganas. La jaula era pequeña, tanto que costaba imaginar qué clase

de pajarito podría albergar en su interior, a menos que fuera del tamaño de una nuez… Y además no tenía encanto ninguno, era como un conjunto pequeño de metales que parecían haberse soldado sin ningún interés ni acierto. Y la reina de Derek era excesivamente grande. Me llegaba a mí a la cintura… Y fea. Era muy fea.

Ambos elementos descansaban en un rincón del interior de la pirámide y no nos molestamos ni en darle nuestra opinión.

Café fue tratado con más mimo. Fue trasladado del jardín al cementerio por unos operarios que no tuvieron reparo en pasar por delante de nosotros con los restos del perro que yacía en un ataúd transparente. ¡Toda una consideración!

Derek se enfrentó a su aprensión, yo a los operarios y después llegaron las disculpas por parte de Florence, que, como siempre, vino a ofrecer una explicación que no le habíamos pedido en el momento más inoportuno.

Cada vez tengo más claro que no tiene sangre en las venas, sino aceite de motor.

Incluso en la ceremonia se mostró dura como una piedra. Ni una lagrimita soltó la novia. Ni un gesto, ni una palabra. Igual que el que observa a un coche pasar por la calle.

Si por mí hubiera sido, ella no habría estado presente. Incluso llegué a pedírselo. Le dije que era algo privado y queríamos estar solos, pero reivindicó su derecho de estar presente y, como no podía ser de otro modo, hizo alusión a lo que le había pedido Asher.

Derek me pidió que fuera considerada con ella porque, nos gustara o no, era su novia. Es que aún no entiende que eso no es verdad. Hasta Cassidy lo cree como yo.

Desde el día que nos chivó lo del sótano hemos hablado mucho. Nos hemos acercado la una a la otra y hemos entablado una relación que me gusta y de la que estoy disfrutando. Hemos hablado del sótano y me ha dejado clara su postura.

—Madison, Asher era un buen tío que me ayudó mucho. Con él he ganado mucho dinero y me he divertido de lo lindo. Me ha dejado disfrutar de su casa y me ha tratado con mucho cariño, pero

constantemente hablaba de vosotros. Creo que estaba obsesionado. Cuando visité ese sótano, después de descubrir a la niña un día manipulando en la trampilla, supe que algo no iba bien en su cabeza. Y en aquel momento, aún no estaba enfermo.

Eso es lo que me dijo y me costó mucho rebatirle. Quizás a mí me ha pasado por la cabeza alguna vez, pero prefiero no pensarlo y enfocarlo de otro modo.

Pero es que cuesta no pensarlo…

El día que fuimos a cenar al restaurante acordado para los jueves, el dueño nos recibió diciéndonos lo mucho que Asher le había hablado de nosotros. ¿Qué sentido tiene eso? Hasta el diseñador del mausoleo nos lo dijo…

Y la niña también parece conocernos como si nos hubiera parido… Es de locos. Quiero evitar pensar en ello, pero a veces es inevitable y me deja un sabor muy amargo.

—Nos quedan pocos deseos por cumplir de Asher… —le comento en un intento por seguir manteniendo ese modo «cordial» que hemos forzado en los últimos días.

Desde la discusión sobre el juicio se abrió entre nosotros una nueva brecha, distinta a las anteriores. Y aunque no hemos vuelto a tocar el tema, la distancia se ha instalado de forma más silenciosa y persistente. Solo hemos conseguido suavizarla en algún momento puntual, como cuando nos bañamos en la piscina y después decidimos desprendernos del cloro en la ducha de la primera planta, la del baño del tamaño del vestíbulo de un aeropuerto.

Sexo.

Necesidad.

Ni siquiera me atrevería a hablar de deseo, porque si lo había, era un deseo distinto.

Fue algo rápido, algo sin vida, algo que parecía que habíamos elegido más como un castigo que como una búsqueda de placer.

La frialdad era el arma que utilizamos para la tortura.

Y al menos a mí me sacudió con fuerza.

Pero después… silencio y la búsqueda constante de ignorarnos el uno al otro.

Algo se rompe y se une entre nosotros constantemente, y cada vez deja más astillas clavadas.

Al menos, me he permitido no pensar demasiado en ello, solo lo estrictamente necesario, que seguramente será más de lo que debería. Creo que por fin me he cansado de darle vueltas a todo y he decidido rendirme ante la evidencia, la que sea que se me presente.

Puedo soportarlo todo, menos discutir sobre el juicio…

Odio sus acusaciones, sus insinuaciones y su tono amenazador.

Quizás lo odio más porque ese tema me enerva y me destroza cuando intento proyectarlo con claridad.

Jenny me llamó el día de la discusión. Él se dio cuenta porque se quedó mirando mi móvil con cara de pocos amigos. Era evidente que no le pasó desapercibida la llamada y por eso Derek inició aquel ataque.

Jenny me contó que estaba destrozada, que echaba de menos a Austin, que iba a enloquecer si no le permitían verlo… Me habló de la prensa, de los padres de Austin que la odian a muerte, y de los problemas que tiene al refugiarse en la casa de su madre y tener que soportarla. Me habló también de su empleo, del que ha tenido que pedir una excedencia porque la cadena televisiva se lo ha pedido hasta que haya una sentencia. Con lo que disfrutaba ella maquillando famosos…

Su relato es triste, pero hay algo en ella que me produce tanto rechazo que no puedo ni compadecerla. Y más triste es el destino que le espera a Austin…

Yo sé una verdad. Una que no cuento. Una que me quema. Pero cuando Jenny me recuerda que de las pocas cosas que ha hecho bien en la vida ha sido conocerme y ayudarme cuando más lo necesitaba… me desinfla.

Y me desinfla cuando me da las gracias por acudir en su ayuda aquella noche, y por haber hablado con su madre y con su abogada…

Y cuando llora y se hunde y me dice que si la declaran culpable se quita la vida.

Sé que es una estrategia, al menos lo presiento. Sé que a Jenny le importo tanto como ella a mí, y que solo era cuestión de tiempo que nos hubiéramos distanciado más todavía de lo que ya lo estábamos hasta que me ayudó. Pero… esa realidad de la que ella se siente orgullosa no es cualquier cosa para mí. Me salvó.

Aun así, no me mostré muy entusiasmada con su llamada, ni muy comprensiva, ni muy habladora. Creo que desistirá de contactar conmigo más veces.

Ese maldito juicio… No sé cómo resolver ese conflicto. Mucho menos siendo Derek el abogado.

Es curioso… Asher me dijo que no me complicara la vida con ese caso, que pasara inadvertida. Si lo supiera Derek…

Pero ya me ocuparé de ello a mi vuelta. Ahora hay otros temas que resolver, como el dichoso testamento que el hombre bajito, regordete, que se parece a Santa Klaus, está dispuesto a leernos dentro de exactamente cinco minutos.

Eso es lo que ha dicho cuando nos ha dado la bienvenida.

—Vamos a ver qué deseaba el señor Weston tras su partida —nos ha dicho, dándonos paso a un despacho impoluto en orden y en limpieza, no tanto en energía. Básicamente porque la niña está ocupando un asiento.

Dios mío, parece nuestro guardaespaldas.

53
Madison

La herencia y el fuego

—El señor Weston dejó por escrito su deseo de que la propiedad situada en Ironwood, conocida como «la casa del estanque», pasara a manos de dos personas: la señorita Madison Abbott y el señor Derek Lawson —empieza diciendo el notario, sin levantar apenas la vista del documento.

Antes de empezar, nos ha aclarado que es solo una lectura que se formalizará mediante firma dentro de los próximos quince días, plazo que tenemos para hacer las alegaciones que consideremos y para renunciar a la herencia si es lo que decidimos. También nos ha aclarado que el testamento se divide en varias partes y que, por deseo de Asher y por motivos de privacidad, está redactado para ser leído solo a los beneficiarios.

Joder, me voy a quedar con las ganas de saber qué le dejó a la bruja.

—La propiedad es indivisible —continúa—. No podrá venderse a terceros, ni uno de los herederos podrá transmitir su parte al otro. Tampoco podrá alquilarse, explotarse, modificarse ni cederse a título alguno sin la participación conjunta de ambos herederos. Esta condición ha sido establecida con carácter permanente y no puede ser modificada ni renegociada por decisión individual de ninguno de los beneficiarios.

Hace una breve pausa y añade con tono neutro:

—No obstante, como ocurre con cualquier disposición testamentaria, ambas partes conservan su derecho a presentar alegaciones o impugnar las condiciones por vía judicial si lo estimaran procedente, conforme a lo previsto en la legislación vigente.

—En caso de desacuerdo entre los herederos —añade finalmente —, la propiedad quedará bajo custodia fiduciaria, sin que ninguno pueda beneficiarse de su explotación, venta o uso exclusivo hasta que exista resolución judicial o acuerdo conjunto debidamente autorizado.

Miro a Derek, pero él no me devuelve la mirada. Está rígido como un palo. Antes de entrar me ha pedido que no me pronuncie, que le deje actuar a él porque lo ha estudiado todo a efectos legales. No me ha contado más, solo eso, así que le haré caso. Si al menos me lo hubiera dicho antes de poner un pie aquí… pero ha esperado al último momento.

Levanto una ceja. Lo que está diciendo suena mucho más suave que lo que escuchamos en aquella maldita carta, especialmente porque en ningún momento menciona que se le puede prender fuego. Pero, como me dijo Derek, eso no es legal.

Florence se revuelve en su asiento, apretando los labios. Está rígida como un perchero. Seguro que está pensando en el momento en que la verá arder. Seguro que es pirómana y por eso Asher se lo encomendó…

Nos despedimos del notario tras recibir una copia de lo que nos ha leído y salimos del despacho acompañados de Florence.

—Sígueme la corriente —me susurra sin que ella pueda advertirlo.

¿Qué narices está haciendo? ¿Para qué me ha pedido que no intervenga si él no ha abierto la boca?

Claro que, yo tampoco tenía intenciones de decir nada.

Nos acercamos a Florence, que ya tiene en las manos las llaves de su coche, el que ha aparcado justo en la entrada a la notaría.

—Gracias por acompañarnos, Florence —le dice mi misterioso abogado—. Sé que forma parte de todo lo que te confió nuestro amigo, pero necesitaba decírtelo.

—Ha sido un placer —dice sin perder su tono habitual.

—Asher nos dejó esa preciosa casa… ¡Estoy emocionado!

—Es para estarlo —responde de forma seca.

—Por suerte en el testamento no se menciona lo de prenderle fuego, te confieso que nos tenía preocupado, ¿verdad, Madison?

—Sí, es algo que nos inquietaba mucho… —le digo para seguirle la corriente como me ha pedido. ¿Dónde quiere llegar?

La bruja no se pronuncia. Está incómoda, empieza a pestañear más de la cuenta.

—Podemos estar tranquilos, ¿verdad, Florence? —la acorrala con esa pregunta, es más que evidente.

—Asher deseaba que disfrutarais de la casa juntos.

—Me pregunto cómo se planteó Asher ese asunto. Él sabía que, aunque decidiéramos permanecer aquí el tiempo que él nos pidió, antes o después tendríamos que volver a Nueva York y… no sé ni cuándo podríamos volver aquí, ni si Madison y yo podríamos coincidir alguna vez. No sé ni cuándo volveré a tener unas vacaciones… ¿No es cierto, Madison?

Me pilla desprevenida, pero le sigo la corriente de nuevo.

—Sí, yo… puedo tardar mucho tiempo en tener tiempo libre para volver aquí.

La bruja sigue callada.

—¿Cómo se planteó ese tema Asher? —le insiste Derek.

—No lo sé. Y si lo supiera, tampoco lo compartiría.

—Pero tú sabes todo lo que él pensaba…

—Me basta con saber lo que él esperaba de mí, lo que me pidió. Cómo y por qué se planteó algunos asuntos… no lo sé, ni necesito saberlo.

Hoy está más pétrea y desagradable de lo habitual. Nos está diciendo que ella no cuestiona las decisiones de Asher, solo las ejecuta.

—Entiendo… —dice Derek asintiendo con la cabeza—. En cualquier caso, estoy contento de haber recibido ese legado tan valioso para él y… habrá que encontrar la forma de disfrutar la casa.

—Esa era su voluntad. Espero que paséis un buen día —nos dice antes de introducirse en el coche. No está dispuesta a aguantar más preguntas.

La seguimos con la mirada, hasta que desaparece.

—Ahora vuelvo —me dice Derek, volviendo a entrar en la notaría —. Espérame aquí. Entra en el coche y si Florence vuelve, llámame.

—Pero… —le digo, pero ya casi ha desaparecido.

¿Qué está haciendo? No entiendo nada.

Hago lo que me pide y la respuesta a su extraño comportamiento llega veinte minutos después, cuando ya estaba a punto de ir a buscarlo.

—¿De qué va esto? —le recrimino en cuanto entra en el coche.

—Le he pedido una copia al notario de la carta que dejó en depósito, la que nos leyó Florence a modo de últimas voluntades. Me ha costado convencerlo, debería habérselo pedido por escrito… y algunas pegas más, pero ha cedido y me la ha entregado.

—Felicidades —le digo con desgana.

—Tal y como esperaba, la parte del fuego no se menciona —me aclara entusiasmado.

Pone el coche en marcha.

—Vamos, tenemos que comentar muchas cosas sobre lo que ha pasado hoy.

No le digo nada. No sé qué me pasa, pero no comparto su energía. Estoy destrozada. Él vibra en otra frecuencia. Yo solo intento mantenerme entera.

Me mira sorprendido, pero no dice nada.

El corto trayecto lo hacemos en silencio. Yo finjo estar entretenida con el paisaje y él en la carretera.

—Tenemos que hablar del testamento —me dice nada más entrar en casa, cuando ve mis intenciones de subir a la primera planta.

—Tendrá que ser otro momento, Derek.

—¿Estás bien?

—A veces se me olvida por qué estamos aquí. Ese testamento, al margen de lo que pueda contener, me ha hecho pensar que él ya no está, que está muerto. Los testamentos se leen cuando la gente está muerta… ¡Muerta!

No puedo ocultar la angustia que siento.

—Entiendo… —me dice cabizbajo.

—Y ahora no quiero pensar, Derek. Necesito hacer cualquier cosa que me impida pensar. El agua lo consigue… Ya hablaremos.

—¿Prefieres bañarte sola? —me pregunta cuando empiezo a alejarme.

Niego con la cabeza. Es mi forma de empezar a dejar de pensar.

Se acerca a mí tan rápidamente que apenas me doy cuenta.

—Habrá que buscar la manera de que mantengas la mente en blanco —me dice impulsándome y acogiéndome en sus brazos.

Me apoyo en su hombro sin poner ninguna objeción.

—Hazlo. Lo necesito —le confieso sin que en este momento me importe absolutamente nada más.

54

Derek

Desde fuera

Ella está sentada frente al acuario, a oscuras. La única iluminación de la sala proviene del interior del acuario. El efecto es cálido e hipnótico. Me acerco a ella en silencio hasta sentarme a su lado.

No sé si hemos conseguido que nuestra mente esté en blanco, pero hemos disfrutado del baño, del sexo e incluso de alguna que otra broma. De nuevo nos hemos acercado, y… no quiero más distancias. Esto es un juego de alto riesgo, uno que puede desgastarnos, pero no quiero volver a esa distancia fría que nos hemos impuesto los últimos días. Quedan muchos días por delante.

—¿En qué estás pensando? —le digo nada más entrar mientras le entrego una copa de vino. La acepta con una sonrisa fugaz.

Ha recibido varias llamadas, pero no ha atendido ninguna. En una de ellas he podido ver en la pantalla el nombre de «mamá», pero la ha ignorado. No le he preguntado, de hecho, sé muy poco de su familia. No recuerdo que hablara mucho de ella, y nunca le pregunté. Supongo que era una forma de no arriesgarme a que ella me preguntara por la mía.

—En la jaula… Me preguntaba si Asher ha podido verla desde alguna parte y qué habrá pensado… Esa estupidez estaba pensando.

—No es una estupidez… Cuéntame qué significa exactamente esa jaula.

—Es una larga historia. Es pasado. Nunca hablo de ella.

—A Asher sí le hablaste…

—Él lo vivió conmigo… Era inevitable.

—Cuéntamela…

Me mira de una forma que me estremece. Podría apagar la pecera y seguiría habiendo la misma luz.

—Tienes razón, creo que he cruzado una línea que no debería haber cruzado —le digo mientras me levanto.

Permanece callada hasta que estoy a punto de salir de la sala.

—Mi padre era el sheriff del condado de Decatur, a donde pertenecía Greensburg —empieza a decir.

Vuelvo sobre mis pasos y tomo asiento de nuevo, en la butaca que hay justo a su lado.

—Éramos una familia «feliz». Mis padres, Peter y yo. Mi padre era encantador, un hombre al que todo el mundo quería en el condado, especialmente en Greensburg, donde vivíamos. Ayudaba a quien fuera, no importaba lo que le pidieran: siempre encontraba un momento para atender a la comunidad. Fuera un gato perdido, o un altercado violento, él lo resolvía como podía. Era respetado, querido, admirado. Él y su ayudante llevaban la oficina del sheriff con mucho rigor. Es cierto que allí nunca pasaba nada grave, pero, fuera lo que fuera, tenía contento a todo el mundo. Y con nosotros era igual: atento, cariñoso, divertido, siempre dispuesto a jugar con Peter y conmigo. Yo presumía de él todo el tiempo. Incluso llegué a presumir de su cargo, incluso para amenazar a alguien. Cosas de críos. Pero él siempre me decía que no debía hacerlo. Era un hombre con muchos valores. O eso creíamos.

Se detiene para tomar un trago de vino y continúa.

—Mi madre también era maravillosa. Tan buena… Siempre estaba pendiente de todos. Se ocupaba de nosotros y nunca le faltaba una sonrisa. Trabajó durante unos años como recepcionista en el centro médico de Greensburg, pero dejó el trabajo para dedicarse por completo a la familia.

Hace una pausa.

—¿Qué rompió esa felicidad familiar?

—Mi padre tenía un… ¿cómo llamarlo? ¿Defecto? Uno que nos destrozó por dentro, aunque para ellos no fuera más que un defectillo. ¡Nadie es perfecto! Se acostaba con todas las mujeres que le apetecía.

—Joder —suelto sin pensar. No esperaba ese desenlace. He estado barajando posibilidades, pero esa ni me había pasado por la cabeza.

—Al principio, Peter y yo no sabíamos nada, pero con el tiempo, al ir creciendo, empezamos a escucharlo de unos y de otros. Una tortura lenta, un secreto a voces. Y nosotros tardamos en entenderlo, porque éramos niños.

—¿Tu madre tampoco lo sabía?

—Sí, siempre lo supo. Y siempre lo perdonó. De niños nos acostumbramos a esas discusiones que surgían cada vez que mi madre se enteraba de algo o lo pillaba. Alguna vez incluso lo sorprendió en pleno acto. Ella se enfadaba, lloraba, él la consolaba, le prometía que no volvería a pasar... Y al día siguiente, o ese mismo día, volvíamos a ser una familia feliz. Se escondían para discutir, pero muchas veces los escuchábamos. Acabamos normalizándolo.

»Pero Peter y yo crecimos, y cada vez fue más difícil. Los comentarios, las bromas, las insinuaciones. A veces venían de amigos. Otras, de gente que ni siquiera lo era, y eso dolía más. Él era el sheriff, la autoridad, así que quien veía algo que no le gustaba… callaba. Y lo entiendo. No era asunto suyo si el sheriff se tiraba a toda la que le diera la oportunidad.

»Además, sabían que hablar más de la cuenta podía traerles problemas. En un sitio como Greensburg, todos se conocen, y el sheriff no solo impone respeto: también puede hacerte la vida un poco más difícil si se lo propone. «Yo os sirvo con dedicación y eficacia, pero de mi vida privada nadie debe hablar. Yo hago lo que me dé la gana, tengo a la tonta de mi mujer que me lo permite, así que ¿quién sois vosotros para cuestionar mis valores?».

—Entiendo… —le digo. Me gustaría abrazarla. Esta historia jamás antes la había escuchado. Debió ser muy duro para ella y la entiendo más de lo que pueda imaginarse.

»Él sabía cómo ganarse a todo el mundo, y sabía con quién debía acostarse y con quién no. Fue adquiriendo práctica. Peter vino un día a casa con la nariz rota. Se había peleado con unos chicos del pueblo de al lado que le habían dicho que su padre le ponía los cuernos a su madre hasta con el reverendo. Eso acabó en pelea. Peter lo contó cuando llegó a casa. Tenía doce años. Era la primera vez que eso se verbalizaba, pero mis padres ni se inmutaron. Le dijeron que no debía escuchar a la gente, que inventaba muchas cosas. Nos trataban como si no entendiéramos nada… Al día siguiente, Peter me contó que esos chicos fueron a pedirle perdón y supe que detrás estaba mi padre, que seguramente había intervenido de forma pacífica o no para que no molestaran más a su hijo.

»Yo también tuve que escuchar comentarios de mis amigas que me dolieron mucho. Entonces llegó Asher, justo el verano anterior al inicio del instituto. Nos hicimos amigos aquel verano. Yo estaba apartada de mis amigas y él acababa de llegar, así que conectamos en seguida. Vivía cerca de mi casa. Con el tiempo se lo conté todo. Me desahogué con él. Y a partir de ese momento todo fue más fácil. Sentía que tenía un amigo de verdad y que me entendía. En aquel entonces estaba muy afectado por haber tenido que dejar Albany y también a ti. Hablaba mucho de ti.

—Fue un momento muy duro para los dos separarnos. Odié a su padre de todas las maneras posibles por llevárselo a Indiana.

Sonríe de forma fugaz.

—¿Estás bien? —le pregunto—. ¿Quieres seguir? Supongo que ahora viene el momento de la jaula.

Asiente con la cabeza.

—El último año de instituto todo seguía igual. Mi familia era la misma y nada había cambiado. Es cierto que las disputas entre ellos cada vez las presenciábamos menos, pero seguían existiendo. Peter se marchó a Boston y yo me quedé sola, pero estaba Asher en mi vida y fue menos duro. Un día estábamos probando el nuevo coche que el padre de Asher le había regalado. Al pasar al lado de Batesville, un pueblo que hay a unas quince millas, vi el coche de mi padre aparcado delante de un motel de carretera. Aunque estaba de servicio y dentro del condado, algo me dijo que iba a presenciar una escena que no me iba a gustar. Nos camuflamos cerca. Esperamos durante una hora, hasta que lo vimos salir acompañado de una chica joven. Se besaron antes de despedirse sin ningún pudor. Y ella era mi amiga. Tenía un grupo de tres amigas y ella era una de ellas. Diecisiete años y él… cuarenta y dos. Ni siquiera respetó eso.

»Aquel día, cuando llegué a casa, no pude contenerme. Le vomité todo lo que sentía, pero lo único que hizo fue intentar confundirme. Mi madre presenció la escena sin decir nada y se metió en el dormitorio a llorar. Él intentó calmarme y manipularme de mil maneras, pero yo sentía tanto asco que no soportaba ni que me hablara.

»Al día siguiente hablé con más calma con mi madre. Pensé que eso sería lo definitivo para que ella reaccionara, pero se limitó a atacar a mi amiga, a culparla de todo. Le pedí que lo dejara, que no aguantara más humillaciones. ¿Sabes qué me dijo? Que era un buen marido y un buen padre. Que tenía ese vicio, pero que le compensaba en otras cosas. Y me dijo también que esas mujeres con las que se acostaba le daban lo que ella no podía darle. Y para rematar, me soltó que, cuando fuera más mayor, entendería que hay mujeres muy provocativas que hacen que los hombres pierdan la cabeza.

Madison suspira de forma muy intensa y me mira por primera vez en todo su relato.

—Era humillante pasear por las calles de mi pueblo, ver las miradas, ver a mis amigas cuchicheando… Suerte que tenía a Asher.

»Mi padre actuaba como si nada hubiera pasado y mi madre seguía su vida. Se hacía la interesante unos cuantos días y luego se reconciliaban. Llegó la universidad y me marché a Pensilvania. Recurrí al fondo que nos había dejado mi abuelo, tras su muerte, para los estudios, igual que hizo Peter, y por suerte no tuvieron que pagármelos.

»Antes de irme me enfrenté de nuevo a mi padre, y me dijo que tenía que respetar sus vidas, que los problemas que hubieran en su matrimonio no eran asunto mío. Me dijo que quería a mi madre con locura y que no podía vivir sin ella, pero que no podía contenerse a estar con otras mujeres. Y mi madre… estaba delante. No le pareció humillante que su hija se enfrentara a su marido para recriminarle la vida que les había dado, ni que proclamara en voz alta que necesitaba estar con otras mujeres. Ella solo hizo dos cosas aquella noche: sonreír cuando mi padre dijo que no podía vivir sin ella y decirme: «Tu padre no va a volver a hacerlo. Sabe que no está bien, y aunque le ha costado entenderlo, por fin lo ha hecho. Somos felices y tenemos nuestras discusiones como todas las parejas, así que deberías estar contenta de que sigamos juntos y no deberías meterte. ¿Qué clase de hija lucha para que sus padres se separen? Eres muy joven, algún día entenderás cómo son los hombres».

—¿Y te marchaste? ¿Te alejaste de todo eso…? —le digo con un gran esfuerzo por encontrar alguna palabra coherente que pronunciar.

—Sí, Derek. Me alejé de ellos, de mi pueblo, de los cuchicheos, de los rumores, de las miradas de mis amigas… De esa puta pesadilla humillante que mis queridos padres no tuvieron reparo en que mi hermano y yo viviéramos durante toda nuestra vida. De esa familia sin dignidad que quiso que aceptáramos como normal. De las aventuras de mi padre con la profesora de Peter, la vecina, la dependienta del supermercado, la madre del mejor amigo de Peter, mi amiga…, y esa larga lista de mujeres. Y… Asher me regaló la jaula. Me dijo: «Mírala siempre desde fuera. Nunca permitas que alguien te encierre, aunque deje la puerta abierta».

Guarda silencio y deduzco que ha terminado.

—¿Así que esa es la historia de la jaula?

—Esa es. Al principio, cuando Asher me la regaló, te confieso que no significaba nada para mí, que no era capaz de relacionarlo conmigo o con mi vida. Era algo simbólico y para mí tenía más valor el tiempo que Asher dedicó a que me sintiera bien que el mensaje que pudiera contener la jaula. Tenía muy claro lo que significaba la libertad y no necesitaba mirar un objeto para que me lo recordara. Pero años después, la miré de un modo distinto… ¿Quieres saber cuándo, Derek?

Esa manera de dirigirse a mí y el brillo en sus ojos me producen un escalofrío.

—Claro —le animo a seguir. Estoy aturdido. Ahora entiendo por qué se volvió tan desconfiada y tan celosa, tan controladora…

—Cuando me enamoré, cuando me enamoré de ti locamente. Cuando te vi aquella noche con aquella chica, cuando me enteré de tu doble juego, de tu falsedad. Aquella noche y días después tuve que mirar la jaula para recordarme que nunca volvería a entrar en una. Aquella noche entendí que te quería tanto que habría entrado con tal de no perderte. Pero me hubiera convertido en ella… en mi madre.

55
Madison

¿De qué estás hablando?

—¿De mi doble juego? —me pregunta, mirándome con una frialdad que me atraviesa.

—¿Cómo quieres llamarlo, Derek? Estabas con otra chica mientras salías conmigo, ¿no se llama doble juego? —le digo mientras observo que cruza los brazos y se me queda mirando con una rabia contenida—. Se puede llamar de muchas maneras…

—¿Sigues con esas absurdas ideas? No sé a qué chica te refieres, pero no creo que importe —levanta los brazos en señal de calma—. Madison, me habría gustado que me contaras lo que me has contado hoy de tu familia. Es evidente que eso te marcó. Lo habríamos podido hablar. Habríamos podido superarlo juntos. Ahora entiendo tus celos, tus deseos de controlarme, de espiarme… Creías que estaba con otras, pero sigues afirmándolo… ¿No ha cambiado nada?

—¿De qué coño estás hablando? ¿Mis celos? ¿Espiarte? —Doy un paso hacia él—. Escúchame bien, Derek. Esto está siendo demasiado intenso. Antes de escuchar más estupideces, déjame decirte que puede que te estés confundiendo en algo. Han pasado muchos años. A mí esa historia no me importa nada, ahora ya no. No te estoy reprochando nada, mucho menos ahora. Me da igual: hace mucho que dejaste de importarme. Estamos aquí por lo que estamos, y hemos follado varias veces porque… es entretenido, mucho mejor que estar muertos de aburrimiento entre los muros de esta casa. Pero, hablando de eso, podrías al menos cambiar el registro y no acusarme de esas gilipolleces porque te acabo de decir que te vi con mis propios ojos…

—No hace falta que me aclares eso, lo tengo claro. A mí también, a estas alturas, me da igual lo que pasó. Pero ya que ha salido el tema, no puedo callarme. Veo que sigues igual, viendo fantasmas en todas partes y solo te has quedado con eso. Esperaba que Asher te hubiera hecho entrar en razón, eso fue lo que me dijo, pero veo que él estaba tan engañado como yo. Sigues creyendo que

yo estaba con otra porque me viste no sé dónde y no sé con quién… Ni me importa. Pero no pienso permitir que lo digas más veces porque eso está en tu mente. Y al menos, a estas alturas, no me culpes a mí de lo que pasó. Podríamos haberlo hablado, haberme escuchado, pero no… era mejor salir corriendo, desaparecer. Estaba hundido por todo lo que averigüé, pero al menos habría hablado contigo… Te largaste sin decir nada y me dejaste una mierda de nota…

—¿Lo que averiguaste? ¿Una nota? ¿De qué hablas? —Frunzo el ceño desconcertada.

—De tu nota. Esa en la que me decías que no querías volver a verme, que te marchabas a Pensilvania y que renunciabas a la beca en Columbia.

¡Dios! Esto es una locura. Este tío tiene un problema.

—Yo no he escrito eso en mi vida. ¿Qué nota? Me largué, sí, pero porque estaba destrozada. Me largué porque me enteré de todo lo que hacías y no pude soportarlo. Puede que mi pasado me afectara más, joder, pero sin él habría hecho lo mismo… No sé cómo te atreves a acusarme de marcharme cuando fuiste tú el que me engañó de todas las maneras. Eres tú el que me echó a patadas. ¿Qué pretendías? ¿Que mirara a otro lado? ¿Pensabas que no me iba a enterar?

—¿Enterar de qué? ¿Todavía no te has dado cuenta de que estaba en tu mente?

—Joder, en mi mente no. No quería hacerlo, no quería nombrarlo, pero… Él está muerto y… no quería recurrir a él, pero él me lo contó todo. Asher sufrió mucho, le costó una vida contármelo, pero entiende que también era mi amigo y no quería que yo sufriera. Eso no lo tuviste en cuenta.

—Madison, no entiendo ni una sola palabra de lo que estás diciendo. ¿Por qué metes a Asher? ¿Qué le costó una vida contarte?

—¿A qué juegas, Derek? Esto está yendo demasiado lejos… No es el momento de discutir por lo que pasó hace tanto tiempo, ya está hecho. Pero al menos ten la dignidad de no hacerme creer que me lo imaginé todo. Te vi con ella, joder, y Asher se vio obligado a

destapar todas tus mentiras. No creas que no fue duro para él… —Aprieto los puños sin darme cuenta.

—¿Qué mentiras?

—Te vi, Derek, te vi con ella. Teníamos planes aquella noche para vernos en tu apartamento, pero me llamaste a media tarde y me dijiste que habías confundido la fecha de la entrega de un trabajo y que tenías que terminarlo para el día siguiente… Me dijiste que te llevaría toda la noche.

—¿Y qué? Me acuerdo perfectamente porque fue la última vez que hablé contigo… Tenía que entregar ese maldito trabajo.

—Eso es mentira, te vi con mis propios ojos. No estabas estudiando.

—¿Qué viste con tus propios ojos? ¿Me seguiste como hacías siempre para controlar todo lo que hacía…? Y si es así, ¿qué coño viste?

—Yo no te seguía nunca, estúpido. Lo hice aquella noche, pero no fue idea mía. Fue Asher quien me llevó hasta el restaurante para demostrarme que estabas con otra, no preparando un trabajo como me dijiste. Os vi. Deja de negarlo.

—¿Asher? ¿Qué estás diciendo, Madison? ¿Asher te llevó a dónde?

—Al restaurante de Dante, su amigo. Estabas allí con ella, con esa tía. Asher me lo contó todo porque no me lo creía. Te defendía, le dije a Asher que estabas en tu casa estudiando, pero él me dijo que me demostraría que estaba equivocada, y así fue.

Él arruga mucho la frente.

—¿El restaurante de Dante? Claro, ahora encaja todo. ¿Cómo lo había olvidado? Estuve allí con Brenda… Era amiga de Asher. Pero, ¿qué significa que Asher te llevó allí?

—Pues que me llevó allí para que viera que me engañabas.

—¿Engañarte? ¿Con Brenda? Eso creíste… Y por eso le hiciste lo que le hiciste. Estabas peor de lo que pensaba, peor de lo que me dijo Asher.

—¿Hacerle lo que le hice, a quién? ¿Qué te dijo Asher? Es que no hay quien te entienda.

—Él me lo contó todo, Madison, todo sobre ti. Me dijo cómo eras, lo que hacías a mis espaldas. Y no creas que no le costó. Lloraba mientras me lo decía, pero me dijo que me quería demasiado para callar y ver cómo seguía engañado. Que antes o después me estallaría y que tenía que saber quién eras… Me enseñó tus mensajes, aquellos en los que le exigías que te dijera dónde estaba en todo momento, y los que le contabas que me habías seguido a la universidad, o al bufete… Me habló de tus celos enfermizos con Mia, la becaria que trabajó en el bufete de mi tío. Me dijo que, cada vez que podías, accedías a mis mensajes, mis correos… ¡Era una puta pesadilla!

—Pero ¿de qué estás hablando, Derek? Yo no hacía nada de eso. Asher no pudo contarte eso… ¡Es una puta mentira! Fue a mí a quien me llevó a ese sitio para que te viera, igual se te ha olvidado…

—No, no se me ha olvidado. Lo que no entiendo es cómo metes a Asher. Claro, no puede defenderse.

—No le acuso de nada, te digo que él me llevó a ese restaurante para que te viera.

—¿Qué sentido tiene eso? Fui a ese lugar porque él me lo pidió. Brenda era su amiga. Me pidió un favor muy grande: que quedara con ella para hablarle de mi carrera. Ella quería estudiar Derecho y necesitaba hacerme algunas preguntas. Me negué porque tenía que hacer ese trabajo, pero me convenció. Me dijo que le gustaba mucho y que aprovechara para tantearla y saber qué opinaba de él. Al final quedé con ella porque era importante para él… ¿Es que no te lo explicó Asher? No me creo que no te lo contara.

—¿Es que no te has enterado aún de que fue él el que me llevó y me lo contó todo?

—Mentira. Me seguiste, como hacías siempre. Y al verme te montaste una película en tu cabeza. ¿Qué es lo que viste? ¿Me viste besarla, tocarla? No pudiste verlo. Solo estuvimos un rato hablando mientras tomábamos algo.

—Asher me dijo que estabas liado con ella.

—Mientes. Él no te pudo decir eso. Es lo que imaginas.

—Tampoco te pudo decir que yo era celosa, ni nada de lo que me has contado. El que miente eres tú…

—¿Por qué te marchaste sin decir nada? ¿Te lo pidió Asher también? —me suelta con ironía.

—Porque te vi con esa tía, y porque también te liaste con Sophie, la amiga de Asher. Ella misma me lo contó. Le pidió Asher que lo hiciera. Y a saber cuántas más había…

—¿Sophie? ¿La compañera de Asher? Te lo estás inventando…

—No me estoy inventando nada. Asher se lo pidió para quitarme la venda que tenía y tuvo que hacerlo de ese modo porque yo me negaba a creerlo.

—Esa misma chica, Sophie, a mí me contó que la habías increpado y amenazado porque creías que estábamos liados. Asher le pidió que me lo contara. Confundes las cosas. Te las inventas.

—Las confundes tú. Yo no amenacé nunca a Sophie de nada. Y en cuanto a la otra, puede que no te viera besarla en el restaurante, pero sí vi el mensaje que le enviaste a Asher diciéndole que te la habías vuelto a tirar y que te arrepentías. Que la ibas a dejar porque no merecía la pena. Asher me contó que os peleabais constantemente, que él no podía soportar lo que hacías y al final acabó por contarme la verdad.

—¿Qué verdad? Ese mensaje solo está en tu cabeza. Yo no me tiré a nadie. Con Sophie apenas tuve trato. A Brenda solo la vi aquella noche y dos días después también. Vino a verme a mi casa acompañada de Asher para mostrarme que le habías arañado en la cara y que le habías amenazado.

—¿Qué? Yo no vi a esa tía en mi vida. Solo la vi a través de un cristal, cuando te vi con ella en el restaurante. Yo no he agredido a nadie en mi vida… Y en cuanto a Sophie, solo traté con ella cuando Asher le pidió que me contara que se había acostado contigo.

—Me estás mintiendo, Madison.

—Me estás mintiendo tú, Derek. Asher está muerto, no puedes meterlo en tus mentiras.

—No puedes meterlo tú. Estás acusándome de hacer precisamente lo que estás haciendo tú.

—Esto debe tratarse de una broma… Esto no tiene sentido.

—¿Una broma? Es una puta pesadilla.

Llega el silencio, por fin.

Por fin cesan esas malditas palabras que nos estamos lanzando como piedras.

Su respiración y la mía son lo único que se escucha. No es una respiración agitada, es que nos estamos ahogando, joder…

No puedo digerir esto, me va a estallar la cabeza. Las imágenes, sus palabras, Asher, todas las personas que ha nombrado, esas agresiones…

Me asfixio.

Me está mirando con una mezcla de odio y de confusión.

Miro hacia la derecha. La salida.

Salgo corriendo. Abandono el salón. Abandono la casa.

56

Derek

No vas a encontrar respuestas

Fijo la mirada en el techo, luego en el lado de la cama vacía.

Me pregunto si tiene intenciones de venir a dormir. Son las tres de la mañana y he escuchado sus pasos por la planta de abajo, pero de eso ya hace un rato y no parece tener intenciones de subir.

Al menos, ha vuelto. Me inquietaba que pudiera haberle pasado algo. Se ha llevado el coche, y nuestro estado de ánimo no era el más aconsejable para conducir.

Se marchó después del enfrentamiento que tuvimos. No sé dónde ha estado ni con quién durante las siete horas que ha estado fuera, pero supongo que necesitaba lo mismo que yo: pensar.

De no haberse marchado ella, creo que lo habría hecho yo. Cuando hemos terminado de gritarnos, mi estado era lamentable. Mi mente estaba tan entumecida que temí desconectarme de golpe, como si el cuerpo activara un mecanismo de defensa para no procesar ni una idea más. Total, todas eran confusas y absurdas…

He conseguido poner algo de orden a mis ideas. Pero ese orden no ha traído paz, sino más preguntas. Algunas conclusiones me han confundido más todavía, y otras… ni siquiera me atrevo a volver a pensarlas.

Me harto de mirar al techo. De esta cama vacía. De esperar. Me levanto decidido a buscarla. No sé cómo me recibirá, pero he tenido suficiente tiempo como para entender que esta vez no podemos dejar las cosas como están.

Tardo en localizarla. Recorro la casa casi entera, habitación por habitación. Nada. ¿Se ha vuelto a marchar?

Me dirijo al exterior, al garaje. El coche está aparcado, pero… no en su sitio. La trampilla del sótano está abierta.

¿Qué hace ahí metida?

Bajo lentamente, y la encuentro de pie, frente a una de las paredes repletas de fotografías. Ni se inmuta cuando entro.

—¿Qué buscas? —le pregunto en un susurro.

—Respuestas.

—¿Las has encontrado?

—Estoy en ello.

—No creo que aquí encuentres nada.

—También he recurrido a los recuerdos, pero las que he encontrado… —Se detiene.

—Las que has encontrado no quieres creerlas.

—¿Por qué deduces eso?

—Quizás porque es lo que me ha pasado a mí… ¡Tenemos que hablar!

—No quiero hablar más, Derek.

—Escúchame. Puede que estés agotada, como yo. Llevamos muchas horas en pie, pero a menos que me digas que quieres dormir, deberíamos hablar. Y deberíamos hacerlo porque aquí no vas a encontrar respuestas, sino en lo que podamos contarnos el uno al otro. Llevo muchas horas dándole vueltas a todo y creo que esta vez no podemos hacer como hace seis años… Esta vez tenemos que tener una conversación.

Baja la cabeza, luego me mira y se vuelve hacia el panel de fotografías antes de asentir.

Salimos del sótano y nos dirigimos, cómo no, a la sala de los peces.

Enciendo algunas luces, pero ella se encarga de apagarlas hasta conseguir el mismo efecto que horas atrás había en la sala: solo la iluminación de la pecera.

Pasados diez minutos, estamos sentados el uno frente al otro, con una copa de vino, tras dudar si era buena idea a estas horas de la madrugada, después de no haber probado ni un solo bocado en toda la noche.

Nos conviene. Ese ha sido el veredicto.

—Cuéntame esa historia lo más ordenada posible. Lo que recuerdes. Yo también lo haré —le pido, con una voz calmada que nada se parece a la que hemos empleado hace unas horas.

—Te voy a contar la verdad, Derek, la puta verdad —dice antes de dar un trago de vino y colocar la copa en el suelo, junto a ella—.

No tengo interés en que me creas, ni tengo que justificar nada. Solo hay una razón para que me marchara de Manhattan y, con más o menos sentido, es la que te voy a contar.

—La verdad, Madison. Estoy deseando escucharla.

57
Madison

Te toca, abogado

No sé si es buena idea hablar de la «verdad» a estas horas, después de un día tan largo, pero si me meto en la cama no voy a ser capaz de conciliar el sueño.

Derek está sentado frente a mí. Es como un déjà vu. Esta escena se ha repetido hace solo unas horas, pero esta vez no le voy a hablar de mi familia.

—Como sabes —empiezo a decir sin esperar más—, me instalé en casa de Asher cuando llegué a Manhattan. Aquel día… No recuerdo cuánto tiempo después de que me dijeras que tenías que terminar un trabajo, llegó él. Cuando entró, tenía una expresión extraña. Me dijo «Hoy no tienes planes con Derek, ¿verdad?». Cuando se lo aclaré, empezó a pasear por el salón de un lado a otro diciendo cosas que no podía entender: «No pienso taparle más», «No se lo merece», «Tienes que saber la verdad». Y, después de estar un buen rato así, me pidió que le perdonara por no habérmelo contado antes, que seguramente tu amistad y la suya se acabarían, pero no podía seguir mintiendo y tenía que contarme quién eras de verdad. Me dijo que lo habías vuelto a hacer, que él te había pedido que conmigo no lo hicieras… Y muchas otras frases por el estilo. Estaba nervioso, lloraba, y yo me veía incapaz de entenderlo, de procesar lo que estaba pasando. Le pedí que se calmara, que hablara más claro… Entonces me contó que, mientras tú y yo salíamos, habías estado con varias chicas, que tú eras así, infiel por naturaleza, y que no ibas a cambiar. «Precisamente a ti», decía. «Con lo que has vivido», «Es igual que tu padre, Madison». No recuerdo con tanta precisión qué más dijo, pero eso fue básicamente lo que me contó en medio de un espectáculo que me descolocó por completo. Yo no daba crédito a lo que escuchaba… Fue todo tan brusco, tan inesperado… Y, resumiendo, después de que yo me negara a creer lo que decía, me dijo que me lo demostraría. «Suponía que no me ibas a creer, estás demasiado pillada». Esas

palabras las recuerdo como si las hubiera dicho hace unos minutos. Y… me convenció para que fuéramos a ese restaurante.

»Te vi con esa chica. Estabas en la mesa que quedaba justo al lado de la ventana, no podía ser más fácil verte. Me hundí, no por lo que vi, sino… por toda la historia que había detrás. «Me ha pedido que confirmara que estaba estudiando si me preguntabas. Me lo ha pedido otras veces, Madison, y siempre estaba con otras». Me decía. «Perdóname, no tendría que haberle cubierto, le he pedido mil veces que se dé cuenta de que tú eres diferente, que eres mi amiga, pero no me ha hecho caso». Más o menos esas eran las palabras.

La cara de Derek se ha quedado tan pálida como el techo: blanco impoluto. Y eso que con esta luz es difícil de apreciar. Hasta los peces se han acercado al cristal para observarlo.

—Sigue, por favor —dice con el rostro desencajado.

—Al día siguiente, hundida, no me sentí capaz de hablar contigo. Él me aconsejó que esperara, que era importante que viera con mis ojos lo que tú le dirías respecto a la noche anterior. Joder, no sé cómo describirlo para que lo entiendas, pero Asher estaba tan afectado que casi tenía que consolarlo yo a él.

—Ya… Puedo imaginarme la escena.

—O sea… ¿me crees?

—Te creo, Madison. Sigue, por favor —me dice con impaciencia.

—Esa misma tarde me enseñó unos mensajes que le habías enviado, en los que hablabas de que te habías tirado a Brenda y que te arrepentías, que no merecía la pena. Hasta las respuestas de Asher leí. Él te pedía que no me hicieras daño, y tú le contestaste que yo te gustaba, pero que a veces no podías contenerte. Era una conversación repugnante.

—Y tú, ¿solo veías a tu padre en ellas? ¿Me equivoco?

Esa pregunta me coge por sorpresa.

—Yo… No te negaré que… mi historia familiar se coló en mi cabeza.

—Puedo imaginármelo…

—¿Por qué mencionas eso?

—Sigue, por favor, ya te lo contaré.

—Bien… Pues aparte de esos mensajes, me enseñó otros anteriores que hablaban de Sophie. Decían lo mismo, que te la habías tirado y que no volvería a pasar. Y para mi sorpresa, se presentó Sophie en casa, a petición suya, para confirmarme esos mensajes. Me dijo que lo sentía y mil gilipolleces más que prefiero no recordar. Asher me dijo «Necesitaba que lo escucharas por ti misma, necesitaba que se te cayera la venda».

»Fue como una tortura lenta. Todo un día dedicado a demostrarme quién eras… Yo quería hablar contigo, pero me quitó las ganas. «He hablado con él, hemos discutido, le he tenido que decir que te lo he contado todo». Eso fue lo que me dijo antes de contarme tu reacción.

—¿Qué es lo que yo dije… supuestamente? —me pregunta en un tono algo irónico.

—Que, antes o después, me iba a enterar, que no querías hacerme daño, pero que tú eras así. Añadió dos o tres comentarios más, como que te disculpaste con él y… no puedo recordar mucho más. Era real, Derek. La realidad que Asher me mostraba era que eras un cabrón desalmado, incapaz de contenerte, que se tiraba a quien le apetecía y me engañaba. La realidad era que todo lo que habíamos vivido era mentira. Que no te conocía, que me habías engañado como a una tonta haciéndome creer que era especial para ti.

»Esa era la realidad, y Asher, mi mejor amigo, mi hermano, me estaba ayudando a descubrirla. Incluso me enfadé con él por habérmelo ocultado tanto tiempo, pero lloró, me pidió perdón y montó un drama que… no soy capaz de describirte. Incluso Peter me dijo que Asher se había encontrado en una situación difícil, que no lo culpara. Y eso que no le caía muy bien.

—¿No le caía bien?

—Nunca lo ha expresado con esas palabras, pero yo conozco a Peter. Alguna vez me ha dicho que siempre le ha parecido un poco raro. Es que cuando llegó a Greensburg, su actitud era algo altiva y no empezó siendo muy popular. Ya sabes que tenía una personalidad difícil de entender. Con el tiempo lo fueron conociendo y se ganó a más personas, pero… creo que Peter nunca estuvo entre ellas.

—Ya… Entiendo. Sigue, por favor.

—Los siguientes días me contó más cosas de ese estilo, con otras chicas. Me dijo que había muchas a las que les habías hecho lo mismo. Solo añadió y añadió mierda. Un día después, hablé con mi tutor en la universidad y le pedí que cancelara la plaza de intercambio y que quería volver a Pensilvania. Y así lo hice. Me perjudicó un poco porque ni siquiera me esperé a terminar el semestre, pero necesitaba salir de allí cuanto antes. Le anuncié mis intenciones a Asher, incluso le dije que quería verte, eso lo recuerdo. Pero me dijo que no lo hiciera, que tú no querías verme. Un golpe más como regalo de despedida.

»Fue todo tan rápido y tan destructivo que llegué a Pensilvania destrozada. No entendía cómo habías podido engañarme de esa manera. Me costó convencerme, no creas. Y eso es todo, Derek. Te he contado la verdad. Desde ese día, le pedí a Asher que no te mencionara. Pero supongo que él necesitaba reforzar los cimientos de la ruptura y me contó que estabas con otra a los pocos días de marcharme. Me contó que estabais enfadados y hasta le pedí que siguiera su relación contigo, que no mezclara las cosas, que erais amigos y debíais seguir siéndolo, como él y yo. Me dijo que, por momentos, creía que yo había causado un efecto diferente en ti, y que por eso nunca me advirtió de nada.

Derek se levanta y pasea por el salón.

—He terminado —le informo—. Esta tarde, mientras estaba sentada en el coche, frente al lago Sunday, uno que nombraba mucho Asher, he recordado que cuando tú y yo empezamos a salir, él no se mostró muy entusiasmado. Incluso recuerdo que tú y yo lo comentamos. No sé por qué lo he recordado.

—Sí, yo también lo recuerdo. Dijimos que era algo normal porque si tú y yo nos enfadábamos, él se sentiría en una posición incómoda. Lo recuerdo perfectamente, Madison.

—Te toca, abogado. ¿Tienes una historia? ¿O sigues creyendo que yo era una celosa que te perseguía y te controlaba? Te aseguro que es tan falso que hasta me duele cuando lo pronuncio.

Me regala una media sonrisa, una que podría afirmar que está cargada de tristeza.

—Hace horas que esa versión de los celos perdió fuerza. Ahora se ha vuelto borrosa…

—Siéntate y deja de dar vueltas, me estás poniendo nerviosa.

Me hace caso.

—Me toca. Vas a encontrar en mi relato, algo muy parecido a lo que tú me has contado…

—Venga, dispara.

—Aquella noche que tú has mencionado, tenía que terminar un trabajo tal y como te dije. Asher me llamó para que nos viéramos y le dije que estaba ocupado, que me resultaba imposible. Poco después, para mi sorpresa, a pesar de lo que le había dicho, se presentó en mi apartamento y me pidió que fuera a ver a esa chica, a Brenda. Lo había organizado sin consultarme. Ella tenía interés en mi carrera y él le recomendó que hablara conmigo. Insistió, suplicó, y… accedí. Así de simple. Tenía mucho trabajo, pero se las ingenió para convencerme. Me dijo que esa chica le gustaba mucho, que quería ayudarla… Que era importante que intentara sonsacarle si a ella también le interesaba Asher… ¡No recuerdo tantos detalles! Se puso muy pesado y acepté. Estaba cerca de mi casa y solo me iba a llevar un rato.

»Y… de esa noche no te puedo contar más. Quedé con Brenda, atendí sus preguntas, le di algunas recomendaciones y volví a casa a terminar mi trabajo. Me dijo que Asher le gustaba y hasta me alegré de haber ido porque así podía darle buenas noticias a Asher. Al día siguiente, en la universidad, me montó un número parecido al que tú has descrito. Yo estaba agotado después de no haber dormido en toda la noche y él no dejaba de decir «No sé cómo decírtelo, tenía que haberte avisado…». «Tú te has portado muy bien con lo de Brenda y yo no te lo he contado todo…». Un show que me descolocó de todas las maneras.

»Terminó por contarme que la noche anterior te habías vuelto loca porque no te habías creído que yo estaba preparando un trabajo, que estaba harto, que desde que tú y yo salíamos lo tenías amargado, que no me convenías, que yo tenía dos caras, que conmigo te comportabas de una manera y luego actuabas de otra… Que eras muy celosa, que me perseguías, me controlabas, me

mirabas el móvil. Hasta me demostró que sabías la contraseña porque me la dijo.

—Yo no tenía tu contraseña —le aclaro.

—Pero él sí… —Hace una pausa—. Y esa misma tarde, mientras intentaba digerir todo lo que me había contado, apareció Asher en mi apartamento con Brenda. Ella tenía unos arañazos en la mejilla y me dijo que se los habías hecho tú.

—Joder, no me lo puedo creer —. Esta vez soy yo la que me levanto—. ¿Ella te dijo que se lo había hecho yo?

—Sí, y me pidió disculpas por haberme traído problemas con mi novia y… no sé qué más historias. No te iba a denunciar porque Asher se lo había pedido y bla bla bla. Y, por si fuera poco, al día siguiente le tocó a Sophie, que me dijo que le habías insultado un día en la facultad y le habías montado un espectáculo tremendo delante de sus amigos…

—No me lo puedo creer, no puedo… ¡Es demasiado, Derek! ¡Cállate!

—Tu versión me ha provocado lo mismo, Madison, pero tienes que escucharlo.

Asiento con la cabeza y tomo asiento de nuevo.

—Él también me contó que Mia, una chica que trabajó en el bufete… Una que…

—La recuerdo —le digo secamente.

—Bien, pues… a esa chica también la insultaste, la increpaste y la amenazaste en la calle. Ya hacía dos meses que no estaba con nosotros y no pude preguntarle. Y la verdad es que me dio vergüenza llamarla… Y añadió más cosas, todas para que me creyera que eras celosa y manipuladora, mentirosa… No entendía nada. Yo no era capaz de ver a esa Madison que él describía, pero todo parecía indicar que era el único que no te conocía. Cuando me lo contó, el primer día, pensé en llamarte, pero me pidió que no lo hiciera, que estabas enfadada y que esperara unos días a ver si tú dabas el paso. Y que me demostraría lo que me estaba contando.

»Yo estaba mal y tú no llamabas… supongo que era una mezcla de varias coincidencias. Aun así, no pensaba mantenerme al margen. Cuando estaba decidido a hablar contigo, apareció con una

nota tuya que me decía que te marchabas a Pensilvania, que renunciabas a la beca y que no querías volver a verme. También decía algo como que tenía vía libre para tirarme a quien quisiera…

—¿Escrita a mano?

—Sí, y te aseguro que era tu letra. O eso creí en aquel momento.

—Pero… ¿para qué te iba a enviar una nota? ¿No era mejor un mensaje o algo parecido?

—Era más personal… Yo que sé. A eso no le di importancia. Era lo que habías escrito lo que me importaba.

—Claro… ¡Sigue! —le digo tragando saliva y apretando los puños.

—Una semana después de marcharte, cuando más destrozado estaba, me enseñó una foto que le habías enviado. Me dijo que estabas con otro.

—¿Con otro?

—Sí, eso dijo. Aparecías en una fotografía, rodeada de algunos animales de granja, con un chico. Parecías feliz.

Durante un minuto pienso en esa fotografía.

Una granja…

Joder…

—Esa foto me la hice en Boston, cuando fui a ver a Peter. Fue antes de ir a Manhattan, un par de meses antes, y ese chico era amigo de Peter. Fuimos a visitar su granja. Peter nos hizo la foto porque había un ganso que no dejaba de perseguirme y ellos se partían de risa.

—Pues era tu nuevo novio y la escena vino acompañada de otro show.

—¿Algo más? No sé si voy a poder soportarlo…

—No hay más. El resto es lo que tú también has contado. Le pedí que no me hablara de ti. También me contó que estabais enfadados y… ¡No te lo vas a creer! También le pedí que no rompiera su relación contigo… Hasta hoy, Madison.

—Cuando pasaron algunos años, empezó a pedirme que nos reuniéramos los tres. No sé si le dije treinta y dos veces que no, como él dijo en la carta, pero sí se lo dije unas cuantas.

—Puede que treinta y dos fuera el global. Dieciséis tú y dieciséis yo.

Sonrío por primera vez en muchas horas, muchas…

—¿Me crees? —me pregunta—. Tú me lo has preguntado a mí.

—Te creo… y creo que ya lo intuías.

—Esto es una puta locura, Madison.

—Es más que eso, Derek…

Guardamos silencio durante al menos tres minutos mientras miramos la pecera.

—Necesito dormir, al menos intentarlo —le digo en un nivel de saturación que me pide a gritos que apague mi cerebro.

—Vamos. Yo también lo necesito. Son las cuatro y media de la madrugada. Creo que estamos demasiado desbordados para decir una sola palabra más.

Nos levantamos bruscamente, como si abandonáramos la silla de tortura.

—¿Y ahora qué? —le pregunto en voz alta, aunque no era mi intención.

—Ahora vamos a dormir, y mañana… tenemos que empezar a averiguar muchas cosas.

Y con esa idea, con esa saturación, con esa tristeza, con esa confusión y con esa rabia, me tumbo en la cama, y él a mi lado, a un metro y medio de distancia, como establecimos al principio.

El muro que nos separa sigue en pie. Es un muro que podría destruirse fácilmente, pero hoy no. Hoy tiene que seguir presente.

Hoy toca dormir con la verdad. Pero no la que nos hemos contado, sino la verdad que encierran esos hechos.

Intuyo que esto solo acaba de empezar.

Cierro los ojos y siento cómo mi mejilla empieza a humedecerse.

58

Derek

Aquella tarde

Hace ya un buen rato que Madison se ha levantado. Yo, en cambio, no he sido capaz, y no porque el cuerpo me lo impidiera, sino porque la cabeza no me daba tregua. En cuanto he abierto los ojos, se me han agolpado tantas cosas que he preferido quedarme quieto un rato, intentando calmarme antes de enfrentarme a lo que sea que me espere hoy.

Cuando me decidido a abandonar la tortura a la que me estoy sometiendo en la cama, la encuentro en la cocina. Está de espaldas, vestida con una camisa de dormir que le cubre hasta la mitad del muslo. Sostiene una taza humeante entre las manos mientras mira por la ventana, inmóvil, como si el tiempo se hubiera quedado atrapado ahí, a su alrededor.

Me tengo que controlar para no abalanzarme sobre ella y succionar todo lo que me encuentre a lo largo de su precioso cuerpo, pero quizás no es el momento.

La he escuchado dar mil vueltas en la cama y sé que apenas ha dormido, como yo. Al menos Cassidy aceptó ayer la petición de Madison de no venir a cocinar. Se nos han acumulado las bandejas de esas delicias que prepara…

—¿En qué estás pensando? —le digo acercándome a ella.

Se da la vuelta lentamente. Puedo ver en sus ojos que ha llorado y se me revuelve el estómago de pensar por quién.

—Estaba intentando ordenar algunas cosas en mi cabeza.

—Por ejemplo…

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Y por qué? —pregunta con los ojos cansados, como si llevara horas rumiándolo.

—¿Alguna respuesta?

—No, solo más preguntas. ¿Por qué metió infidelidades y celos? En tu caso no es nada llamativo, pero en el mío… es un tema peliagudo.

Guardo silencio. Ha llegado el momento de hablarle de ello.

—En eso te equivocas —le digo captando toda su atención—. Necesitas escuchar algo para entender a qué me refiero. Le he dado muchas vueltas. Hay algo que nunca le he contado a nadie. Es una historia de mis padres. Tú me contaste la tuya… y yo tengo otra, Madison. Una que solo conocemos mi familia y yo, y… Asher.

—¿De qué hablas?

—¿Recuerdas que te conté que fui a Manhattan siguiendo los pasos de mi tío? —le pregunto mientras me sirvo una taza de café y me siento en la mesa del desayuno—. Dejé Albany un año antes de acabar el instituto y me fui con él a Manhattan tras dejar Albany. Fue cuando él se asoció en el bufete.

—Sí, eso lo recuerdo.

—Me marché sin terminar el instituto porque tenía que salir de allí. No podía soportar la idea de que mi tío se marchara y me dejara solo con ellos. Brooke también se había ido a la universidad un año antes y… no quería quedarme allí con ellos. Mi tío era mi mayor pilar y cuando dijo que se marchaba a Manhattan, se me cayó el mundo encima. ¿Quieres escuchar el resto?

—Claro —responde en voz baja, acercándose con la taza aún en la mano y sentándose a mi lado.

—Mi padre era profesor en un instituto cercano a casa. Daba clases de matemáticas. Vivíamos en un barrio residencial de las afueras de Albany. Mi madre era enfermera en un centro médico de la zona. Mi padre era una gran persona. Cualquiera que lo conoció te lo describiría así, pero mi madre… Ella era una de una especie diferente. Sus celos enfermizos marcaron la vida de todos los que vivíamos con ella. Las disputas eran constantes. Crecí con ellas, Madison. Le recriminaba a mi padre todo lo que hacía. No había ni un solo día en que no le pidiera explicaciones por algo y le montara una escena.

—¿Y tu padre? ¿Cómo lo llevaba él?

—Mal. Era un buen hombre, dedicado a su trabajo y a nosotros, pero no era feliz. Siempre estaba amargado por las discusiones, pero tenía un carácter muy reservado… y solía aguantarlo todo sin enfrentarse demasiado a ella. Convirtió su vida en una supervivencia. Evitaba hablar con esta, con aquella. Evitaba ir a

ciertos sitios. Vivía atemorizado, y no sé por qué nunca la dejó. Mi tío Spencer vivía a cinco minutos de nuestra casa y tenía mucha relación con nosotros. Mi padre y él eran gemelos, estaban muy unidos, pero eran completamente distintos.

—¿Gemelos? Vaya, eso nunca me lo dijiste. Me hablaste de tu tío, pero nunca mencionaste que eran gemelos.

—Cuando te conocí, mi familia era el último tema que quería tratar. Ya habían pasado años desde que me marché, pero me costó mucho dejarlo todo atrás, especialmente lo que te voy a contar ahora.

—Sigue, por favor. No te interrumpiré —susurra, con la mirada clavada en el borde de la mesa.

—Spencer habló con él tantas veces… Le pidió que la dejara, que se fuera a vivir con él, que acabara con aquello, que pensara en lo infeliz que era, y nosotros también. Pero mi padre siempre decía que la quería. Que cuando no tenía esas tonterías en la cabeza era una gran mujer. Yo no lo recuerdo así. No lo era. Siempre estaba amargada, y Brooke y yo más bien parecíamos un obstáculo en su vida, en esa vida de mierda que eligió. Mi tío también habló muchas veces con ella, pero era imposible razonar. Hasta cogió celos de él y tuvieron algunos enfrentamientos.

»Cuando yo tenía diez años, una tarde cualquiera, le pedí a Brooke que jugara conmigo al escondite. Ella accedió de mala gana, porque ya estaba en otra etapa, ya tenía doce años, y yo le parecía un crío. Salté la valla que nos separaba de la casa de al lado y me escondí en una caseta del jardín. La casa estaba desocupada; la anciana que vivía allí se había marchado con su familia. Entré por una ranura y me acomodé dentro hasta que Brooke se hartó de buscarme, se enfadó y se fue a hacer otras cosas.

»Entonces escuché voces. Eran ellos. Estaban discutiendo, una vez más, en el jardín de casa, junto al borde de un escalón de un par de metros que desembocaba en un camino de cemento que conducía hasta un cobertizo.

»Me pregunté por qué estaban en esa zona, como si buscaran intimidad para discutir. Yo nunca iba allí porque era peligroso. Mi

padre siempre quiso poner una valla, pero ella decía que era más práctico recordarnos cada día que no podíamos acercarnos.

»Entonces lo vi todo. Lo recuerdo a cámara lenta, pero nunca he podido olvidarlo…

Hago una pausa. Todavía me cuesta recordarlo sin sentir presión en el pecho.

—Y poco después empezaron los gritos. Los de mi madre. Luego los de Brooke cuando llegó. Y un rato después, la policía, la ambulancia, mi tío Spencer y los vecinos…

»Asher estaba a mi lado, en el salón, donde me pidieron que esperara. Él y su padre llegaron en cuanto se enteraron. Se ocuparon de mí. Dormí en su casa esa noche. Mi madre se marchó en la ambulancia con mi padre en cuanto lo rescataron.

—¿Qué le pasó?

—Se cayó. Sobrevivió, pero se quedó paralítico para el resto de su vida. Se resbaló. Estaba junto a mi madre, supuestamente disfrutando de las vistas, y un gesto desafortunado hizo que perdiera el equilibrio y cayera. Cayó sobre el cemento, desde dos metros. Eso fue lo que contó mi madre, y lo más duro fue que también lo dijo mi padre cuando se recuperó. Que había sido un accidente. Pero no fue así, Madison. No fue así.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo lo vi todo. Vi cómo mi madre lo empujaba.

59
Madison

Cuando me atreví a contarlo

—¿Ella lo empujó? —le pregunto sin poder dar crédito a lo que dice.

—Sí. Hasta cogió impulso para hacerlo. Lo vi claramente desde dentro de la caseta de la vecina.

—¡Dios mío! ¿Ella intentó…?

Lo miro sin poder creérmelo. No sé qué expresión tengo, pero siento cómo se me encoge algo por dentro.

—Ella lo empujó. Lo que no sé es si quería matarlo o dejarlo como se quedó. No sé si eso se puede calcular bien. Debió tener uno de esos arrebatos de rabia y de pérdida de control que tenía por… algo que mi padre habría hecho. Algo muy grave, como entrevistarse con la guapa madre de una alumna, o sonreírle a una amable dependienta del supermercado, o darle los buenos días a la vecina que se acababa de mudar, o ver una película en la que la protagonista era una mujer atractiva. Algún delito de esos tan graves debió cometer y decidió empujarle.

—Joder. ¿Y qué le pasó?

—Estuvo meses para recuperarse, quedó paralitico de cintura para abajo. Todos creían que había sido un accidente y yo… me callé, Madison. Era un crío y no lo entendía bien. Sabía que algo no iba bien en todo eso, y que le había empujado, pero si ellos lo llamaban accidente…

Hace una pausa. La voz se le vuelve más baja. Como si regresara mentalmente a aquel momento.

—Fue cuando se lo conté a Asher cuando entendí que aquello era muy grave. Pero él me dijo que me callara, que nadie me creería porque el primero en decir que fue un accidente fue mi padre. Si él no la había delatado, ¿cómo me iban a creer a mí?

—¿Y alguna vez lo contaste?

—Sí, pero años después. Cuando mi tío me dijo que se marchaba a Nueva York y me di cuenta de que me quedaba con ellos. Mi padre se convirtió en un fantasma, siempre postrado en su silla de ruedas. Dejó su trabajo. Y ella se volcó completamente en él. Todo eran

atenciones, mimos, risas, bromas. Él le seguía la corriente como podía. Nunca más discutieron. Supongo que, si no podía moverse, el riesgo de que se tirara a alguien disminuía y mi madre se relajó. Dejó de ver fantasmas y se convirtió en una fiel enfermera que le cuidaba con esmero y dedicación. Si no fuera por lo que hizo, hasta te diría que se convirtió en una madre entrañable.

—¿A quién se lo contaste? ¿A tu tío?

—Sí. Cuando sentí que lo perdía, que mi único pilar se iba… me animé a contarle la verdad para que comprendiera que no quería quedarme solo con ellos. Fue con dieciséis años, seis después del «accidente». Seis largos años con ese maldito secreto.

—¿Te creyó?

—Sí. Supongo que lo hizo porque nunca tuvo claro cómo ocurrió la tragedia, así me lo contó tiempo después él. Se enfrentó a mi padre. No lo negó, pero le pidió que se olvidara de ese asunto. Que, si no había hecho nada por detener aquello antes, no lo iba a hacer siendo un inválido. Mi tío le ofreció una nueva vida junto a él, lejos, con los cuidados que necesitaba… Incluso le dijo que debían ponerlo en manos de la justicia. Pero se negó en rotundo.

Traga saliva. Aún le duele contarlo. Lo sé porque aparta la mirada y habla más despacio.

—Cuando mi madre se enteró de lo que Spencer le ofrecía a mi padre, se volvió loca. Tuvieron una trifulca tan grande que no podrías ni imaginarla. Por supuesto, me llevó con él a Nueva York y a ellos no se les pasó por la cabeza poner ni una sola objeción. Brooke ya se había marchado y de eso se enteró un tiempo después.

—¿Hablaste con tu padre?

—Sí, lo hice, varias veces. Le supliqué que viniera con nosotros, que la dejara. Es como si la intervención de mi tío hubiera abierto la puerta que yo mantenía cerrada ocultando todo lo que sentía. Ya no me callé nunca más. Pero mi padre me dijo que no podía, que era tarde para él y que la necesitaba. Mi madre también se enfrentó a mí de la misma manera que nunca haría una madre: con amenazas, con odio… Y yo le dije que era una asesina, que había intentado matar a mi padre, que me daba asco y que le deseaba que se pudriera en el infierno.

No soy capaz de decir nada. Solo lo escucho. Me cuesta incluso respirar.

—Tardé mucho tiempo en dejar de sentir que había abandonado a mi padre con ella, pero mi tío consiguió que lo superara. Mi padre y mi tío tenían algo de contacto, pero nosotros lo perdimos. Era imposible hablar con él sin que ella se interpusiera. Y hace tres años, murió.

—¿Tu padre?

—Sí. Esta vez fue una enfermedad del corazón. Acudimos a su funeral mi tío, Brooke y yo. Mi madre intentó acercarse a nosotros, pero yo la rechacé, y Spencer también. Brooke no se conformó con ello y le gritó delante de todo el mundo que era la responsable de su muerte. Fin de la historia.

—¿No has vuelto a verla?

—No. Mi tío se encargó de que ella no heredara la casa. Fue un proceso lento que duró dos años, pero consiguió demostrar que la casa había pertenecido a mi abuelo, luego a mi padre y después a nosotros. Fue muy complejo, pero lo consiguió. La dejó en la calle.

—¿La casa es vuestra ahora?

—La vendimos el año pasado.

—¿Y tu madre?

—Creo que vivía con una prima suya o algo así, pero no era muy feliz. Es lo que mi tío ha ido averiguando a través de todos los amigos que mantiene en Albany. La verdad es que es todo un consuelo.

—Asher conocía esta historia… —reflexiono en voz alta.

—Sí, conocía toda la historia, Madison, como la tuya con tus padres. Antes del episodio que te he contado, me desahogaba con él cuando mi madre montaba sus escenas, que era casi a diario. Y también fue la primera persona a la que le conté la verdad de lo que había visto.

—Sin embargo, te aconsejó que callaras.

—Creo que no fue un mal consejo. No me habrían creído. Como te he dicho, el primero en afirmar que fue un accidente fue mi padre. Ella me habría hecho la vida imposible.

—Pero tu tío te habría creído…

—Seguramente, pero yo era un niño prácticamente y no podía razonar como ahora. Cuando me enfrenté a mi padre después de que lo hiciera mi tío, vi en sus ojos algo que no olvidaré nunca. Esa mirada… Fue cuando supo que yo lo había visto todo y que había callado durante años… Nunca podré olvidarla. Era el reflejo de un hombre atormentado, atrapado en sí mismo… Antes de marcharme, Asher me regaló esa reina. «Porque es la única pieza del ajedrez que puede moverse en todas direcciones» —me dijo—. Recuérdalo siempre. «Todos los caminos, sin límite».

—Una historia con mucho peso…, un regalo simbólico referente a la libertad… A los dos nos llevó de la mano.

—Ahora puedes entender por qué nuestro amigo utilizó los celos para alejarme de ti.

—Utilizó nuestros puntos más débiles —le digo en voz baja justo cuando me recorre un escalofrío de esos que no avisan.

60

Derek

Tenemos que seguir

—Dime que esto no es una pesadilla —me dice Madison, volviendo al mismo tema.

Estoy agotado de darle tantas vueltas a todo. Después de contarle la historia de mi familia, ni siquiera nos hemos tomado un respiro. Hemos cambiado el escenario de la cocina por el de la sala de las rosas. Le he propuesto que nos demos un baño. La bañera empotrada en el suelo está llena. El agua caliente humea, el aroma de las sales de baño invade la estancia y ella no deja de darle vueltas a lo mismo. La comprendo, pero mi cerebro ya no puede más.

—Estoy saturado, Madison. No puedo seguir hablando de esto. ¿Nos damos un baño? Creo que te relajará.

—¿No quieres hablar? —salta, visiblemente alterada. No esperaba esa reacción—. ¿Estás cansado, abogado? Discúlpame, he sido muy desconsiderada. Podemos seguir como si nada hubiera pasado. Podemos dar un paseo, o acercarnos a Ironwood. ¿Qué tal si vamos a cenar al restaurante preferido de Asher? ¿Qué tal si preparamos su fiesta de cumpleaños? Quedan veintidós días, veintidós. Puede que estés cansado, que estés saturado. Yo no lo estoy menos que tú, pero no puedo soportar, seguir en esta casa después de todo lo que nos hemos contado, después de descubrir cómo nos jodió quien siempre ha sido mi amigo.

»Yo no tengo ganas de bañarme, solo quiero saber quién es esa persona que tanto he querido y que decidió joderme con mentiras. Quiero saber por qué lo hizo, y también por qué seguimos aquí. Quiero salir por esa puerta, porque bañarme en esa piscina, cenar en ese restaurante y visitar su mausoleo ahora mismo me da náuseas. Me da náuseas estar aquí, a menos que me expliques qué coño estamos haciendo. Y si no me lo explicas, no puedo acostarme en esa cama, ni sentarme delante de los peces, ni beberme su vino, ni llorarlo… quiero dejar de sentirme como una marioneta y…

La veo desbordada. No puedo con más reproches ni más preguntas. Y entonces actúo.

Se acabó. Si dice una palabra más me explota el cerebro.

En un movimiento rápido, le tapo la boca con la mano y la empujo hacia la bañera. En una bañera cualquiera, este movimiento sería peligroso, pero aquí cabe un equipo de baloncesto.

Su respiración agitada choca con el vapor del agua. Tiene la boca entreabierta, los ojos fijos en mí.

Por fin se calla. Lo agradezco como si me quitaran un peso del pecho. Estamos vestidos y…

¡Mierda, la férula!

Abre la boca para coger aire y escupe una de las bolitas de sales de baño que se le ha colado en la boca.

—Definitivamente eres idiota…

—Definitivamente no te callabas.

Me coloco sobre ella, cubriéndole el cuerpo con el mío y sujetándole las manos hacia atrás.

Necesito un buen rato para que se calme, pero lo hace.

—Shhhhh —le digo, consiguiendo que entrecierre los ojos—. No podemos solucionar nada ahora, Madison. Necesitamos hacer algo más que darle vueltas al tema. No podemos marcharnos porque, cuando estemos más tranquilos, tenemos que intentar buscar respuestas. Aún nos quedan muchos días por delante. Quiero seguir aquí, quiero seguir contigo y quiero que esta noche olvidemos el puto tema.

»Yo también estoy dolido. También intento procesar por qué mi mejor amigo, como un hermano, al que conozco desde que tenía tres años, quiso hacerme tanto daño con la persona que tanto quería, con la mujer de la que me enamoré locamente… Una estudiante de medicina con mucho genio, con los ojos de color avellana más bonitos que he visto en mi vida. Pero ahora, doctora, quiero otras cosas.

—¿Te refieres a follar, abogado? —me dice sonriendo.

—Me refería a desvestirte, besarte, dejar que nos acaricie el agua caliente, a envolvernos del aroma y la textura de las sales de baño…

—O sea…

—Follarte. Sí, eso es lo que quiero.

Me mira como si no supiera si besarme o golpearme. Y eso me enciende más.

Nos lanzamos en una batalla sin precedentes en la que desnudarnos, encontrar una postura cómoda y no clavarnos nada de lo que rodea la bañera se convierte en una tarea casi imposible, pero casi…

Lo conseguimos. Hay silencio, una posición maravillosa y el murmullo del agua.

El orgasmo nos sorprende con una fuerza arrolladora.

Y grita, pero esta vez es algo distinto.

—Joder, Derek, la férula… Esto no debía mojarse —lloriquea.

¡Mierda, ya se ha dado cuenta!

—¡Oh! Vaya, que… contratiempo —digo de una forma que no he podido controlar. Sobreactuada—. Cuánto lo siento…

—Gilipollas —me dice con una mueca infantil y burlona.

Me echo a reír. Empieza la segunda batalla.

61
Madison

¿Planes para hoy?

—Tienes cara de haber pasado una noche loca —me dice Cassidy mientras sostengo una taza de café entre las manos y observo todos sus movimientos en la cocina—. Esas ojeras…

Es la tercera vez que hace un comentario como ese, y la tercera vez que me limito a sonreír y no le contesto.

Podría decirle que no va desencaminada, pero no por lo que ella insinúa, sino porque hemos dormido abrazados toda la noche y, a estas alturas, después de todo lo que ha ocurrido, eso se puede considerar «una noche loca». Una de esas que voy a intentar apartar de mi mente, porque ya no me queda espacio para más.

—Venga, cuenta… ¿Noche loca de sexo?

«Tarde loca de sexo en la bañera», pienso, pero no lo digo en voz alta.

Sé que Cassidy suele bromear con ese tema, no es la primera vez. O me pregunta indirectamente si me acuesto con Derek o insinúa las ganas que tiene ella de hacerlo. No me importa. Podría ser incómodo viniendo de otra persona, al fin y al cabo, no la conozco apenas, pero lo poco que la he tratado me ha dejado claro que ella es así y siempre bromea con todo. Cassidy me gusta.

—Lo has dejado agotado, aún no ha bajado a desayunar…

Me echo a reír. El abogado sigue en el dormitorio. No sé qué hará ahora, pero cuando me he despertado, seguía dormido profundamente.

—¿Qué es lo que hace que tengas ese aspecto de no poder con tu vida? ¿Fue el sexo o el alcohol? ¿O ambas? —insiste mientras termina de decorar una bandeja de comida—. Cuenta, Madison. Yo hace tiempo que no follo, recuérdame lo que me estoy perdiendo.

La forma en que lo dice hace que suelte una carcajada. Hacía tiempo que no me reía así. Esa mezcla de súplica y tristeza que le sale como una mueca infantil es impagable.

—Ni una cosa ni otra, Cassidy —me animo a zanjar el tema de una vez—. Si tengo mal aspecto es porque duermo poco. Ayer nos

dieron las tantas hablando… He pasado del estrés a la calma absoluta y no me acostumbro.

No sé por qué me esfuerzo por darle un giro a la conversación para que entre en una línea más comedida…

—¿Hablando? Joder. Si yo viviera con Derek no perdería ni un minuto en hablar. ¿Cómo folla?

—Cassidy, él y yo no somos pareja… —respondo, sin saber muy bien si estoy mintiendo o no—. No sé cómo folla, tendrás que averiguarlo de otro modo.

—Pero fuisteis novios, eso lo sé.

Parpadeo, sorprendida. No esperaba que soltara eso tan segura. Es un buen momento para intentar que me cuente «lo que sabe y no sabe» de nosotros. Pero tendré que esperar a que termine de hablar.

—Una mujer muy sabia que conocía me dijo que los guapos son un desastre en la cama… ¿Es cierto? Es que yo nunca me he tirado a guapos, más bien los elijo entre los feos y los normales, pero absolutamente guapos, no.

Escucho pasos. Derek está cerca. Sé que vendrá directo a la cocina.

Le hago una señal rápida a Cassidy para indicarle que guarde silencio y le guiño un ojo. Ella sonríe con complicidad.

Se me ha ocurrido una idea más divertida. Tendré que dejar las preguntas para luego.

—Verás, Cassidy, si me preguntas cómo folla Derek… —digo en un tono muy poco natural, un poco elevado. Lo suficiente como para que los pasos de Derek se detengan, tal y como esperaba.

—Venga, dime —me sigue la corriente en un tono muy teatralizado—. Tengo curiosidad.

—Lo que te diga debe quedar entre nosotras, Cassidy.

—Por supuesto.

—Derek tiene muchas cosas buenas y muchas habilidades, pero la cama no es su punto fuerte, aunque el chico se esfuerza.

—¿En serio? No me lo puedo imaginar… ¿O sea que en la cama es un puto aburrimiento?

—Peor que eso… No es que sea aburrido, es que es patoso…

—¿De qué habláis? Buenos días —entra diciendo, como si no hubiera escuchado nada.

—De cómo follas… —suelta Cassidy sin tapujos.

Suelto una carcajada y ella se une.

—Ya os he escuchado… —dice Derek con una media sonrisa.

—Con lo que me ha contado Madison, me retiro, Derek. Desisto de conquistarte.

—No le hagas caso, Cassidy. Te ha dicho eso precisamente para que desistas. Es que es muy celosa…

Mi panecillo con miel va directo a su cara, pero lo atrapa al vuelo y se echa a reír.

—Eso es verdad —dice Cassidy, cambiando su expresión risueña —. Me contaron que eras muy celosa.

Derek y yo nos miramos.

Antes de que podamos decirle nada, se da la vuelta y sigue trasteando en la encimera de la cocina.

—Os he pillado. Con la bromita ni uno ni otro habéis negado que folláis.

Pongo los ojos en blanco y resoplo. Derek me mira con una sonrisa y me encojo de hombros.

—¿De dónde has sacado eso, Cassidy? —le pregunta haciéndome una mueca que solo yo puedo ver. He captado enseguida que pretende buscar información.

—¿Lo de que es celosa? No lo sé… Algo habré oído por ahí…

—Es importante que nos lo cuentes, Cassidy —le dice acercándose a ella y recogiendo la bandeja del desayuno que ella ha dejado preparada para él.

—¿Por qué? —dice mirándolo fijamente, adoptando una expresión muy seria, muy poco común en ella.

No sé cómo Derek pretende salir de esta sin ir directo al tema.

—Cassidy, ¿recuerdas que nos descubriste la existencia del sótano? —le explica mientras se sienta y coloca la bandeja sobre la mesa.

Ella asiente con la cabeza sin moverse del sitio.

—Era algo que tú considerabas… raro, ¿cierto?

—Me parece algo poco común, eso es todo. Las fotos no se cuelgan en las paredes, se guardan. Y pasaba mucho tiempo ahí abajo, como si estuviera obsesionado.

Derek y yo nos miramos.

—Bien, pues de la misma manera que tú has observado eso, nosotros tenemos también sensaciones raras sobre este lugar, y, por supuesto, también por lo del sótano. No me pidas que me explique mejor porque no es fácil. Por eso nos gustaría que nos contaras si otras cosas te llamaron la atención.

—Ya…

Cassidy se toma su tiempo. Se sirve un café y se sienta a nuestro lado.

—Él me lo dijo. Que eras celosa. Hablaba de vosotros constantemente, era excesivo. Cuando os vi por primera vez, me daba la sensación de que os conocía desde siempre. Hablaba de que fuisteis novios hace mucho tiempo, de vuestra vida en Manhattan, de la universidad, de dónde nacisteis, de vuestra infancia, adolescencia… De vuestra personalidad, de vuestros trabajos. Sinceramente, me parecía aburrido porque no os conocía. Y al descubrir lo del sótano, me pareció raro, obsesivo. Como esos locos que cuelgan fotos de alguien que acosan… o de la gente que han matado y de los trofeos… Como en las películas. ¿Me explico bien?

—Perfectamente —le digo con rotundidad, sin poder desprenderme de los escalofríos que siento.

—Era un buen tío, y no tengo nada malo que decir de él, pero era muy raro. Y la niña, que es más rara todavía, debió rematarlo.

—¿Qué relación tenían, Cassidy? Cuéntanos cosas. Por favor, cuéntanos todo lo que viste, viviste, compartiste con él o con ellos…

Se levanta bruscamente en dirección a la encimera. Derek y yo nos miramos. Creo que está pensando qué contarnos. Estamos expectantes.

La escuchamos envolver una de las bandejas.

—Esto debéis comerlo a temperatura ambiente, no podéis refrigerarlo —nos indica mostrándonos una bandeja que contiene un pastel de marisco.

Asentimos con la cabeza. La miramos, esperando…

Sigue trasteando en la cocina.

Escuchamos un grito.

Nos acercamos corriendo a ella. Todo es muy rápido y no sabemos qué ha pasado.

—Me he cortado, joder —dice mientras restriega un pequeño reguero de sangre en su dedo.

Derek lo ve todo y, sin decir nada, se marcha de golpe.

Mierda. Ha visto la sangre.

Le sigo con la mirada y veo que se sienta en la mesa, abatido.

—¿Estás bien? —le digo, intentando decidir si atiendo al uno o a la otra.

Asiente con la cabeza mientras entrecierra los ojos.

Cassidy se chupa el dedo y mira a Derek.

—Joder, que me he cortado yo… ¿Qué le pasa?

—No le gusta ver sangre, se marea.

—¡Ah! Es verdad, de eso también me habló Asher. Me dijo que era muy aprensivo.

—¿Eso también te lo contó? —pregunta molesto Derek. Parece que se ha recuperado de golpe.

—Sí, eso también —contesta incómoda.

—Déjame ver qué te has hecho, y deja de chuparte el dedo —le digo mientras intento ver el corte.

—No es nada, Madison. Estoy acostumbrada, soy cocinera —dice mientras adopta de nuevo una actitud defensiva.

Me acerco a Derek, que parece recuperado. Permanecemos en silencio unos minutos mientras observamos a Cassidy recoger lo último que hay en la encimera.

Hay tensión en el ambiente. ¿Qué ha pasado?

—Tengo que irme —nos anuncia muy seria—. ¿Se te ha pasado el síncope?

—Sí, no es nada. Cassidy… ¿No nos vas a contar nada de lo que te hemos pedido? Algo que te llamara la atención, algo que consideres relevante… —le pide con un tono despreocupado.

—Se nota que eres abogado, tío… —dice poniéndole una mano en el hombro—. Cuando me contéis vosotros qué es lo que os ha parecido extraño, os contaré yo… algo que me haya podido llamar la

atención. Sed felices —dice, y su tono no deja claro si es un deseo o un reproche.

Cassidy sale de la cocina y Derek resopla.

—La has jodido, abogado. Estaba a punto de contarnos algo cuando te ha venido el desmayo…

—Es tan emocionante ver lo considerado que eres conmigo… —me dice con ironía. Pero esta es distinta, no es mordaz ni va cargada de veneno. Esta forma parte del Derek que recuerdo.

—No eres mi paciente.

—Tienes que curarme, Madison. Esto es muy grave. Veo sangre y me convierto en mantequilla.

—Creía que estabas mejor.

—Pues no, estoy muy mal, necesito cuidados… Te has preocupado más por el corte de Cassidy que por mi grave estado de salud…

—Ajá… —le digo moviendo la cabeza.

—¿Qué pasa, que no te importa? —me dice como si fuera un niño enfadado—. Estoy destrozado, ¿no me ves?

—Sí me importa, pero ahora estaba pensando en eso que has dicho de la mantequilla… No sé si lo recordarás, pero… me encanta.

Juego mi papel de seducción a la perfección. Me relamo los labios lentamente. Lo miro de arriba abajo… Le sonrío con malicia…

Se levanta y tira de mí. Antes de que pueda besarme, le interrumpo.

—Alto. Tenemos otros planes.

—¿Planes?

—Sí, nos vamos al hospital.

—No exageres, Madison, estoy mucho mejor…

—Es para mí. Mi muñeca no va bien y mojarme la férula ayer no ha ayudado. ¿Me acompañas?

Me coge la mano herida como si esa sí fuera de mantequilla de verdad.

—Claro… —dice confundido mientras me sigue—. ¿Si tenías esos planes, por qué has jugado con lo de la mantequilla?

—No me negarás que ha ayudado en tu recuperación. Estabas tan grave…

—Qué insensible eres… jugar con estas cosas.

Sonrío. Ese es el Derek que yo recuerdo. El que jugaba, el que me hacía reír…

En cuestión de horas, el Derek que recordaba ha vuelto. Y eso me asusta más de lo que quiero admitir.

62

Derek

Yo no ataco

—Los has vuelto locos, Madison —le digo de vuelta a casa, tras visitar el hospital Aspirus de Ironwood.

—Eso no es cierto. Solo necesitaba una placa y una férula nueva.

—Entonces haberte callado; no les has dejado trabajar.

—Estabas un poco aturdido, así que no creo que te hayas dado cuenta.

—¡Eh! Me he mantenido firme, deberías estar orgullosa. El olor a hospital me afloja las piernas y por ti he hecho un gran esfuerzo. Pero si llego a saber que me ibas a avergonzar, me quedo fuera.

—¿Avergonzar? Querían hacerme pruebas innecesarias. Solo necesitaba comprobar cómo iba la consolidación del hueso, nada más. Y una férula nueva porque hay un listillo que me empujó en la bañera y me la mojó.

—Eras una paciente, no una médica. Ni siquiera les has dejado interpretar la placa.

—Porque la estaba viendo yo con mis propios ojos. Le he dicho que era médica.

—Pues haberte callado. Mira que eres prepotente… Seguro que han tardado una hora y media en darte la férula para fastidiarte. Calladita habría ido mejor.

—Serás idiota…

Las dos siguientes millas siguen con este profundo y sustancial diálogo. Yo sigo provocándola, y ella se defiende como puede, lanzando de vez en cuando alguna puñalada baja sobre mis piernas de mantequilla en los hospitales.

Antes de girar en el desvío que nos lleva hasta la casa, me detengo.

Desde aquí se puede ver el camino que lleva hasta el cementerio.

Ambos nos miramos. Es un golpe de realidad.

Y entonces se impone esa realidad que llevamos horas intentando esquivar.

—Por momentos, me olvido de… todo —me dice mirando al frente.

—Es justo lo que estaba pensando yo.

Sin saber por qué, giro el coche hasta adentrarme en ese camino. Ella no protesta.

Cuando llegamos a las puertas, detengo el coche.

—La historia de… tu familia, ¿ha sido un inconveniente para trabajar? —me sorprende preguntando.

—¿Te refieres al caso?

—Ajá.

—Creía que estaba prohibido hablar del caso…

—Si soy yo la que lo propongo, no. Yo no ataco como tú.

—¡Ah! Nuevas reglas, doctora…

—Son las mismas, letrado.

—Supongo que te refieres a la similitud de ambas historias.

—Al menos desde tu punto de vista.

«Buena respuesta», pienso.

—Siempre he esquivado ese tipo de casos: la violencia en la pareja, con todas sus variantes. En el bufete nunca me habrían asignado un caso así, a menos que yo lo pidiera. Y así fue. Empezó llevándolo mi compañero, pero le pedí a mi tío que me lo asignara. Le convencí de que tenía que afrontar esos casos cuanto antes.

—¿Ese fue el motivo de que llevaras el caso?

—No. Esa fue la excusa. Asher me dijo que eras testigo en el caso y sentí deseos de volver a verte. Si podía joderte, aparte de ganar el caso, mejor que mejor.

—Se agradece la sinceridad…

Me echo a reír.

—¿Has dicho que Asher te llamó para decírtelo? —me pregunta algo sorprendida.

—Sí, me contó que había visto el nombre del bufete y temió que fuera yo quien llevara el caso. Me dijo que habría sido muy violento

que nos hubiéramos encontrado.

—Pero él sabía que lo llevabas tú. Me lo dijo él.

—Pero fue después. Hablé dos veces con él. La primera, yo no sabía nada y él me informó de que eras testigo. La segunda fui yo el que le informó de que había cambiado de opinión y lo llevaba yo.

—¿Qué te dijo de mí, Derek? Me refiero al caso.

—¿Habías hablado mucho con él del caso?

—Lo suficiente para que estuviera al tanto de «todo». Aparte de que él conocía mi relación con Jenny.

—Si te refieres a si me contó algo de ese «todo», la respuesta es no. Más bien se mostró indignado y a la defensiva cuando intenté sacarle algo de información. Se enfadó, me dijo que te dejara en paz, que tú no sabías nada de nada. Y luego me pidió que te cuidara… que lo hiciera por él. Ahora tiene más sentido lo que dijo, pero entonces te aseguro que me descolocó.

—¿Que me cuidaras?

—Eso me pidió.

—¿Y por qué no le hiciste caso?

Me echo a reír. La conversación pesa para los dos, pero intentamos quitársela con sarcasmo.

—¿Y tú? —le pregunto.

—¿Yo qué?

—¿Hablaste sobre el caso?

—Dos veces también. La primera le llamé para contarle lo que había pasado y mis inquietudes sobre el caso.

—¿Tenías inquietudes? —le suelto en un tono que enseguida capta que es irónico y me da un codazo suave.

—Y la segunda fue él el que me informó de que lo llevabas tú.

—Entonces ¿me jodió la sorpresa?

—Sí. Cuando te vi ya llevaba días preparándome para el impacto. Tenía el estómago a prueba de bomba… Pude controlar el odio que sentía y centrarme.

—Odio… —respiro hondo—. Nos odiábamos, Madison.

—Después de que rompiéramos, dos o tres meses después, seguí escuchando cosas de todas tus aventuras. Aunque yo no se lo permitía, siempre me colaba algún titular. «Lo siento, no pretendía

hablarte de eso», me decía. «Pero quiero que veas que no merecía la pena. Como amigo es especial, como pareja un desastre». Él siempre lo repetía.

—Debería sorprenderme, pero a mí me hacía lo mismo, Madison.

—Es como si quisiera rematar el daño hasta que la herida fuera insoportable. Menudo hijo de puta. ¿Quién coño es Asher, Derek? ¿Por qué se empeñó en que nos odiáramos? ¿Y qué pretendía con el show que ha montado con el nombre de últimas voluntades…?

—Lo averiguaremos —le digo mientras la acerco a mi cuerpo.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que me viene algo a la memoria.

—¿Por qué nombró a ese tal Trevor en una carta tan «importante»? ¿Lo es para ti? ¿Es tu novio?

Se incorpora de golpe.

—¿Pero por quién me tomas? ¿Mi novio? Joder, me he acostado contigo unas cuantas veces desde que estamos aquí.

—Bueno… Podría ser que Asher invirtiera los papeles y tú fueras la infiel y yo el celoso…

Me mira sin crédito, pero enseguida se ríe.

—Salí con Trevor unos meses y me enteré de que estaba casado.

—Joder… ¡Qué buen partido! ¿Cómo te enteraste?

—Lauren se lo dijo a mi hermano. Ingresó en el hospital donde trabaja ella porque tuvo un accidente leve. Su mujer se presentó como tal y ella, que lo había visto una vez y sabía que salíamos… se quedó boquiabierta.

—¿De qué iba el mensaje ese que decía Asher?

—Fui a visitarlo al hospital en cuanto me enteré para consolarlo y… le dije a su mujer que yo era la que se lo follaba los jueves.

Suelto una carcajada.

Madison me cuenta la secuencia completa con mucho humor y consigue que me doble de risa.

—Así que el mensaje se refería a eso… —comento mientras muevo la cabeza.

—¿Y la tuya? Esa que menciona Asher en la carta… Se enfadó por lo de las macetas. ¿Así de intensa era? ¿Es tu novia? ¿Demasiadas preguntas?

—Delaney no es mi novia, ni lo ha sido. Salimos unos meses. Nunca le he regado las macetas ni lo haría, ni con ella ni con nadie. Y me enfadé porque me pareció que me estaba espiando el móvil. La pillé *in fraganti* con él en las manos cuando volví de una visita al baño.

Le cuento la secuencia completa yo también, pero ella no se ríe.

—Sé que no es tan divertido como tu caso, pero… ¿a qué viene esa cara? —le recrimino.

—Trevor: sinónimo de infidelidad. Delaney: sinónimo de celos. Y los menciona en su carta… Por lo que me has contado, ni uno ni otro eran tan importantes como para ser mencionados. ¿O me equivoco?

Niego con la cabeza. Se me revuelve el estómago.

—Formaba parte de su juego… Porque esto es un puto juego —le digo golpeando el volante.

—Vamos, Derek. ¡Arranca! No pienso entrar en ese cementerio.

—Vámonos. No soporto estar aquí.

63
Madison

Cláusulas

Dos días después.

—¿Qué le ocurrirá? Algo le pasa —comento en voz alta.

No espero que me haga caso el abogado. Está concentrado en todos los papeles llenos de anotaciones que tiene desplegados sobre la mesa de la biblioteca.

—¿Otra vez estás con eso? A Cassidy no le pasa nada, tendría un mal día.

—Dos, dos días. Está rara, Derek. Yo la he visto más que tú y no es la misma. Estaba seca, distante. Le he preguntado varias veces y me ha dicho que tenía la regla.

—¿Lo ves? Ya tienes una respuesta.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso es una excusa… —Cruzo los brazos, harta de que no me escuche—. ¿Por qué no me tomas en serio? Y lo que es peor, ¿por qué no me explicas qué narices estás haciendo con todos esos papeluchos? Y… ya de paso, ¿por qué has convocado a esa bruja y me has pedido que me mantenga calladita? Se acaba el tiempo. Va a venir y no me has contado nada.

Resopla mientras aparta unos documentos de forma meticulosa.

—De acuerdo. Pero vayamos por partes. Cassidy puede estar molesta porque el otro día le pedimos que nos hablara de Asher. No sé bien por qué, pero podría ser una posibilidad. Si lo de la regla no te convence… podría ser eso. Creo que lo mejor sería que mañana, cuando venga, se lo preguntemos directamente.

—Ya le he preguntado varias veces si estaba bien.

—Insistiremos. ¿De acuerdo?

—Ajá.

—Respecto a estos «papeluchos», son notas que he ido tomando estos dos días sobre todo lo que he intentado averiguar en relación a la herencia. He hablado con un compañero especialista en sucesiones y todo lo que tenga forma testamentaria: es el mejor.

—¿Y? ¿Por qué te preocupa la herencia? No… no contestes. ¿Por qué no me cuentas nada?

—Es lo que pretendo —dice, y por primera vez en dos días, se le ilumina la cara como si aquello le devolviera el control. Qué curioso: cuando habla de leyes, casi parece otro.

—Pero llevas dos días dedicado exclusivamente a eso.

—No seas injusta… hemos hecho muchas cosas… ¿Te las recuerdo?

Se me escapa una sonrisa porque sé que se refiere a todos los paseos y momentos íntimos que hemos compartido.

—Cuenta. Si me pides que me mantenga callada cuando venga esa bruja, dame razones.

—Mi compañero ha revisado el testamento y me ha confirmado que es legal. La casa está libre de cargas, y Asher dejó por escrito que no podemos venderla, alquilarla ni obtener beneficios de ella de ninguna clase.

—Sé más claro, Derek. No estoy para tecnicismos, soy de ciencias.

—Significa que lo dejó todo atado. Que puede imponernos esas condiciones, y mientras no las incumplamos, seremos los legítimos propietarios… aunque más bien seríamos como los guardianes de su museo.

—Eso es cierto… Bien, ¿y para eso tanto alboroto?

—No del todo. Lo importante es lo que escuchamos el día de la lectura. La carta que leyó Florence no es el testamento oficial, pero sí era una declaración de últimas voluntades.

—¿La que destruyó?

—Sí. Pero hay una copia en el notario, y la cláusula del fuego es la que me interesa.

—Pero esa cláusula no está en la que hay en el notario.

—Pero grabé la lectura.

—¿Qué? Eso no es posible. Le entregamos los móviles, ¿recuerdas? Borramos la grabación…

—Eso es lo que ella creyó. Yo no borré la grabación real, sino otra que ella pensó que era la auténtica. La verdadera siguió su curso en una ubicación oculta del teléfono.

—¿Es eso lo que haces en tu trabajo?

—Y cosas aún peores.

—Ya… Sigo sin entender. ¿Y qué valor tiene eso? No es un testamento.

—No, pero tampoco es irrelevante. En derecho se llama una «expresión extratestamentaria». No sustituye al testamento, pero puede ayudarnos a interpretar su intención. Y si lo que se dice en la grabación contradice el contenido oficial, como en este caso, porque en esa carta sí se menciona la amenaza de incendiar la casa, podríamos usarla como prueba si quisiéramos impugnar alguna cláusula.

—¿Y eso sería suficiente?

—Suficiente, no. Pero sí útil. Podríamos alegar que hubo presión emocional o coacción, que nos condicionó a la hora de aceptar. No es un caso fácil, pero llegado el momento… En un juicio no es lo mismo una cláusula absurda que una cláusula absurda acompañada de una amenaza registrada como prueba.

—Ya… Eso sería en el caso de que nos quedáramos la casa, pero eso… Derek… Esa casa…

—No, Madison. No tenemos que plantearnos nada ahora, pero sí hay que estar bien informados porque, la queramos o no, tenemos que impedir que esa casa se prenda fuego. La grabación se admitiría como prueba. Aquí en Michigan basta con que una de las partes lo sepa, y yo lo sabía.

—Bien. ¿Y la visita de la bruja es para…?

—Quiero ponerla contra las cuerdas. Ver cómo responde, qué se le escapa. Ella es la encargada de lo del fuego, directa o indirectamente, al menos eso creemos. Quiero averiguar, Madison, no hay un fin concreto, sino tener toda la información posible. Quiero que te quedes calladita porque no me interesa que te enfrentes a ella, que es lo que vas a hacer en cuanto me descuide. Sígueme la corriente y haz el mismo papel que voy a hacer yo.

—Está bien. Pero… sigo preocupada por Cassidy.

—Pórtate bien con la bruja y luego te acompaño a ver a Cassidy y lo aclaramos todo.

Esa idea me gusta, así que acepto el trato de no saltarle a la yugular a la bruja. Una posibilidad siempre presente cuando ella está cerca. No es solo odiosa, es venenosa.

Veinte minutos después, la bruja nos visita.

64

Derek

Prenderle fuego

Como siempre, Florence nos ha pedido que nos dirijamos a la sala del acuario, el paraíso de Asher y el lugar que siempre prometió que sería el escenario de nuestras conversaciones.

Madison ha intentado protestar, pero le he lanzado la primera mirada inquisitoria, una de muchas que sé que vendrán, aunque lo que quiero hablar con esta mujer será breve.

—Ayer no os presentasteis en el restaurante —nos reprocha nada más entrar—. Es la cita de los jueves por la noche.

—Ayer tuvimos que acudir a urgencias para que le revisaran la muñeca a Madison —le digo en un discurso improvisado del que me siento orgulloso.

—Entonces podéis sustituirlo por esta noche —dice con sequedad.

—Quizás mañana, Florence… Ya que no coincide con el jueves, no debería importar el día. ¿No crees?

La conversación es sin duda ridícula. Ahora todo ha dado un giro inesperado, aunque ella aún no lo sabe.

—Estoy bien de la muñeca, gracias —suelta Madison. No ha podido contenerse.

Segunda mirada asesina.

Florence la ignora y va al grano.

—¿De qué queríais hablar?

—En realidad queríamos aclarar algunas dudas que nos han ido surgiendo. Antes que nada, quiero decirte que, pese al sentimiento tan duro que estamos afrontando por la pérdida de Asher —digo de un tirón, ante la mirada de sorpresa de Madison. Supongo que mi lenguaje es algo recargado—, estamos muy contentos de que él pensara en nosotros para que continuáramos disfrutando de esta preciosa casa.

Hago una pausa a ver si el iceberg que tengo delante muestra alguna capacidad para derretirse un poco, pero no.

—Y… afortunadamente la lectura del testamento no incluía lo de prenderle fuego a la casa —Me echo a reír de forma tan forzada que hasta a mí me sonó mal—. Claro que eso no podía incluirse porque es completamente ilegal…

Nada, ni un músculo. Ni pestañea.

—Y… respecto a la carta que nos leíste, he conseguido una copia de la notaría y tampoco incluye esa «amenaza». Claro que no se puede hacer, así que por eso debió excluir la amenaza Asher. ¿O fuiste tú? Es solo curiosidad.

—He seguido al pie de la letra todas las instrucciones de Asher.

—¿Entonces fue idea suya que omitieras la amenaza para depositar la carta ante notario…? ¡Claro! Asher sabía lo que era legal e ilegal. Con lo listo que era…

Mi tono suena algo forzado y Madison, que se ha dado cuenta, se cruza de brazos y me observa más detenidamente.

—Tengo dudas, Florence —le digo en un tono más real, inclinándome ligeramente hacia adelante—. ¿En qué momento se consideraría que a la casa hay que prenderle fuego?

—Ya os dije que la voluntad de Asher era que tuvierais interés en ella y en cumplir su última voluntad. Lo dejaba claro en la carta.

—Ya, pero es que en la carta dice… ¡Un momento! El párrafo dice:

Y… para acabar con mis peticiones, quiero que, terminado ese periodo, decidáis el futuro de mi casa. Seréis los herederos una vez finalizada vuestra estancia, pero solo si permanecéis el tiempo que deseo; de otra forma, no tendría sentido alguno, solo sería un bien material.

Si la heredáis, no podréis venderla ni podréis comprar la parte del otro. Es para los dos o no es para nadie.

—Está claro, ¿no? —dice sin pestañear.

—No, no está claro, Florence, por eso quiero que respondas a mis preguntas. Atenta. La primera. Si Madison y yo nos marchamos mañana, ¿la incendiarás?

—Si eso ocurriera, estaríais decepcionando a Asher. Os recuerdo que él os pedía que permanecierais treinta y dos días y aún quedan

diecinueve.

Sé que no me va a contestar con claridad, pero tengo que seguir.

—Bien, supongamos que nos quedamos. Tanto Madison como yo vivimos en Nueva York y… no sabemos cuándo volveremos a disponer de tiempo libre. Pueden pasar meses… o incluso un año para que volvamos. ¿Cierto, Madison?

—Sí —contesta con el mismo tono que emplea Florence.

Vaya, se lo ha tomado al pie de la letra. Podría echar un cable.

—¿Eso entra en la lista de motivos para incendiar la casa? —le pregunto con una sonrisa ingenua, como si estuviéramos planeando un picnic.

—Si vuestras intenciones son no volver en tanto tiempo, seguro que decepcionaríais a vuestro amigo.

—Ya… Eso supongo. Pero eso ya es una cuestión sentimental. Asher conocía perfectamente nuestras agendas. Pero ¿habría o no fuego, Florence?

—Seguro que encontraréis la forma de venir con más frecuencia. Sería una pena dejar esta preciosa casa abandonada tanto tiempo.

—Y… pongamos otra situación. Teniendo en cuenta que dentro de pocos días podremos firmar la aceptación de la herencia, me pregunto si, en el caso de que lo hiciéramos… nadie podría prenderle fuego, ¿correcto? Una vez que sea de nuestra propiedad, cuándo volver a visitarla es cosa nuestra…

—Si aceptáis la herencia, Asher estará encantado, es lo que él deseaba. Estoy segura de que volveréis a menudo…

—Florence, no me has aclarado en qué momento recibiste instrucciones de prender fuego a la casa. ¿Bajo qué circunstancia?

—Es una casa preciosa, y estamos hablando de un asunto que no viene al caso. Disfrutad de ella, es lo que él quería. Ahora y después.

—Es un delito grave, Florence. Incendiar una propiedad ajena o sin autorización, aunque sea simbólicamente, se castiga con prisión. Aunque fuera tu idea o de Asher.

—¿Algo más?

—No. Lo tengo todo claro.

—Bien, en ese caso, me marcho. Tengo cosas importantes que atender.

—Pues ya sabes dónde está la puerta —añade Madison. Estaba a punto de explotar.

Florence sigue la recomendación de Madison.

En cuanto escuchamos que la puerta se ha cerrado, me acerco a ella y la abrazo por la cintura. No lo esperaba y me mira sorprendida.

—Lo has hecho muy bien. Has estado calladita, has dicho un escueto «sí» cuando te he preguntado directamente y le has indicado amablemente dónde estaba la puerta.

—Puedes estar contento de que me haya contenido. Esa bruja es…

—Una bruja.

—Eso.

—Solo quería ponerle las cartas sobre la mesa. Sabía que no iba a contestar, pero quería que supiera todo lo que nos planteamos.

—¿Crees que ha servido para algo?

—No, pero ha sido entretenido.

Se echa a reír, y al oírla reír recupero por un segundo a la Madison de antes. Esa versión suya que todavía no ha huido del todo.

—Es bueno que sepa que el fuego nos inquieta y que estamos encima del tema. Ella no sabe que tenemos la grabación. Pero recordarle que es un delito, que podemos ser los propietarios y que soy abogado… puede alertarla.

—¿Cuándo crees que le prendería fuego?

—No sé si me equivoco, pero intuyo que después de no aparecer aquí en unos meses, nos la encontraríamos reducida a ceniza.

—Eso creo yo. Y también si renunciamos a ella. Y también si no nos hubiéramos quedado a cumplir con este periodo. Pero… permanecer aquí es tan absurdo, Derek. Cuando nos ha recordado lo de la cena, me ha parecido tan ridículo. Me he sentido como una niña jugando.

—Si nos vamos ahora, Madison, tengo la sensación de que todo se perderá: sus secretos y nuestras dudas quedarán sin resolver. Y,

además, la casa arderá. Creo que lo que queda de tiempo, debemos intentar averiguar más…

—Sí, es lo que deberíamos. Pero no creo que haya mucha luz. Esa bruja no cuenta nada y Asher parecía haber planeado muy bien esta pantomima.

—Cassidy.

—Ella no nos va a contar nada. Ya lo intentamos. Nos dijo que quería información de nuestras dudas. Y además está enfadada. No sé qué le pasa, pero algo le pasa.

—Pues vayamos a averiguarlo. Vamos a hacerle una visita. La llamamos y quedamos con ella. Seguro que accede si tiene disponibilidad.

—¿Ahora? —me pregunta como si le hubiera propuesto que fuéramos nosotros los que quemáramos la casa.

—¿Tienes otros planes?

—Es que yo, cuando me disgusto por algo… me gusta darme un bañito, o… ya sabes. Luego vamos a ver a Cassidy.

—Tendrás que ser más clara —le digo jugando—. ¿Qué disgusto has tenido ahora?

—Ver a la bruja. Y eso me altera. Y si me altero, quiero relajarme, y nada me relaja tanto como el agua…

—¿Cuándo dices que te relaja el agua, te refieres a…?

—Está claro… que me relaja y punto.

—Pero ¿te refieres a que consigues que…?

—Follar, Derek, me apetece follar contigo —me interrumpe.

—¿Quién se resiste a esas palabras tan dulces, cariño? —le digo sin ser consciente de esa palabra tan cercana que utilizaba tanto con ella en el pasado.

Ella se ha dado cuenta porque el juego se ha terminado y me mira confundida.

No sé si he metido la pata. Aquí no hay ritmo, ni hay unas pautas. Todo es improvisado.

Me coge la cara entre sus manos y me besa.

—Agua, cariño, quiero agua —me dice mientras tira de mi brazo.

Cassidy tendrá que esperar.

65
Madison

Cumplir un sueño

Cassidy vive en una casa pequeña, pero muy acogedora. Nos ha recibido en ella en cuanto la he llamado y le he pedido que nos reuniéramos porque necesitábamos hablar. Al principio, no se ha mostrado nada entusiasmada. Ni siquiera se ha molestado en darme una excusa. No me ha sorprendido que fuera sincera y me dijera que no le apetecía, pero ha cambiado de opinión en el último momento y me ha proporcionado la dirección.

Cuando hemos llegado, ha reiterado, sin miramientos, las pocas ganas que tenía de hablar con nosotros, pero nos ha pedido que nos acomodáramos y nos ha ofrecido un cóctel delicioso que ella misma ha elaborado.

—No tiene alcohol, es una creación mía. Si no os gusta, no lo digáis, me hundiría. Fingid que os encanta —nos ha dicho.

—Eso que nos pides es extraño, Cassidy —le ha dicho Derek, medio en broma—. Te tenía por una persona a la que le gusta la sinceridad, las cosas claras.

—Con mi trabajo y mis sueños soy poco tolerante. ¿Qué queréis de mí?

Esa Cassidy, tan brusca y seca, me ha parecido una desconocida total. Aunque lo es, aunque apenas la conozco, el trato que he tenido con ella ha sido totalmente distinto. No quedaba nada de la Cassidy risueña, sonriente, que canturreaba a todas horas y me pellizcaba la mejilla de vez en cuando en señal de cariño.

—Es muy sencillo, Cassidy —he intervenido con firmeza, sin dejar que Derek me silencie—. Te hemos notado algo fría, especialmente yo, que he tratado más contigo estos días. Te apreciamos mucho y nos preguntamos si te hemos molestado en algo. Hemos pensado que podías estar enfadada porque el otro día te pedimos que nos hablaras de Asher o de algo que te llamara la atención. Si es así, no pretendíamos ponerte en una situación…

—Para. Deja el rollo. No es eso lo que me pasa.

No esperaba esa reacción. Me sonrojo al instante, sin poder evitarlo.

—Es que no me gustan las personas que juegan sucio, que tienen dos caras.

—¿Qué quieres decir, Cassidy? ¿Te refieres a alguno de nosotros, o a los dos? —pregunta Derek, con una mezcla de sorpresa y tensión.

Ella resopla. Se remueve en el asiento y se sienta sobre una de sus piernas, que ha doblado con una agilidad que me resulta casi dolorosa de ver.

—Escuchadme bien. He estado más de un año trabajando para Asher. He ganado mucho dinero. A ese dinero se ha sumado lo que me entregó cuando murió, el equivalente a dos años de sueldo. Y a eso, lo que recibo cada día que voy a la casa a cocinar para vosotros. Así lo convenimos. Ese dinero significa para mí cumplir mi sueño: largarme de aquí y trabajar en la cocina de algún restaurante importante. Tengo la experiencia y la formación, y quiero marcharme de este pueblucho. Mucho más ahora que Asher se ha muerto y no tengo dónde trabajar. Solo hasta que vosotros os vayáis. Ese sueño te lo conté, Madison, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Me dijiste que querías trabajar en Nueva York o en Los Ángeles.

—Bien, pues entonces no entiendo cómo, sabiendo eso, sabiendo que te dije que era muy importante para mí este trabajo hasta que os marcharais, eres tan falsa y traidora de hablar con la niña y perjudicarme.

—¿Qué? —soltamos al unísono Derek y yo, mirándonos confundidos.

—Me enviaste un mensaje para decirme que no fuera a trabajar porque teníais mucha comida y la queríais aprovechar. ¿Es cierto o no?

—Sí… ¿y qué? —respondo, recordando perfectamente ese momento.

—Entonces ¿por qué le diste quejas a la niña y le dijiste que estabas molesta porque no había ido?

—¿Qué? Yo no he hablado con esa bruja de eso jamás. Yo no le he dado quejas de nada, mucho menos de ti. ¿Eso te contó?

Estoy tan alterada que Cassidy se sobresalta. Me quedo helada. Ni siquiera sé cómo reaccionar. Es como si me hubieran lanzado una puñalada por la espalda sin previo aviso.

—Sí, eso… me dijo. Y que también te habías quejado porque me marché un poco antes un día…

—Pues es una puta mentira. Es así de simple. Una mentira.

Me levanto de golpe y empiezo a pasear por el salón, de un lado a otro, como si estuviera atrapada en un calabozo.

—Cassidy, eso que te ha contado se lo ha inventado —interviene Derek—. Nadie ha dado quejas de ti. Estamos encantados de que vengas a cocinar y, si no vienes, no pasa nada. Aceptamos ese acuerdo porque Florence nos dijo que así estaba estipulado, pero te aseguro que al principio nos parecía excesivo todo ese despliegue de personal. No lo necesitábamos. Pero entendimos que era su trabajo y no quisimos perjudicar a nadie.

—Ya… —dice ella, frunciendo el ceño, todavía visiblemente afectada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le recrimino—. Te lo habría aclarado en un segundo. Y si hubiera hecho falta, te lo habría dicho delante de esa bruja. De hecho, podemos ir ahora mismo. Se va a tragar cada palabra.

—Te lo estoy diciendo ahora. A mí no me gusta discutir, ¿de acuerdo?

—Pero ¿qué ganaba esa mujer diciéndote eso? En cuanto nos lo comentaras, te lo íbamos a aclarar.

—Me dijo que no os dijera nada, que se lo habíais contado de forma confidencial. Así que eso es lo que hice. Me dijo que erais un poco falsos y que tuviera cuidado, así que mantuve las distancias.

—Me parece muy arriesgado. ¿Es que no contó con la posibilidad de que se produjera esta conversación? Como está pasando ahora —comento asqueada.

—Supongo que no…

—Cassidy —me acerco a ella con decisión—. Esa tía es repugnante en todos los sentidos. No la soporto, y ella lo sabe. Me

cuesta disimularlo. No sé qué pretendía, pero es una puta mentira. Yo jamás he hablado con ella de ti, jamás. El primer día me preguntó si estábamos contentos contigo y le dijimos que estábamos encantados, que tus platos eran deliciosos.

—Vale, te creo… —dice, visiblemente afectada, y se levanta para servirnos otra copa de su cóctel.

—Está delicioso —le dice Derek—, te lo creas o no.

—Gracias. Te creo.

Yo me vuelvo a sentar. Derek me aprieta el brazo en señal de apoyo.

—¿Para qué narices me soltó eso? —dice Cassidy, enfadada.

—¿Cómo sabía que no habías venido? ¿Se lo dijiste tú? —le pregunto, buscando mentalmente alguna explicación.

—No, claro que no. Puede que me viera por el pueblo…

—¿Y el día que te marchaste antes? —insisto.

—Tampoco. Debió verme salir o… yo qué sé, esa tiene ojos en todas partes.

—Cassidy —interviene Derek—. Por eso te pedimos que nos contaras lo que supieras sobre… cualquier cosa que te llamara la atención. Igual que nos contaste lo del sótano. Llevamos pocos días aquí, es una situación algo complicada y hemos visto detalles que nos han confundido. Como lo del sótano y… algunas cosas más.

—Os dije que me lo contarais. Yo no hablo por hablar, aunque os advierto que no tengo mucho que contar. Por si queréis tenerlo en cuenta.

Derek me mira, y yo le devuelvo una señal para indicarle que me encargo. Por mucho que Cassidy nos guste, la confianza ahora mismo es un tema delicado.

—Cassidy, me dijiste que conocías nuestra amistad con Asher, que él te la contó.

—Sí, es verdad —responde, más calmada.

—Pues solo te diré que éramos muy amigos, como hermanos —hago una pausa—. Derek y yo tuvimos una relación hace seis años, y acabó mal.

—Ya lo sé. Me dijo que tú le ponías los cuernos —Mira a Derek y luego a mí—, y que tú le amargabas la vida con tus celos.

Miro a Derek y aprieto los puños con rabia contenida.

—Cassidy, Derek y yo no nos habíamos visto desde entonces. Coincidimos aquí porque esa bruja nos pidió que viniéramos cuando ya estaba enterrado. Y durante este tiempo, hemos hablado mucho y hemos descubierto que Asher no era el amigo que creíamos. Jugó sucio con nosotros. Nos hizo daño. Él intervino de forma que…

Me detengo. Miro a Derek suplicándole ayuda. Esto me está afectando más de lo que creía.

—Él tuvo la culpa de que rompiéramos y de que esa ruptura acabara en odio —añade Derek—. Pero no lo hemos descubierto hasta ahora, Cassidy.

Ella le observa con el ceño fruncido, pero no dice nada.

—Nos dejó una carta pidiéndonos que permaneciéramos aquí…

—Sí, lo sé. Hasta que llegara su cumpleaños. Me dijo que estaba seguro de que aceptaríais porque era lo último que os pedía.

—Pues acertó —continúo, más serena—. Y nos pidió que hiciéramos cosas sin importancia, la verdad. Un poco extrañas, pero es que Asher era muy especial, y no nos sorprendió.

—¿Qué os pidió que hicierais?

—Disfrutar de su casa, cenar en su restaurante favorito, ocuparnos de su mausoleo… Nada especial. Pero no fue fácil decidirlo. Hemos dejado nuestra vida allí para venirnos un mes a este lugar con todo lo que eso supone.

—Todo lo que hemos descubierto sobre el pasado, lo del sótano, esa mujer tan intratable… nos ha hecho cuestionarnos muchas cosas —continúa Derek—. Seguimos aquí porque queremos averiguar más. Él nos ha dejado su casa en herencia y no sabemos qué vamos a hacer. Es la verdad. Por eso te pedimos ayuda.

Durante un largo minuto guardamos silencio los tres. No hay mucho que añadir. Por supuesto, no hemos mencionado el juicio. No porque lo hubiéramos convenido antes, sino porque ese tema sigue siendo sagrado. Solo espero que Cassidy no esté al corriente de ello.

—No puedo contaros mucho. No porque no quiera, sino porque no tengo mucha información. Lo que os puedo contar son impresiones. Asher era muy amable conmigo, y yo no puedo quejarme. Con la niña tenía una relación un poco rara. Contaba con

ella para todo. Era como… su ayudante. En lo personal, en el trabajo… Ella vivía solo para atenderle. Esa mujer estaba obsesionada con él. Estoy convencida de que estaba enamoradísima. Él… creo, puedo equivocarme, que le hizo creer que era su novia para… utilizarla. Esa es mi teoría.

»Él pedía, y ella se volvía loca por complacerlo. «Ve a este sitio o al otro», «consígueme esto o lo otro»… Eso hacía. Ella se pasaba el día allí, encerrada con él en su despacho ayudándole con sus libros o paseando por la casa mientras él se encerraba en busca de inspiración en la buhardilla o en el jardín. Si él estaba en el jardín, me pedía que saliera por la otra puerta para no molestarle. Le preparaba infusiones, le hacía masajes… No dejaba que yo me ocupara de nada. Le llevaba la comida, la cena… Joder, parecía su puta esclava. Pero ella era feliz. Hasta le preparaba los baños e iba a la ciudad a buscarle sales especiales y cosas por el estilo. Él la alababa a todas horas. ¿Queréis saber qué opino?

Asentimos los dos, sin dudarlo.

—Pues que él le hizo creer que era especial. Le escuché muchas veces decirle lo mucho que la necesitaba, lo guapa que era por dentro y por fuera. «No sé qué haría sin ti, Florence. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida». Textual. Lo escuché. «Qué guapa eres…», le decía muchas veces. Y mira que la pobre es fea… pero él le hizo sentir que era una belleza en todos los sentidos. Eso está bien; me parece bonito por su parte. Pero no creo que fuera sincero. Creo que la engañó, la utilizó, y ella simplemente se enamoró como una loca y se convirtió en su esclava. Y una vez le oí decir: «Ojalá Madison y Derek hubieran sido la mitad de leales que eres tú».

66

Derek

Fantasmas y leyendas

—¿Leal? ¿Qué problema tenía con nuestra lealtad? —comentó frustrado.

Lo que nos está contando Cassidy no hay forma de demostrarlo, pero ni Madison ni yo lo ponemos en duda. Al menos yo. Puede que me equivoque, pero encaja con la personalidad manipuladora de Asher que hemos descubierto estos días.

—¿Por qué jugaba así con ella? —pregunta Madison arrugando la frente.

—Porque era otro solitario, como ella. Se ayudaban, se hacían compañía… y ella le servía como si fuera una criada las veinticuatro horas. Pero esos no se acostaron nunca juntos. No lo sabré nunca, pero me apostaría mil dólares. Había muchas cosas entre ellos, pero sexo… ¡No! Eso no lo creo.

—¿Qué sabes de su vida?

—Esa tía es una solitaria. No se relaciona con nadie del pueblo y todos la consideran una amargada insociable. Vivió con sus padres hasta hace pocos años. Tiene unos treinta años, aunque aparente noventa y nueve…

Me echo a reír.

—Nació aquí y se crio aquí. Sus padres murieron hace años y se quedó sola en esa casa tan cutre donde vive. Dicen las malas lenguas que está podrida de dinero. Pero no sé en qué lo invierte. Es enfermera y trabajó en un pueblo cercano durante varios años. Se encargaba de la asistencia a domicilio de los pacientes que no podían desplazarse al centro médico. Cuando conoció a Asher dejó el trabajo y no sé nada más. Nadie la tiene en cuenta, siempre ha sido la «rara» del pueblo. Es perfecta para asustar a los niños para que se porten bien.

Madison suelta una carcajada y me contagia.

—No te voy a decir que me sorprenda lo que me estás contando. Esa relación de dependencia y obsesión, sí, pero el perfil de ella no —le digo a Cassidy todavía impactado por el relato.

—Yo iba a cocinar a la casa y me marchaba. Pasaba de ellos. A veces, Asher me pedía que compartiera con él un rato de tranquilidad. Así lo llamaba él, y me contaba cosas de su vida. Me regaló un libro que había escrito él. Un tocho que me costó la vida leer. Era un libro muy raro, pero me dijo que tuvo mucho éxito. Lo busqué en Internet y vi que era verdad, así que pensé que debía de ser yo la que no sabía apreciar ese tipo de libros.

Ni Madison ni yo decimos nada sobre eso. Supongo que, a pesar de todo, nos parece cruel contarle lo que pensamos de sus novelas.

—Eso es todo lo que os puedo decir. Yo iba a la casa, trabajaba, escuchaba cosas y veía cosas, pero me las guardaba para mí y me largaba. Asher me ayudó y no quiero ser una traidora, pero… os tengo que decir que la forma de manipular a la niña no era algo que me pasara inadvertido, pero nunca dije nada. Aunque parezca una tía poco centrada y un poco impulsiva, sé dónde están los límites. Yo me preocupo de mi vida, la de los demás me importa poco. Pero eso del sótano… me dio pena que no lo supierais porque me caéis bien, joder. Derek, eso de acostarme contigo, era broma.

—Ajá. Ya lo suponía, Cassidy.

—No eres mi tipo.

—¡Oh! Es bueno saberlo. Espero que al menos me veas como un amigo, es lo que me gustaría llevarme de aquí.

—Eso está hecho. Entonces ¿estáis juntos o no? Porque follar, folláis, eso se nota. Solo hay una cama en esa casa.

Los dos nos echamos a reír por su espontaneidad. No se corta. Vuelve a ser la misma.

—Sí, estamos juntos —le digo sin pensarlo.

La miro, esperando alguna reacción, pero Madison baja la mirada. No dice nada.

Mis propias palabras me provocan un escalofrío.

—Hacéis buena pareja. No veáis qué envidia me dais por vivir en Nueva York.

—Espero que vengas a visitarnos cuando nos marchemos —le comenta Madison. Parece aliviada de que el tema haya cambiado.

—Puede que lo haga… Sería fantástico. ¿Me enseñarías Manhattan? Tiene que ser alucinante.

—No te creas que es tan alucinante. Es algo estresante, pero yo adoro esa ciudad —le confieso.

—Cassidy, por casualidad, ¿no sabrás qué le ha dejado a la bruja en herencia? Si es que le ha dejado algo —le pregunto con mucha curiosidad.

Madison me mira sorprendida.

—Eres un cotilla —me dice sonriendo, y a Cassidy le contagia la risa.

—A ver, cotilla, sé que le ha dejado los derechos de sus libros y… supongo, pero no lo sé, que también dinero. Si hay algo más, lo desconozco. Y algo ha dejado también a una institución que acoge a niños sin hogar.

—Eso está muy bien… —comenta Madison.

—Asher nos dijo en su carta que su patrimonio estaba bien repartido —añado.

—Asher me dijo que su fortuna, así la llamó, la invirtió casi toda en la casa. Estaba en muy mal estado y debió gastarse mucho dinero para dejarla como está.

—¿En la casa? Él me dijo que la había comprado y le había hecho unas mejoras —confiesa Madison.

—Muchas mejoras. Esa casa llevaba años abandonada. Debe tener al menos cien años. Llevaba a la venta mucho tiempo. Nadie la quería.

—¿Por qué?

—Porque tiene mala fama. Son leyendas, historias de pueblo, pero en esa casa vivió una mujer con sus dos hijos y los envenenó.

—¿Qué? —suelto, y un escalofrío me recorre la espalda. No esperaba eso.

—La verdad es que son tonterías —continúa explicando Cassidy mientras juega con su cóctel. Parece más relajada—. Son cosas de los pueblos que se rumorean. Hace mucho tiempo que esa casa existía y se han contado muchas cosas sobre ella, pero no hay que hacer caso. Perteneció a un hombre adinerado de aquí. Dicen que formó una familia. Se casó y tuvo dos hijos. Un día desapareció sin más y nunca más se supo de él. La mujer enloqueció, eso cuentan. Los encontraron a los tres muertos, se dice que envenenados. Desde

ese momento se han contado todo tipo de historias, pero en realidad es para mantener el misterio. No hay pueblo que no tenga una casa embrujada. Se dijo que ella mató a los niños y luego se suicidó, también que el marido estaba vivo y volvió para matarlos; que fue la amante del marido quien lo hizo… Que ella mató al marido y lo enterró en el jardín… Nadie lo sabrá. Hace muchos años de aquello y es difícil que se resuelva. La versión oficial es que ella se volvió loca y mató a sus hijos y luego a ella misma. Se dice que antes de morir le dijo a una amiga que quería morirse, pero no quería separarse de sus hijos y que se los llevaba con ella. A saber, qué parte de todo eso es cierta…

—Joder, bonita historia. Creo que ahora voy a disfrutar más la casa… —dice Madison abrazándose a su cuerpo.

—En esa casa no pasa nada, Madison. Excepto la fachada, no queda nada de lo que fue. Asher la reformó entera. Estuvo un par de meses viviendo en un hotel mientras la reformaban en tiempo récord. La venta fue rápida, eso sí. Pertenecía a unos parientes lejanos, los últimos en heredarla, y debían estar deseando quitársela de encima. Lo que no fue tan rápido fue el traslado de la familia, que estaba enterrada en el jardín, y el trámite para sacarlos de allí fue más complicado.

—¿En el jardín? ¿En el jardín que… pisamos? —le pregunta Madison horrorizada.

—Tranquila, Madison, que se los llevaron. Asher se encargó de costear el traslado. Era la única manera de agilizarlo. Hasta los enterró en el cementerio y les colocó una lápida con sus nombres. Decía que era terrible separarlos.

—Joder, nunca me habló de eso. Es como si hablaras de alguien que no conozco… —añado molesto.

—Es que no le conocíamos —reflexiona Madison en voz alta.

El tono de su voz me invita a observarla. Veo una lágrima que desciende por su mejilla.

—Quizás deberíamos dejar ya este tema —le sugiero, pero ella niega con la cabeza.

Cassidy se acerca y se arrodilla junto a ella.

—No te pongas triste. El único fantasma de esa casa es él. No creo que se haya ido del todo.

Madison sonríe.

—Es un alivio saber eso —dice sin perder la sonrisa.

—Esa obsesión que sentía por vosotros no era muy sana —dice Cassidy mirándonos a ambos—, os lo digo yo que cada vez que lo veía tenía que escucharle hablar de vosotros. Hasta os cogí manía porque me dijo que no queríais visitarlo y me dio pena. Pero al irlo conociendo me di cuenta de que no podía juzgaros porque no os conocía. Y una vez… ¡Joder! Igual no significa nada, pero os lo tengo que contar… —nos dice trasteando en su bolsillo.

—¿Qué ocurre, Cassidy? —le pregunto observando cómo trastea en su móvil. Pero no nos muestra nada, se sienta de nuevo y empieza a hablar.

—Os voy a enseñar algo. Os lo merecéis. Pero que conste que yo no os lo he enseñado. No quiero líos. Cuando os marchéis, terminaré mi relación con esa bruja y, mientras, no quiero problemas. Ya me ha jodido el salario de un día y no quiero que me joda más. ¿Entendido?

—De eso nos ocuparemos nosotros, Cassidy. No vas a perder nada. Ni ahora ni en adelante. Y recuperarás lo que te debe, te lo aseguro. Pero tenemos que hablar con ella, así que nos tienes que dar permiso… No podemos seguir así. Esa mujer te ha mentido descaradamente y nos ha metido a nosotros.

—No sé, Derek…

—No podemos seguir con este miedo… —sugiere Madison.

—Está bien, haced lo que tengáis que hacer, pero aseguraros de que no me fastidie. ¿Seguro que lo sabréis controlar?

—Confía en nosotros, Cassidy —le dice Madison, y ella asiente con la cabeza.

—¿Qué nos quieres enseñar? —le pregunto impaciente.

—En los últimos días de vida, él estaba cansado y débil. Pasaban horas y horas en la biblioteca. Un día, la niña me pidió que no me separara de él. Había tenido un desvanecimiento y el médico le dijo que lo mantuviera vigilado. El pobre ya estaba casi en el otro

mundo. Ella se fue a buscar algo y volvió en cinco minutos o un poco más. No sé qué era ni me lo dijo.

»Pero eso no importa, era algo habitual. Si se trataba de algo que él necesitaba, ella se ocupaba personalmente de hacerlo, nunca me pedía ayuda. Me quedé a su lado como me pidió, sujetándole la mano. Él estaba adormilado. Mientras, me fijé en lo que había alrededor y algo me llamó la atención. Era un papel blanco que contenía escrito un texto en mayúscula. No parecía definitivo, había algún tachón. Me llamó la atención porque aparecía tu nombre, Madison, no por nada más. Me dio mala espina, la verdad. Por eso le hice una foto. Cuando volvió Florence, le dio la vuelta. Lo vi de reojo. Y antes de marcharme, Asher le pidió que se ocupara del envío. Tenía que tratarse de eso porque Florence fue rápidamente a cogerlo.

—¿Conservas la foto?

—Claro…

Cassidy busca en su móvil y nos lo muestra. En cuanto lo veo, me quedo helado. El corazón me da un vuelco.

El papel que ha mencionado muestra un texto breve, con letra de imprenta:

Tiene que ayudar a Austin.
Él no se merece lo que le ha pasado.
Tiene que investigar el pasado de J. MacKenna.
Pregúntele a Madison Abbott si conoce a Stella Keller y qué le pasó.
Es la exnovia de Austin.

Madison me mira sin entender, pero yo sí sé lo que significa. Y no me gusta nada.

67
Madison

Más sorpresas

—No puedo esperar más —le digo a Derek después de que, de camino a casa, me confesara que él sí sabía qué significaba ese texto.

Como siempre, hemos ido directos a buscar el consuelo del acuario, aunque empiezo a cogerle manía a ese lugar por todo lo que nos hemos llegado a contar en ese rincón.

—Ese mismo texto —me dice, acercando su butaca a la mía y sujetándome la mano—, le llegó a mi compañero en el bufete. Era anónimo. Se lo dejaron al portero y se marcharon.

—¿Anónimo? ¿De qué va esto, Derek? ¿Qué tiene que ver con Asher?

—Me temo que lo envió él. Por lo que ha dicho Cassidy, le pidió a Florence que lo redactara y lo enviara. Te aseguro que es el mismo texto que recibimos.

—Pero… ¿qué pinta Asher en todo esto? No consigo entenderlo…

—Madison, quien quiera que nos enviara eso, ahora ya sabemos quién, quería que te preguntáramos por esa chica. De no haber recibido ese anónimo, esa chica no habría existido, o al menos habría tardado en aparecer. Ni sus padres ni su amigo la mencionaron. Les preguntamos nosotros después de haber recibido ese anónimo. Ahora es una testigo. Puede que, de una manera u otra, lo fuera. Puede que la investigación nos hubiera llevado hasta ella, pero lo dudo. Si ella forma parte del proceso es porque Asher se aseguró de que así fuera.

—¿Por qué?

—¿Qué conocía él de todo este asunto, Madison? Creo que la respuesta la tienes tú. Yo hablé con él y le pregunté por esa chica, y le costó mucho admitir que simplemente le sonaba de algo. Fue el día que se enfadó y me pidió que te dejara en paz.

—Él me avisó. Él la nombró la última vez que hablamos. Fue cuando me informó de que tú llevabas el caso.

—¿Él te avisó?

—Sí, Derek. Me aconsejó que aburriera con mi declaración y que solo así me dejarían en paz; que si me preguntaban por el pasado de Jenny lo esquivara de alguna forma; que fuera breve, que alegara no acordarme de las cosas, o que simplemente me sonaba de algo; me dijo que me alejara de esa mierda o me salpicaría, y me pidió muy seriamente que siguiera su consejo. Y entonces mencionó a esa chica. No por su nombre. Me preguntó si había vuelto a saber algo de la ex del novio de Jenny. No me explicó nada, pero interpreté que la mencionarían en la vista. Era como un aviso.

—Joder. ¿A qué cojones estaba jugando? Por eso… tu testimonio fue… así. Seguiste sus consejos…

—No, Derek. Puede que esos consejos me ayudaran a reafirmarme, pero tenía claro lo que iba a decir en la vista.

—¿Asher conocía a esa chica? ¿Qué sabía él de Mackenna o del caso en general?

—Todo, Derek, todo. Él conocía mi relación con Jenny, y a él le había hablado alguna vez de Stella. Él conocía mis inquietudes por la vista que se tenía que celebrar… ¡Todo! Maldita sea, él lo sabía todo. Él era mi amigo, yo se lo contaba todo.

Me levanto alterada, nerviosa. Camino de un lado a otro, me llevo las manos a la cabeza. No entiendo nada.

—Ayúdame a entenderte, Madison —me dice, acercándose a mí por la espalda—. Te estoy hablando como Derek, no como abogado.

—Derek… Esto me supera.

—Lo que me cuentes aquí, se queda aquí.

Me doy la vuelta. Está tan atormentado como yo por este tema.

—Me gustaría que confiaras en mí… —sigue diciéndome mientras alterna algún suspiro—. Estamos solos los dos. Dudo que alguna vez podamos hablarle a alguien de esto… Aún nos queda mucho por averiguar, eso creo. Y ahora no hay juicios, ni abogados ni testigos. Ayúdame a entender por qué se metió en esto y por qué jugó con nosotros una vez más.

—¿Crees que entenderemos por qué?

—No lo sé, pero estoy a oscuras, Madison. No sé qué ocurre con esa amiga tuya, ni con Stella, ni con tu testimonio… Cuéntame qué ocurre, igual que me hablaste de tu familia, o de lo que viviste

cuando Asher se dedicó a joder nuestra relación… No quiero datos, solo entender lo que ocurre, lo que sientes…

Me abrazo a él y me responde apretándome con fuerza sobre su cuerpo. Me besa lentamente.

—Sentémonos, Derek. Mientras te lo cuento, no volveré a llamarte abogado, no quiero a ese delante de mí. Quiero a Derek, al amigo de Asher.

—Dejémoslo en Derek.

Espero un rato a sentirme un poco mejor para contarle esta historia. No sé si debería, pero no puedo mantenerla por más tiempo dentro de mí.

—Conocí a Jenny cuando llegué a Manhattan. Fue a través de un anuncio. Ella pedía una compañera para compartir su apartamento. Lo formalicé en seguida, me cayó muy bien y el apartamento era amplio, podía disfrutar de intimidad. El precio era asequible y… todo encajaba. Pensé que por fin había encontrado algo de estabilidad. Asher acababa de marcharse, un mes antes, a su gira de presentaciones. Me ofreció su apartamento, pero me negué porque yo sabía que quería venderlo para comprarse esta casa. Así me lo contó. Hasta se enfadó conmigo, pero le convencí de que era lo mejor. También se enfadó porque decidí ir a Manhattan cuando él había decidido marcharse, pero le hice entender que eso no dependía de mí, sino de cuándo me habían dado la oportunidad en el hospital.

—¿Habías solicitado la beca de residencia antes?

—Un año antes, pero mi historial no me lo puso fácil. Recuerda que renuncié a ella cuando volví a Pensilvania.

—Prefiero no recordarlo.

—La convivencia con Jenny fue buena, pero solo unos meses, la mitad de los seis que compartimos apartamento. Ella necesitaba compartir gastos para asumir el alquiler. Su madre se negó a pagárselo. Le asignó un pequeño sueldo para sus gastos y le consiguió un buen trabajo como maquilladora en la cadena de televisión, pero al alquiler debía hacerle frente ella. Era una fórmula extraña, pero tenían una relación de amor y odio imposible de

entender. Jenny gastaba mucho dinero y… su forma de vida era muy desordenada.

—Ahora parecen unidas…

—Sí, pero eso va por etapas. La abogada la paga su madre, pero me dijo que estaba viviendo con ella y que no la soportaba.

—Entiendo… Sigue.

—Conocí a Austin. Era un chico estupendo, pero ella siempre estaba quejándose de todo. La escuchaba recriminarle cosas continuamente cuando hablaban por teléfono. Sí, Derek, contestando a la pregunta del abogado, diré que sí presencié algunas escenas de celos. Era absorbente con todos los que la rodeaban. A Austin yo lo veía poco, solían verse en el apartamento de él. Con el tiempo entendí que él evitaba venir a casa porque ella tenía celos hasta de mí. Me lo dijo una vez que salimos todos juntos, con sus amigos. Esa misma noche ella le montó una escena porque él estaba mirando a una camarera. Ese fue el argumento de Jenny. Tuve que llevármela de allí casi a rastras para evitar que siguiera armando un espectáculo. Sus amigos estaban enfadados. Le preguntaban por qué la aguantaba. Yo también me lo preguntaba, la verdad.

—Eso... me recuerda a algo…

—Lo sé, Derek.

—No te preocupes y sigue. Te aseguro que el abogado sigue estando fuera de esta sala.

—Me harté de ella, esa es la verdad. Era absorbente, creía que todo giraba a su alrededor y quería que escuchase continuamente sus absurdos problemas y sus dudas con Austin. Y… me habló de Stella. La nombraba muchas veces. Ella fue novia de Austin. Terminaron la relación y la verdad es que eran amigos, pero ella se encargó de que dejaran de serlo. Stella trabajaba en el mismo edificio que Austin, eran compañeros de trabajo, aunque en diferentes secciones. Ella tenía celos de Stella, no soportaba que se vieran en el trabajo, y ese fue el motivo de muchas disputas. Una vez llegó a casa muy contenta. Austin le había contado que Stella había sufrido una caída en unas escaleras mecánicas en el cine, en Regal Union Square. La pobre chica se rompió las piernas en varias

partes y se tuvo que apartar de su vida una buena temporada. Jenny estaba encantada de que ella tuviera que dejar su trabajo, al menos por una buena temporada.

—¿Cómo se cayó? ¿Falló el mecanismo de las escaleras?

—Protesto, señoría. Solo le contestaré a Derek —le recalco.

—Está bien… ¿Qué le pasó a la chica? ¿Mejor? —me pregunta sonriendo.

—Mejor. Y… no lo sé, Derek, no tengo ni idea. Pero una vez escuché a Jenny hablar con alguien por teléfono, creo que era su madre, pero no estoy segura. Hablaban de Stella. Jenny dijo algo que me llamó la atención. Habló del mal gusto que había tenido Stella a la hora de elegir la película e hizo algún comentario más que me hizo creer que Jenny había estado en ese cine, a la misma hora que Stella. Añadió que Stella no volvería a trabajar con Austin y eso le hacía feliz. Puede que me equivoque. O puede que no. Pero la duda ya está ahí.

68

Derek

Estoy aquí gracias a ella

—¿Sospechas de Jenny? —le pregunto tras escuchar su relato.

Me cuesta menos de lo que pensaba dejar a un lado el caso y verlo como un relato de Madison sobre su vida.

—Sí, y eso es lo que tuve en la cabeza mucho tiempo, pero no puedo asegurarlo, Derek.

—Stella no ha mencionado eso en ningún momento, según la información que me ha enviado mi tío. Solo dijo que Jenny mostró episodios de celos antes y después de romper con Austin. Quizás haya alguna novedad, pero la desconozco.

—Puede que me equivoque, o que ella no lo sepa. Puede haber varias explicaciones. Solo te he hablado de mis sospechas.

—¿Crees que ella la empujó o provocó ese accidente de la manera que sea?

—Sí, lo creo, Derek. Por eso, y por otras cosas que me molestaban de ella, decidí irme de su casa y mudarme a otro apartamento. No acabamos muy bien. Le molestó que me marchara y me reprochó mil cosas, entre ellas que me llevara tan bien con su novio. A Austin lo traté cuatro o cinco veces, así que la acusación no podía ser más estúpida.

—Entonces, ¿te marchaste?

—Sí, me marché y la perdí de vista durante un año, pero me la encontré hace unos seis meses en una discoteca. Se acercó a mí y me habló como si nada hubiera pasado, como si hiciera pocos días que nos hubiéramos visto. Fui cordial, pero me deshice de ella en cuanto pude. No tenía intenciones de mantener ningún contacto con ella. Y entonces, ocurrió algo…

»Salí de la discoteca en busca de mi coche. Un tío se abalanzó sobre mí y me llevó a un callejón a punta de pistola. No había nadie cerca, Derek, apenas vi a alguien a lo lejos, pero no podía gritar. Estaba muerta de miedo. Sentía que no podía respirar, tenía náuseas y me temblaban tanto las piernas que creí que iba a caerme en cualquier momento. Intentó meterme en un coche, pero forcejeé

con él y en ese movimiento le quité algo que le cubría la cara, aunque no era mi intención. Se puso como un loco a gritar y dijo que tenía que matarme, que no tenía que haberle mirado. Me apuntó con la pistola. Iba a disparar, Derek. Puso el dedo en el gatillo, cargó el arma. Cerré los ojos y pensé en Peter, en su risa, en lo que le dolería perderme. Pensé en Asher, en todos nuestros recuerdos juntos, en lo mucho que había compartido con él. Hasta en mis padres… Pero un ruido hizo que los abriera de nuevo. Era la voz de un hombre, del personal de seguridad de la discoteca. Jenny había visto cómo ese hombre me seguía y avisó al personal de seguridad. Llegaron justo a tiempo y lo redujeron hasta que llegó la policía. Se lo llevaron detenido. Esa noche declaramos ante la policía todo lo que pasó y me enteré semanas después, que la policía lo estaba buscando por la violación y asesinato de tres chicas más. Yo era la siguiente…

Me hierve la sangre escuchar ese relato. He visto muchos de esos casos en los tribunales. No puedo ni imaginar la angustia que vivió durante el tiempo que creyó que iba a morir.

—¿Tienes que declarar también en ese juicio? —pregunto algo alarmado.

—No. Al parecer se quitó la vida una semana después. Llevaba una doble vida. Trabajaba en unos grandes almacenes, estaba casado y tenía dos hijos. No tenía antecedentes, pero cuando lo detuvieron lo relacionaron con los otros crímenes. De hecho, confesó y luego se quitó la vida.

—¿Cómo fue tan oportuna Jenny? Parece casi un rescate de película.

—No, no vayas en esa dirección. Fue real. Ella se dio cuenta de que ese tío no dejaba de mirarme, salió detrás de mí en cuanto salí de la discoteca. Salió detrás de él, pero no me vio. Yo estaba con dos amigas del trabajo y Jenny las reconoció porque me vio con ellas. Les preguntó dónde tenía el coche, y ellas se lo dijeron. Se lo contó a un amigo suyo de seguridad y salieron a ver qué podía pasar. Estaba cerca y me encontraron. Ese tío solo quería meterme en su coche, pero al mirarle, al verle la cara, al forcejear, le corté el rollo. Jenny y su amigo de seguridad fueron quienes me salvaron la

vida. O me hubiera matado ahí o después. Así me lo dijo uno de los policías.

—Siento que tuvieras que pasar por eso.

—Fue un poco traumático, pero conseguí superarlo. Jenny me llamaba de vez en cuando y, unas veces la atendía y otras no. No quería volver a tener relación con ella, la verdad, pero no podía olvidarme de lo que hizo por mí y algunas veces, tres o cuatro, salimos a tomar unas copas. Me pareció que había cambiado un poco, pero solo fue al principio. Cuando volvió a coger confianza, seguía hablando de Austin y de sus problemas con él. Ella siempre tenía razón en todo y actuaba como si lo hiciera todo bien, y no confiaba en él. Si te digo la verdad, no le permití que entrara en detalles, no pensaba volver a pasar por eso.

—¿Volviste a ver a Austin?

—No. Como te he dicho, intentaba mantener las distancias. Y un día, cuando volvía a casa, me llamó. Me dijo que Austin estaba en el suelo. Estaba muy nerviosa y no se expresaba bien. Me dijo que se había golpeado. Intenté hablar con ella, pero insistía en que fuera a su casa. Conseguí que me dijera que había sangre, pero no sabía si respiraba o no. Le pedí que llamara a una ambulancia, pero quería que fuera yo, parecía estar en shock.

—¿No lo estaba?

—Estaba nerviosa, pero no sé si *shock* es la palabra. Cuando llegué, la vecina estaba en la puerta de su casa. Escuchó ruidos y salió. La conocía bien, era una buena mujer, pero su soledad hacía que necesitara estar pendiente de todos a todas horas. Era de esas personas a las que esquivas cuando las ves porque sabes que van a entretenerte. Entramos juntas al apartamento y me ocupé de Austin. Jenny se quedó en un rincón, algo alejada. Estaba asustada, es cierto. Y llamé a una ambulancia y le pedí toallas a la vecina. Por Austin pude hacer poco, excepto valorarlo y presionar en la herida. Estaba muy, muy grave. Su ritmo cardiaco, sus pupilas… ¡No quiero que te tiemblen las piernas, Derek!

—Mejor sáltate esa parte —le digo sonriendo.

—Es que no hay más. Cuando llegó la ambulancia, se lo llevaron y nada más. Jenny tuvo un ataque de ansiedad y se la llevaron

también. Llegó la policía y nos dijo que nos vería después en el hospital. Yo la acompañé y me encargué de llamar a su madre cuando ella me lo pidió.

—¿Y ella no dijo nada? ¿No te dio una simple explicación cuando llegaste a su casa?

Madison cierra los ojos. Creo que lo que mantiene guardado, aparte de que esa mujer le salvó la vida, es lo que viene a continuación.

—Le pregunté qué había hecho. Lo hice cuando la vecina fue a buscar toallas. Era una pregunta acusatoria, es como si tuviera claro que ella había hecho algo, pero fue por lo que conocía de ella, no porque viera algo que me dijera que lo había provocado ella. Me respondió que la llamó loca y que la ignoró, y que se rio de ella. Luego mencionó algo de haberse empujado y de un golpe. Y gritó que había sido un accidente. Eso es todo, Derek.

—Entiendo. ¿Por qué no lo contaste?

—Derek, yo no quiero que ella, si ha hecho algo, salga impune de todo esto. Yo quiero que Austin se recupere y que se haga justicia por él y por su familia. Pero me cuesta señalarla. Cuando estoy enfadada con ella, me viene a la cabeza aquel episodio en el callejón. Soy cobarde, Derek, lo soy. Y quiero que se haga justicia, pero quiero que sean los demás los que busquen la forma de hacerlo. Yo no conozco a Stella, no puedo contar lo que sospecho porque son sospechas. Y los celos… ¡joder! Eso lo sabían todos los que la rodeaban. Ellos pueden hablar, a ellos no les salvó la vida. Lo siento, Derek, pero no puedo decir nada. No puedo, Derek, me cuesta una vida hacerlo. Estoy aquí, estoy respirando, estoy hablando contigo gracias a ella.

Sus lágrimas se desbordan y tardo dos segundos en consolarla. No puedo verla así.

Permanecemos abrazados durante un buen rato sin decir nada, esperando que sus lágrimas cesen.

Esto es muy diferente de lo que imaginaba, pero es que todo en ella lo imaginaba de otra manera.

Madison dedica algo más de tiempo a contarme la versión que Jenny aportó después, la misma que declaró en el juzgado; y a

comentar la presión de la abogada y de su madre. Vuelve a derrumbarse y a gritarme que ella está viva porque la salvó.

Tardamos solo diez minutos en estar dentro del agua, en la piscina. Sé que la calma.

—¿Por qué lo hizo Asher? —me pregunta un buen rato después, cuando el agua ya ha hecho efecto en ella.

—¿Qué parte de lo que me has contado sabía él?

—Todo.

—Quiso jodernos una vez más, Madison. Quiso jugar, como lo hizo aquella vez en Manhattan. No sé si había perdido la cordura, pero creo que en Manhattan estaba muy lúcido. Quiso remover la mierda. Hizo llegar ese anónimo a nombre de Zack, mi compañero. Sabía que esa información la investigaríamos y sabía que intentaríamos acorralarte en el juicio para que hablaras. Y jugó a no saber nada y a hacerse el ofendido conmigo cuando le pregunté. Joder, Madison, yo le hablé de ese anónimo y hasta recuerdo su tono irónico cuestionando nuestros métodos y su ofensa cuando le hice más preguntas. Era una puta interpretación. Se estaba muriendo y planeó la forma de jodernos en el juicio para enfrentarnos más. Aprovechó el regalo que le hizo la vida. Una nueva oportunidad para jodernos.

—¿Quién era Asher, Derek? ¿Hemos vivido engañados todo este tiempo? Eso no es posible.

—Lo que sé es que no era el amigo que yo creía que era. Ningún amigo mío, nadie que afirmara quererme, me hubiera separado de ti como lo hizo él. Esté donde esté, no se lo perdonaré mientras viva.

Madison me mira y me abraza.

Yo me calmo.

Tenerla aquí es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, a pesar de todo lo que estamos descubriendo.

En silencio, le doy las gracias a Jenny por entrar aquel día en el callejón.

69
Madison

La calma

Desde este lugar, en lo alto de la colina que envuelve la casa, puedo apreciar su silueta. Incluso parte de su fachada azul, y su torre…

Quería verla desde otra perspectiva, desde lo alto, pero nada ha cambiado: sigue produciéndome escalofríos a pesar de haberse convertido en «mi hogar» los últimos veintiséis días…

Mi hogar… y Derek.

Derek…

En estos momentos se encuentra en el despacho del notario intentando posponer la fecha de la aceptación de la herencia, prevista para mañana, según consejo de su abogado, ese amigo experto en derecho testamentario.

No tenemos intención de quedarnos con la casa. Por muchas vueltas que le hemos dado al tema, siempre acabamos llegando a la misma conclusión: que no tiene sentido. Ni económico, ni sentimental. Ni siquiera práctico. Que forme parte de nuestras vidas sería un error.

Pero debemos evitar que acabe siendo pasto de las llamas, y ese es el único objetivo que tenemos ahora. Se nos ocurren cientos de destinos para la casa antes de que acabe consumida por el fuego.

Y si algo tenemos claro es que esa mujer, esa bruja, no tendría miramientos en acercar una cerilla con tal de que la voluntad de su querido Asher se cumpliera.

Por momentos, pienso que quizás sería lo mejor. Esta casa ha sido testigo de varias tragedias. La historia que nos contó Cassidy sobre la familia que murió dentro de ella… Una historia trágica de la que apenas se conserva información. Derek y yo, por puro entretenimiento, nos hemos informado a través de la escasa documentación que conserva la biblioteca: un recorte amarillento de 1923 que apareció en el *The Daily Globe*, el periódico local de Ironwood, todavía en funcionamiento.

En él hablan sin reparos de una «loca». Un término que en aquella época debía utilizarse sin ningún miramiento. Una «loca» que, víctima del dolor que sentía por la desaparición de su esposo, decidió dar un paso voluntario hacia «la otra vida» llevándose con ella a sus pequeños.

Esa es la historia que alberga los cimientos de esa casa… Y, un siglo después, podría publicarse otra historia más, aunque esa nunca aparecerá en el periódico. No tendría impacto: «Traición disfrazada de amistad». Eso no llama la atención, es la historia de muchas vidas, aunque… para encontrar una tan retorcida como esta habría que dejarse la vida buscando.

Joder, cómo duele. Y duele más porque no hay respuestas. Ni las habrá.

Todavía siento escalofríos al recordar las fotos cortadas por la mitad que encontramos entre los ejemplares de sus novelas.

Se trata de fotografías en las que aparecemos Derek y yo en diferentes momentos de aquella época que estuvimos juntos, que tuvimos una relación. Están partidas justo por la mitad, de manera que nuestra imagen queda separada. Fotografías que él mismo captó con esa cámara que llevaba a todas partes…

Nos hemos preguntado miles de veces en estas dos últimas semanas por qué, si se tomó tantas molestias en provocar nuestra ruptura, se las volvió a tomar para forzarnos a convivir en esa casa.

¿Un último acto de conciencia?

¿Qué pretendía?

¿Unirnos más? ¿Separarnos más de lo que ya lo estábamos?

No sé qué pretendía. Quizá nada. O quizá todo. Pero esté donde esté, o bien es muy feliz porque nos ha visto juntos, o bien se tiene que estar retorciendo por ello.

Porque lo estamos. Estamos juntos, pegados, unidos, más cómplices que nunca…

Pero está claro que la burbuja en la que estamos flotando explotará dentro de pocos días para llevarnos al mundo real, al que dejamos aparcado hace más o menos un mes.

No hemos hablado de ello.

Hemos hablado del pasado, eso sí. Lo hemos exprimido y analizado de mil maneras. Sabemos dónde fallamos, qué nos separó. Está claro que fue Asher. Y nuestra confianza en él…

Pero no hemos hablado del futuro. Ni siquiera hemos hecho planes para el día siguiente. Todo improvisado. Las visitas a pueblos cercanos, los paseos por los parajes de alrededor de la casa y todo lo que ha ocurrido dentro de ella.

Lo que no ha habido es más torturas emocionales frente al acuario, pero sí ha habido una exhaustiva exploración de todos los rincones de la casa en busca de… ¿placer? Sí, esa sería la palabra. El mejor rincón que elegimos fue el jardín. Hacer el amor encima de la hierba mientras los aspersores funcionaban sin descanso fue algo que llevaré grabado dentro de mí mientras viva. Y también la visita inoportuna del jardinero en ese justo momento.

Salir corriendo fue algo angustioso, pero las veces que nos hemos reído recordándolo no tiene precio.

Ese hombre probablemente no ha vuelto a mirar una valla igual desde entonces.

¡Qué bochorno!

Cuando se lo conté a Cassidy, se rio más de media hora sin parar.

Cassidy…

Con ella siento algo distinto. Como si, de pronto, hubiera encontrado una amistad verdadera donde menos lo esperaba, a mil doscientas millas de casa.

No sé cómo ha pasado, pero estas dos semanas hemos compartido mucho más que risas. También confidencias y complicidad.

Ella me ha hablado de sus sueños: ser una gran chef, mudarse algún día a una gran ciudad, tener su propio restaurante.

Yo, en cambio, le he confiado mis dudas, mis miedos…
Especialmente los que me provoca pensar en el futuro con Derek.

—Ya te considero mi amiga —me dijo hace unos días—. Te enfrentaste a la niña por mí, y eso no lo olvido.

Se refiere al dinero que le debía, ese que ahora Florence le paga religiosamente, venga o no venga a casa. Fue una conversación

dura, sí, pero valió la pena.

Desde entonces, Florence me mira todavía con el ceño más fruncido. Si es que eso es posible…

Sigo observando la casa. Quizás no era el escenario ideal para dar rienda suelta a lo que estamos viviendo el abogado y yo, pero, a pesar de todo a lo que nos hemos enfrentado, siento que ha valido la pena.

Derek me ha contado que Asher la última vez que hablaron le dijo que nosotros teníamos algo que no habíamos resuelto y que quedaba una espina.

—Tenía razón —me dijo ayer mismo por la noche—. Esta vez no se la puedo quitar. Había algo no resuelto, y había una espina. Pero ya no está. Volveré a casa más ligero, sin esa puta espina que se me clavó el día en que te marchaste. Y tú, Madison, ¿cómo volverás a casa?

—Enamorada —le dije. No lo pensé. Salió sin más.

Por un momento, tuve miedo de su reacción, de que esas palabras tuvieran un exceso de peso, pero la noche que me regaló y las palabras que me dijo al oído hicieron que me olvidara.

«Me gusta estar enamorado de ti, Madison». Esas fueron.

Suspiro como una adolescente mientras la casa sigue ahí y siento que me mira de reojo.

En un movimiento reflejo, miro hacia el cielo.

«Va por ti, Asher» —le digo mientras me incorporo, dispuesta a bajar la colina.

«Tu novia me está esperando» —añado, mientras se me revuelve el estómago al pensar que tengo que volver a ver a esa bruja.

70

Derek

El pez y la bruja

Madison no está. Puede que esté con Cassidy. Ambas se han hecho buenas amigas. Hay mucha conexión entre ellas.

Y como siempre, me toca a mí lidiar con la bruja.

Sin ningún tipo de respeto, ha entrado en la casa y me está esperando en el salón. ¿Cómo explicarle a esa mujer que, aunque tenga las llaves de la casa y sea la albacea, no puede entrar cuando le venga en gana?

«Se llama privacidad», le ha dicho Madison en dos o tres ocasiones, pero, o bien lo ha ignorado como si no pudiera escucharlo, o bien nos ha soltado que hasta que no vayamos al notario, la casa está bajo su custodia.

Bien, pues de allí vengo. La custodia seguirá bajo la mano de esa bruja porque he aplazado el día de la aceptación de la herencia. Y lo he hecho sin esfuerzo, acogiéndome a los derechos que me concede la ley.

Es un consejo de Donald, el abogado que me está ayudando. No queremos renunciar tan pronto a ella, sino demostrar que la decisión ha sido compleja dadas las presiones que había sobre esa decisión.

No perdemos nada ni ganamos. Solo posponemos lo que más adelante ya decidiremos. Cuando volvamos a Manhattan, estudiaremos a fondo nuestras posibilidades. Nuestro objetivo es que esa bruja o sus secuaces, que los habrá, no le prendan fuego a la casa, algo que cada vez tengo más claro: nada se lo impediría.

Yo quiero ser ese «nada» que se lo impida, bien porque podamos luchar contra alguna cláusula, bien porque pase a manos del estado de Michigan, pero entera, no convertida en una montaña de cenizas. Cualquier cosa le depararía un futuro mejor. Y cualquier cosa sería perfecta para que la voluntad de mi gran amigo Asher no se cumpla.

La bruja me mira como si le debiera la vida. Con esa cara tan suya, siempre a medio camino entre el desprecio y el enfado. Está

delante del acuario, fiel a su lugar para abrir la boca dentro de la casa.

Sus miradas dejan asomar cada vez más el desprecio que siente por nosotros. No sé si lo ha heredado del legado emocional y verbal que le dejó mi amigo, o si ha ido creciendo con cada encuentro que ha tenido con nosotros. En cualquier caso, ese cariño, si alguna vez existió, debe haberse ido esfumando en las últimas dos semanas, las mismas que debe llevar durmiendo más bien poco por todos los «dolores de cabeza» que le estamos provocando.

Y lo gracioso es que son tan sencillos, ridículos y absurdos como no acudir a cenar al restaurante o no recibir al equipo de limpieza que se ha empeñado en venir prácticamente cada día. Sabemos que sus honorarios ya están pagados y también sabemos que es inútil convencer a esa mujer de que no necesitamos una limpieza a fondo diaria, así que lo que hacemos es abrirles la puerta, sonreírles, tal y como hemos acordado con ellos, y pedirles que vuelvan otro día. Y cuando una cosa u otra llega a oídos de ella, que está encima de todo, se descompone.

La provocamos sin hacerlo de forma directa, jugando a ser despistados, inocentes o víctimas de mil contratiempos.

Supongo que es nuestra forma de mostrar una simbólica rebeldía ante la lista de últimas voluntades que Asher nos dejó redactadas.

Una lista que solo estaría completa cuando Madison y yo nos escribamos una carta. Pero como en ninguna parte indica que la bruja tenga que leerla, la usamos para sacarla de quicio. Es que la carta no está perfectamente redactada, como ella cree. Tiene vacíos legales, y a ellos nos acogemos con mucho entusiasmo.

Es curioso cómo esas últimas voluntades una vez tuvieron tanto peso que nos hicieron decidir quedarnos, a pesar de tener que convivir sin soportarnos.

Pero ahora no significan nada. Son órdenes absurdas de alguien que se creía dueño de todo.

Llegamos aquí destrozados, enfrentándonos a su pérdida, intentando asimilar que nuestro amigo del alma se había marchado para siempre. Cuánto dolía. Y cuánto nos debilitaba pensar que podía encontrar la paz si cumplíamos con esa lista de deseos.

Todo por su paz…

El mejor acto de rebeldía habría sido desaparecer, dejar la casa en manos de esa bruja y no cumplir nada de lo que deseaba. Prender fuego a la estructura y a su recuerdo. Pero quedarnos ha significado descubrir, investigar, descansar, asimilar y, por encima de todo, disfrutar de cada minuto que pasamos juntos.

Y así ha sido.

Me he enamorado. Así, sin planearlo. Y para colmo, de ella. De una doctora con mucho genio, unas piernas de infarto, que suelta palabrotas cada dos por tres y que devora helado después de hacer el amor. Y si lo funde encima de… para luego… ¡Mejor! Mucho mejor.

Es ella, la que él me arrebató, la única que me ha hecho sentir. Y ahora está a mi lado. Y me tiene acojonado porque ayer me dijo que estaba enamorada y yo le confirmé que también lo estoy.

Es la verdad, pero todavía no puedo asimilarlo sin más. Me acojona porque no es algo que esperara en mi vida ni para lo que estuviera preparado. Mucho menos si se trata de ella.

Mis preciosos pensamientos se ven interrumpidos por los intensos y necesarios comentarios de la bruja.

Es igualita al pez de colores, el de los dientes y la cara de malvado, el de la cresta, pero… en blanco y negro.

—Sigo esperando que me confirméis cuándo acudiréis al restaurante. Espero que esta vez no haya excusa.

—¿Excusa? ¿Lo llamas excusa? ¿Cómo puedes llamar excusa a un dolor de estómago, una visita a urgencias para atender la muñeca de Madison o un desvanecimiento por una larga exposición al agua caliente? Eso son imprevistos que no se pueden omitir.

—Han pasado muchos días… —protesta.

—Iremos, claro que iremos. Esta noche mismo, pero es que no tenemos la culpa de tener tantos incidentes cuando llega la cena.

—Eso mismo dijiste ayer…

—Bien, eso te demuestra mi buena disposición, Florence.

Escucho la puerta y estoy a punto de gritar: «Gracias, Dios mío».

—¿Todo bien? —dice Madison sonriendo de forma tan forzada que debe haberse hecho una grieta en la comisura de los labios.

—¡Qué bien que has venido! Florence se estaba interesando por saber cuándo iremos a cenar al restaurante.

—¿Le has dicho la verdad? —me dice muy compungida. No sé qué se trae entre manos, pero tengo que seguirle la corriente.

No puede evitarlo. Es ver a Florence, y su necesidad de joderla disimuladamente puede con ella.

—Yo… Es que… No sé, Madison…

—Florence, no podemos ocultártelo más. Ese restaurante no es bueno. Cada vez que hemos ido nos ha producido una indigestión.

—Solo habéis ido una vez.

—¿Y te parece poco? ¿Sabes lo que es una indigestión? Sé perfectamente lo que es, soy médica, tengo una especialidad basada en el diagnóstico. Sé perfectamente cómo el estómago procesa un alimento en mal estado, y ese pescado del lago lo estaba. ¿Es que acaso mi gran amigo, mi hermano, mi querido Asher querría que sufriéramos una indigestión o, lo que es peor, una intoxicación? Él quería que asistiéramos porque era un lugar especial, pero la voluntad es lo que cuenta.

Creo que se le está yendo la mano, pero debo admitir que la interpretación ha sido digna de un premio. Si hubiera una estatuilla a la mejor escena médica, sería suya.

—En realidad, me preocupa más el diseño del mausoleo.

Sabía que el restaurante quedaría en segundo plano.

Este tema es mi favorito.

Le pedimos que nos abriera el mausoleo para retirar las estatuas que el diseñador creó para su eternidad: la jaula y la reina. Las hemos destruido. Ahora sus restos descansan en un vertedero. Si algo nos reconcomía por dentro era pensar que esos objetos formarían parte de su descanso eterno después de lo que representaban para nosotros y después de cómo utilizó el sentimiento que se desprendió de esas experiencias para actuar en contra nuestra.

Nos costó convencerla, pero accedió en cuanto le dijimos que eran recuerdos tristes y que queríamos crear un nuevo diseño.

Visitamos al diseñador simplemente para perder el tiempo, porque lo único que le dijimos es que estábamos pensando en otro nuevo, pero no en cuál. Y desde entonces, solo les hemos dado largas. Y seguiremos igual.

Si algo tenemos claro es que el mausoleo se queda vacío, al menos de nuestros recuerdos. Y el pobre perro se queda porque no tiene culpa de nada y, tal y como él afirmó, fue el único amigo fiel que tuvo.

—Es que estoy muy baja de inspiración —continúa diciendo Madison—. Derek y yo hemos llegado a una conclusión…

A ver por dónde sale… ¡Miedo me da!

—¿Verdad, Derek?

—Sí, cuéntaselo tú —le digo protegiéndome, pero temiendo el camino que va a tomar. Lo desconozco, pero tratándose de Madison, que de imaginación va sobrada…

—Aún lo tenemos que acabar de decidir, Florence, pero… hemos pensado que, en el caso de no encontrar nada especialmente simbólico, podríamos colocar en el interior del mausoleo una fotografía en la que estemos Derek y yo. Pero una actual, una que podemos hacernos en cualquier momento. Ya sabes que él y yo… Bueno, que estamos muy cerquita —se ríe como si fuera una niña de tres años y tengo que hacer un esfuerzo por contener la mía—. ¿Qué le haría más feliz a Asher que vernos juntos y enamorados? ¿Qué te parece? Eso sería lo mejor. Eso le dará paz, eternidad, o lo que venga después.

—¿Qué tenía de malo la jaula y la reina?

—Que son símbolos de recuerdos tristes —le digo con mi falsa sonrisa—. Si Asher ve una foto en la que Madison y yo nos miramos como si estuviéramos loquitos el uno por el otro… acertaremos seguro. Recuerda que en su carta nos pidió que fuéramos amigos y olvidáramos nuestras diferencias. Se nos ha ido la mano.

Se echa a reír de una forma tan estúpida que no puedo contenerme.

Se acerca a mí y me abraza con una mano por la cintura mientras me hace círculos y me da pellizcos. Se lo está pasando en grande.

—Creo que él no pensaba en una foto… —protesta Florence.

—¿Dónde lo dice? —Me suelta y finge estar escandalizada.

—Me lo dijo a mí. Quería algo que se pudiera diseñar por Zachary Douglas.

—Vaya… Con lo bonita que hubiera quedado la foto. Bien, pues nos lo pensamos y le diremos a Douglas lo que queremos.

—Se acaba el tiempo. Mañana es la firma ante notario.

—La he pospuesto hasta nuevo aviso.

—Eso no es lo que yo…

—Florence —le dice Madison volviendo a ser ella—. Hasta nuevo aviso significa hasta nuevo aviso. Hasta que decidamos, hasta que sepamos qué hacer… Hasta que nos salga de…

—Madison… —le digo interrumpiéndola—, creo que lo ha entendido.

—Bien, pues ya estás informada de que hemos aplazado la firma. Está dentro de la legalidad. Claro que, si piensas prenderle fuego…

—El cumpleaños de Asher es dentro de seis días.

—Lo celebraremos… en privado. En pri-va-do.

—¿Y la fecha de la firma?

—¿Ves como no lo ha entendido? —me recrimina a mí—. Hemos dicho hasta nuevo aviso, Florence. Cuando la sepamos, te avisaremos. Pero que conste, que tú presencia no es necesaria. Tú, ocúpate de tu herencia.

—Os estáis saltando todas las pautas… Esto se puede considerar un incumplimiento…

—¿Y qué harás, Florence? —le pregunto yo harto de ese maldito tono amenazador—. ¿Arderá la casa?

—Si es así, es porque vosotros lo habréis elegido —dice perdiendo la compostura por primera vez.

—Eso es un delito, Florence. Y si te animas a hacerlo, antes asegúrate de que yo no he trabajado para señalarte a ti como autora.

—No sé cómo podría pasar…

—No creas todo lo que ves. Si alguna vez alguien te enseña la pantalla de un móvil y luego cierra la grabación, no te fíes. Puede

ser un truco. Y puede que hayas caído. Incluso ahora podría estar grabando tus palabras… Y ahora, si nos disculpas, tenemos cosas que hacer. Que pases un buen día. ¿Te acompaño a la salida?

—Vosotros no queríais a Asher, no lo queríais como yo… —dice alejándose.

Madison me mira y espera a que desaparezca.

—Que le jodan… —dice molesta.

—Se te ha acabado la diversión.

—Podías haberte contenido. Ahora ¿cómo me divierto yo?

—Sé una forma que te va a encantar —le digo mientras la cargo en mi espalda y escucho sus risas.

A veces la miro como si fuera otra. Pero no lo es. Solo que ahora la veo como nunca antes la había visto. Con los ojos limpios. Sin miedo. Sin rencor. Y sí, todavía con dudas. Pero también con ganas de quedarme a su lado para siempre.

71

Derek

Todo se desploma

Dos días después

La observo desde la ventana. Está en una de las hamacas del jardín, saboreando una onza de chocolate como si fuera un premio de consolación.

Pero no se la está comiendo de una manera «normal», sino relamiéndola como si alguien le hubiera dicho que es la última onza de chocolate en todo el planeta.

Sí, así es ella. Chocolate y helado…

Y siempre cuando ya ha oscurecido… Esos son sus rituales.

Y ahora se mancha y, si no me equivoco, aunque no pueda oírla, moverá la boca pronunciando alguna maldición y entrará en casa altiva, como si tuviera una batalla real con el chocolate.

Lástima que no pueda quedarme para verlo. El móvil vibra. Spencer. Y sé que tengo que atenderle.

Lo hago desde la biblioteca, el lugar con más cobertura, comodidad y privacidad de la casa. Si permanezco aquí, ella sabrá que es importante. Es nuestro código. Igual que cuando ella recibe llamadas de su hermano o del trabajo.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —me dice mi tío Spencer en un tono que conozco bien. No suele mostrarlo apenas, pero sí cuando está muy cabreado.

—¿Qué pasa?

—Eso quisiera yo saber, qué pasa por tu cabeza cuando se te ocurre irte de vacaciones con la testigo de un caso. Dime tú qué pasa…

Siento un sudor frío en la nuca y busco un asiento. No tengo ni idea de qué decirle, no puedo pensar tan rápido.

—No es exactamente así, Spencer.

—¿Es mentira que estás en Michigan o dondequiera que estés con Madison Abbott? ¿Es mentira?

—No, no lo es, pero tiene una explicación. Cálmate y te lo explico.

—No, Derek, no puedo calmarme. Y no puedo porque me has mentido, y porque estás poniendo tu carrera en peligro, y porque podrían amonestarte y hasta echarte del colegio de abogados si alguien decide denunciar que estás manteniendo una relación privada con una testigo clave. ¿Sabes lo que es eso? Es una falta gravísima. Estás comprometiendo la imparcialidad del proceso y te estás jugando una suspensión temporal… o algo peor. ¿Eso tiene una justificación?

Se me cae el techo encima, no soy capaz de hablarle con tranquilidad. De hecho, cuando está así es mejor esperar, aunque a veces le molesta más que se guarde silencio.

—¿Cómo te has enterado?

—¿Eso te importa? ¿Quién ha sido el que me lo ha contado? Qué más da, lo que importa es hasta dónde llegará esto, Derek. Me lo ha contado alguien de confianza.

—Estoy en Michigan, apartado de todo…

—Jugando al escondite con una testigo… ¿Es que te has vuelto loco?

—Spencer, Madison está aquí porque era amiga de Asher… seguro que si lo piensas lo entenderás.

—Lo que entiendo es que la doctora Madison Abbott es testigo en el juicio, lo demás me importa poco, y también la que se puede cargar tu carrera. Ahora solo queda esperar a ver quién más lo sabe y cómo lo va a utilizar. ¿Cuándo vuelves? ¿Dentro de cuatro días, como me dijiste?

—Sí, pero podría intentar volver antes.

—No quiero verte antes, necesito esos días para que se me pasen las ganas de estrangularte. Pero estaría bien que no la cagaras más. Esperemos que cuando vuelvas no se haya ido todo a la mierda.

—Spencer…

—Me has mentido, joder, Derek, y no me lo esperaba de ti… De ti, no. ¿Mentiras, Derek? No te imaginas cómo me siento ahora mismo —me dice antes de colgar bruscamente.

De toda la conversación, la última parte es la que más me parte en dos. Esas palabras se me clavan y me hacen encogerme de dolor.

Lo último que habría querido hacer en mi vida sería fallarle a ese hombre, al que quiero con locura. Al hombre que más me ha ayudado en mi vida, más me ha protegido, más me ha enseñado y más admiro.

¿Y ahora qué hago?

¿Quién se lo habrá contado? ¿Quién más lo sabrá?

¿Qué sorpresa me espera? ¿Denuncia? ¿Titular en la prensa?

Esto duele, joder, duele mucho.

Se trata de mi carrera. De mi tío. De todo.

72
Madison

Dime si valió la pena

Mientras me limpio las manos para quitarme los restos de chocolate, me llaman la atención los movimientos de Derek. Salgo de la cocina. Tal y como imaginaba, va de un lado a otro sin control.

Sube los escalones de la sala del acuario, los baja… Vuelve a subir, recorre la sala en círculos…

Eso me resulta familiar. Lo hacía cuando se enfrentaba a una situación estresante: caminaba como si estuviera en una sala de espera de un quirófano, esperando noticias vitales. Incluso solía bromear con ello.

—¿Qué te pasa? No pareces muy relajado.

—Es que no lo estoy —dice deteniéndose, aunque vuelve a andar enseguida—. Es mi tío… Me acaba de llamar.

—¿Qué ocurre?

—Que sabe que estoy aquí, contigo, o sea… con Madison Abbott, la testigo del caso. Alguien se lo ha dicho.

Me llama «la testigo». Y no sé por qué, pero eso me duele más de lo que esperaba.

—¿Cómo lo ha sabido?

—No lo sé, Madison, no tengo ni idea. Solo se me ocurre que haya sido tu hermano… o que se te escapara y se lo dijeras a tu amiga Jenny. No lo sé. No sé quién ha sido, ni hasta dónde estoy de mierda.

Hay un abismo entre nosotros ahora mismo. Pero entiendo que esté preocupado. Aunque…

—Ni mi hermano ni mi amiga han dicho nada. Peter, porque sabe que no debe, y Jenny porque no tiene ni puta idea de dónde estoy ni con quién. Ni ella ni nadie. No se me ha escapado nada.

—Bien, pues alguien se lo ha contado. Me ha acusado de mentirle, de fallarle… ¡Maldita sea! Es lo último que quiero en esta vida, que piense eso de mí.

Grita. Está muy afectado. Y yo sé lo que significa Spencer para él. Lo sé demasiado bien.

—¿Has hablado con él? ¿Le has contado…?

—¿Contarle qué, Madison? —me dice con desprecio.

Me duele. Pero intento entenderlo. Me esfuerzo.

—La verdad, Derek. Dile la verdad.

—¿La verdad? ¿Quieres que le cuente la verdad? ¿La misma que dirás tú cuando te sientes en el tribunal? Porque te aseguro que sería perfecto que la contaras, quizás así podría convencerle de que ha valido la pena que le mienta.

—¿Necesitas que me siente en un tribunal para saber si ha valido la pena? —le pregunto. Algo me golpea en el pecho.

—Sí, Madison —me dice acercándose, con una mirada furiosa—. Necesito que cuentes la verdad para demostrarle que yo no le miento. Que no quiero fallarle. Que ha merecido la pena ocultarle dónde estaba y con quién.

Eso duele. Pero aún puedo aguantar.

—¿Y tú, Derek? ¿Crees que ha merecido la pena?

—¿Yo? ¿Hablas en serio? ¿Es que no has escuchado lo que te he contado? Claro que no ha merecido la pena. Venir aquí ha sido un puto error. Me estoy jugando, si no he perdido ya, mi carrera. Mi bendita carrera. Ha sido una locura estar aquí, atendiendo las locuras de ese que se hizo llamar amigo, exponiéndome a que alguien se fuera de la lengua, seguramente de tu entorno, y acabar escuchando esas palabras de decepción en mi tío. ¿Cómo quieres que haya valido la pena? Ha sido una idea estúpida. Suicida.

—¿Todo, Derek? —le pregunto, intentando recomponerme del segundo golpe en el pecho.

—Todo, Madison. ¿Es que no lo ves? ¿Tú crees que ha merecido la pena? ¿Te jugarías tú tu carrera por estar aquí haciendo estupideces?

Tercer golpe. Este ya abrasa.

Está claro que solo tiene tres cosas en la cabeza: su carrera, su tío y el juicio. Sé que no es el momento de hablar de nosotros, pero no puede englobarlo todo ni hablarme así.

—No sé cómo voy a solucionar esto —dice llevándose las manos al cabello y despeinándoselo sin darse cuenta.

«Vale, Madison, resetea», me digo. «Está nervioso. Necesita apoyo. Vamos allá».

—Puede que no haya trascendido, Derek. Habla con tu tío. Es lo que tienes que hacer.

—Claro. Le puedo decir que coincidí contigo en el funeral y que luego nos vinimos aquí, a hacer juegos de *Boy Scouts* por encargo de nuestro amigo Asher. Que no me di cuenta de que eras testigo y que, como la casita estaba escondida, nadie nos vería. Seguro que lo entiende. ¿De verdad crees que alguien entendería esta gilipollez?

Lo reduce todo a eso. Me duele. Pero sigo.

—Pues díselo. Si esa es la verdad de lo que hemos hecho aquí, dísela. Por rara que suene. Es tu tío. Te escuchará.

—La única verdad que importa es la que tú tienes que contar en ese juicio. Esa es la única. Puede que sea el único recurso que me quede para compensarle.

Eso me remata. Pero todavía me aferro a una esperanza.

—Dile a tu tío que aprovechaste el funeral para encontrarte conmigo. Que fue un regalo. Que este tiempo te sirvió para conquistarme, para conseguir que te dijera la verdad y te aportara detalles de Jenny. Seguro que le encanta. Dile que te acostaste conmigo para conseguir esa información, y que, aunque ha sido duro, ha valido la pena. Dile que fue una estrategia. Que arriesgaste. Que hiciste un buen trabajo. Seguro que está orgulloso. El fin justifica los medios…

—¿Y de qué ha servido, Madison? Si no te sientas a decir la verdad… Eso se demuestra en el tribunal. No sirve de nada por mucho que yo le cuente.

¡No! Ahora era el momento de contradecirme. De decir que no, que no es así. Que estoy loca, que cómo se me ha ocurrido decir algo así…

Pero no dice nada.

Entonces ¿es eso es lo que ha pasado?

Al pensar en eso, siento otro golpe, esta vez como si alguien hubiera usado mi pecho como un tambor.

Y no puedo más.

Lo miro. No sé qué espero.

Sigue andando, como si no importara nada más.

—Estoy bien jodido —sigue diciendo.

Salgo del salón. Sé que tardará en darse cuenta.

Me miro el pecho, ese que ha recibido golpe tras golpe.

Me pregunto por qué he aguantado tanto.

Me pregunto cómo he estado tan ciega. Se trataba de ese juicio, de esa verdad…

Me llevo la mano al pecho. Ahora ya no siento un golpe sino un corte, como si me hubieran partido en dos.

73
Madison

El cristal

Llevo exactamente treinta y seis minutos sentada en el borde de la cama, inmóvil, como una muñeca de cera.

¿Si me marcho ahora, me estaré precipitando?

Dos minutos necesito para convencerme de que en ese patético diálogo solo aparecía él, y él, y la decepción de su tío, su carrera, su prestigio, el juicio…

Dos minutos más y me convenzo de que no ha tenido miramientos en acusar a Peter de la filtración, o a mí, a través de Jenny.

Tres minutos más para recordar que me ha dicho tres veces que dijera la verdad en el juicio y así le podría compensar.

Seis minutos más para autocompadecerme.

Uno más para ver que todo ha sido una puta mentira…

Uno más para dar un salto y dirigirme al vestidor como una bala.

Al entrar, me encuentro de frente con lo que busco: las maletas.

Mi mente, que hoy no es una buena aliada, me envía imágenes de los dos días que estuvieron en el suelo sin deshacer. Y siento ganas de llorar, pero lucho con todas mis fuerzas por no derramar una sola lágrima.

Me lleva menos de media hora preparar el equipaje. Un récord que no consigo comprender.

Por un momento, o por varios, he creído que se abriría la puerta, pero no ha ocurrido.

Visito el baño y me doy de bruces con la ducha, esa que nos ha acogido tantas veces después de estar en la cama…

No lloro. Ni, aunque me vaya la vida en ello…

Bastante he aguantado ahí abajo, bastante dignidad le he regalado…

Ahora toca volver a construirla.

Me ajusto la férula y me acuerdo de la celebración que teníamos planeada para mañana, cuando la sustituyera por un vendaje suave.

No lloro.

Me encantaría salir por la ventana, pero no tengo más remedio que bajar.

Salgo del dormitorio y, antes de bajar las escaleras, miro la puerta de la biblioteca.

¿Por qué no? —me digo.

Y como si alguien me empujara, entro en busca de lo que necesito. Lo encuentro, me lleva solo unos veinte minutos redactarlo, y otros pocos más para decidir si se lo dejo sobre la cama o no.

Sí. Ahí se queda, sobre su metro y medio de cama.

¿Y ahora qué?

Le escribo a Cassidy. Le pido que venga a buscarme, que es urgente y que llevo dos maletas. Rezo para que me conteste pronto y lo hace solo un par de minutos después.

¿Dónde?

En la parte trasera de la casa

Solucionado.

Primero una maleta.

Ya está abajo.

Luego la otra…

Habría sido más práctico tirarlas por la ventana.

Me detengo. No le escucho. Puede que se haya marchado o que se haya refugiado en alguna habitación. Pueden ser muchas opciones, pero desde el pie de la escalera ni le veo ni le oigo.

Ya debe hacer cerca de dos horas que me marché del salón, quizás más, no creo que siga dando vueltas todavía.

Tendré que arriesgarme y pasar por delante.

Avanzo lentamente, esforzándome por no comprometer la muñeca. De momento va bien.

Al pasar por delante de la sala de las rosas me detengo. Tengo que decirle adiós a este lugar.

Entro despacio, con temor a encontrarlo, pero puedo respirar tranquila.

Me quedo inmóvil frente a la gran imagen de agua que tengo delante.

Tengo aún más ganas de llorar.

Y entonces aparece él. Se sumerge rápidamente, se acerca al cristal y apoya las manos en él.

Esa imagen me impacta, pero no muevo ni un músculo.

Está desnudo.

Durante unos segundos, mientras se envuelve en burbujas, me mira fijamente con su rostro congelado.

Desaparece en busca de aire.

Siento como si algo convulsionara dentro de mí.

Soy consciente de que es un adiós.

Me dirijo a la salida recogiendo mis maletas. Miro de reojo la cocina, el salón, la sala del acuario…

La puerta cruje al cerrarla. Atravieso el jardín y la valla.

Cuando me dirijo a la parte trasera siento que algo me empuja a detenerme.

Me doy la vuelta. No hay nada ni nadie.

Claro, se me había olvidado.

—Adiós, Asher —digo en voz alta sintiendo que me falta el aire.

—Adiós, Derek —digo en voz alta también mientras siento el impacto de esas palabras.

Solo unos minutos después, no sé cuántos, veo el coche de Cassidy.

Se baja rápidamente.

Me da un abrazo, me coge las maletas, las guarda en el maletero y me subo a toda prisa, como si algo me persiguiera.

Y lloro. Lloro sin medida. Lloro como si todo se rompiera por dentro.

74

Derek

Veintinueve días

Las seis de la mañana. He dormido dos horas en este incómodo sillón de la sala de las rosas. No sé si llamarlo dormir o simplemente caer rendido y agotado.

Llevo consciente solo unos segundos y ya me aparecen de nuevo las imágenes de ayer.

Mi tío, sus palabras, la discusión.

Sigo sin saber qué me espera cuando vuelva a Manhattan, quizás debería marcharme antes, pero no puedo hacerlo.

Tengo que hablar con ella. Ayer estaba fuera de sí, y aunque no soy capaz de recordar todo lo que dijimos, sé que todo lo que salió de mi boca estaba fuera de lugar.

No sé por qué me dolió tanto la acusación de mi tío, quizás porque decepcionarlo ha sido lo peor que me podía pasar. Él no se lo merece. Se merecía la verdad, pero ¿cómo contársela? Esta historia era, cuanto menos, absurda. ¿Cómo iba a compartirla sin que me tacharan de estúpido? Hasta nosotros hemos encontrado surrealista permanecer aquí y seguir los deseos de… él.

Ni siquiera fui consciente de que Madison era testigo en el juicio hasta llevar horas con ella. Pero es que todo a lo que nos hemos enfrentado no permitía pensar en nada más.

Asher estaba muerto, esta era su casa, y esa odiosa mujer nos pedía imposibles disfrazados de últimas voluntades.

Y ella.

Mi odio, mis recuerdos…

Ahora me siento como la reina del tablero, aquella que tanto simbolizó en su momento para mí, pero ¿conserva el significado que una vez quise darle, o el que mi querido amigo me ayudó a construir? Sí, puedo moverme en todas las direcciones, pero de nada sirve si no sé hacia dónde debo ir, ni tengo fuerzas para hacerlo.

Ese maldito juicio. Ese condenado juicio.

Si ha trascendido será el final de mi carrera… Sigo pensando que fue Peter quien lo ha filtrado, aunque sea de forma involuntaria. Lo

que no sé es quién llamó a Spencer para contárselo ni el alcance que pueda tener.

No sé si es buena idea, pero debería ir a hablar con ella.

Cada vez que me viene a la cabeza un fragmento de ayer, querría morirme.

Mi móvil vibra. ¿Quién puede llamar a estas horas?

¡Brooke! La sangre se me congela. Algo ha pasado.

—¿Brooke? ¿Qué pasa?

—Siento llamarte tan pronto, pero no he podido dormir en toda la noche.

—¿Qué ocurre?

—Se me escapó, Derek, lo siento. No sé ni cómo pasó. Perdóname. Fuimos a cenar y… se me escapó.

Intuyo qué debe estar pasando, pero necesito confirmarlo.

—¿Hablas de Spencer?

—Sí, se me escapó que estabas en la casa de Asher con ella, lo siento. Fue un…

—Vale, escucha. Ayer hablé con él. ¿Esa noticia… se la diste tú sola?

—Sí, claro, ¿quién más?

—¿Te dijo si ese tema había trascendido a la prensa o algo así?

—No, claro que no. Que te digo que se me escapó a mí… ¿No te molesta?

—Creía que era más grave. ¿Qué te dijo Spencer?

—Que te iba a hacer pedacitos y que tuviera cuidado en no hablarlo con nadie. Pero ¿con quién se cree que lo voy a hablar?

—Para empezar, no debías decírselo a él y lo has hecho, así que no te hagas la indignada.

—¿Me perdonas?

—Te perdono.

—Dices que te ha llamado…

—Sí, y me ha hecho picadillo como te dijo, pero por teléfono.

—Sí, estaba muy enfadado. Cuanto lo siento, Derek…

—Vale, ya está, es un riego que he corrido yo solo.

—¿Cómo va con Madison? ¿Cómo lo vais a hacer cuando volváis? Lo digo por el dichoso juicio ese.

—Ya lo veremos, tenemos que hablarlo. Y ahora… quiero volver a dormir, estoy de vacaciones.

—¿Perdonada?

—Que sí… bocazas. Y cierra la boquita. Arréglalo con Spencer para compensarme. Está muy dolido conmigo y… no lo soporto.

—No es para tanto. Se lo conté todo muy bien detallado.

¡Joder! Menos mal que lo que Madison me contó sobre Jenny no se lo he contado a Brooke. Bendito momento en el que no lo hice. Seguro que se lo hubiera soltado también por intentar arreglar la cagada.

Cuelgo con una sonrisa de alivio. Se trataba de eso. De un desliz de Brooke. Podía haberse mantenido calladita. Ya solo quedan pocos días para volver. ¡Menuda me la ha liado con Spencer! Pero tiene razón, no hemos hablado de qué hacer cuando volvamos.

Y pensar que fui capaz de acusarla a ella o a Peter…

Joder, ayer me gané el cielo.

Debo hablar con ella.

Preparo dos tazas de café y las subo en una bandeja.

Entro despacio. Hasta ha cerrado la puerta.

No está en la cama. Ni siquiera… está revuelta. ¿Dónde está?

Salgo al pasillo. Ni rastro en toda la planta de arriba. Entro en el dormitorio.

El vestidor…

Vacío…

Me quedo sin fuerzas, no puedo procesarlo.

Sus maletas no están, ni su ropa… ¡Maldita sea!

Vuelvo sobre mis pasos, miro de nuevo la cama.

¿Qué es eso?

Me acerco a toda prisa. Me tiembla la mano. Lo leo, sintiendo que el pecho se me va a salir del cuerpo.

Querido tío Spencer:
Sé que está enfadado con su sobrino, pero deje que le explique antes algo, quizás cambie de opinión.

Sé cuánto duelen las mentiras, créame, y lo que es sentir que alguien te decepciona y te falla. Lamentablemente lo sé. Pero le gustará saber que durante todo el tiempo que hemos pasado juntos en este lugar, no ha dejado de trabajar. Lo ha hecho a tiempo completo, sin descanso.
Vino con una estrategia muy bien estudiada, y su ejecución fue sencillamente brillante. Felicítele.
Me conquistó, me sedujo, me hizo creer que le importaba.
Me hizo olvidar el pasado por momentos, a pesar del peso que tenía.
Fue un gran intérprete, seguro que son buenas cualidades para un gran abogado.
Me pidió que le ayudara a entender «mi verdad», y lo hice. Me derrumbé en sus brazos y se la conté toda.
Ese era su objetivo y lo consiguió. ¿De verdad no va a felicitarle?
Y hasta consiguió que me enamorara, aunque creo que eso no estaba en los planes, eso solo es un daño colateral.
En cualquier caso, hizo un buen trabajo.
No se enfade con él.
Y… créame, ha valido la pena porque ahora él puede moverse con tranquilidad en el tribunal.
Dígale que no se lo pondré difícil. Que haga las preguntas que estime oportunas, que intentaré que triunfe la verdad y la justicia.
¿No es eso digno de orgullo?
Debe estarlo porque él vive por y para su carrera, y por y para este juicio.
Ni siquiera se puede considerar que se ha tomado vacaciones: ha estado trabajando en todo momento.
Y no se preocupe por mí. Yo jamás le contaré a nadie que he convivido con él durante veintinueve días.
Yo solo quiero olvidarme de todos esos días y espero que no me lleve mucho tiempo hacerlo.
Ya lo hice una vez…
Y dígale de mi parte que le deseo una próspera trayectoria profesional. Se la ha ganado.
Mis mejores deseos, tío Spencer.
Madison Abbott.

No sé cuál es la palabra que define cómo me siento. Quizás mis lágrimas puedan dar alguna pista.

La he perdido de nuevo, y esta vez no podemos culpar a Asher. Ni a nadie más que a mí.

75

Derek

Todavía puede ser peor

Llevo horas sin moverme de este sillón. Ni siquiera sabría decir cuántas. El tiempo aquí parece haberse detenido, como los peces que tengo delante.

Tengo la sensación de que hasta ellos han dejado de moverse de un lado a otro, y hasta me dan la espalda, como si me quisieran castigar por haber sido tan estúpido.

El pez psicópata, como lo llamaba Madison, el de los dientes y las rayas de colores, el de la cresta, es el único que parece interesarse por mí.

Esa idea hace que me vengan a la cabeza los recuerdos de sus comentarios, de las veces que se acercaba al acuario y hablaba con él.

—Florence se reencarnará en un pez como este —ha dicho justo esta mañana.

Sonrío al recordarlo, pero enseguida aparece un vacío en mi estómago que me hace estremecer.

Si al menos fuera capaz de pensar.

¿Dónde habrá ido?

El coche está en el garaje y se ha llevado las maletas. O bien ha pedido un taxi, o bien le ha ayudado Cassidy.

Mientras ella recogía sus cosas, yo estaba sumergido en la piscina, ajeno a todo…

Cuando la he visto a través del cristal… Ahí he sentido con fuerza que me había equivocado, que todo lo que salió de mi boca era incongruente y cruel, fruto de ese sentimiento que me ahogaba por las palabras de Spencer.

En ese momento, si hubiera sospechado que ella se marchaba…

¿Habrá sido justo después de ese momento? ¿Habrá tardado alguna hora más? He pasado tanto tiempo lamentándome y dándole vueltas a todo en ese maldito sillón de la sala de las rosas… Esa sala que tanto nos dio…

Mi arrogancia ha ido demasiado lejos. Joder, si ni siquiera me he dado cuenta de que se ha marchado… Se necesita un buen rato para vaciar el vestidor…

Me he quedado sin argumentos, sin defensa, sin nada…

El silencio que se ha impuesto en esta casa es atronador.

El problema es que no soy capaz de pensar con claridad ni salir de este bucle en el que se ha convertido mi cabeza.

Me esfuerzo por pensar algo que me haga salir de este estado, pero es inútil. Solo puedo mirar el cristal azul del acuario. Es hipnótico incluso ahora, con los peces nadando con esa indiferencia.

Aquí es donde Florence nos citaba siempre para soltarnos las gilipolleces derivadas de los deseos de nuestro querido amigo.

Y aquí también es donde Madison se desnudó con palabras y me habló de su padre, de Jenny, de Asher… De la misma manera que yo le hablé de mi madre y de Asher. Aquí vivimos momentos muy impactantes. Aquí descubrimos verdades que dolían mucho.

Y cerca de aquí, unos escalones más abajo, le dije prácticamente que lo único que me importaba era mi tío, el juicio y mi trabajo.

¡Maldita sea!

La carta que ha escrito deja claro lo que ha concluido, lo que yo he permitido que concluya de nuestro paso por esta casa.

Estoy tan destrozado que apenas noto cómo me voy hundiendo en el asiento. Pero entonces, algo interrumpe mi visión del acuario. Es un punto rojo que se enciende y se apaga en la parte inferior de la estructura que encuadra el cristal.

Puede que lo haya imaginado, porque ahora no puedo verlo. Me incorporo lentamente. Entorno los ojos. Nada. Vuelvo a sentarme. Unos minutos después, vuelve a suceder. Solo es un parpadeo ligero. Cada… cierto tiempo. Espero. Vuelvo a verlo unos cinco minutos después, como si fuera un sistema programado para… ¡No! Espero estar equivocado. Debe formar parte del equipo de iluminación del acuario.

Me acerco sin saber qué busco. Paso los dedos por la superficie, hasta que noto que chocan contra un borde diminuto, una pequeña ranura. Y entonces lo veo.

Una lente. Circular, negra, del tamaño de una moneda de diez centavos. Integrada en un pequeño módulo que está completamente disimulado en la carcasa metálica del acuario. No se oye, no se mueve, no vibra. Pero está ahí. Silenciosa. Vigilante.

La cámara está tan bien camuflada que cuesta distinguirla incluso cuando ya la tienes delante. Solo ese parpadeo intermitente la delata. Un LED que debe activarse al captar movimiento, o al grabar. Me arrodillo. Examino el dispositivo. No es ninguna cámara de vigilancia doméstica de esas baratas que puedes comprar en internet. Esto es otra cosa. Profesional. Sutil. Hecha para no ser encontrada.

Me aparto despacio. Miro alrededor. La sensación de haber sido observado se me clava en el estómago.

El acuario, las conversaciones, las noches… Todo estaba bajo la mirada de ese dispositivo casi invisible.

Y de pronto lo veo claro. Si hay una aquí, puede haber más.

76

Derek

Ahora no es el momento

He recorrido casi toda la casa y sigo sin encontrarlo. Me arden los ojos. Me cuesta incluso respirar. Solo tengo una idea fija en la cabeza: encontrar ese maldito dispositivo. Tiene que haber uno. O un disco, un servidor, cualquier cosa que almacene las imágenes.

Daniel ha sido claro, mi compañero. Es experto en ciberseguridad y, en cuanto le he proporcionado el número que aparece en una de las cámaras, me ha guiado y me ha dado una idea muy clara de lo que puede haber instalado.

Debo buscar un dispositivo. Hasta ahora solo he encontrado cámaras en el despacho, en la sala de las rosas, en la cocina, en el dormitorio y en la piscina. Y, por supuesto, en el acuario.

Llevo más de dos horas con esta maldita angustia mientras intento localizar desde dónde se pueden ver las imágenes.

Es tan difícil cuando no sé bien lo que busco. Por suerte, Daniel me ha dado pistas para localizar las cámaras. No se pueden instalar en cualquier parte, y eso me ha ayudado a la hora de encontrarlas.

No puedo pensar en lo que eso supone, ahora no. Tengo que centrarme en la búsqueda. Daniel me ha sido muy útil. He tenido que engañarle y decirle que se trataba de un caso que me traía de cabeza. Solo necesitaba dos cosas: dónde podían estar las cámaras, si es que había más. Y así ha sido. Y dónde se recogen las imágenes. Algo que todavía no he conseguido localizar.

Si no lo encuentro, no habrá forma de ver lo que se ha grabado. Claro que, Daniel me ha dicho que, una vez localizado, podría necesitar credenciales para acceder.

¡Maldito hijo de puta! —digo mientras recreo la imagen de Asher en mi cabeza y me imagino todos los momentos de intimidad que pueden estar grabados en alguna parte al acceso de… quien sea.

Paso junto al mueble del vestíbulo y vuelvo a abrirlo por cuarta vez. Solo hay documentos antiguos, cajas vacías, una carpeta con sellos de Ironwood. Sigo.

Bajo las escaleras del sótano… Nada.

La cocina de nuevo… El salón…

Joder, esto es una locura.

Escucho la puerta de entrada.

¿Madison?

Corro hacia ella como si me persiguiera un monstruo.

—Eres un gilipollas —la voz de Cassidy retumba en la casa—. Tenía que decírtelo. ¿Cómo has podido dejar que se marche?

—Cassidy, ahora no es el momento. Luego hablamos.

Me doy la vuelta, pero siento que me sigue.

—¿Me vas a ignorar? De eso nada. Me vas a escuchar porque tengo que decirte unas cuantas veces más que eres el tío más tonto que he conocido. Guapo y tonto. Guapo y un capullo.

Me detengo y la miro.

—Te has portado como un cretino —sigue diciendo en cuanto tiene toda mi atención—. Me lo ha contado todo. Pensaba que eras más listo. No sabes lo que…

—Cassidy, lo sé. Sé que soy un gilipollas, que he sido un cretino, y muchas más cosas. Sé que la he perdido, que la he cagado… Estoy jodido porque soy muy consciente de que le dije cosas que no sentía y que ni me molesté en controlar. Sé que le he hecho daño, sé que me merezco todo lo peor, pero ahora mismo necesito que me ayudes a buscar algo, porque es importante.

—¿Que te ayude a buscar algo? ¿Hablas en serio? No me puedo creer que me…

—¡Cassidy! —la interrumpo, alzando la voz—. ¡Estoy buscando cámaras! Hay cámaras en toda la casa.

Su expresión cambia. Parpadea, frunce el ceño. Me ha entendido.

—¿Qué?

—Cámaras —repito—. Hay una en el acuario. Y otra en el dormitorio. Y una más encima del marco del baño. Y en la piscina. Y en la biblioteca. Asher las instaló, está claro. Están por toda la casa.

Me mira como si no pudiera procesarlo.

—¿Pero tú te estás oyendo?

—No estoy loco; lo he comprobado. ¿Quieres verlo?

Asiente con la cabeza y la guio hasta el acuario.

Abre mucho la boca.

—¿Cámaras para espiar?

—Llevo horas con esto. He hablado con un amigo que me ha guiado en la búsqueda. Me ha explicado cómo funciona, y ahora necesito localizar un portátil, un disco, un servidor, lo que sea.

Ella se queda en silencio.

—¿Para qué?

—Para ver desde dónde se pueden ver las imágenes. Esto solo es la cámara que graba. ¿Me entiendes?

—Sí, claro. Es que todavía no me he recuperado de lo que me has contado.

—Ayúdame a buscarlo.

Cassidy resopla. Se aparta el pelo de la cara y asiente.

—Vale. Pues vamos a encontrarlo —dice, poco convencida.

Diez minutos después, aparece por la cocina, donde me encuentro.

—Esto no tiene ningún sentido.

—Cassidy, ya lo sé, pero es real.

—No. Lo que no tiene sentido es que el dispositivo desde el que se accede esté aquí. Asher no puede ver esas grabaciones. Quien quiera que las vea no puede estar en la casa. Tiene que acceder desde fuera. Desde otro dispositivo. ¿O es el fantasma de Asher el que se sentaba delante de un ordenador a ver cómo follabais, Madison y tú? O alguien las observa desde fuera, o Asher lo utilizaba desde aquí para espiarse a él mismo.

—Ya… tiene sentido.

—Si os grababan, solo puede haber alguien que lo viera. No sé con qué propósito, pero está claro que dentro de la casa no puede ser.

Sus palabras me golpean como una bomba. Me quedo quieto. El aire se vuelve irrespirable.

—Tiene que ser alguien que tuviera interés en saber qué hacíais, o que recibiera instrucciones para no perdernos de vista… ¿Necesitas más pistas?

Nos miramos durante unos segundos.

Y entonces lo digo:
—Florence.

77

Derek

Esto no ha terminado

La tengo contra la pared. Literalmente.

Florence…

No es que haya intentado ser amable con ella, pero su negativa constante, su petición de que nos marchemos y su fingida incredulidad me han desesperado.

Las imágenes de mi vida con Madison en esa casa, con todo, absolutamente incluido, están en alguna parte y esta bruja me las va a entregar. Si podía haber dudado de si ella podía estar o no detrás, ya no me queda ninguna duda. Hace años que aprendí que el lenguaje no verbal es una gran herramienta para saber qué hay dentro de la mente de alguien.

Lástima que ayer no me sirviera de nada con Madison. Ni siquiera la observé. Solo pensaba en mí y en la verborrea que salió de mi boca.

Cassidy está unos pasos a mi lado, quieta, con los brazos cruzados, sin apartar la mirada de Florence. Esta trata de no perder la compostura mientras yo le grito a escasos centímetros de la cara.

—Te lo voy a decir por última vez, así que intenta no perder un puto detalle, Florence. Lo he comprobado. Hay cámaras por toda la casa. Las instaló Asher o las instalaste tú, me da igual. Solo quiero una cosa y me la vas a entregar ahora.

—No sé de qué me hablas —responde, mientras le tiembla la voz. Ahora sí se está derrumbando.

—¿Ah, no? —me inclino más, hasta notar su respiración acelerada—. Entonces no te importará que llame al sheriff, o a un juez federal… Nos llevará unas horas, pero estoy dispuesto a esperar. Pero tú sabes perfectamente lo que pasará cuando encuentren lo que hay grabado. Porque lo hay, ¿verdad? Sabes cómo acabará esto, Florence…

Ella no contesta. Mira hacia Cassidy, como buscando un apoyo, pero no hay ninguno.

—Florence, no seas idiota, no te compliques más la vida. Estás a tiempo de salvar esto, aunque sea un poco —le aconseja Cassidy.

Florence sigue sin reaccionar.

—O me lo entregas a mí, o al sheriff, pero eso conlleva una diferencia y lo sabes. Y conlleva otra que no sabes pero que te voy a dejar bien clara. Soy abogado, tengo el equipo perfecto, los recursos y las ganas suficientes para arrastrarte por cada juzgado del estado si hace falta. Y te puedo asegurar que no me voy a detener hasta ver tu solitario culo en una cárcel.

Cassidy suspira. Florence traga saliva. Me mira como si por fin entendiera que esto va en serio.

—Está bien —susurra—. Seguidme.

La seguimos por un pasillo estrecho. Abre una puerta que da a una habitación que parece un despacho personal. Sobre un pequeño escritorio se encuentra un portátil gris metálico, delgado. Lo sostiene como si pesara cien kilos.

Se lo arrebato y lo coloco de nuevo en la mesa. Me siento frente a él.

La miro y se apresura a teclear la contraseña: MadisonDerek. Ni siquiera me sorprende.

Abre el programa. Una carpeta. Otra. Un nombre que no deja lugar a dudas: *Asher files – Interior cameras.*

Cassidy se coloca a mi lado. Es ella la que empieza a navegar cuando ve que estoy demasiado nervioso.

Unos veinte minutos después, ya hemos visto todo lo que necesitábamos.

Están todas las grabaciones, de todos los días, en todas las zonas. Ordenadas por fechas, por salas…

Todo está ahí. Desde el primer día. Desde que entramos por la puerta de esa maldita casa.

—¿Están todas las grabaciones? —pregunta Cassidy. Ella se encarga del interrogatorio, yo soy incapaz de hablar.

Florence asiente.

—¿Solo en este portátil?

—Sí.

—¿Ningún otro acceso?

—No. Solo este —dice con la voz quebrada.

—¿Por qué? —pregunto yo sin mirarla, con los ojos fijos en la pantalla—. ¿Para qué?

Guarda silencio unos segundos.

—Era por si algo no salía según los deseos de él. Asher me dijo que debía asegurarme de que todo se cumplía. De que se cumplía hasta el final. Por si tenía que intervenir… Por si hacía falta justificar algo.

—¿Te gustaba verlos follar, Florence? —le pregunta Cassidy—. ¿Eso formaba parte de tus instrucciones?

—Solo miraba lo que consideraba importante.

—Venga, eso era importante, Florence… Seguro que te ponías a mil viendo las imágenes.

Si no fuera por la situación, hasta me echaría a reír.

Cierro el portátil de golpe y lo sujeto bajo el brazo.

—Y ahora —le digo—, dame el libro.

Esta vez no pone objeciones.

Se da la vuelta, abre un pequeño armario y me entrega un libro de pocas páginas encuadernado en cuero. No lo abro. No ahora.

Cassidy lo observa. Debe estar preguntándose qué es.

—Esto no ha terminado, Florence. Te aseguro que daré parte de todo. En cuanto a la casa, más vale que te quites de la cabeza prenderle fuego porque ya me he asegurado de que si eso ocurre, sepan quién está detrás. Ya te advertí.

Salimos sin decir nada más. Cassidy se sube al coche en silencio.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Ahora necesito calmarme.

—No. Ahora te voy a recordar lo estúpido que has sido mientras preparamos nuestro equipaje. Nos vamos a Manhattan.

—¿Nos vamos? —pregunto sin dar crédito.

—Sí. Madison me ha invitado a hacerlo. Le he dicho que no, pero he cambiado de opinión. Ella me ha ofrecido su apartamento hasta que consiga instalarme. Voy a largarme de aquí. Quiero vivir en

Manhattan y ser una gran chef de un gran restaurante. Lo conseguiré.

—¿Estás segura?

—¿Crees que gano algo quedándome aquí? Llevo años planeándolo y ya tengo suficientes ahorros para hacerlo. Sé que Madison me lo ha dicho con sinceridad.

—Estoy seguro.

—Ahora o nunca. Vosotros os habéis plantado en mi vida por algo. Yo soy de intuiciones.

—¿Y qué te dice tu intuición respecto a Madison y a mí?

—Que te vas a quedar solo por gilipollas.

—Bien, me lo merezco.

—Sí, te lo mereces…

Guardamos silencio. Es todo tan surrealista que no sé ni qué decir.

—Mi hermana es chef, aparte de enfermera. Puedo pedirle que te eche una mano. Conoce a mucha gente en ese mundo.

Me mira como si le hubiera dicho que es astronauta y dependienta de un puesto de perritos calientes.

—Eso estaría bien… Gracias.

—¿Qué contendrá este libro? —pregunto pensando en voz alta.

—¿Es de Asher? Debe ser importante por la forma en la que se lo has pedido.

—Se supone que es su última, y gran, obra.

—Pues tendrás que averiguarlo solito, conmigo no cuentes. No hay dinero para pagar que yo me lea otro libro de Asher.

—Este es distinto, Cassidy. Lo presiento. Creo que aquí voy a encontrar el golpe de efecto final.

—¿Por qué es importante?

—Porque nos pidió que lo leyéramos al final y porque se titula La verdad. Y porque ese cabrón que se hacía llamar amigo mío debió guardar otro jueguecito hasta el final.

—A saber, qué pone. Te lo lees y me lo cuentas. Madison me ha contado cosas que no sabía, como lo del juicio y todo eso. Mira que eres tonto, perderla por un maldito juicio de trabajo…

No puedo discutir con Cassidy sobre eso. Darle la razón es quedarme sin fuerzas otra vez.

—¿Cuándo se ha ido? —le pregunto ahora que parece un poco más tranquila.

—En cuanto encontramos un vuelo por la ruta de Chicago.

—¿Cómo estaba?

—Asqueada, dolida… ¿Cómo iba a estar? La has cagado, abogado. Te mueres por sus huesos y lo único que haces es joderlo todo.

—Lo sé.

—Pues vamos a conseguir billetes. Necesito solo un día para largarme de aquí. Y… los pagas tú, que yo no tengo la culpa de que os hayáis marchado antes de lo previsto. He perdido cuatro días de trabajo.

«Yo he perdido mucho más», pienso. «La he vuelto a perder».

No.

No voy a perder la esperanza de recuperarla. No me voy a quedar de brazos cruzados. Tengo que intentarlo, dejarme la piel si es necesario, pero tengo que volver a verla.

Cassidy puede ser una gran aliada y una buena compañera de vuelo. El viaje va a ser muy largo.

78
Madison

La verdad

Cassidy me mira con una expresión de tristeza. Es la misma forma en que me ha mirado desde que llegó, hace cinco días.

Recibí su llamada con tanto entusiasmo que me eché a llorar. Me sorprendió, pero la necesitaba. Cuando me dijo que había cambiado de opinión, solo dos días después de marcharme, supe cuánto la echaba de menos. Es algo extraño, habiéndola conocido tan poco, pero la vida me ha enseñado que hay relaciones que, a pesar de no alargarse en el tiempo, pueden marcar tu vida.

Cassidy ha aguantado sin quejarse todos mis arrebatos de nostalgia, de tristeza, de dolor, de rabia…, y sigue aquí.

Me habló de él el segundo día tras su llegada. Fue para contarme el episodio de las cámaras y el enfrentamiento con Florence.

En cuanto me lo contó tuve que salir corriendo en dirección al baño para vaciar mi estómago. Solo de imaginar todo lo que ha llegado a ver y a escuchar…

Confieso que me habría gustado estar presente y hacerle comer a esa mujer una a una cada cámara que encontraron en la casa, pero el destino quiso que no fuera así. Él se quedó allí repartiendo justicia, y habrá vuelto para seguir haciéndolo. El juicio está a la vuelta de la esquina. Quedan seis días y cada vez me produce más angustia pensar que tendré que volver a verlo en la sala de un tribunal.

—No me mires con esa cara, estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo ha ido la entrevista?

—Genial, Madison, me van a hacer una prueba dentro de cuatro días. Es un hotel precioso, pero solo seré una ayudante. Esa tía, Brooke, es enrollada. Es más simpática que su hermano.

Sé que Derek ha estado detrás de ello. Cassidy me contó que cuando ella le habló de sus intenciones de venir a Manhattan, él le ofreció ayuda a través de su hermana.

Me alegro, es lo menos que podía hacer por ella. Cassidy se lo merece.

Ha evitado hablarme de él, de lo que hablaron cuando ella fue a buscarlo, el mismo día que me marché. Solo sé que fue a decirle «cuatro cosas», palabras textuales de ella, pero no quiero saber qué le dijo o le dejó de decir. No debe ser importante o ella me lo habría contado. Me basta con conocer lo ocurrido con las cámaras que ese maldito cerdo dejó instaladas en la casa.

No puedo creerme que eso ocurriera, que fuera capaz. Cada vez que pienso que esa bruja nos observaba… Y cuando pienso en las escenas más íntimas me entran ganas de viajar hasta allí y descuartizarla.

Cassidy da unos pasos hacia mí y me muestra un libro…

Es raro, es…

¡No puede ser!

Me mira como si supiera exactamente en qué momento va a dolerme.

No dice nada, solo me observa mientras yo lo sostengo entre las manos. Está perfectamente encuadernado en cuero y el título está grabado en color dorado: *El libro de la verdad*.

—Derek se lo pidió a la bruja.

—Ya ni me acordaba de esto, Cassidy. ¿Tú lo has leído?

Cassidy asiente con un gesto lento.

No necesito que me diga nada. En sus ojos hay una mezcla de rabia y tristeza contenidas. No me atrevo a abrirlo todavía.

—¿Te lo dio él? —añado.

—Me dijo que te lo entregara.

—Supongo que él también lo leyó.

—Supones bien.

Guardamos silencio.

—¿Qué me espera?

—La obra de un hijo de puta. Léela y acaba con esto.

Es breve, lo que me hace pensar que será intenso.

La verdad.

Solo es una, y creo que todavía no habréis sido capaces de llegar a ella.

La verdad es que os amé a los dos por igual.
Me enamoré lentamente, ciegamente…
No esperaba ser correspondido, me conformé con una amistad, pero os enamorasteis y eso no estaba dispuesto a soportarlo.
No fue difícil separaros. Vuestro pasado pesaba demasiado y os cegó por completo.
Os disfruté como quise, a ambos, y sin tener que ver la cara de felicidad que os regalabais el uno al otro cada vez que estabais juntos.
No espero que lo comprendáis.
Podría haberme marchado permitiendo que os despidierais de mí, pero no quería vuestra compasión.
Podría haber permitido que vinierais a mi funeral, que me llorarais el uno al lado del otro y enterraseis vuestra hacha de guerra durante unas horas, pero era demasiado simple.
Podría haber pasado al otro lado permitiendo que siguierais creyendo que era el mejor amigo que habéis tenido, pero seguía siendo un desenlace insulso.
Yo soy más que eso. Espero que a estas alturas ya lo hayáis descubierto.
Me quedo con las ganas de saber qué descubristeis, cómo… Y también cuánto aguantasteis, qué cumplisteis de mis deseos y qué no cumplisteis.
Ahora ya no me importa.
Seguro que mi casa es un conjunto de cenizas, eso no me cabe la menor duda.
Esta es mi declaración de amor, amigos. Os amé con locura, pero por separado.
Un verdadero artista siempre firma sus obras. No podía marcharme sin hacerlo.
Vosotros sois mi obra maestra. Mis amores.
Si habéis llegado hasta aquí, significa que aún os queda algo que agradecerme.
Hasta siempre, amigos.

79
Madison

El juicio

Si tardan mucho más tiempo en llamarme, se van a encontrar con un cuerpo sin vida en esta silla. O con lo que quede de mí después de consumirme por los nervios.

He probado de todo. Cassidy me ha preparado una infusión, me ha hecho hasta un pequeño masaje en la espalda, me ha hablado durante una hora sin parar, de cualquier cosa, incluso de recetas con tofu, pero no ha servido para nada. Nada calma este temblor constante que siento.

La sala de espera es demasiado pequeña, demasiado cerrada. Hace calor, y empiezo a pensar que se han olvidado de que sigo aquí. Quizás han decidido interrogar al resto del mundo antes que a mí.

A este paso, cuando me llamen, me levantaré y diré que fui yo la que agredió a Austin. Cualquier cosa sería mejor que seguir esperando.

Sé que voy a verlo. Sé que estará ahí dentro. Y no puedo fingir que no me importa. Estoy más recuperada, ya no lloro por los rincones de mi apartamento ni lo insulto como los primeros días. Pero también sé que, si lo tengo cerca, si lo oigo hablar, si me mira... voy a volver atrás. Como si todo este tiempo no hubiera servido de nada.

La puerta se abre. Entra un hombre alto, de mediana edad, con traje oscuro y elegante. No parece un funcionario cualquiera. Hay algo en él que no encaja; puede que sea la forma en que me mira.

—¿Madison?

Asiento con un gesto. No soy capaz de hablar, pero me levanto.

—¿Es mi turno?

—Puedes relajarte —dice con un tono sereno—. Hoy no vas a declarar. El juez ha decidido aplazar tu intervención y la de algunos otros testigos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Eso no te lo puedo decir. Después vendrán a comunicártelo oficialmente. Yo me he adelantado.

¿Y quién es este?

—¿Quién…? —empiezo a preguntar.

—No me he presentado. Soy Spencer Lawson —me dice mientras me tiende la mano.

Ese nombre hace que las piernas se me aflojen, pero aguanto el tipo como puedo.

Me entrega un sobre blanco y cerrado.

—Me escribiste una carta, ¿recuerdas? Qué menos que devolvértela…

No me puedo creer lo que estoy escuchando.

Me mira con otra expresión, mucho más cálida.

—Ha sido un placer, Madison.

Y se va, dejándome ahí, con la carta en las manos y una presión en el pecho que no sé si es alivio, miedo, o ambas cosas al mismo tiempo.

80
Madison

No estoy orgulloso

Querida Madison:
Seré breve.
No estoy orgulloso de que él te hiciera sentir de ese modo, pero es la primera vez que no me siento orgulloso de él, y lo conozco desde hace casi treinta años, a falta de unos días.
Me sorprendió que quisiera llevar el caso, y aún más que decidiera tomarse unas largas vacaciones.
Ahora lo entiendo.
Conocía la pérdida de ese supuesto amigo que teníais, pero por más que lo analizara, me resultaba extraño que alargara tanto su estancia.
Ahora lo entiendo.
Y entiendo que esa «carta» de últimas voluntades nunca hubiera hecho mella en él, por mucha carga emocional que conllevara. A no ser que hubiera algo con mucho más peso que lo retuviera allí.

Madison, he visto destrozado a mi sobrino tres veces en su vida.
Una, con su familia, sé que conoces la historia; otra, con una preciosa chica que le robó el corazón hace seis años; y otra, y espero que la última, ahora, con la misma chica.
Sé que hay palabras que hieren mucho, pero a veces, y como habéis podido comprobar, también hieren las que nunca se pronuncian.
Te espera a las siete de la tarde, hoy, en el parque Carl Schurz, en el Upper East Side, en la intersección de la Calle 86 Este con East End Avenue, junto al río.
Me ha pedido que te lo diga.
Sé que es algo cursi y hortera, lo reconozco. También sé que ha sido un gilipollas, pero él cree que esa cita es romántica, y me da pena que lo dejes allí esperando.
Hazlo por pena, por compasión, porque todavía te queda algún insulto que dedicarle, o porque te apetezca tirarlo al río, pero escúchale.

No permitas que el silencio os separe de nuevo.
Ha sido un placer contestarte, Madison.
Spencer.

81

Derek

El río

Llevo exactamente una hora y treinta y cinco minutos en este sitio, y cada minuto ha sido un suplicio.

No va a venir.

Me falta el aire, y estoy mareado de tanto darle vueltas a esa maldita estatua. ¿Qué representa? ¿Por qué colocan estatuas imposibles de interpretar en un parque? Lo único que consigue es ponerme más nervioso.

Cassidy no me contesta. La he llamado varias veces.

Quizás no puede hablar. Debe estar con ella…

Y ella… A ella no me atrevo a llamarla.

Eso es lo que debería haber hecho. Esto no ha sido una buena idea.

Apoyo las manos en la valla, y suspiro…

Creo que es hora de marcharse…

Escucho una voz, su voz…

—¿Piensas estar mucho más tiempo aquí? Empiezo a desesperarme…

No me lo puedo creer.

Me doy la vuelta lentamente. Está enfadada, con los brazos cruzados y esa expresión que, por alguna maldita razón, la hace estar más guapa que nunca.

—¿Cómo que estás desesperada? Eso debería decírtelo yo a ti.

—Hora y media, Derek. Llevas hora y media esperando. Ya no lo soportaba más.

—Pero ¿dónde estabas?

—Ahí —responde, señalando hacia atrás con un leve movimiento de la cabeza.

Me giro. Debe referirse a los escalones de piedra que bajan al río. Hay una barandilla cubierta de hiedra que ha debido ser su refugio.

—¿Llevas ahí todo el tiempo?

—Sí, pero no te preocupes —me suelta con una mueca infantil—. No se estaba mal, la brisa del río es muy refrescante desde ahí.

—Joder, Madison… llevo una hora y media a punto de tirarme al río, y tú estabas ahí mirando…

—No he estado mirándote todo el rato, no te des tanta importancia. Solo de vez en cuando, para asegurarme de que estabas. El río ofrece mejores vistas.

—¿Y se puede saber qué hacías ahí?

—Quería saber cuánto tiempo estabas dispuesto a esperarme, pero, joder, Derek, una hora y media no entraba en mis cálculos. Si no llego a venir ahora… ¿Pensabas pasar aquí la noche?

—Esto es el colmo… —le digo entre indignado y divertido a la vez. Es que es Madison en estado puro. De esas veces que no sé si está hablando en serio o jugando.

—Bueno, ¿qué querías? Eres tú quien me ha citado. Por algo habrás montado esta cita tan cursi… ¿Un parque? Joder, Derek, has perdido recursos…

—¿Por qué es cursi?

—Porque es fácil de decidir. ¿Dónde quedamos? ¿En un parque, en un restaurante, en la puerta de tu casa…? Lo de siempre.

—¿Y qué hubieras sugerido tú? —le digo molesto, además de verdad.

—Algo original, pero no ha sido idea mía, así que dime qué quieres.

—Madison…

—Si al menos me lo hubieras dicho directamente, pero utilizar a tu tío…

—¿A mi tío? ¿De qué hablas?

—Venga, Derek, que niegues eso es muy preocupante…

—¿Pero de qué hablas? Esto ha sido idea de Cassidy. ¿Mi tío?

—¿Cassidy? —frunce el ceño, desconcertada—. ¿Qué tiene que ver ella?

—Ella me sugirió que eligiera un sitio y una hora, y que ella te lo propondría… Me dijo que te convencería para que vinieras.

—¿Hablas con Cassidy? A mí ella no me ha dicho nada, ha sido tu tío, a través de una carta que me ha entregado en el juzgado.

—¿Una carta de mi tío? Estás de broma…

—Sí, claro, es lo que más me apetece ahora, bromear contigo.

—Pero… no entiendo eso de la carta.

—Pues que me ha entregado una carta, en respuesta a la mía… la que tú le mostraste… y me pedía que acudiera a esta cita —me dice a la defensiva.

—¿Eso te decía?

—Y que eres un gilipollas, y que te tire al río.

No sé si debo o no reír. Una carta… ¿De qué va esto?

—Esto es alucinante… —le digo desconcertado.

—Eso he pensado yo cuando has enviado a tu tío con una carta para citarme aquí. Podías haberte molestado en salir de la sala, estabas a dos metros.

—¿Qué sala?

Creo que, esta vez, voy a saltar al río de verdad.

—El juzgado, Derek, el juzgado.

—Yo no estaba en el juzgado, Madison.

—¿Por qué? —me pregunta perdiendo esa mueca infantil.

—Porque yo no llevo ese caso.

—¿Te han apartado?

—Me he apartado yo.

—¿Por qué?

—Porque me he enamorado de una testigo de la acusación y no es ético.

—También era testigo hace un mes y te pasaste la ética por…

—Joder, Madison, no me lo pongas difícil con lo bonito que me ha quedado. Ha sido improvisado, no he tenido que recurrir a lo que tenía pensado decirte…

—¿Tenías algo preparado, abogado?

—Sí, pero no creo que te guste.

—Prueba… Para eso he venido. Después de tenerme ahí una hora y media, es lo mínimo que puedes hacer, letrado.

—¡Que yo te he tenido…! ¡Esto es inaudito!

—Venga, suéltalo.

Suspiro. Me siento muy ridículo, pero algo tengo que decirle.

—Madison, yo…

—¿En serio te has estado viendo con Cassidy?

Es inútil que lo intente.

—Sí —le digo con desgana—. Ella se supone que me iba a ayudar a recuperarte. Me iba a echar una mano.

—¿Y has tardado dos semanas en decidirte?

—Madison, estaba esperando a que pasara el juicio. No quería que creyeras que quería manipularte, otra vez, como creíste que había hecho.

—Pues vaya mierda de argumento. Ahora podría pensar que has esperado a que declarara…

—Pero, Madison, por Dios, si no has declarado…

—Eso es verdad.

—¿Puedo decirte ya lo que he preparado?

—Sí.

—Madison… Sé que…

—¿Y por qué no he declarado? Dime.

El río es cada vez una opción mejor.

—Porque Austin ha despertado.

—¿Qué? —me dice entusiasmada.

—Está bien, pero necesita un tiempo para recuperarse. Pero no hay daños. El juez ha determinado que hay que esperar para escuchar su testimonio cuando esté bien.

—Eso es genial…

—Madison, yo…

—¿Y ya no tendré que testificar?

Resoplo. No hay manera…

—Eso dependerá de muchas cosas.

—¿De qué?

—Joder, Madison, ¿quieres hablar de eso? Si quieres, te pongo en contacto con mi tío…

—No, no quiero. Venga, dime lo que querías decirme.

—Es que ya se me ha olvidado… Yo quiero que…

Me acerco a ella.

—Madison, eres… mi peor decisión, eres…

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿Que yo soy tu peor decisión?

Joder, qué susto me ha dado. ¿Eso he dicho?

—No, no, no, es que me he liado, quiero decir que tú eres mi peor decisión… No, eso no. Me he expresado mal otra vez. Quiero decir lo que tú eres… el significado que tú has tenido en mi vida… es lo peor que he deci…

—Mi peor decisión eres tú, Derek.

—Es que no me refería a eso, me refería a lo peor que he hecho, a la cagada más grande… Eso eres tú. ¡Ay, Dios! Ya no sé lo que digo.

—¿La cagada más grande soy yo? Mira, Derek…

—¿Te quieres callar de una vez por todas? —le digo, sujetándole la cara entre mis manos, como si pudiera detener así todo su torbellino—. Me refiero a que mi peor decisión ha sido hacerte daño, cagarla contigo… Madison, no ha sido idea mía venir aquí, solo me he aferrado a cualquier propuesta que me acercara a ti, y si era un parque, pues un parque. He esperado por el juicio porque no quería que creyeras que me interesaba tu testimonio. He dejado el caso porque me importas más tú, infinitamente más, y he tenido que hacerte daño y perderte para darme cuenta de ello. No quería herirte, Madison. Dije cosas que no sentía y algunas que ni recuerdo. Me rompí tanto cuando sentí que le había decepcionado que no supe controlarme. Él es la persona que más me ha ayudado y querido en la vida, aparte de mi hermana. Te quiero, Madison, te quiero con locura porque nunca he dejado de hacerlo. Quiero estar contigo, que me perdones esas malditas palabras, que olvidemos juntos, juntos… nuestro paso por esa casa y nos quedemos con lo bueno que nos trajo. Quiero olvidar también que ese hombre ha existido y la clase de cabrón que era. Te quiero a ti, a mi doctora, a mi desesperante chica que nunca se calla… Y quiero casarme contigo…

Me mira con tristeza. Y veo una lágrima deslizándose por la mejilla.

Guarda silencio. Me desespero.

—Yo creo que… también quiero lo mismo… Creo.

—¿Creo?

—Joder, no me presiones, Derek…

Suelto una carcajada y la hago sonreír.

—Te quiero, abogado insoportable.

Nos besamos durante tanto rato que pierdo la noción del tiempo.

—Esto sí es romántico, abogado, y no la cita que has montado utilizando a tu pobre tío… —dice con media sonrisa, apoyando la frente contra la mía.

—Pero si te he dicho que…

—¡Qué cobarde! Admítelo. No le metas a él y a Cassidy.

La dejo hablar, no vale la pena discutir. Es lo único que no vale la pena con ella. O quizás incluso eso también.

Epílogo

Derek

Nueve meses después. Ironwood, Michigan.

—Pensaba que me afectaría más —me dice Madison mientras observa el mausoleo de Asher.

—Pues yo tengo el estómago revuelto, cariño. Date prisa, que quiero largarme.

—Qué bonito y brillante está… Seguro que la bruja sigue ocupándose de él.

Es evidente que nos iremos cuando se canse, no es necesario que me esfuerce más.

Estamos de paso por Ironwood. Hemos venido aquí para llevar a cabo una idea brillante, que, cada vez, me parece menos brillante.
Nuestro viaje no se debe a la visita del mausoleo, sino a la inauguración de un centro de educación ambiental para jóvenes, coordinado por la administración del estado de Michigan, el propietario actual.

A pesar de que teníamos muchas posibilidades de ganar el proceso contra las cláusulas testamentarias de la casa de Asher, nos faltó algo para seguir adelante: ganas de hacerlo.
El abogado al que le había consultado el tema me planteó un esquema de lo más interesante y con muchas posibilidades de ganarle la batalla en un tribunal. Pero si eso hubiera ocurrido, aparte de acabar agotados por el proceso y expuestos de nuevo a ese maldito mundo de Asher, solo habríamos conseguido el permiso para venderla.

Era su casa… No la queríamos, mucho menos obtener beneficios de ella. Eso solo nos hubiera dejado a su misma altura. A la altura de un ser tan sucio y traidor como él.

Renunciamos a la casa. Lo hicimos a través de un abogado que gestionó el proceso. Y, con ello, conseguimos que el estado de Michigan, el propietario actual, la destinara, hace tan solo un mes, a centro de educación ambiental, coordinado por una fundación del estado.

Por nada del mundo íbamos a conservarla. Cada vez que hubiéramos entrado, habríamos tenido que enfrentarnos a todos esos malos recuerdos sobre su obsesión, las cámaras, el sótano…

El caso era que no acabara ardiendo, y así fue.

Durante un tiempo me inquietó que esa mujer estuviera dispuesta a prenderle fuego a pesar de todo, pero no ha sido así, al menos hasta ahora. Creo que, en algún momento, comprendió la gravedad y el riesgo al que se exponía.

No la denunciamos por el tema de las cámaras. Entendemos que esas grabaciones no salieron del portátil que ella manejaba, uno que sigue estando en nuestro poder, y entendemos también que ella fue simplemente otra víctima del ego y el narcisismo de ese hombre. Y de su maldad, de esa también.

Una víctima… como tantas hemos conocido. Como mi padre, la madre de Madison, Austin… Este último logró recuperarse y, hoy en día, hace una vida normal.

Testificó en el juicio seis semanas después de despertar. Su testimonio fue decisivo. Relató con detalles el infierno que vivió con ella y las intenciones de dejarla aquella fatídica tarde, lo que provocó un ataque de ira en ella, que acabó abalanzándose sobre él y golpeándole con un portafotos de cristal, uno de esos marcos de sobremesa que estaban sobre el mueble con el que supuestamente se golpeó al «tropezar».

El resto de testigos no subieron al estrado. Jenny se derrumbó, perdió el control con el interrogatorio de Spencer, en contra de los deseos de su abogada, que le recomendó no testificar, y acabó por relatar los hechos en medio de una reivindicación sobre su derecho a estar furiosa, por tener un novio desagradecido que quería dejarla después de todo lo que ella había hecho por él.

Madison no tuvo que testificar. Muchas veces le pregunto qué hubiera contado y siempre me dice: «la verdad», pero no sé bien a

qué verdad se refiere. Si a la que contó en la vista o a la que me contó frente al acuario. Prefiero no saberlo.

Y aquí estamos de nuevo.

En un principio, declinamos la invitación de la inauguración del centro, pero Madison, que tenía mucha curiosidad, Cassidy y Brooke, que ahora son íntimas amigas, insistieron en que viniéramos y les permitiéramos acompañarnos.

Ha sido una ceremonia corta y, por suerte, se ha celebrado en el jardín, que está completamente reformado.

Nos ha traído malos recuerdos, pero se han esfumado en poco tiempo, cuando hemos intentado convencernos de que ese fue el escenario que hizo posible nuestro reencuentro, a pesar de todo lo que había detrás.

Madison sigue observando el mausoleo y yo espero paciente a que se anime a depositar lo que hemos traído, pero parece que ha decidido rezar o… lo que sea que esté haciendo.

Cassidy ha aprovechado para mostrarle a Brooke el que fue su hogar durante tantos años, y de paso saludar a los nuevos propietarios de la que fue su casa, que vendió a unos amigos a los que tiene en alta estima.

Brooke está encantada con la visita. Cassidy es su gran amiga, y compañera de apartamento. Ahora viven juntas en el que perteneció a Madison.

Cassidy trabaja en el restaurante de un hotel de lujo, como ayudante de cocina, pero, poco a poco, irá ascendiendo, como suele repetir constantemente. Brooke sigue alternando sus dos profesiones, y ahora que una de ellas la comparte con su compañera de apartamento, es más feliz.

A esa amistad también se ha sumado Madison, aunque ella pasa menos tiempo con ellas. Su trabajo, ahora que le han concedido un puesto en solitario, tiene un horario mejor, pero es más agotador.

A veces llegamos a casa sin fuerzas, pero siempre tenemos un momento para provocarnos de todas las maneras que conocemos. Lo hacemos en mi apartamento, donde vivimos en la actualidad.

Mi trabajo sigue siendo una de mis pasiones, y nada ha cambiado, excepto que mi relación con Spencer se ha vuelto más transparente y ya no evitamos hablar del pasado, sino que lo comentamos cuando nos apetece. Creo que, de esa manera, hemos conseguido darle el puesto que se merece mi padre, a quien ahora homenajeamos continuamente hablando de él.

—Madison… —le digo resoplando. Es que no soporto ver ese maldito mausoleo. ¿Cómo me he dejado convencer?

—Sí, ya voy.

Introduce la tarjeta por una de las ranuras de la pirámide.

—Ya está. Ya está invitado a nuestra boda, cariño. Lo contento que se va a poner…

Me echo a reír.

Ha sido idea de ella. Ha diseñado una tarjeta especial para traer al mausoleo, no es la que hemos enviado a nuestros invitados.

—¿Crees que es buena idea? Igual esto nos trae mala suerte.

—En cuanto la vea la bruja, la rompe. Y además no es la oficial. Esta solo simboliza las ganas que tenía de decirle a este capullo que se joda, que, a pesar de todo lo que intentó y de todo el daño que nos hizo, nos vamos a casar… Y que su amor, ese que nos declaró, se lo puede meter por… donde le quepa. Estamos juntos, querido Asher… —dice inclinándose ligeramente hacia delante—. Disfrútalo.

—Cariño, no es el lugar, pero… eso te ha quedado de lo más romántico.

—¿Por eso te vas a casar conmigo?

—Y porque me vuelves loco.

—Una semana solo.

—Me muero de ganas…

—No conozco a nadie que sea tan empalagoso como vosotros. Y encima en un cementerio… —dice una voz ronca a nuestra espalda.

¡Ah! Se me había olvidado decirlo… Ese que ha hablado es Peter, que también se ha sumado al viaje.

Yo también necesitaba un aliado y en eso se ha convertido.

—Madison…

—Dime…

—¿Y si sacamos la invitación? —le pido.

—No se puede entrar. Ve a buscar a la bruja y pídele que te lo abra.

—Es que me da mal rollo dejarla ahí.

—Escúchame, abogado. Ni ese que está ahí enterrado, ni la maldición que pueda habernos lanzado, ni el fantasma de quien sea, ni la bruja, ni este pueblo van a separarnos nunca más. ¿Me has entendido? Esto es para siempre…

Lo dice enfadada. Lo dice con una seguridad que me derrite.

Sale muy altiva en dirección a la puerta y nos mira a Peter y a mí como si nos perdonara la vida.

¡Mierda! —suelta en cuanto tropieza con ramo de flores.

Es única.

Por eso la quiero tanto.

Fin

Gracias por haber llegado hasta aquí.

Si esta historia te ha gustado, quizás quieras conocer también Kyle, mi pero casualidad. Aunque es totalmente independiente, forma parte de la misma serie: casualidades inevitables.

Y si quieres conocer otras de mis novelas, aquí te dejo un listado de ellas. Todas están disponibles en Amazon (digital, papel), y también en formato audiolibro a través de Audible.

Serie Error: Jodido Error.
Jodido Doctor.
Jodido Olivier.

Serie Suecia: Prohíbeme Soñarte.
Prohíbeme Despertar.

Serie condenados: Julien. Condenados a encontrarnos.
Daniel. Condenados a entendernos.

Serie enemigos: Cuando somos enemigos.
Cuando estamos prohibidos.

Serie Casualidades: Kyle, mi peor casualidad.
Derek, mi peor decisión.

Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia.
Llámame Infiel.
Hasta que escuché tu voz.
Y llegaste a tiempo.
Donde odiarnos es para siempre.

De nuevo, gracias.
Abril Laínez